

LESLEY LIVINGSTON



# VENCEDORA

RBA

D.J.57

Título original: *The Valiant*

© Lesley Livingston, 2017.

© de la traducción: Martina García Serra, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

REF.: ODBO274

ISBN: 9788427214743

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

## Índice

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX  
X  
XI  
XII  
XIII  
XIV  
XV  
XVI  
XVII  
XVIII  
XIX  
XX  
XXI  
XXII  
XXIII  
XXIV  
XXV  
XXVI  
XXVII

XXVIII

XXIX

Nota de la autora

Agradecimientos

PARA JOHN

# I

El vaho que emanaban los cuartos traseros de los caballos al galope se desvaneció en la niebla matutina. Nuestro carro de guerra corrió hacia el final lejano del Valle Olvidado y Maelgwyn Mano de Hierro —mi auriga, compañero constante y asiduo adversario— tiró con fuerza de las riendas.

—¡No! —grité—. ¡Más rápido! ¡Hazlos correr más!

Mael ni siquiera dedicó un segundo a echar la vista atrás por encima del hombro para mirarme. Sabía que discutir conmigo sería inútil. En lugar de eso, espoleó a los corceles y los dejó correr. Juntos, volamos por los terrenos como cuervos lanzándose al campo de batalla. Los caballos resoplaron y relincharon, sus cascos retumbaban por el camino de hierba y despedían niebla que emergía a oleadas a nuestro paso.

Yo estaba de pie detrás de Mael con una lanza bien agarrada en el puño derecho y los pies clavados en el armazón balanceante del carro en movimiento. El viento me resonaba en los oídos y el suelo apenas era una mancha bajo nuestras ruedas. Jamás habíamos ido tan rápido y el corazón me martilleaba en el pecho. Cambié de posición y me coloqué delante de Mael, avancé hasta plantarme en la barra plana que unía los dos caballos al carro.

—¡Fallon, vigila! —chilló Mael cuando me resbaló un pie por la madera.

Proferí un grito entre dientes cuando estuve a punto de caer y casi se me escapó la lanza. Agarré con fuerza el arma, recuperé el equilibrio y miré hacia las profundidades del valle, donde la tierra se elevaba y formaba una especie de cueva habitada por un ocupante tiempo atrás olvidado. Una única y tosca roca coronaba la cima redondeada y en la base de la colina habíamos apostado un

objetivo alto como un hombre —un tocón recubierto de paja, envuelto con una tela y caracterizado como si fuera un soldado romano, con una mueca pintada en el rostro que revelara su mellada dentadura.

Sonreí burlona sintiendo que la emoción emanaba de mi piel. El viento me apartó el pelo de los ojos y pude verlo todo con claridad meridiana. Fue como si el tiempo se hubiese detenido y me estuviese esperando solamente a mí.

Con mucho cuidado, un pie delante del otro, recorrí el camino hacia el punto de tiro, al final de la barra que unía los caballos que iban a toda velocidad. Contuve la respiración hasta que pude sentir el ritmo de sus zancadas en mis huesos. Entonces alcé la lanza por encima del hombro y corrí por el poste del carro hasta que llegué a la altura de los hombros de los caballos galopantes, con los pies afianzados en los arneses de madera que unían el yugo al carro.

Mi objetivo de aquella mañana era tan simple como imposible: ejecutar la maniobra llamada el Vuelo de Morrigan, que recibía aquel nombre en honor a la diosa que volaba por los campos de batalla recogiendo las almas de los caídos dignos. Había contemplado a mi hermana mayor, Sorcha, intentarlo una y otra vez. La idea era correr por el angosto poste que había en medio de los caballos de un carro de guerra en marcha, arrojar una lanza, golpear el objetivo, mantener el equilibrio el tiempo necesario para que la lanza se sujetase y, después, correr de nuevo hacia la seguridad del carruaje. Era peligroso. Era emocionante.

Era el acto supremo de un verdadero guerrero cantii.

Y yo jamás había visto a nadie hacerlo. Ni siquiera a Sorcha.

La última vez que Mael y yo lo intentamos, perdí completamente el equilibrio y caí entre los caballos, apenas conseguí sujetarme a tiempo con un brazo y las rodillas. De haber caído, lo más probable es que me hubiese matado —pisoteada por los cascos y atropellada por las ruedas del carro. Sin embargo, la diosa no vio pertinente llevarme aquel día y Mael consiguió detener a los caballos antes de que yo cayera definitivamente. Las heridas tardaron semanas en curarse y Mael me había gritado durante casi media hora, se le puso la cara de color carmesí, y juró que jamás, en la vida, volveríamos a intentar una cosa así.

Él debería haber sabido que yo no le dejaría en paz hasta que lo intentáramos de nuevo.

Y ahí estábamos: avanzando a una velocidad vertiginosa por el Valle Olvidado, porque al romper el alba de ese mismo día, yo, Fallon, hija menor del Rey Virico, jefe de la tribu Cantii de Prydain, cumpliría diecisiete años; edad suficiente para que me hicieran miembro de la guardia de guerra de mi padre, como a mi hermana antes que a mí. Y estaba decidida a dominar el Vuelo de Morrigan antes de que ese momento llegara.

Y Mael, con sus inteligentes y diestras manos sujetando las riendas, me vería hacerlo.

En algún lugar del Otro mundo, imaginé a Sorcha mirándome también.

—En el campo de batalla eres un guerrero o eres un engorro —me sermoneó Sorcha una tarde, cuando mi espada de madera de entrenamiento se desvió un buen trecho del objetivo.

Ella ya había demostrado ser una de las mejores guerreras de la tribu Cantii, y esa fue una lección que siguió inculcándome sin descanso hasta el día que murió (asesinada en una escaramuza defendiendo la Isla de los Poderosos de las legiones invasoras de César).

—¿Eres un arma o un objetivo? —me preguntó Sorcha—. ¡Escoge, Fallon!

Y escogí... Ese día y cada uno de los que le siguieron.

El peso de la lanza en el hombro y la espada en la cadera me eran tan familiares como mi túnica y las botas o mi capa favorita. Tan reconfortantes como la áspera risa de mi padre o el ardiente fuego de su gran salón. Tan embriagador como una de las sonrisas lentas de Mael, que cada vez más a menudo parecían hechas solo para mí...

El retumbar de los cascos de los corceles me recorría las extremidades como las pulsaciones de la sangre. De un momento a otro, Mael tendría que conducir el carro en un giro cerrado para evitar los lados angulosos del montículo del Valle Olvidado.

«Ahora o nunca...».



Tensé los dedos con que sujetaba el mango de la lanza y vislumbré mejor el objetivo que tenía enfrente. Me incliné hacia delante con una rodilla doblada, sentí la oblicuidad de la lanza en un momento de perfecto equilibrio... y lancé. El delgado artefacto dibujó un arco en el aire, como un letal pájaro de presa, negro contra el cielo rosáceo del alba.

Contuve la respiración.

—¡Diana!

No fue perfecta (la lanza se clavó un palmo hacia la izquierda del lugar donde el corazón de un hombre de carne y hueso hubiera latido), pero a pesar de eso era un golpe certero y limpio. El grito eufórico de Mael me lo confirmó. Alcé los puños hacia el cielo en señal de victoria antes de estirar bien los brazos a ambos lados, extendidos como si fueran grandes alas. Por un instante me sentí como si realmente fuese la diosa Morrigan volando, descendiendo sobre un campo de batalla para recoger las almas de los gloriosos caídos.

Entonces, cuando Mael ya bajaba el ritmo para girar, uno de los corceles trastabilló.

El animal se tambaleó para recuperar el trote, y el yugo donde me aguantaba yo botó con él. Mi gesto de triunfo se convirtió en un ademán desesperado al perder el equilibrio e intenté cogerme al aire para enderezarme. Oí el grito de júbilo de Mael transformarse en un bramido de alerta al verme caer de lado encima de los hombros del caballo y rodar desesperada por los aires. Mi cabeza chocó contra algo duro y el mundo se desvaneció en una espiral de tinieblas.

Un silencio sordo apagó las primeras notas del trino de una alondra.

—¡Fallon!

La calidez que notaba en la mejilla solo podía ser el beso del sol o el rastro de mis lágrimas derramadas. ¿O era sangre? Probablemente sería eso, pensé débilmente. Me había dado un golpe en la cabeza y me la había partido en dos, y ahora moriría. La mañana de mi decimoséptimo año.

—¡Fallon! —gritó Mael de nuevo.

Sentí su voz muy cerca y muy lejos al mismo tiempo.

—Debo estar muerta —murmuré—, o quizás esté soñando...

Si aquello era un sueño, era uno muy vívido. Uno tan claro como el sueño que a menudo me perseguía por las noches, cuando Morrigan, diosa de la muerte y la batalla, aparecía terrible y magnificente vistiendo una capa de plumas de cuervo. Con una voz de humo y cenizas me llama «hija».

Abrí los ojos de golpe y me encontré mirando de frente el rostro de Mael, que tenía los ojos a pocos centímetros de los míos. Me di cuenta de que la calidez que había sentido en mi mejilla era su aliento.

—No estás soñando, Fallon —dijo Mael con una mirada de preocupación.

Le miré con una risilla.

«¿Quién querría limitarse a soñar con Morrigan —pensé— cuando puedes volar como ella?».

Como yo misma acababa de hacer. La emoción de ese momento todavía me cosquilleaba en la sangre.

—Bueno, si no estoy soñando —bromeé—, entonces supongo que estoy muerta.

El terror se desvaneció del rostro de Mael, y lo sustituyó una mirada de furia ardiente.

—Tampoco estás muerta —espetó, apenas disimulando el enfado de su voz—. Aunque no sea porque no lo hayas intentado.

—¿Por qué estás tan enfadado? —pregunté irritada, gruñendo por el esfuerzo de levantarme apoyándome sobre un codo. No muy lejos de allí, pude ver mi lanza todavía temblando en el torso del muñeco de entrenamiento—. ¡Mira! —exclamé señalando por encima de su hombro—. Lo hemos conseguido...

—Tú lo has conseguido —dijo Mael—. Y entonces yo ¡casi te mato!

—No ha sido tu culpa...

—¡Sí! —me miró con fijeza—. Y si me obligas a volver a hacer algo tan estúpido e imprudente como esto, quizás te mate, ¡y no será por accidente!

—Mael...

—¿Intentas cumplir la profecía de Olun? —me preguntó—. ¿Es eso lo que intentas hacer?

Puse los ojos en blanco. Era cierto; Olun, el druida jefe de mi padre había predicho que un día seguiría los pasos de mi hermana Sorcha. Pero a ella la habían asesinado en el campo de batalla. El Valle Olvidado no era más que una plácida pradera.

—He sido un necio por dejarme convencer para hacer esto —dijo Mael negando con la cabeza—. Pareces determinada a poner a prueba la voluntad de Morrigan.

Abrí la boca, pero por una vez ninguna réplica aguda saldría de ella. No era como si no estuviera acostumbrada a que me riñese, habíamos crecido juntos, desde que yo tenía cinco años y él seis, y nos habíamos pasado la mayoría de todos aquellos años discutiendo entusiásticamente. Mael era el hijo menor de Mannuetios, rey de los trinovantes del norte, y de niños, él y su hermano, Aeddan, habían sido enviados con nosotros para que les acogiéramos en nuestra tribu y se hicieran hombres entre nosotros, como uno más, y de este modo asegurar la paz entre los dos reinos. Una de las primeras cosas que hizo Mael después del acuerdo fue romperme el meñique con una espada de madera en el patio de entrenamiento.

Desde aquel instante, Mael desarrolló una molesta costumbre de sobreprotección que estaba en constante contraposición con su inclinación natural por luchar conmigo a la primera de cambio. Me volvía loca. Los dos éramos como pedernal y acero, siempre haciendo echar chispas al otro. En general me costaba decidir si no podía soportar a Mael... o si estaría perdida sin él. Pero en cuanto alcé la vista para mirarle, vi una preocupación genuina en sus ojos y me di cuenta de que realmente había pensado que me había hecho daño.

—Mael —dije estirando una mano para acariciar los mechones de pelo oscuro que le caían sobre la frente—, lo siento mucho. Yo...

Sus labios sobre los míos silenciaron mi disculpa, amortiguaron mis palabras

con un repentino beso hambriento. Abrí los ojos de golpe... y luego se me cerraron, sumergiéndome en una oscuridad rojiza. Mi corazón era una brasa brillante que estalló en llamas, y solo podía pensar en que aquello era júbilo de verdad. Fiero y exigente. Mis párpados se abrieron perezosamente y miré a Mael, las motas de plata oscura que había en sus ojos. Destellaban como el hierro que nuestro herrero fundía para forjar espadas y dagas y todo tipo de cosas preciosas y peligrosas. De pronto supe la respuesta.

Perdida.

Estaría completamente perdida sin Mael.

El pulso me retumbó en los oídos y mis dedos se enredaron en su largo pelo al atraerlo de nuevo hacia mí. Todo el peso de Mael me apretaba contra la hierba húmeda y sus grandes manos se deslizaron debajo de mí, me recorrió toda la espalda con las puntas de los dedos, desde los omoplatos hasta el final del espinazo. Arqueé la espalda cuando me levantó del suelo musgoso, envolviéndome el torso con sus brazos y acercándose a su pecho. Su boca viajó de mis labios a mi cuello, bajo la oreja... y entonces me oí jadear, primero con sorpresa y luego en señal de protesta, cuando de pronto se separó de mí.

La brisa que ahora corría entre nosotros me mordisqueó la piel cuando Mael se echó de espaldas sobre la hierba con un suspiro. Se quedó allí un instante, respirando agitadamente y con las mejillas sonrojadas, y me pregunté si acabábamos de hacer algo terriblemente malo. Era la primera vez que había besado a alguien de aquella manera.

Pero entonces Mael giró la cabeza para mirarme. Los ojos le centelleaban peligrosamente.

—Hoy —afirmó con voz áspera.

—¿Mael? —La cabeza me daba vueltas, mareada.

—Esta mañana —dijo sentándose y girándose para ponerse de rodillas delante de mí, me cogió por los hombros y me atrajo de nuevo hacia él—. Esta misma mañana, Fallon.

Le miré con cautelosa confusión.

—¿Qué pasa?

—Iré a hablar con Virico y le pediré tu mano —anunció atropelladamente—. Ahora. Para que pueda anunciarlo esta noche en el festín de las Cuatro Tribus. Delante de todo el mundo y...

—¡No!

—¿Qué? —balbuceó Mael—. Fallon...

Negué con la cabeza con más agitación de la cuenta.

—Mi corazón ya es tuyo, Mael —le dije—, no tienes que pedir mi mano...

—Sí —contradijo categóricamente—. Claro que sí.

—¡No puedes tenerla! —Sentí un diminuto escalofrío de pánico en el pecho—. Todavía no.

—Pensé... —A medida que buscaba las palabras se le enrojecieron las mejillas—. Pensé que tú...

—Sí quiero.

¿Cómo podía explicárselo? No era que no lo quisiera. Lo quería incluso aunque apenas hubiera empezado a ver cuánto, pero había algo que quería... necesitaba primero.

Necesitaba la oportunidad de ganarme mi propio nombre.

Me mordí el labio.

—Es solo que esta noche mi padre me hará miembro de su guardia de guerra real. Sé que lo hará.

Vi cómo a Mael se le ensombrecía el rostro. El febril momento de nuestro beso se estaba desvaneciendo.

—Por favor, Mael —alargué una mano y le presioné la mejilla—. Tienes que esperarme. No puedo dejar que nada se interponga en mi camino. He trabajado demasiado duro, no quiero darle a Virico una razón para que no me dé ese honor.

Mael se apartó de mí.

—A veces me pregunto si te importa más tu espada que yo —me dijo.

—¿Cómo puedes decir eso? —espeté ignorando la vocecita en mi cabeza que

susurraba exactamente lo mismo—. ¡Tú ya eres miembro de la guardia! ¿Me niegas el honor y la gloria de luchar a tu lado?

Aquello le hirió. Podía verlo en sus ojos.

—No —respondió—. Jamás te lo negaría, Fallon.

Hice ademán de cogerle las manos.

—Espera un poco solo, Mael, hasta que sea una guerrera de verdad. Hablaremos con mi padre entonces y podremos tener todo lo que siempre hemos querido... juntos.

—De acuerdo —dijo finalmente Mael sonriendo con su sonrisa de siempre—. Esperaré, Fallon, tanto como sea necesario. Pero quizá podamos hacer que la espera parezca más corta.

Y entonces me besó de nuevo y, por una vez, se me olvidó discutir con él.

## II

La tarde de ese día era luminosa y brillante y todavía más preciosa por haber pasado la mañana besando a Mael en el Valle Olvidado. Pero el interior de mi casa de Durovernum —la casa que antaño había compartido con Sorchá— era oscuro. Dejé caer la pesada cortina de cuero que hacía las veces de puerta, se cerró detrás de mí y recorrí la habitación para encender las lámparas.

Con el paso de los años, Sorchá había acumulado más de una docena de esos artefactos —de un metal brillante y delicadamente trabajado o de porcelana esculpida o de arcilla pintada con vidriados brillantes como joyas— y los había colgado de las vigas del techo de nuestra acogedora casita con cadenas de distintas longitudes. Mi favorita era la que tenía forma de pájaro, con trocitos de cristales azules y verdes a lo largo de las alas, que las hacían brillar con una luz fantásica. Las lámparas provenían en gran medida de tierras lejanas, igual que la mayoría de cosas preciosas de mi hermana, traídas en barco por comerciantes de lugares del otro lado del mar. Lugares como la Galia y Grecia y Egipto. Y Roma.

Por mucho que Sorchá hubiera encontrado placer en profesar su aborrecimiento hacia César a cada oportunidad, ese odio no había influido en su afición por las cosas bonitas y decorativas de las tierras que habían conquistado sus legiones. He aquí otra de las muchas contradicciones de mi hermana, supongo. Una vez vi un mosaico en la tienda de un comerciante, y eso era lo mismo que imaginar a Sorchá: multitud de piezas brillantes y afiladas que, al juntarlas, construían una imagen completa. Contaban una historia completa.

Al encender la última de las lámparas, pensé en el día que me dijeron que mi

hermana había muerto, asesinada por los romanos. Las mujeres de las tribus de Prydain —Cantii y Catuvellauni, Trinovantes e Iceni— podían escoger luchar con los hombres o no. Muchas lo hacían y con tanta maestría que eran tan temidas como los hombres. Incluso más. Las legiones pensaban que las mujeres guerreras de la Isla de los Poderosos eran demonios, aberraciones cuyos cadáveres quemaban en pilas después de las batallas para que sus negras almas no pudieran escapar jamás para habitar otro cuerpo. Por supuesto, sabía lo ridículo que era. Una superstición primitiva. Las mujeres luchadoras de las tribus de Prydain eran así de buenas porque se lo habían trabajado. Porque habían trabajado muy duro.

Era tan simple —y tan complicado— como eso.

Proyectada en el fulgor etéreo de las lámparas centelleantes, permanecí de pie mirando fijamente la aparición ondeante que se reflejaba en el espejo de bronce pulido que colgaba de la pared —otro de los exóticos tesoros de Sorcha. Levanté una ceja a la desaliñada criatura. Incluso en aquella tenue luz pude ver una mancha de suciedad en mi mejilla, que me oscurecía parcialmente las pecas. La larga túnica que vestía estaba hecha de una lana fina que antaño había sido de un rojo y púrpura brillante, pero que ahora estaba tan gastada que parecía más bien un tono herrumbroso descolorido, manchada de escalar por las montañas y vadear arroyos y luchar con Mael día tras día en el valle. Una indisciplinada corona enredada de hebras pardas se había escapado de la trenza en que había confinado mi pelo precipitadamente en las oscuras horas previas al alba. A los diecisiete años de edad quizá tenía los músculos enjutos y las piernas fuertes y largas con que todo guerrero debe contar, pero tendría que ponerme presentable cuando mi padre me honrara con mi estatus completo de guerrera.

Igual que había hecho con mi hermana antes que conmigo.

Sorcha era nueve años mayor que yo y ella jamás me había dejado olvidarlo. Dos bebés nacieron entre ella y yo, pero los dos habían muerto de paludismo antes de cumplir los tres años, y nuestra madre los había seguido al Otro mundo pocos días más tarde de nacer yo, con lo que dejó a Sorcha para que me criara —



y me mantuviera alejada de los problemas— al estar mi padre demasiado ocupado reinando una tribu en crecimiento de celtas descontrolados para prestarme demasiada atención. El hecho de que probablemente ella me había metido en más problemas de los que me había alejado, jamás me preocupó ni siquiera un poco. Ella era todo lo que yo quería ser cuando creciera: fuerte y certera y peligrosa como la espada que llevaba en el cinto. Sorcha era mi diosa incluso más que la Morrigan que ambas adorábamos. La seguía a todas partes, mis piernecitas tropezaban por doquier cuando corría detrás de ella, rápida como una centella, a través de los bosques de nuestro hogar, siempre buscando aventuras o, todavía mejor, una pelea en la que enzarzarnos.

Y, entonces, un día todo cambió.

César y sus legiones atracaron en nuestras costas; no una, sino dos veces. Y la segunda vez, cogieron preso a mi padre, el Rey Virico, en una batalla encarnizada. Cuando las tribus se reunieron y fueron con sus carros de guerra a liberarlo, la guardia real de Virico lideró la carga. Tres días más tarde, Padre volvió a casa. Pero Sorcha no. Mi fiera, brillante, preciosa hermana se había ido. Muerto.

Tal que así.

Ya habían pasado casi siete años desde que las legiones dejaron nuestras costas, habiendo declarado la Isla de los Poderosos conquistada. En todo ese tiempo, los romanos no habían vuelto a Prydain, la isla que ellos llamaban Britania en su estridente lengua materna. Por supuesto, los comerciantes jamás se fueron, estaban aquí antes de que César pusiera un pie en nuestras playas y se quedaron cuando él se fue, «victorioso». Desde entonces, nos dejaron en paz.

Pero un día las legiones volverían para acabar lo que empezaron. Prydain era una fuente demasiado rica de oro y estaño y árboles madereros... y esclavos «bárbaros». César y los suyos no se podrían resistir. Los ejércitos de Roma volverían y nosotros estaríamos listos para luchar cuando lo hicieran. Yo estaría lista para luchar, igual que lo estuvo mi hermana.

Solo que yo no caería ante la estocada de una espada romana.

La noche que Sorcha había cabalgado en su carro de guerra por última vez, me quedé sentada a los pies de la cama, mirándola en el espejo mientras se abrochaba las correas de su coraza y se ajustaba la vaina de su espada en la cadera. Enfadada porque me dejaba atrás una vez más, me quejé a gritos hacia el reflejo de Sorcha porque yo también quería ir a luchar contra las legiones de César con ella.

Sorcha me ignoró tanto como pudo, pero al final acabó por darse la vuelta y gritarme:

—¡Basta! ¿Realmente te has parado a pensar qué significa ser un guerrero, Fallon?

Parpadeé al contemplarla, porque por primera vez me di cuenta de la perturbación de su mirada.

—¿Lo has pensado? —suspiró—. Porque yo sí. Significa que matas. Que matas a hombres. Que matas a mujeres. Todo mientras ellos intentan con todas sus fuerzas matarte a ti. Y si uno de ellos es mejor que tú, entonces mueres. ¿Tan impaciente estás por danzar con la muerte, hermanita?

Yo tenía diez años. No supe qué contestar.

Lo que tendría que haber dicho era: «No te vayas».

Pero en lugar de hacerlo, esboqué un mohín y me quedé en silencio. Sorcha se fue de nuestro hogar y jamás volvió para escuchar mi respuesta a su pregunta. Esa fue la primera noche que Morrigan me visitó en sueños y me llamó —a mí, no a Sorcha— su hija. Fue algo sagrado, aterrador y formidable a la vez, y jamás se lo conté a nadie. Pero siempre conservé el recuerdo de su voz en el fondo de mi corazón.

Me liberé de las garras de esos recuerdos. Nada de eso importaba esa noche. Después de esta noche, los cantii me verían como el miembro más reciente de la guardia real de mi padre, y no como a la hermanita de la legendaria Sorcha.

Mirándome en el espejo, cogí el peine de hueso tallado que yacía entre un montón de brazaletes y pendientes que había en un cofre de mimbre. La ocasión requería que al menos pusiera un poco de empeño en mi apariencia.

Normalmente habría llamado a las sirvientas que me atendían para lidiar con ese tipo de cosas, pero hoy me parecía como si de algún modo me concerniera a mí sola, y quería saborearlo —lo que ya había pasado y lo que estaba por venir— sin sentir en mis oídos el zumbido de las esclavas cotillas. El alegre caos del festín de esa noche llegaría en breve. Hasta con las distracciones de escoger una túnica y un vestido, de colocarme las joyas y de domar mi pelo para someterlo —cosas con las que tenía poca paciencia o habilidad—, solamente podía pensar en lo que mi padre diría en el festín.

A medida que el sol se ponía por detrás de las lejanas colinas purpúreas, imaginé cómo me daría la bienvenida en su guardia con palabras argentadas elogiando mi destreza con la espada y la lanza. De hecho, el gran salón estaría atestado de la realeza de Prydain, incluyendo a Aeddan, el hermano dos años mayor de Mael; después de la muerte de su padre, Mannuetios, ahora él era el rey de los trinovantes.

Pensar que le vería me hacía sonreír. Crecimos los tres juntos cuando Aeddan todavía era un adoptado de nuestra tribu, pero había pasado mucho tiempo desde que Mael y yo le vimos por última vez, antes de la gran traición de su padre. Sin embargo, después de nuestra mañana en el valle, Mael había recibido noticias de que Aeddan y su séquito de jefes trinovantes habían llegado a Durovernum. Le envié a dar la bienvenida a su hermano mientras yo me dedicaba a desenredarme los nudos del pelo.

Cada dos años, la Noche de Lughnasa —que además era el día de mi cumpleaños— los reyes de las Cuatro Tribus se reunían para celebrar y brindar con amplias sonrisas y suficiente cerveza densa y espumosa para fortalecer los lazos de amistad forjados en las alianzas de tiempo atrás. Esa sería la primera vez que Aeddan iría como rey, recién llegado de su largo periodo de exilio en Roma después del asesinato de su padre, ejecutado por vender información vital a los romanos. Mael jamás hablaba de la traición de su padre, pero por eso había permanecido con los cantii desde entonces, aun sobrepasado el tiempo de adopción.

Y por lo referente a los sentimientos hacia su hermano, Mael siempre había sabido que cuando volviera de Roma, Aeddan sería rey, no él, así que no le guardaba ningún rencor. Los tres —cuatro teniendo en cuenta las veces que Sorcha se había permitido formar parte de nuestras travesuras— habíamos crecido juntos, y yo temía que Mael albergara resentimiento hacia su hermano; sin embargo, nunca lo hizo, lo cual supuso un gran alivio para mí. Éramos como una familia, y no habría soportado que nada se interpusiera entre nosotros.

Acabé de vestirme con esmero, ajustándome la delicada torques de plata alrededor del cuello con dedos nerviosos. Podía oír las risas y el griterío fuera de mi casa.

La atmosfera festiva que había crecido progresivamente en todo Durovernum durante las últimas semanas finalmente había eclosionado en plena floración. Más allá de las palizadas de madera de la ciudad, en los campos que llevaban hacia los muelles del río Dwr, había juegos y competiciones y tiendas que vendían rollos de tela de colores brillantes, brazales y pieles, comida y bebida, y canciones que se podían comprar a los bardos para cortejar a un amante desde lejos o para avergonzar a un rival sin derramar sangre. Aurigas llevaban sus carros tirados por corceles arriba y abajo de los senderos —ninguno de ellos con tanta maestría o audacia como Mael y yo—, y el mismísimo aire crepitaba con la anticipación del festín que empezaría al anochecer.

Finalmente, el cielo tomó una tonalidad índigo hacia el este y los ricos aromas que habían sazonado las brisas durante todo el día —jabalí asado y venado guisado en grandes peroles— dirigieron a los nobles de las Cuatro Tribus y sus libertos y libertas a reunirse en el gran salón.

Me miré, nerviosa, por última vez en el espejo. Me había cepillado las gruesas ondas del pelo hasta que relucieron en mi espalda, y me las había apartado de la cara con una diadema de oro rojo que me rodeaba la cabeza a la altura de la frente. Tenía que admitirlo: el conjunto me favorecía. Una túnica de lana de color verde hoja bajo un manto bermejo y púrpura drapeaban la silueta de mi cuerpo. La torques que lucía en el cuello resplandecía, y el conjunto de pulseras

de bronce y plata que llevaba en las muñecas tintineó cuando aparté la cortina y me dirigí por el serpenteante sendero hacia el gran salón de mi padre.

Una vez dentro, el olor de carne asada y de humo de la turba me envolvieron, y tuve que escurrirme entre la multitud de cuerpos para encontrar mi asiento al lado de la chimenea.

—Te has vestido como una verdadera reina esta noche —dijo Clota, la primera sierva de mi padre—. Y más de un muchacho que hay por aquí esta noche finalmente se ha dado cuenta de que eres una chica.

Puse los ojos en blanco y alcancé una fuente de manzanas y tortas de avena con miel, demasiado nerviosa para comer demasiado. Me deslicé por el banco bajo para sentarme cerca de la izquierda de mi padre y me pregunté dónde se había metido Mael. Quizá Clota bromeara, pero en realidad casi podía sentir las miradas desde todo el comedor —ojeadas que recorrían las líneas de mis extremidades, los rasgos de mi rostro—, pero cuando las busqué, solamente hubo una persona lo bastante atrevida para devolvérmela.

Y no era Maelgwyn Mano de Hierro, sino su hermano, Aeddan. Solté una risita y levanté una mano para saludarle, pero Aeddan no me devolvió la sonrisa. En lugar de eso, se limitó a levantar la copa hacia mí.

«Lo sabe —pensé con un nudo en el estómago—. Mael se lo ha contado».

Aeddan era dos años mayor que su hermano, pero se parecían muchísimo. Ambos tenían el pelo oscuro, lo llevaban largo, y los ojos de color gris pizarra eran prácticamente idénticos. Como su hermano menor, Aeddan era atractivo e inteligente y bueno con la espada. Pero —al menos para mí— la suya siempre había parecido más bien una presencia siniestra, sentada entre las sombras justo detrás del círculo que proyectaba la luz del fuego. Mientras los ojos de Mael podían brillar con pasión o arder de enfado, la mirada de Aeddan siempre me pareció un poco fría. Afilada. Como la hoja de un cuchillo del mejor acero esperando ser empuñado. La apariencia de cultura romana que había adoptado de su tiempo en ese lugar —bebía vino y llevaba la capa anudada sobre un hombro a modo de toga— solo enfatizaban el contraste entre hermanos. Pero aun siendo

tan distintos, siempre los quise a los dos: Aeddan como a un hermano, Mael... como algo más. Muchísimo más, al parecer. Aparté la mirada de Aeddan antes de que se diera cuenta del rubor que me subía por las mejillas.

Clota pasó a mi lado en ese instante y aproveché para coger otra copa de hidromiel especiado. Me bebí la primera de un trago demasiado rápido con la intención de calmar los nervios. Paseé la mirada por la habitación de nuevo, súbitamente desesperada por encontrar el rostro de Mael. Me pareció verle cruzar el arco de las grandes puertas de roble y medio me levanté del asiento para ir a buscarle. Sin embargo, justo en ese instante un fragmento de la conversación entre un viejo oso entrecano, guerrero catuvellauni, y un par de jóvenes —libertos de un jefe galo que había venido de visita, supuse por su aspecto— me llamó la atención.

—¿Qué tal va la resistencia? —preguntó el viejo oso—. ¿Los arverni y los carnutos todavía hostigan los romanos de la Galia y les incendian los fortines?

Uno de los libertos, con tatuajes en las mejillas y los ojos pintados de rojo, escupió:

—No hay ninguna resistencia desde que Arviragus se rindió. El cobarde.

Yo fingía que no les escuchaba, pero apenas pude esconder mi sorpresa. «¿Arviragus? ¿Un cobarde?». Imposible. Había conocido al rey guerrero de la Galia cuando era pequeña y no era más que un príncipe, pero aun entonces me asombró su valentía y maestría con la espada. Él jamás se habría rendido ante los romanos.

—No era un cobarde —dijo su compañero alzando la voz, masticando las palabras en un bocado de carne—. Pero fue un ingenuo al dejar que los romanos lo cogieran. Yo antes me habría echado encima de mi propia espada.

—¡Cuidado con lo que dices! —espetó el hombre mayor echando un vistazo hacia la silla donde mi padre, Virico, estaba sentado, mirando hacia la multitud ahí reunida.

—¿Por qué? —por el borde de la copa del guerrero joven se derramó cerveza oscura—. Solamente digo la verdad.

En ese momento me di cuenta de que ninguno de los dos sabía o les importaba que, como Arviragus, mi padre en persona había sido capturado por César. O que su querida hija Sorchá había liderado un ejército para liberarlo y que, al hacerlo, la habíamos perdido.

Su compañero tatuado empezó a reírse a carcajadas.

—Quizá tiene razón, Biron. Tal vez estas tribus de Prydain prefieren no ofrecer resistencia. ¿Para qué luchar contra los romanos? Es más fácil dejarles pensar que se han salido con la suya, y por la mañana, que se recojan las faldas y te dejen en paz.

«Borrachos», pensé furiosa llevando una mano hacia la daga.

Estaba lo bastante cerca de mi padre para ver que había escuchado la conversación. Durante un instante, me pregunté si silenciaría a aquellos estúpidos con su espada, pero su única reacción fue acabarse la copa de un trago y ponerse de pie.

Virico Lugotorix se alzó cuan alto era para llamar la atención hasta de los más borrachos. A la vez, los esclavos del hogar echaron un pesado tronco en la gran chimenea. Como chispas de luciérnagas estallando a su alrededor, mi padre parecía el rey de algún fiero reino oscuro. Su pelo y barba castaños destellaron, y su hermoso rostro resplandeció carmesí.

—*Tuatha!* —bramó—. Bienvenidos. Que las voces de las Cuatro Tribus os canten la paz. Que la Isla de los Poderosos os lleve en sus verdes hombros. Llenad vuestras panzas y vuestros corazones esta noche en mi hogar, y seamos como una misma gente. Una tribu. Y os diré algo más respecto a los buenos lazos.

Entre los hombres y mujeres que había en el salón cayó el silencio y todos se inclinaron hacia delante, esforzándose para atrapar las siguientes palabras del gran discurso de Virico. Yo también me incliné hacia delante, las puntas de mis dedos mordían el borde de mi asiento mientras esperaba, sin respiración, la proclamación de mi padre para que me uniera a su guardia de guerreros de élite.

Finalmente, tendría mi oportunidad de hacerlo sentir orgulloso... tan orgulloso como lo hizo Sorchá.

—Mi hija Fallon es la joya de mi casa —hizo un ademán hacia mí—. Ya es mayor de edad, desde esta misma noche. Su corazón es de oro y su espada es la chispa en la oscuridad. Y hubiera querido que formara parte de mis jefes de guerra, igual que su madre y su hermana antes que ella...

Me ruboricé de golpe y sentí regocijo cuando la sangre bajó de mi cabeza a mis pies y subió de nuevo, dejándome ardiendo y helada a oleadas.

—...de no ser por esto.

La voz de Virico se apagó en un silencio retumbante.

¿Esto? Alcé los ojos hacia él.

Él rechazó responder a mi mirada, y cuando volvió a hablar, fue como el sonido del borde de un acero chocando contra una piedra de afilar. Alzó la cabeza y gritó un nombre:

—¡Aeddan ap Mannuetios!

¿Aeddan? Me levanté e intenté hablar, pero mi voz me abandonó en ese mismo instante.

—¡Acércate! —bramó Virico—. Ven y pídemela mano de mi hija delante de nuestros amigos aquí reunidos en este comedor.

«No —pensé—. Tiene que ser un error».

—¡Aeddan! —volvió a gritar Virico. Hizo señas con una mano, y los anillos de oro le centellearon en los dedos—. Jefe de nuestros amigos los trinovantes, mi futuro hijo, ¡acércate!

Un rugido nació en la multitud allí reunida, pero yo seguía de pie en el sitio condenada al silencio. El aire de humo oscuro parecía espesarse y presionarme el pecho.

Miré como loca por toda la sala, buscando hasta que al fin divisé el rostro cenizo de Mael. Estaba de pie congelado cerca de los barriles apilados de cerveza e hidromiel, rodeado por un grupo de jefes trinovantes y hombres libres —hombres jóvenes de la propia tribu de Mael y amigos de Aeddan— riendo a



carcajadas. Su expresión aturdida se convirtió en furia en un instante. Le vi gritar el nombre de su hermano, pero no le pude oír entre tanto ruido. En ese mismo momento, Aeddan se abrió paso entre los cuerpos apretujados que llenaban el salón, aceptando sentidas e inmerecidas felicitaciones con una amplia sonrisa en los labios. Solo yo vi como esa vergonzosa expresión jamás llegó a los oscuros ojos de Aeddan.

«Esto es un terrible error. Mi padre está borracho. No piensa con claridad...».

—¡Mael! —grité por encima del estridente estruendo—. ¡Haz algo!

Mael podía detener a Aeddan. Hacerle entrar en razón o, al menos, ¡desafiar su absurda petición! Todavía podíamos poner fin a todo eso. Solamente teníamos que llegar hasta mi padre.

Mael me respondió, pero no pude oír sus palabras. Estaba demasiado lejos. Y Aeddan estaba demasiado cerca, moviéndose ágilmente hacia mí entre la multitud de hombres y mujeres de las tribus.

—¡Padre!

Alargué una mano y cogí la manga de Virico, pero los gritos de los jefes y sus libertos sacudían el aire del gran salón y ahogaron mis protestas.

La cabeza de Virico se giró, en sus ojos febriles se reflejaba la luz del fuego.

—Sabía que te enfadarías —dijo en voz baja y nerviosa—. Pero no puedo hacerte jefa de guerra, Fallon. Perdí a tu hermana por la espada. No permitiré que sufras el mismo destino que Sorchá. No puedo perderos a las dos.

—¡No! —Sacudí la cabeza desesperadamente—. Padre, no puede hacerme esto.

En ese preciso instante, Aeddan llegó hasta mí. Y un grito todavía más atronador emergió de la multitud cuando me hizo girar y me besó con fuerza en los labios.

Era la segunda vez ese día que un hijo de Mannuetios me besaba.

Solo que esta vez, pareció veneno vertiéndose en mi boca.

Luché para apartar a Aeddan, pero no había nada por apartar. La muchedumbre llegó hasta nosotros. Las mujeres de los cantii se dirigieron a mí

con fieros abrazos y buenos deseos. Algunas de ellas estallaron en canciones y otras giraron con los brazos en alto. Si había algo que todo buen celta amaba era el amor mismo. Le cantaban, luchaban por él, lloraban amargas lágrimas en jarras de hidromiel lamentando su pérdida, y —si la más mínima insinuación de una feliz unión les acariciaba como una brisa— aprovechaban la oportunidad para celebrarlo fieramente.

Cerca de las tinajas de hidromiel, hubo una conmoción cuando Mael luchó contra la multitud para llegar hasta Aeddan y yo. Hasta me pareció verle arrear un puñetazo. Pero entonces Aeddan me bloqueó la visión y me forzó a dar un paso atrás. Tan cerca, pude ver que tenía la cara roja —debido a la bebida y al deseo— y sus oscuros ojos brillaban. El contacto entre cuerpos, el brillante tejido de las capas y las joyas tintineantes, el pelo trenzado y los pintados ojos, labios, bocas, tatuajes enmarañados y torques y gritos, el hedor de la cerveza y los cuerpos y la carne... por primera vez en mi vida, pensé que podía desmayarme de verdad.

Cuando la refriega al lado de las tinajas volcó una gran tina de hidromiel espumoso, de pronto la multitud fluyó hacia esa dirección con gritos de agravio y aullidos de ebria risa animando a los contendientes. En el consiguiente caos, me escabullí de debajo del brazo de Aeddan y corrí hacia las puertas del gran salón.

### III

Un relámpago azotó el cielo nocturno de Durovernum. Durante el rato que había pasado en el interior del gran salón, oscuras nubes de tormenta se habían congregado en el cielo y ahora llovía a cántaros. Apenas podía ver lo suficiente para volver a casa.

Una vez dentro, removí las brasas inertes del brasero que recobraron triste vida. No hice nada para calmar los escalofríos que me entumecían los huesos. Mi padre no solo me había cortado prácticamente la mano de la espada, también me había arrancado el corazón del pecho. Y se lo había dado al hermano del chico que amaba. Mi padre me había traicionado no una vez, sino dos.

Escupí una retahíla de insultos tejidos alrededor del nombre de Virico y me dejé caer sobre las rodillas ante el fuego. Y entonces empecé a quitarme muy despacio, metódicamente, todos los adornos que con tanto esmero había escogido apenas horas antes. Los anillos y pulseras y pendientes que me marcaban como mujer... La torques que llevaba en el cuello que me marcaba como princesa... Hasta la daga que llevaba en el cinto y me marcaba como guerrera. De pronto, no quería nada de todo aquello. Uno por uno, me lo quité todo y lo eché al fuego, contemplé cómo las pálidas llamas lamían el precioso y brillante metal hasta dejarlo negro.

En aquel momento deseé que mi padre jamás hubiera vuelto del campamento de César. Era culpa suya que Sorcha estuviera muerta. Ella se fue para salvarle y acabó muriendo como una heroína. Mi padre me había arrebatado todo derecho y oportunidad de llegar a ser ese tipo de heroína.

Y lo odiaba por ello.

Por eso y por quitarme a Mael. Esa misma mañana había rechazado la propuesta de matrimonio de Mael, y ¿por qué? Por la oportunidad de hacerme con un destino que, para empezar, jamás había estado en mis manos tomar. Las llamas del brasero se desdibujaron ante mis ojos cuando luché por contener unas lágrimas furiosas.

—¿Te tomas una copa conmigo?

Me di la vuelta de golpe, parpadeando para ahuyentar las lágrimas, y vi a Aeddan apoyado en el umbral de la puerta. Se quitó la capucha de su capa empapada e hizo oscilar un ánfora de vino romano y dos copas con la otra mano.

—¿Qué dices, esposa?

—No soy tu esposa.

—Todavía no.

—Jamás —respondí—. Y si vuelves a llamarme de ese modo, será el último sonido que escape de tu sucia boca.

Él rio.

—Vamos —dijo con una sonrisa—. Fallon, piensa en tu padre.

Me planté delante de Aeddan, recelosa. Mi túnica estaba empapada por la tormenta y se me pegaba al cuerpo, pero me negué a esconderme cruzando los brazos. En lugar de eso, dejé caer mi mano derecha para hacerla reposar en la daga que llevaba al cinto... pero la vaina estaba vacía. Había echado la daga al fuego. La mirada de Aeddan pasó de mi mano al fuego del brasero y frunció ligeramente el ceño. Entró en la tienda y la cortina cayó detrás de él, dejando fuera el silbido de la lluvia.

—Piensa cuánto quiere, y necesita, Virico alianzas como esta —dijo.

—Podría haberme entregado perfectamente a tu hermano y tendría la misma alianza con los trinovantes.

—Cierto —coincidió Aeddan dando un paso adelante—. De hecho, creo que era la primera opción de Virico. Pero por suerte, convencí a mi tío para que le disuadiera.

Sentí como si el suelo lleno de tierra de la pequeña casa circular cayera de

debajo mis pies. Estaba tan enfadada que ni siquiera pude encontrar palabras que escupirle a Aeddan. La rabia me había dejado estupefacta.

—Virico sabe cuán unidos Maelgwyn y tú habéis estado siempre —continuó Aeddan. Cruzó la habitación hacia un sofá bajo y se sentó, después colocó las copas de vino en una mesita—. Unidos como hermanos... —La sombra de una expresión desdeñosa curvó sus labios—. Tu padre, después de mucho hablar para convencerle, se dio cuenta de ello. Vio que no sería justo entregarte a una unión que no era más que afecto fraternal y no amor verdadero.

«Pero yo amo a Mael».

Y había tenido la oportunidad de decírselo —de estar con él— en el valle esa misma mañana. Amaba a Maelgwyn Mano de Hierro, y Aeddan lo sabía. Lo había sabido desde siempre, incluso desde antes de que lo supiera yo. Lo vi en sus ojos grises y vi que odiaba a su hermano por ello. Por mi culpa.

—Siéntete afortunada porque tu padre haya tenido en cuenta tu corazón, Fallon —dijo Aeddan trasteando el tapón de la jarra de vino—. Igual que yo. Tendrías que estar agradecida.

—Discúlpame si no doy saltos de alegría —escupí.

Aeddan se puso de pie, el ánfora le resbaló de los dedos y se estrelló contra el suelo. El vino manó por el agujero como la sangre de una herida.

—Siempre ha habido algo entre nosotros, Fallon —dijo él con urgencia—. ¿Verdad que sí? Si yo no me hubiera ido tan lejos... Si hubiera sido Maelgwyn y no yo quien se vio forzado a huir a Roma...

En dos pasos había cruzado la habitación y ya me estaba cogiendo con fuerza por los hombros. El rubor subió por las duras facciones de Aeddan, y una vena empezó a latir en su cuello.

—Jamás me olvidé de ti —dijo—. Siempre supe que un día volvería por ti. Puedo llevarte a mil lugares, Fallon. Te llevaré a mil lugares. Ya está todo previsto y en marcha. Y serás feliz, ¡te lo prometo! Roma es un lugar maravilloso. Construyen palacios de piedras brillantes y el aire es como

perfume. Pero hay más, Fallon. Son fieros. Tienen luchadores, guerreros como jamás hayas conocido.

—¿Como las legiones romanas a quienes tu padre vendió nuestras gentes? — espeté.

Aeddan apenas parpadeó ante mi desprecio.

—Te enseñaré cosas que jamás has imaginado, Fallon. Ni siquiera en sueños. Y finalmente estaremos juntos.

Clavé la mirada en él sin poder creerlo. Yo jamás había pensado —ni siquiera una sola vez en toda mi vida— en Aeddan de ese modo. La mismísima idea de que él hubiera alimentado algún tipo de fantasía en su mente y me hubiera envuelto en ella escapaba de mi imaginación. Se inclinó hacia delante para besarme de nuevo, pero esta vez mi instinto ganó terreno a medida que los dedos de Aeddan se hundían en mi carne. Me eché para atrás en posición de defensa, las rodillas dobladas y la cabeza gacha. Dirigí de nuevo la mano hacia el cuchillo —que, por supuesto, no estaba ahí— y en lugar de cogerlo apreté los dientes y le hincé un rodillazo en la entrepierna, que lo ahuyentó mientras se tambaleaba y gemía de dolor.

Detrás de una cortina de pelo negro, los ojos de Aeddan brillaron peligrosamente en la oscuridad. Sus puños se cerraron a ambos lados de su cuerpo.

—Eso no ha estado bien, esposa. —El aliento le produjo un ruido sordo en la garganta—. Una mujer romana hubiera sabido cómo controlarse mejor. Pero tendré todo el tiempo del mundo para enseñarte...

—Aeddan. —La voz de Mael cortó el aire como un cuchillo.

—Hola, hermano. —Aeddan se irguió y se giró lentamente—. ¿Vienes a compartir mi alegría de casi recién casado?

Dos espadas centellearon en la oscuridad, y Aeddan de pronto se vio acorralado por las espadas gemelas de Mael, cruzadas delante de su cuello. Le mordieron la piel justo por encima de la torques de rey que llevaba. Mael, implacable, empujó a su hermano para hacerlo retroceder hacia la puerta.

—Lárgate —le dijo—. Antes de que manche mis espadas con tu despreciable sangre.

—Y mira que pensé que te alegrarías por mí, hermanito. —Aeddan alzó el mentón y miró a Mael por encima de las espadas, pero ni siquiera retrocedió un paso—. Por ella, al menos. Yo le doy a Fallon la oportunidad de escapar. La llevaré al lugar donde vivirá como la reina guerrera que tiene que ser. ¿Y tú? Tú solamente conseguirías matarla en un asalto tribal un día de estos.

—¡He dicho que te largues! —rugió Mael y apartó sus espadas de golpe.

Sin embargo, Aeddan ya se había ido, deslizándose hacia el exterior y desapareciendo bajo la oscura lluvia. Mael se quedó ahí de pie durante mucho rato, de espaldas a mí, con los hombros tensos. Entonces envainó sus espadas y se volvió; la angustia le deformaba la cara.

—¿Dónde estabas esta noche? —pregunté.

—Aeddan —escupió—. Sus secuaces me retuvieron para apartarme de ti.

Sus ojos grises estaban llenos de enfado y dolor. Tenía sangre en la comisura de los labios y la sombra de una nueva magulladura empezaba a notarse en su mandíbula. Recordé el alboroto cerca de las tinas de cerveza en el comedor.

—¿Sabías que esto pasaría? —preguntó—. ¿Por eso me rechazaste esta mañana? ¿Para estar con Aeddan?

—¿Qué? —Le miré fijamente, incrédula—. ¿Cómo puedes siquiera pensar algo así? Iba en serio lo que te dije. Tú y solamente tú tienes mi corazón.

El enfado desapareció casi al instante, pero el dolor permaneció profundo y oscuro en sus ojos.

—Fallon, lo siento. Yo solo... —Tragó saliva con fuerza—. Eres todo cuanto ha habido en mi corazón desde que nos conocemos. Cuando duermo, veo tu rostro. Cuando me despierto, lo añoro. Para mí eres tan fiera y tan preciosa y tan letal como tu espada. Y por eso prometí que esperaría, pero entonces...

—Entonces ¿qué?

—Entonces Aeddan estaba ahí. —Su rostro reflejó una mueca de disgusto—. Y te besaba.

—Pero yo no le besaba a él.

—¡Lo sé! —Se apartó con enfado el pelo húmedo del rostro—. Lo sé ahora. Iré a hablar con él. Virico. Le diré que ya habíamos reclamado nuestros corazones.

—No puedes. Es demasiado tarde.

Conocía a mi padre. Si Mael hubiera luchado para llegar a mí en el comedor... si se hubiera plantado delante de Aeddan y le hubiera desafiado allí y entonces, Virico quizás hubiera considerado su petición. Pero era demasiado tarde para eso ahora. Mi padre no rompería una promesa —hecha delante de las Cuatro Tribus al completo— y no cambiaría de opinión. No toleraría que sus jefes dijeran de él que era débil. O cobarde. Ya lo había soportado bastante en los tiempos después de que los romanos lo hubieran liberado de su cautiverio. ¿Cómo, se preguntaban sus hombres libres, no se había quitado la vida el rey en lugar de sufrir la vergüenza del cautiverio romano? ¿Cómo había podido volver vivo a Durovernum cuando su propia hija había muerto en la batalla?

Le había costado años, a Virico Lugotorix, recuperar el respeto de sus jefes.

No lo pondría en peligro ahora. No por mí.

—Y ahora jamás seré una guerrera —dije lentamente sintiendo el peso de cada palabra.

Mael me lanzó una mirada afilada.

—No. —Alcé una mano en señal de advertencia—. Si mi padre me hubiera hecho escoger, si al menos se hubiera preocupado por darme a elegir, ten esto claro: hubiera renunciado a mi espada por ti, Maelgwyn Mano de Hierro. Por ti. No por tu hermano.

—Bueno, pero es demasiado tarde para esto, ¿verdad? —La amargura volvió a su voz—. Si hubiéramos ido a hablar con tu padre esta mañana, nada de esto habría pasado.

—¿Cómo podía saberlo, Mael? —casi grité—. Soy yo quien se ha quedado con nada, ¡y tú tienes celos de un imbécil!

Una oleada de sufrimiento nos barrió a los dos y nos quedamos allí de pie,



mirándonos el uno al otro sintiendo amargo arrepentimiento y añoranza. ¿Cómo había podido estropearse todo tan rápido? Tendría que haber sido una noche de celebración para mí, pero mi momento de orgullo yacía hecho añicos y esparcido a mis pies.

—Nos iremos —dije—. Nos marcharemos esta noche e iremos hacia el oeste. Allí hay tribus que estarán contentas de contar con nosotros, y podremos estar juntos.

—No. —Mael apretó los puños, cuyos nudillos se pusieron blancos—. No huiré como un cobarde. Este es mi hogar, tu tribu, y Aeddan no tiene ningún derecho de arrebatárnoslo.

Se fue como una exhalación hacia la puerta y apartó de un manotazo la cortina de cuero, que dejó entrar una ráfaga de oscura lluvia.

—¡Mael! —Corrí detrás de él y le cogí por un brazo—. ¿Adónde vas?

—A encontrarle. Deshará el entuerto. —Mael se soltó de mi agarrón. Empuñó de nuevo las espadas y se colocó la capucha de la capa—. Y si no lo hace, lo mataré.

—¡Lo hubiera matado yo misma si eso hubiera solucionado algo! ¡Mael! —grité—. ¡Mael!

Pero ya se había ido, había desaparecido como una sombra en la oscura noche. Lo que dejó atrás fue un espacio vacío en mi pecho que se empezó a llenar de ardiente y pesado enojo. Yo sería la dueña de mi propio destino. Yo y la diosa Morrigan. Nadie más. Sin duda, ningún hombre. Mael y Aeddan podían luchar por mí hasta que estuvieran los dos ensangrentados. Mi padre me podía negar la espada. Pero ellos no podían forzarme a dejar mi camino de guerrera si yo no se lo permitía. Sorcha jamás habría dejado que nadie escogiera su destino por ella.

—Pues vete —dije con voz fuerte en el vacío de la habitación—. No estaré aquí cuando vuelvas.

## IV

Cuando mi padre era niño, viajó muy lejos para ser pupilo de una fiera tribu guerrera del otro lado del angosto Mar Irlandés hacia el oeste. Fue allí donde conoció a mi madre, quien no era mayor que yo cuando conocí a Mael. Años más tarde, cuando Virico era un hombre hecho y derecho, volvió para cortejarla.

Ella esperó, sabía que él volvería.

Pero yo no iba a esperar a que Maelgwyn volviera a por mí.

No en Durovernum.

Yo no podía dormir de ningún modo en algún lugar donde Aeddan o mi padre pudieran encontrarme. En lugar de eso, cogí mi espada envuelta en la vaina de piel de cierva y la metí en el petate que me colgué del hombro. Solo había un lugar donde podía pasar la noche, el lugar donde solo Mael podría ir a buscarme, cuando fuera que su estúpido orgullo y su rabia se lo permitieran.

«Mael tendría que haber dicho algo», pensé con amargura.

«Tú no lo has hecho».

Ese pensamiento me hizo parar de golpe. No. No lo había hecho. No había dicho nada.

Cuando me llegó el momento de plantarme ante mi padre, me quedé allí parada como una tonta.

«Objetivo de prácticas».

Bien. Ya no. A partir de ahora sería un objetivo en movimiento.

Me lancé la capa encima de los hombros y me crucé la tira del petate a la espalda. Por encima del hombro, eché un último vistazo a mi casa —un lugar que sospechaba que quizá no volvería a ver más— y traspasé el umbral de la

puerta para dirigirme a la noche. Podía oír ruidos lejanos de los parranderos reunidos en el gran salón de mi padre, todavía celebraban mi vil compromiso, pero más allá de eso, la bulliciosa ciudad de Durovernum era el hogar de sombras y niebla. La lluvia había amainado y una neblina plateada empezó a congregarse en los rincones. Las puertas de la ciudad estarían cerradas a cal y canto, las murallas vigiladas durante la noche, pero no me importaba. Me deslicé entre las cabañas de los jefes, más allá de la herrería y los establos, hacia el lugar donde sabía que los terraplenes se encaramaban lo suficiente para que pudiera trepar por ellos y cruzar la cima de la muralla. Había seguido aquel camino tantísimas veces con Mael que seguramente podía recorrerlo con los ojos cerrados.

«Mael».

Me calé bien la capucha para taparme la cara. Iría al Valle Olvidado y esperaría allí para ver si Mael me seguía. Un día —dos a lo sumo— y entonces me marcharía.

«Vendrá. Tiene que venir».

Y entonces huiríamos. Hacia el oeste. Viajaríamos a través de las montañas de Cymru donde vivía la tribu Dobunni y a través del territorio de los misteriosos siluros. Zarparía para cruzar el Mar Irlandés hacia las tierras de mi madre. Un lugar donde se dice que si el suelo sintiera las pisadas de las sandalias de los legionarios, la mismísima tierra se alzaría como un gigante verde que se despertara y los echaría como si fueran pulgas.

«Puedo tener una vida allí —pensé mientras corría—. Ambos podemos».

Las gentes de mi madre me darían la bienvenida como guerrera, y Mael y yo podríamos luchar codo con codo justo como estábamos predestinados a hacer. Aquel pensamiento prendió la primera chispa diminuta de esperanza desde que Virico se había alzado en su comedor y había pronunciado mi condena.

—Ella no es tuya, ¡maldito seas!

Me quedé congelada.

El aire húmedo deformó el grito, lo convirtió en fantasmal, pero era la voz de

Mael, seguida de un gemido de dolor y el sordo entrecocar de espadas. El corazón me martilleó en el pecho cuando doblé la esquina de un establo para cabras, buscando en la dirección de donde provenía el ruido. La niebla se había espesado, y vi bailarines fantasmagóricos girando en el corazón de ese paño plateado.

Mael y Aeddán.

Sus formas imprecisas se agarraban y luchaban entre ellas, separándose y tambaleándose al juntarse. De pronto la niebla desapareció lo bastante para que yo pudiera ver el rostro de Mael cargando contra Aeddán, las siluetas borrosas de sus dos espadas cortando el aire ante él. Las hojas sonaron al chocar con las de Aeddán, encajándose en el espacio que había entre los dos hermanos, que intentaban superarse el uno al otro. De pronto, Aeddán retrocedió y pegó un brusco cabezazo a su hermano. Mael se tambaleó de dolor, la sangre le resbalaba por las mejillas. La niebla se arremolinó, escondiéndolos una vez más de mi vista.

Cuando se apartó de nuevo, vi a Mael, espadas en alto por encima de la cabeza, cargando contra Aeddán. El corazón me latía con fuerza y me oí susurrar: «Mael».

No había forma humana de que me hubiera podido oír.

Estaban demasiado lejos. Era solo un susurro.

Y, sin embargo, sus espadas —cediendo hacia abajo para bloquear el ataque de su hermano— flaquearon. Solo un instante. Pero fue suficiente. Aeddán estaba allí mismo. Cargó hacia delante y clavó su espada en el corazón de Mael.

«¡NO!».

Mi grito retumbó en silencio dentro de mi propia cabeza, pero el alarido de sorpresa de Mael alertó a los centinelas de la muralla de Durovernum. Oí un grito y el ruido de pies corriendo.

No podía respirar. No me podía mover.

Me aferré a la pared del establo cuando los ojos de Mael encontraron los míos. Abrió la boca y un oscuro borbotón de sangre emanó de sus labios y se derramó

hasta la barbilla. Aeddan arrancó el acero del cuerpo de su hermano y Mael se derrumbó. Cayó de bruces en el barro, horriblemente quieto. Los dientes de Aeddan brillaban en una sonrisa, parecía medio loco.

—Hermano —dijo con voz ronca—. Maelgwyn...

Entonces se giró, buscando lo que había distraído fatalmente a su hermano. Sus ojos encontraron mi rostro en la oscuridad.

—¿Fallon?

Los gritos de los centinelas ya estaban cerca. Aeddan miró enloquecido por encima del hombro y luego de nuevo hacia mí. Durante un instante, dudó. Entonces se precipitó en la niebla y echó a correr en dirección a la muralla de Durovernum. En un segundo había desaparecido, la noche se lo había tragado por completo.

El mundo a mi alrededor se volvió carmesí.

Si Aeddan conseguía escapar de Durovernum esa noche, desaparecería en el bosque y recorrería todo el camino de vuelta hacia sus propios salones profundos en el corazón de las tierras de los trinovantes, y allí estaría a salvo. Asesino... pero a salvo. Me sequé las lágrimas de los ojos llena de rabia y eché a correr, tomando la misma dirección que Aeddan. Aquello no pasaría, no mientras yo todavía respirara. Cuando alcancé la muralla de la ciudad, trepé por el terraplén lleno de barro y caí con muy poca elegancia hacia el otro lado. Agachada, escruté el terreno. Aeddan había dejado un claro rastro de pisadas en la tierra fangosa. Cuando me puse de pie, una gruesa cortina de nubes barrió la luna llena, como si sofocara una llama. No importaba: sabía qué camino debía tomar. El bosque delante de mí estaba lleno de sombras, pero me adentré entre los árboles, siguiendo el camino de ramas recién partidas que marcaban el rumbo de Aeddan. Se había dirigido hacia el camino de carros que lo llevaría hacia la carretera principal.

Estaba huyendo como un cobarde. Un asesino.

La espada que había metido en mi petate repiqueteaba en su vaina mientras

corría, ese sonido iba al compás de un único pensamiento que se repetía una y otra vez en mi cabeza.

«Mael está muerto... Mael está muerto... Mael está muerto».

Tropecé a ciegas, adentrada en el bosque, con un único objetivo: la venganza. Solo cuando había corrido muchísimo más de lo que debería haber tardado en encontrar la carretera principal, me di cuenta de que me había perdido. Me detuve y escuché. Por encima de las salpicaduras del agua de la lluvia cayendo por las hojas del bosque y el ruido de mi respiración, podía oír otro sonido.

El del agua corriendo.

«No».

Estaba cerca del río. Había ido justo en la dirección opuesta a la que debería haber tomado. Maldije en voz alta y me tapé la boca de un manotazo. Aeddan podía estar en cualquier lugar cerca de mí. Sería una estúpida si le revelara mi presencia. La única manera que yo quería que él supiera que estaba ahí era cuando mirara hacia abajo para ver mi espada clavada en sus entrañas.

Con mucho cuidado, aparté las ramas de un árbol joven y me encontré en la amplia orilla del río Dwr. Un resquicio entre las nubes derramó un rayo de luz de luna y bajé los ojos para ver mi reflejo devolviéndome la mirada desde el agua oscura, unos ojos verdes brillando como los ojos de los gatos que teníamos para matar ratas.

«Y yo mataré una rata esta noche», pensé.

Envolví mi corazón en furia para mantener a raya la desesperación, mientras me arrodillaba en la hierba empapada de la orilla del río para recuperar la espada del petate. Antes de que pudiera cogerla, la luna desapareció de nuevo detrás de las nubes. A medida que el río volvía a la oscuridad, alcancé a vislumbrar un atisbo de sombra acercándose detrás de mí en el reflejo del agua. Me giré de golpe, pensando que Aeddan me había encontrado antes que yo a él. Mi mano se dirigió instintivamente hacia la daga, solamente para recordar que la había dejado yaciendo entre las brasas del hogar de mi casa.

No era Aeddan.

Un hombre corpulento blandió su puño hacia mi cabeza como si fuera un mazo. Caí, consumida por una marea rojo oscuro.

Cuando desperté, supe por el vaivén de los húmedos tablones que tenía debajo que estaba en un bote, deslizándome en silencio río abajo por el que supuse que era el Dwr.

«De la ceniza a las brasas», pensé cuando un frío pavor perforó las náuseas que ya se habían instalado en mis entrañas. Era la segunda vez que había recibido un golpe en la cabeza en menos de un día. Gruñí y abrí los ojos.

El hombre de la orilla del río estaba sentado en un banco en medio del pequeño esquife y me miraba fijamente. Al ver que había despertado se arrodilló delante de mí y me cogió por el mentón, obligándome a mirarle a la cara. Sus ojos eran de dos colores distintos: uno azul acuoso y el otro pardo fangoso. Abrí la boca enfadada, pero me la cerró presionándome los labios con un dedo áspero y calloso.

—Chis... —Rio con la boca torcida en una mueca medio escondida bajo su enmarañada barba—. Chilla y será el último sonido que emitas. ¿Entendido?

Con la otra mano presionaba la hoja de un cuchillo bajo mi oreja izquierda. El grito que había empezado a formarse en mi garganta se extinguió al instante. No podría escapar si estaba muerta.

—Aquí tienes una buena putilla cantii. —Sus ojos desparejados me repasaron de arriba abajo—. No es demasiado fea —informó en voz baja por encima del hombro al otro ocupante del esquife, un hombre de pelo oscuro que remaba sin esfuerzo. Luego se giró de nuevo hacia mí y deslizó su daga hacia mi mejilla—. Si te portas bien, no te destrozaré la cara. Quizás hasta consigas un precio decente.

«Un traficante de esclavos», pensé paralizada por la incredulidad. La criatura más rastrera del mundo, taimados buhoneros siempre listos para capturar y hacer trueques con las vidas de cualquier persona lo bastante desafortunada para

cruzarse en su camino inadvertida. Mi tribu conseguía la mayoría de nuestros esclavos a través de guerras y asaltos. Los comerciantes eran considerados parásitos, una plaga que acompañó a Roma hasta nuestras playas.

Ese no llevaba torques. Ni brazaletes. Ni ornamentos de ningún tipo que le marcaran como hombre libre o cualquier otro estatus que no fuera de humilde cuna. Por supuesto, me di cuenta, yo tampoco llevaba nada en ese momento. No vestía ninguno de los adornos que me marcaban como la hija de un rey. Había renegado de mi estatus. Mis brazos y mi cuello estaban desnudos. Nada de oro brillaba en mis orejas. Mis botas y la túnica estaban llenas de barro y rasgadas después de la loca carrera por el bosque. Probablemente, esos hombres pensaron que yo no era más que una humilde esclava, un botín fácil. Se equivocaban. Y se lo demostraría tan pronto como recuperara mi espada.

—¿Huías de alguien, pequeña esclava? —preguntó el hombre de los remos.

Hablaba latín como todos los comerciantes, así que lo pude entender bastante bien, pero su voz tenía un extraño tono cantarín que no podía ubicar.

Rechiné los dientes y no dije nada. Se rieron bajito ante mi silencio. Por encima de su hombro pude entrever la forma de una galera navegando por el agua.

—Da igual —dijo guiando el esquife hacia el barco—. Sea quien sea, te alejarás lo bastante cuando llegemos a Roma.

«Roma».

La palabra me aturdió como otro golpe en la cabeza. Por encima del ruido de las olas que lamían los bordes del esquife, podía oír voces amortiguadas que provenían de la cubierta de la galera; palabras con voz de hombre, farsantes y rudas en la noche, y un ruido más pequeño y desamparado. Un llanto. Una niña. Quizás un niño pequeño. Silenciado por el ruido agudo de una bofetada. Parecía que yo no era la única presa que los esclavistas habían cazado esa noche. Pero



probablemente yo era la única lo bastante estúpida para haber corrido a caer en sus zarpas.

El esquiife chocó contra el lateral del barco que se alzaba ante nosotros como una bestia marina de las que aparecen en los cuentos para niños. Alguien lanzó una escalera de cuerdas, y Ojos Dispaes me instó con su cuchillo a moverme hacia ella. El bote se tambaleó cuando me puse torpemente de pie, y casi caí a la negra agua. Por un instante, pensé que quizá podría hacerlo: dejarme caer por la borda y nadar para salvar la piel.

Casi como si hubiera escuchado mis pensamientos, Ojos Dispaes me cogió por los pelos y me forzó a mirar hacia arriba, apuntándome con su cuchillo. De pie en la embarcación, vi una forma baja y fornida sujetando un arco, una flecha ya cargada y la cuerda medio tensada.

—Piensa siquiera en darte un baño y aquí mi amigo te agujereará antes de que toques el agua —me siseó en el oído.

No tenía más opción que trepar por la escalerilla, con Ojos Dispaes y el hombre de pelo oscuro siguiéndome de muy cerca. Nunca había estado en un navío de altura y mis rodillas cedieron en cuanto la cubierta del barco se inclinó bajo mis pies. Tomé una profunda bocanada de aire e intenté imaginar que el movimiento oscilante era el vaivén de mi carro de guerra. Eso era otro desafío, me dije. Solo otro adversario que abatir.

Miré a mi alrededor en busca de cualquier escape posible, pero Ojos Dispaes estaba ahí mismo, empujándome de mala manera hacia la escotilla que había en medio de la cubierta que bostezaba como unas negras fauces abiertas. Oí el estallido de acero contra madera cuando arrastraron despacio el ancla a bordo, y sentí el barco tambalearse adelante siguiendo el curso del río. A medida que la boscosa orilla se perdía detrás de nosotros, me agarré al pasamanos del barco. Di tres o cuatro pasos antes de que Ojos Dispaes me cogiera y me atizara con el dorso de la mano una perezosa bofetada en la mandíbula que me hizo tambalear.

—Llevala abajo —gruñó Ojos Dispaes empujándome hacia un hombre muy musculoso—. Tiene mucha prisa por escapar. Convéncela para que no lo haga.

## V

Horas antes esa misma noche, me había arrodillado en el suelo de mi casa y me había despojado de la fina torques de plata que llevaba en el cuello. La torques había sido el símbolo de mi estatus en la tribu de los cantii. La hija de un rey. La había echado a las llamas del brasero y había pensado que jamás volvería a sentir la fría y pesada caricia del metal alrededor de mi cuello. Me equivocaba.

Ese nuevo aro de metal era más frío. Más pesado.

Y me marcaba igualmente... Solo que ahora mi estatus era de esclava.

El collar estaba hecho de hierro toscamente trabajado. Mate y rasposo, estaba asegurado con un perno y amarrado a un robusto poste de la bodega con una cadena. Era lo bastante ancho para que reposara sobre mis clavículas, pero me daba la sensación de estar escañándome igualmente. Mi gente era fieramente protectora de nuestra libertad. Ser un hombre o una mujer libre significaba tener un estatus en la tribu. Respeto.

Me agaché en la oscuridad de la bodega, el hedor de pescado podrido, moho, sudor y miedo mezclados se me atascó en las narinas. Tenía las botas tan empapadas del agua del río, que los pies se me habían entumecido; me las quité y las dejé a un lado para frotarme los acalambrados dedos de los pies con las palmas de las manos. Gracias a la luz parpadeante de un único farol que pendía y humeaba, pude ver un puñado más de personas encadenadas a postes, igual que yo. Hombres y mujeres, la mayoría de ellos jóvenes, o al menos no viejos, todos ellos sanos. El hombre de pelo oscuro sin duda era un comerciante exigente. Y un ladrón. La gente de la bodega de aquel barco —yo incluida— no habíamos sido el resultado de un trueque o de una compra en Durovernum; nos habían

cogido sin más, como el botín de un asalto. Pero para cuando el sol se alzase y cualquiera de sus amos se diese cuenta de que habían desaparecido, la galera de esclavos estaría a salvo río abajo y navegando hacia el océano, camino de cruzar el canal hacia la Galia.

Y me habrían llevado con ellos.

Miré fijamente el farol y pensé en los que colgaban en mi casa. Tal como una de las lámparas de Sorcha, estaba a punto de cruzar el mundo hacia un lugar donde me venderían por un puñado de monedas. Algo me rozó un tobillo y pegué un salto, me estremecí al ver los ojos de una rata mirándome fijamente, rojos y brillantes en la penumbra. Me ceñí la capa alrededor de las piernas y los pies. El tiempo corrió con el balanceo del barco y la peste de la fétida agua de mar chapoteando. Oí el ruido seco de las velas que producía el viento refrescante, y un sombrío peso de desesperación me hundió el corazón en el pecho. Sabía que ya habríamos llegado a la boca del río donde desembocaba en el mar.

Pensé en Maelgwyn, muerto en la niebla.

«Jamás volveré a verlo», pensé, y el mero hecho de darme cuenta me golpeó como un choque letal. Apenas había empezado a ver a Mael como algo más que un hermano o un amigo, y de pronto se había ido. Se había ido para siempre, y no solo él. Mi padre, mi tribu..., para mí era como si todos estuvieran muertos. Cerré los ojos con fuerza, pero todos y todo lo que dejaba atrás estaban ahí, flotando como fantasmas en mi mente. No sabía qué más podía hacer, así que susurré una plegaria a Morrigan, la triple diosa de la sangre y las batallas. Quizá no era la deidad más apropiada, dadas las circunstancias, pero era la única a quien rezaba a menudo. Tenía la garganta seca y la voz, cuando intenté decir el primero de los tres nombres de la Diosa Cuervo, me salió como el graznido de un grajo:

—Macha... —Me humedecí los labios y lo intenté de nuevo—. Macha. Nemain Roja. Badb Catha... Escuchadme. Viento, lleva mis palabras. Sombras y

oscuridad, contemplad mi horrible situación. Dejad que Morrigan oiga mi plegaria. Dadme fuerza para vencer a mis enemigos y sembrad mi venganza...

Susurré la plegaria una y otra vez hasta que finalmente me sumí en un profundo y exhausto sueño.

Finos rayos de sol se colaron por las grietas de los listones de la cubierta y agujerearon la penumbra. Pestañeeé adormilada y confundida hasta que me di cuenta de dónde estaba y qué me había despertado. Ojos Dispareos estaba en cuclillas delante de mí, sonriendo con sorna. Su mirada desperejada examinaba mi rostro y mis extremidades.

—No es demasiado fea —dijo de nuevo, igual que había hecho en el esquite.

Sin embargo, no habló en latín esa vez, sino en la lengua de mi propia gente. Su acento me dijo que era catuvellauni, y oírlo transformó mi miedo en enojo. El esclavista era celta. Pero de una tribu famosa por sus costumbres taimadas y ladronas. Decidí que cuando escapara —porque lo haría— le cortaría el gaznate para vengar la afrenta que suponía hacia los cantii y la casa de mi padre.

El hombre debió ver el desafío llameándome en los ojos.

—Putas cantii quisquillosa. ¿Te crees mejor que yo?

—Sé que lo soy —respondí.

—¡Ja! —ladró—. No soy yo quien lleva una argolla en el cuello.

—No —repuse—. Supongo que los ladronzuelos de tu calaña no sabéis qué es sentir el metal en vuestros cuellos.

Me agarró un puñado de cabellos y me obligó a echar la cabeza atrás, luego me acercó tanto la cara que podía sentir su cálido y agrio aliento en la oreja.

—Apesta a las ciénagas y al estiércol de aquella mierda de isla, igual que yo tiempo atrás.

—Al menos no apesta a Roma —dije rechinando los dientes.

Sentí el golpe antes de que la odiada palabra abandonara mi lengua, fue un embate corto y certero en el estómago. Luché por recuperar el aliento, apenas

tuve tiempo de gritar cuando sentí cómo Ojos Dispare me agarraba, sus gruesos dedos buscando a tientas los lazos de mi túnica. Le lancé insultos y patadas, pero estaba encadenada, y él era mucho más fuerte. No sabía si podría ahuyentarlo. Sentí el ruido de mi túnica al rasgarse...

Y de pronto Ojos Dispare ya no estaba.

Caí hacia delante en el aire, y se me abrieron los ojos de golpe. Motas de polvo danzaban enloquecidas en las esquirlas de luz que entraban por las grietas de la cubierta y se arremolinaban alrededor de una silueta. Era el jefe esclavista de pelo oscuro que había en el esquife. Se hallaba de pie por encima de Ojos Dispare —que de pronto estaba tendido de espaldas en el suelo— y sujetaba un cuchillo largo en un puño. Hubo un largo momento de quietud entre ambos hombres, interrumpido solamente por los ruidos ahogados que emitió mi garganta cuando intenté recuperar el resuello.

—Arriba, Hafgan —dijo el jefe esclavista con calma.

—Solamente estaba...

—Arriba, he dicho.

Ojos Dispare se tambaleó al ponerse de pie.

—No estaba haciendo nada con la esclavita que no se hubiera hecho cien veces antes, diría yo.

—Cállate, Hafgan. —El jefe esclavista se volvió hacia mí y me preguntó—: ¿Te ha hecho daño, muchacha?

Sacudí la cabeza, tirando hacia abajo la túnica que me había rasgado hasta la mitad del muslo.

—Bien. —Suspiró y volvió a colgarse la daga en el cinto—. Eso significa que yo no tengo que hacerle daño a él. —Se giró hacia Ojos Dispare y dijo—: Llévala arriba a la cubierta. Ilesa.

Empujó a Hafgan y se dirigió hacia la escalera.

—Ahora, Hafgan.

Busqué a tientas mis botas en la semioscuridad, pero habían desaparecido. Me las habían robado mientras dormía. Ni uno de los otros esclavos se atrevió a

mirarme cuando Hafgan farfulló con amargura al librarme de la cadena atada al anillo de hierro que llevaba en el cuello y tiró de mí con fuerza para levantarme del suelo. Arriba en la cubierta y parpadeando ante los rayos de sol que brillaban contra el agua, pude ver en la distancia los calizos acantilados blancos —sagrados para la diosa, guardianes de la Isla de los Poderosos— erguidos sobre el oleaje. Jamás antes había visto las costas de mi hogar tan adentrada en el mar. La visión de los acantilados empequeñeciéndose mientras las velas se hinchaban con el viento y el barco cogía velocidad me dio ganas de llorar.

Hafgan me dio un codazo para que cruzara la cubierta hacia una tienda de lona que había cerca de popa. Llegó antes que yo y la abrió de un manotazo. Cuadré los hombros y le dediqué una fiera mirada antes de bajar la cabeza y adentrarme en la tienda. El jefe esclavista estaba sentado en una silla baja y sin respaldo en medio de la tienda, me miraba con el ceño fruncido. Era más joven de lo que pensaba, quizá solo tuviera entre veinte y treinta años. Pero su tupida y cuidada barba y los lujosos ornamentos que llevaba —además de la fría mirada de sus ojos— le hacían parecer mayor. Se paseaba con aires de autoridad y debía ser totalmente despiadado para haberse ganado el elevado puesto entre su panda de brutos a tan corta edad.

El hombre tenía mi petate de piel de cordero apoyado en las rodillas; tragué saliva para deshacer el nudo de terror que se había formado en mi garganta mientras él ordenaba a Hafgan que se retirara con un leve ademán. El silencio que siguió se instaló entre nosotros mientras él me miraba sin pronunciar palabra. Al final, pareció haber tomado alguna conclusión respecto a mí. Su labio esbozó una sonrisa torcida y bajó la mirada para contemplar sus manos ligeramente entrelazadas.

—Me llaman Charon —dijo finalmente—. Soy de Macedonia. No espero que sepas, o te importe, dónde está.

Me encogí de hombros. Tenía razón: yo no sabía dónde estaba Macedonia, pero sonaba muy lejano.

—Y ¿quién eres? —me preguntó.

Dudé, sorprendida. ¿Siempre tenían tanta curiosidad los comerciantes de esclavos por su propiedad?

Los ojos de Charon volvieron a clavarse en mi rostro.

—¿Cómo te llamas?

Quizá, pensé, si le decía quién era realmente, el hombre me devolvería a mi padre. Pero el remolino de esperanza se extinguió de golpe con el pensamiento que siguió.

«¿Por qué tendría que creerme?».

No había absolutamente nada que yo pudiera hacer para demostrar mi identidad, a excepción de pedirles que dieran media vuelta y que fuéramos a llamar a la puerta del gran salón de mi padre para preguntarle si había perdido alguna díscola hija últimamente. ¿Y si —dijéramos, por la caprichosa voluntad de la diosa— eso pasara realmente?

Al huir, sin duda había humillado a Virico, y estaba segura de que la lengua viperina de Aeddan ya había vertido mentiras emponzoñadas en sus oídos. Mi padre seguramente me entregaría de nuevo a Aeddan y ya lo tendría todo arreglado. Había dejado muy claro en el festín de la última noche que le daba igual qué me pasara. Miré a Charon con cautela cuando alargó una mano hacia mi petate y lo abrió de un certero tirón. Mis pocas posesiones se desparramaron por la cubierta entre nosotros, y mi espada cayó en los tablones con un sonido sordo. Clavé la mirada en la vaina decorada de bronce y piel de cierva, con la añoranza anclándose en mi pecho.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Charon haciendo un ademán hacia la espada—. ¿La robaste?

—¡No la robé! —respondí con los ojos clavados en él—. Yo no soy un ladrón como tú.

—Y ¿qué es lo que he robado, exactamente? —me preguntó enarcando una ceja.

—A mí. —Hice un ademán con el mentón para señalar el barco—. A ellos. No te pertenecemos.

—¿A quién perteneces tú, pequeña esclava? —Sus ojos oscuros centellearon.

De nuevo, cerré la boca, sin saber todavía si revelar o no mi identidad. La espada estaba a pocos centímetros de mis pies, y sentí que me hormigueaban los dedos por querer coger el arma, pero sabía que solo me serviría para que me mataran.

Charon se puso de pie y recorrió el espacio que nos separaba para coger él mismo la espada. La sacó de la vaina y acarició con el pulgar las marcas grabadas en la hoja, justo debajo de la empuñadura. La belleza de sus limpias líneas letales todavía me dejaba sin respiración. Esa espada y el destino que representaba significaba para mí más que nada en este mundo. El diseño era un triple cuervo enlazado —el blasón de Morrigan— y recordé con absoluta claridad el día que Sorcha me había llevado al herrero. Me sentaron en un taburete alto en la forja iluminada por el fuego y presencié, por primera vez, la creación de una espada.

Sorcha dejó el arma, colgada en la pared de nuestro hogar, cuando se fue a la batalla. Al no volver, la reclamé para mí y me prometí que honraría el legado de mi hermana como guerrera.

—¿De quién es esta espada? —me preguntó Charon de nuevo.

De pronto sentí como si mi destino colgara, suspendido, al borde de un precipicio. La sombra de un ave marina cruzó la pared de la tienda. O quizá fuera uno de los cuervos de Morrigan.

—Es mía —respondí en un susurro seco.

—¿Quién te la dio?

Me mordí el labio y me quedé en silencio.

—Dímelo —dijo. Y entonces, después de una larga pausa, añadió—: Por favor.

Hubo algo en cómo lo dijo que me obligó a confesar la verdad. Quizá solo fuera el inesperado «por favor», pero parecía que fuera más allá de la simple curiosidad.

—Era de mi hermana —expliqué.



Charon entrecerró los ojos.

—Tu hermana debe ser una buena guerrera para llevar una espada como esta.

—Está muerta. —Las palabras me sonaron feas y monótonas—. Cuando era pequeña, mi hermana se fue a luchar contra los romanos. Jamás volvió a casa. Desde entonces la espada es mía.

Vi cómo la mandíbula de Charon trabajaba mientras se mordía el carrillo, perdido en sus pensamientos. Entonces parpadeó rápidamente y se volvió, como si un velo hubiera caído detrás de sus ojos, y su expresión era inescrutable de nuevo.

—Es una buena espada —dijo alzando la esbelta arma y sopesándola—. Me pregunto por qué no se la llevaría al campo de batalla.

—Mi hermana podía matar a un hombre con un simple cuchillo de cortar pescado —dije con fiereza—. Ella era el arma. El acero que usara no tenía consecuencia alguna.

Era cierto. Sorcha había tenido muchas espadas y muchas dagas —todas ellas marcadas con el mismo blasón de tres cuervos enlazados— y aun así esa era especial. Ella misma lo dijo el día que fuimos a la forja. Era la gemela de la espada que llevaba ella, pero esa espada sería mía algún día, me dijo. Y cuando eso pasó —cuando llegó el día que fui lo bastante mayor y lo bastante digna y la espada pasó a ser mía— prometí custodiarla con mi vida. Porque, me dijo Sorcha, significaría mi vida. No supe exactamente qué quiso decir con eso, pero mi hermana a menudo decía cosas así. Sorcha, cuando estaba viva, tenía la costumbre de pasar muchas horas charlando a solas y en secreto con Olun, el jefe druida de mi padre. Los druidyn eran los sabios y místicos de nuestra tribu. Lidiaban con presagios y profecías, y a menudo me preguntaba si Sorcha supo algo los días antes de que se fuera a luchar contra los hombres de César. Algo que no me había dicho, que no quería decirme.

Me pregunté si por eso dejó atrás su espada, como un legado para su hermana pequeña. Quizá Sorcha sabía que moriría y me la dejó para que creciera con ella.

«Aunque lo hiciera, ella se habría ido igualmente —pensé—. Igual que lo

hubiera hecho yo. Es lo que hacen los guerreros».

—Menuda ferocidad la tuya —dijo Charon—. ¿Sigues los pasos de tu hermana, quizás?

Sentí un escalofrío recorrerme el espinazo al oír estas palabras, como el roce de oscuras alas en mi piel. Los druidyn habían visto mi destino: seguir los pasos de Sorchá. Morrigan, al parecer, no lo había querido así. Yo solo podía desear que el camino en el cual había depositado mis pies me llevara a un destino tan honorable como el de mi hermana.

—¿Sabes luchar? —me preguntó.

—Sé luchar —respondí alzando el mentón—. Mejor que tú. Mejor que todos tus hombres.

—De verdad —repuso él enarcando una ceja.

—Devuélveme mi espada y lo verás tú mismo.

—No... —Rio y la guardó de nuevo en la vaina—. No, te creo. Y por eso mantendré esto fuera de tu alcance. De momento.

Salió de la tienda y oí que le decía a Hafgan:

—Llévala abajo de nuevo —ordenó—. Y asegúrate de que el resto de hombres sepan que no pueden tocarla.

—¿Te la vas a quedar? —preguntó Hafgan con una mirada lasciva.

Me quedé de piedra. Eso era algo que no había tenido en cuenta.

—Haz lo que digo —respondió Charon—. Dile a todo el mundo que cortaré la mano del primer hombre que la toque y que la echaré de comer a los peces.

Di las gracias a Morrigan en silencio mientras bajaba para adentrarme de nuevo en la oscuridad de la bodega del barco donde estaban los esclavos, agradecida por la menor de las misericordias. Sin embargo, sabía que el viaje que me esperaba sería largo y terrible... y que la amabilidad continuada de Charon era la última cosa con que podía contar.

## VI

De la cabeza a los pies, yo era todo miseria. Había perdido la cuenta de la cantidad de días que habían pasado desde el festín de Lughnasa en el gran salón de mi padre. ¿Cuántas noches habrían pasado desde que pusieran el cuerpo de Maelgwyn en la pira funeraria? Si cerraba los ojos podía imaginármelo: sus espadas cruzadas sobre el pecho, las llamas cerniéndose sobre él para lamerle el rostro, consumiéndolo ávidamente.

«¿Habría huido Aeddan hasta su hogar? —me pregunté—, ¿o habría vuelto a hurtadillas para contemplar desde la lejanía cómo el humo y las chispas se alzaban hacia el cielo para llevar el espíritu de su hermano al Otro mundo?». Me juré a mí misma —cada día de aquel horrible viaje me juré— que encontraría la manera de volver y hacerle pagar por la muerte de Mael. Tarde o temprano tendrían que quitarme las cadenas —ya fuera para venderme o para ponerme a trabajar una vez me hubieran vendido—, y cuando lo hicieran, huiría. Me escondería. Volvería a casa y tendría mi venganza. Lo juré por mi alma.

La mía y la de Maelgwyn. Se lo debía.

Pero a medida que pasaban las semanas, los juramentos empezaron a sonarme huecos.

Como lo hizo cada día de aquel infinito trecho desde que atracamos en la costa más septentrional de la Galia y empezó nuestra caminata por tierra, la caravana paraba estruendosamente hacia mediodía, cuando el sol llegaba a la cumbre. El aire que rodeaba las carretas con las jaulas se hacía más y más caluroso, hedía a cuerpos sucios y a enfermedad y a miedo, y estaba lleno de polvo y de moscas bajo el sol cegador. Mi piel, que antaño era pálida y pecosa,

estaba ahora quemada e irritada. Tenía los ojos y las narinas llenos del polvo del camino, y la garganta reseca y rasposa. Había perdido la cuenta de cuantos pueblos y ciudades habíamos atravesado, donde los habitantes nos miraban con desdén y los niños se desafiaban entre ellos a tirar piedras a las jaulas.

Pero esa mañana, en lugar del descanso habitual de mediodía, nuestra caravana se juntó en la carretera con otra que provenía del este y llevaba más esclavos y bienes para el comercio. Los dos grupos se mezclaron y me trasladaron a una carreta que llevaba una jaula más grande; en ella solamente había chicas —más o menos una docena entre todas— de alrededor de mi edad.

Las chicas de la carreta llevaban argollas en el cuello como la mía, con una única cadena larga que las unía a los eslabones, los conectaba todos, hasta atarlos a los barrotes de la jaula. Me encerraron con ellas y unieron la argolla de mi cuello al final de la misma cadena.

«Atadas las unas a las otras —pensé—, como doce abalorios rotos de un collar deslustrado».

Cada una de nosotras también estaba atada a una pareja, unidas con la chica que se sentaba delante por esposas en los tobillos. Jamás recuperé mis botas y, sin su protección, los grilletes me lastimaron horriblemente, la piel del tobillo y del empeine de mi pie izquierdo empezaron a llenarse rápidamente de ampollas y de rozaduras. Durante los dos días y medio siguientes, la agonía fue tal que apenas pude soportarla. Cuando Charon en persona pasó cerca de mi jaula, pregunté en voz muy alta por qué teníamos que llevar cadenas en las piernas.

—Asaltantes —hizo un ademán hacia las colinas de los alrededores, colmadas de bosques. Era la primera vez que Charon me hablaba directamente desde que estuvimos a bordo del barco—. Cuando César rompió la resistencia de Arviragus y aniquiló la tribu Arverni y sus aliados casi por completo —continuó—, los pocos supervivientes huyeron hacia esas colinas. No tienen otro lugar adonde ir ni otra manera de sobrevivir. Ahora es una tierra sin ley y sería un estúpido si facilitara a una panda de asaltantes que pudiera venir y robarme mi propiedad, ¿no crees?

—Una propiedad que tú robaste primero —repuse.

Charon rio.

—Y qué patética serías si te ratearan dos veces, ¿verdad, esclavita? Tendrías que estar agradecida de que tome estas precauciones. Los asaltantes no serían tan amables como yo. —Hizo una pausa antes de añadir—: Viajaremos también de noche. Será peligroso, pero menos que acampar. Quizá podrías ser lo bastante buena para ofrecer una plegaria a tu temible Diosa Cuervo para que no atraigamos visitas indeseadas.

Durante un momento no entendí cómo podía saber a qué diosa rezaba yo, pero luego recordé que todavía tenía mi espada, grabada con el blasón del triple cuervo de Morrigan. Charon lo reconoció. Y lo recordó.

El jefe esclavista me lanzó una sonrisa irónica. Destapó su bolsa de agua de cuero y vertió una generosa cantidad en la taza polvorienta que descansaba en el suelo, a mi lado. Estaba demasiado sedienta para sorprenderme. Bebí ávidamente los pocos sorbos de agua y dejé caer la taza entre mis pies sobre el suelo de la carreta. Mi seca y colérica sed quedó saciada por un instante, eché la cabeza atrás para apoyarla en los barrotes de la jaula y cerré los ojos. Después de un momento largo y silencioso, pude notar a las otras chicas mirándome con una curiosidad llena de envidia o de aburrimiento. O categórica animadversión.

Hice todo lo que pude para ignorarlas mientras la oscuridad descendía sobre la carretera serpenteante y las sombras del bosque se tragaron la caravana al completo.

Pasaron las horas y la luna llena se alzó en un cielo salpicado de estrellas. Gruñí e hice rotar la cabeza para despabilar mi agarrotado cuello. La chica del otro lado de la jaula —la que estaba atada a mi tobillo izquierdo— me miraba fijamente con una hostilidad sombría.

Debajo de la amplia frente que parecía todavía más ancha porque llevaba el pelo rubio platino bien recogido hacia atrás en hileras de trenzas, tenía los ojos

azules, pero eran tan pálidos bajo la luz de la luna que parecían plateados. Y eran igual de fríos y duros. Durante los tres días que habíamos estado encadenadas, jamás la oí emitir sonido alguno. Hasta entonces.

Su voz, cuando habló, era grave y fuerte. Sus palabras, duras:

—Te crees preciosa, ¿verdad, pequeña raposa?

Las comisuras de sus labios —tan cortados y secos como los míos— se curvaron en una mueca de desdén. Hablaba latín, probablemente lo aprendería de los comerciantes, igual que lo había hecho yo. Solo que el suyo estaba muy sazonado con su acento bárbaro natal. Oí a uno de los esclavistas decir que algunas de las otras chicas eran de la tribu Varini, una gente belicosa de las frías tierras del norte. Sin duda ella encajaba en esa descripción.

—Te crees especial —dijo—. *Ja?*

Entonces se echó hacia delante y, sin preocuparse por el desperdicio de preciada humedad, carraspeó y escupió entre mis pies en el suelo de la carreta. Las otras cautivas estaban despiertas y nos clavaron miradas ansiosas. Suspiré hondo para calmar un repentino brote de rabia que se me arremolinó en el pecho.

Fruncí el cejo inclinando la cabeza mientras miraba a la otra chica.

—Discúlpame si no te he entendido bien —dije en el mejor latín de comerciante que pude generar—. Tu acento es, a fin de cuentas, terriblemente feo... pero ¿acabas de llamarme perra?

Su mueca se convirtió en una sonrisa burlona.

—Zorra. —Hizo un ademán desdeñoso con la mano—. Un perrito salvaje y puntiagudo. Bestias cobardes. Muy ruidosas cuando... —Su latín le falló en ese momento, pero el gesto obsceno que hizo con los dedos de las manos evidenció claramente lo que quería decir.

Sentí como se me cuadraban los hombros, y una de las otras chicas soltó una risilla.

—Carroñeros —dijo la chica varini encogiéndose de hombros—. Pero, *ja*. Es todo lo que me parece, no muy especial.

«Pero yo había sido especial», pensé. Hubo un tiempo en que fui especial para

un chico con ojos de color gris acero que me amaba, y yo lo había echado todo a perder. Cerré los puños a ambos lados de mi cuerpo. La chica se dio cuenta y enarcó una ceja.

—No muy fuerte.

Mientras nos mirábamos fijamente desde cada punta del abarrotado espacio, las otras ocupantes de la jaula empezaron a alejarse de nosotras entre ruidos de cadenas.

La chica varini volvió a encogerse de hombros y pegó una patada a mi taza vacía con la punta de su sandalia.

—O quizás él no cree que eres especial. Quizá solo piensa que estás en celo, zorrita...

Se me nubló la visión y me oí gruñir llena de rabia al impulsarme hacia la otra punta de la jaula. La anilla de hierro que llevaba en el cuello, por supuesto, me pegó un tirón fuerte y corto; todavía estaba atada a la cadena que conectaba todas las argollas de las otras chicas. Sin embargo, la fuerza de mi embate fue tal que la chica de la otra punta de la jaula salió despedida hacia la que estaba a su lado y se dio un golpe en la mejilla contra el hombro de la otra, que se cayó encima de la joven que tenía al lado.

Chillaron enojadas y sorprendidas, y las otras chicas empezaron a gritarnos también cuando la chica varini se apartó de mi alcance y arrastró con ella a las chicas de su lado de la jaula. Un caótico embrollo de extremidades y cadenas se retorció y golpeó a medida que los incontables días de miedo y frustración hervían para convertirse en violencia. La varini era alta y desgarrada y cuando me atacó con una larga pierna, la suela de cuero de su sandalia me dio un golpe terrible en el muslo. Gruñí de dolor y me tambaleé. La chica que tenía al lado empezó a sacudir los puños hacia mí, pero no sabía luchar.

Yo sí.

En el confinado espacio, encerradas entre barrotes, era bastante fácil acertar los embates, pero era igual de fácil recibirlos. Encajé dos golpes de refilón que me lanzó la chica varini con sus largos brazos antes de sentir cómo el mío

pegaba fuerte en sus costillas. Ella soltó un gáñido, se retorció para evitar otro golpe y arrastró a las chicas que tenía al lado. La jaula se inclinó peligrosamente al desplazarse por la sucia carretera.

El conductor, sentado delante de la jaula en un asiento de madera, maldijo en voz alta cuando nuestros frenéticos golpes hicieron tambalear la carreta, y dio unos golpes con el garrote de roble que llevaba. Gritó para que nos sentáramos y nos amenazó con detener la carreta y propinarnos una paliza a todas.

Apenas me di cuenta. Estaba demasiado ocupada esquivando un puñetazo en la cara.

El dolor me explotó en la mejilla izquierda y una neblina me cubrió los ojos. Después de tantos días y noches de sorda desesperación e impotencia, la fiera necesidad de luchar contra algo, contra todo, contra quien fuera, me estalló en el pecho. Bramé enfurecida y lancé los puños en un doble embate que arremetió en la sien de la varini y la propulsó hacia atrás.

—¡Estáis locas las dos! —Una chica de negro pelo largo y rizado gritó por encima del caos—. ¡Parad! ¡Conseguiréis que nos maten a todas!

En la oscuridad, las finísimas ruedas de la carreta que llevaba nuestra jaula serpentearon peligrosamente en las horadadas roderas de la carretera. El conductor, si hubiera pensado, podría haberse encargado de nosotras con un simple frenazo, pero Charon había advertido a sus hombres que no debían detenerse, y no había ninguna carreta detrás de la nuestra que pudiera ver lo que sucedía. El nuestro era el último vehículo de la caravana esa noche, exceptuando un pesado carromato de provisiones tirado por bueyes aún más lento que el nuestro. Lo bastante lento para quedarse muy rezagado y fuera del alcance de la vista.

Por lo tanto, no había nada que me impidiera intentar hacer tragar a la chica varini sus feas insinuaciones. Solamente tenía que atraparla. Introduje la mano izquierda debajo de la argolla de metal que llevaba en el cuello para no ahogarme y después tiré con todas mis fuerzas de la cadena. Conseguí crear la tensión suficiente para impactar el lateral de la cabeza de la chica varini con toda



la fuerza de mi puño derecho. Su cabeza cayó hacia atrás. La chica se derrumbó a plomo contra su lado de la jaula con la fuerza suficiente para volcar la carreta.

El conductor gritó alarmado cuando el carromato chocó con furia contra la carretera irregular. Cuando la jaula se volcó y empezó a caer por un empinado terraplén, las chicas gritaron e intentaron asirse a cualquier cosa. Mi hombro chocó contra el techo de la jaula con la fuerza suficiente para lanzar una oleada de dolor hacia todo mi cuerpo, y la chica que estaba encadenada a mi derecha me aterrizó encima y me arrebató el aire de los pulmones. Cuando la jaula por fin se paró al final de la cuneta, hubo un momento de completa quietud, rota por el chirrido que provocaban dos ruedas al girar inútilmente por encima de nuestras cabezas. Las otras chicas empezaron a gemir y a gimotear, empujándose con rodillas y manos, enredadas con las cadenas y las extremidades de unas y otras.

La jaula se había partido por la mitad como una fruta podrida, y yo me tambaleé para ponerme de pie y liberarme de los barrotes rotos. Los dos caballos que tiraban de la carreta, con el yugo colgándoles del cuello, también se pusieron de pie tambaleando y corrieron terraplén arriba. Aguanté la respiración cuando vi el conductor, que se había quedado atrapado bajo uno de los animales: tenía la cabeza torcida en un ángulo antinatural y la boca se le había congelado en un mudo grito de sorpresa. Una mancha de sangre oscura cubría parte de su rostro, y sus ojos estaban inmóviles e inertes.

Trastabillé hacia atrás y la cadena que me mantenía amarrada a las otras chicas por la anilla que llevaba en el cuello se abrió y cayó al suelo hecha añicos, una conexión rota repiqueteó una música disonante al golpear la pedregosa tierra bajo mis pies.

«¡Soy libre!», pensé cuando la euforia me estalló en el interior.

«No. No exactamente».

Maldije cuando vi que el grillete que rodeaba mi tobillo izquierdo estaba deplorablemente intacto. Todavía estaba ligada a corta distancia con la cadena de sólido hierro a la chica varini, que intentaba ponerse en pie a trompicones. Pareció darse cuenta al mismo tiempo que yo de la ironía de nuestra situación.

En los árboles que se alzaban altos encima de nuestras cabezas, oí la risita gutural de un cuervo e imaginé que era la sardónica risa de Morrigan, que se divertía ante mi desgracia. Mi diosa era caprichosa en sus afectos. Siempre lo había sabido. Pero empezaba a pensar que cuando me llamó hija, solamente fue por mofarse de mis esfuerzos por estar a la altura de ese honor.

Miré a mi alrededor, a las caras de las otras chicas, pálidas en la oscuridad, y dije:

—Es nuestra oportunidad.

Ninguna de ellas se movió. La chica varini no dijo nada, pero vi cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula. Cuando cruzamos las miradas, asintió levemente. Que así fuera. Juntas, nos alejamos con cuidado del embrollo de barrotes y maderas. Dudé un momento cuando la chica de pelo oscuro —la misma que había gritado para que paráramos de luchar— me puso una mano en el brazo.

—Esto no es una oportunidad. Esto es una locura —dijo en una voz baja y desesperada—. Escúchame, yo nací entre los de mi clase. He sido una esclava toda mi vida y jamás he tenido la oportunidad de ser nada que no fuera esto. Y aun así seguiré aceptando con gusto este destino antes que huir por estos campos, esperando que me cojan y me maten los hombres sin ley. Que te maten si tienes suerte. Ya oíste lo que dijo Charon.

Miré por encima de su hombro hacia aquel bosque profundo, oscuro y absolutamente en calma.

—Lo oí —dije—. No le creo. Estas colinas están desiertas. Aquí no hay nada más que los espíritus de los arverni asesinados por las legiones de César —dije en una voz lo bastante alta para casi convencerme a mí misma de ello—. Quédate aquí si es lo que quieres. —Aparté su mano de mi brazo—. Pero yo optaré por mi oportunidad con los hombres muertos, sin ley o con ella.

—Espera. —Se agachó, se quitó sus gastadas sandalias de cuero y me las ofreció. Como vio que dudaba, me las puso en las manos—. Cógelas —urgió

haciendo un ademán hacia mis pies descalzos—. Acepta mis zapatos y mis plegarias a la diosa por ti. Necesitarás ambas cosas.

La mirada de la chica era extrañamente compasiva. Supo solo con mirarme que yo no era como ella. Yo no era una esclava, nunca lo había sido. Yo solamente había sido una princesa y una guerrera. La ironía, me di cuenta, estribaba en que la chica era más fuerte que yo precisamente por eso. Aquella era una chica que escogería seguir encadenada si eso significaba que sus posibilidades de supervivencia eran una ínfima parte mejores. Y había fortaleza en esa decisión; la voluntad pura y empecinada de sobrevivir sin importar a qué terrible circunstancia. Quizás el honor no siempre era algo que se ganara con el acero. Y tal vez tampoco era tan fácil arrebatarlo, incluso en servidumbre.

Agaché la cabeza y cogí el calzado que la chica sujetaba con los dedos mientras la vergüenza me ardía en las mejillas.

—Gracias —murmuré al ponérmelas.

Las suelas de las sandalias de cuero estaban casi rotas en algunos puntos, pero me calzaban bien. Cuando me erguí después de haber atado los cordones, mi compañera de grilletes varini se agachó y cogió un puñado de eslabones de hierro que nos ataban la una a la otra.

—Si me haces ir lenta por tu culpa —gruñó—, te amputaré el pie con un pedrusco.

—No irás lenta por mi culpa —repuse—. No si mantienes tus largos pies planos lejos de mi camino.

Los pálidos ojos azules pestañearon hacia mí un momento. Entonces la varini se rio por lo bajo —una expresión que carecía por completo de júbilo— y dijo:

—Corre.

## VII

Fue extraño al principio —las piernas de la varini eran más largas que las mías—, pero en cuanto hubimos cogido el ritmo, alcanzamos una velocidad sorprendentemente buena a través del bosque, navegando por un paisaje cada vez más abrupto e inclinado bajo la luz de la luna.

Pero entonces mi pie chocó contra algo duro y anguloso, tropecé y caí de bruces sobre rodillas y manos. La alta rubia trastabilló al detenerse, maldiciendo en su idioma antes de girar sobre sus talones para llegar hasta mí, con un puño cerrado.

—¡Torpe idiota! —gruñó, su voz era un áspero estallido de sonido en la oscuridad—. Ya te he dicho que si me hacías ir lenta te...

—Me amputarías el pie —espeté—. Me acuerdo.

Miré hacia abajo en dirección a lo que me había hecho tropezar y tiré de ello. Me levanté de un salto para hacer frente a la varini, alzando una espada corta y ancha llena de suciedad. Sonreí al verla paralizada, con los ojos clavados en el arma que sujetaba.

—Quizá solo tendría que deshacerme del tuyo en lugar del mío —sugerí dulcemente—, y librarnos a las dos de la carga de nuestra continua compañía.

En la plateada luz de los rayos de luna, podía ver las dentelladas y rebabas que los estragos de la batalla habían infligido en la hoja de la espada. Bajo una generosa capa de herrumbre, ni siquiera hacía mucho más que brillar tenuemente bajo la pálida luz. Pero era un arma, a fin de cuentas. Y una bien útil.

Una que parecía tener una hermana.

Mi momento de superioridad se desvaneció cuando los ojos de la varini se

empequeñecieron de golpe y se lanzó hacia el montón de hojas que yo tenía en los pies. Cuando se irguió, su puño envolvía la empuñadura de un arma que acababa de encontrar: otra espada, casi idéntica a la que sujetaba yo. Habíamos ido a parar a un alijo de armas olvidadas después de la gran batalla de Alesia.

Conocía las historias. Las había oído contar en el gran salón de mi padre, alrededor del fuego. Cuatro años atrás, llegó un mensaje a nuestra tribu en el que se informaba de que, al otro lado del mar, el rey llamado Arviragus —el poderoso jefe arverni, el bravo rebelde que los romanos habían conocido por su título de guerra, Vercingetórix— había sido derrotado por Julio César en sus batallas en contra de la confederación de tribus galas. Y no solo derrotado. Humillado. Encadenado y arrastrado hasta Roma con grilletes, como un animal. Me estremecí al pensarlo. No podía imaginar un destino peor para un hombre como él.

Alesia había sido la batalla que había acabado con la guerra. César rodeó la ciudad fortificada no con un anillo, sino con dos, de terraplenes y se escondieron en un asedio devastador. Los defensores acabaron por mandar a sus mujeres y niños hacia las tierras de nadie entre las fortificaciones, esperando que César les permitiera irse. No lo hizo. En lugar de ello les dejó morir de hambre.

Desesperados, los galos acabaron por verse forzados a salir de la ciudad y adentrarse en una batalla contra las legiones. Y Arviragus en última instancia se rindió, pero no antes de que decenas de miles de celtas galos hubieran muerto. Decenas de miles más habían sido presos como esclavos. Y la antaño bulliciosa ciudad de Alesia —lo que quedaba de ella—, había sido abandonada para que se pudriera, rodeada por fortificaciones que se derrumbaban y acequias llenas de huesos y agua salobre. Y, según parecía, viejas armas oxidándose.

La chica varini y yo nos miramos durante un momento largo y tenso. Entonces, solté una bocanada de aire y bajé mi maltrecha espada.

—Venga —dije—, no tengo ganas de matarte, y si Charon y sus esclavistas vienen a por nosotras, estas espadas herrumbrosas no nos serán de mucha ayuda si todavía estamos encadenadas como un par de bueyes.

La chica reflexionó un momento, después se metió la herrumbrosa arma por el cinto de sogas que llevaba en la cintura y me hizo un gesto para que siguiéramos avanzando. Cuando finalmente llegamos a las ruinas de la cumbre de la ciudad, el manto de la noche todavía era más profundo. Por la poca luz de la luna que conseguía filtrarse, apenas podíamos ver las brechas irregulares de la alta pared de piedra. Nos colamos por una de las rendijas, y la cadena que nos unía siseaba por encima de las piedras caídas como un susurro de advertencia.

Una vez dentro, pude ver la cima de un gran edificio con techo de paja alzándose en el centro de la ciudad, más alto que ningún otro. Me recordó con una fuerte punzada de añoranza el gran salón de mi padre, solo que mucho más grande y parte del tejado era irregular, como si la mitad se hubiera derrumbado. La mayoría de los edificios no era más que restos esqueléticos. Aquí y allí, ventanas oscurecidas colocadas en las cáscaras de paredes de barro y mimbre nos miraban fijamente como las cuencas de los ojos de calaveras vacías. En algunos lugares, las cortinas de las puertas hechas jirones y los pedazos de toldos de cuero se sacudían lánguidamente por la fría brisa.

El lugar estaba completamente desierto.

—Allí. —La varini apuntó con su espada—. Allí hay un pozo.

Arrastrando la cadena entre nosotras, fuimos a trompicones hacia la pared baja y redondeada que rodeaba el pozo. Sin embargo, a medida que nos acercamos, se me erizó el vello de la nuca. Vi los restos de un cubo de agua destrozado que yacían al lado de un rollo de cuerda raída. Cuando estuvimos lo bastante cerca para mirar por encima de la pared baja, la chica varini ahogó una exclamación y se tapó la boca.

El pozo estaba lleno hasta más de la mitad con huesos pálidos y enredados. Calaveras y huesos largos, jaulas hechas de costillas, huesos más pequeños de brazos y piernas. Cuerpos que un día fueron arrojados al pozo hasta que se amontonaron, uno encima del otro, y que ahora estaban blanquecinos y vacíos, apilados más allá del nivel del agua. Un persistente tufo a descomposición flotaba en el aire.

«Eso son imaginaciones tuyas —me reprendí a mí misma incluso cuando sentí la bilis subiéndome por la garganta—. Hace años que esta gente está muerta».

—Corrompieron el pozo —dijo la chica varini, que de pronto tenía la voz gutural, como si ella también hubiera estado al borde de tener arcadas—. Lo llenaron hasta arriba de cadáveres para que el agua no se pudiera beber.

—Lo harían los romanos. —Sacudí la cabeza disgustada, incapaz de impedir que los pies me llevaran hacia atrás—. Después de romper el asedio, para que los Arverni no pudieran volver.

—O lo hicieron los mismos Arverni —dijo mi compañera—. Para que los romanos no pudieran quedarse su ciudad cuando hubieran ganado.

—Esto es horrible —repuse—. Ellos no harían eso a sus propios muertos. Es una deshonra.

—Es inteligente —replicó ella—. Es la guerra. No dejes nada atrás que tu enemigo pueda usarlo. Quema la tierra, mata el ganado, estropea el agua.

—Y ¿qué sabes tú de la guerra? —pregunté mirándola.

Se encogió de hombros y contestó:

—Mis gentes han estado en guerra entre ellas desde que Askr y Almr crecieron como árboles fuera de la tierra y los dioses los arrancaron del suelo y los convirtieron en el primer hombre y la primera mujer. Guerra de verdad. No los asaltos ganaderos de tu isla. Guerra. El tipo de guerra que te permite colocarte en la cima de una colina y mirar abajo hacia el valle y no poder ver la hierba de tantos hombres como hay luchando.

Intenté imaginar cómo sería una visión así.

—¿Entonces? —preguntó la chica varini—. No hay nada llamado deshonor. Nada llamado honor. Solamente hay victoria. O derrota. Y si pierdes, no dejas una cama recién hecha detrás de ti para que tu enemigo duerma en ella.

—Tu gente suena particularmente implacable.

—*Ja*. Solo que nosotros lo llamamos ser prácticos. De donde vengo, cuando una tribu quiere moverse para ir a vivir a otro lugar, a un lugar mejor, queman sus casas antes de irse.

—¿Cómo? —pregunté con el ceño fruncido—. Eso no es práctico. Es ridículo. ¿Por qué hacen eso?

—Para no poder cambiar de opinión. —Señaló con su espada en dirección a la oscuridad que tenía enfrente—. Solo se puede ir hacia delante. Solo existe mañana. No hay ayer, no se puede volver atrás. Y no se deja nada de valor, así que realmente no se pierde nada.

Pensé en la idea de arrojar el pasado al fuego.

¿No era eso lo que había hecho yo? Y ¿había dejado atrás algo de valor?

«Padre...».

...quien estaba dispuesto a entregarme a un marido a quien no quería ni podía amar.

«Maelgwyn...».

Parpadeé para ahuyentar las lágrimas que de pronto se me acumularon en los ojos y vi, en mi mente, las llamas de mi propio hogar. El fuego al cual eché mi torques y mi daga. Quizá también tendría que haber quemado mi casa. Sin duda había calado fuego a mis ayeres. Y me había ido, con la intención de no volver jamás.

—¿Qué pasa cuando llegas a otra tribu que no quiere moverse? —pregunté.

Ella compuso una sonrisa lobuna.

—Luchas.

—¿Eso es lo que te pasó a ti?

—*Ja*. Nací en un lugar que tendría que haberse llamado Infierno, porque eso era. La tierra era yerma, los vientos amargos, los rebaños escasos y la comida todavía más escasa. Por qué querría alguien vivir allí era, para mí —buscó con dificultad la palabra en latín—: un misterio. —Su expresión se ensombreció—. Nuestro thane tendría más cabeza que sus ancestros al decidir que nos iríamos a otras tierras. Más cálidas, más abundantes, pero que ya pertenecerían a otra tribu. Y, aun así, nos fuimos, y entonces, cuando llegamos... los suevos tenían más espadas y mejor comida. De modo que eran luchadores más fuertes.

—¿Qué pasó?



—Los varini, mi gente, vendieron a tantos de nosotros como pudieron para que hubiera menos bocas que alimentar, y después siguieron adelante. A un lugar donde no estuvieran los suevos.

Algo en su manera de decir la cruda verdad me hizo mirarla dos veces. Su rostro era impasible, pero me pareció ver una sombra revoloteando en su mirada.

—¿Quién te vendió? —pregunté.

—Mi madre.

—¿Qué?

—Consiguió un buen precio —dijo de plano, giró la cabeza y escupió—. Que se pudra en la mugre de las congeladas tierras baldías de Infierno hasta el fin de sus días.

La miraba fijamente con la boca abierta, lo sabía. Y al mirarla, vi su máscara flaquear lo bastante para darme cuenta. Dolor.

—Lo siento.

Rio ásperamente.

—No necesito la lástima de gente como tú, raposita isleña. La lástima es para los débiles.

El silencio se prolongó entre nosotras en la oscuridad que nos envolvía. No supe qué decir. No me gustaba esa chica. En absoluto. Y supongo que podría haber sentido algún tipo de lúgubre satisfacción acerca de las penurias que esa ruda, bruta e irritante chica había soportado, pero no. No podía imaginarme qué se sentiría cuando tu propia gente te trata como si fueras una posesión. Una vaca o una capa o una espada que se puede vender o regalar. Pero entonces, pensé, ¿no era eso lo que mi propio padre había querido hacer conmigo? ¿Entregarme a Aeddan como si fuera algún tipo de premio? Quizá la chica varini y yo no éramos tan diferentes.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté finalmente.

—¿Por qué?

—No me das lástima —mentí—. Pero me gustaría llorarte si llega el día en que tenga que matarte. Y no podré hacerlo si no sé cómo te llamas.

Los ojos fríos como el invierno de la chica rubia se empequeñecieron ligeramente. Entonces soltó una aguda risa y me dio un golpe —fuerte— en la espalda.

—Soy Elka —respondió.

—¿A secas? —tosí recuperando el aire después del manotazo—. ¿Elka y ya está?

—¿No te gusta mi nombre?

—Sí. —Sacudí la cabeza—. Es un buen nombre. —Me erguí e incliné la cabeza en lo que esperé que ella interpretara como un gesto de respeto—. Yo soy Fallon. Quiero decir, yo era Fallon ferch Virico, hija de un rey. Antes de todo esto. Pero supongo que ahora solo soy Fallon.

Elka lo consideró por un momento y asintió.

—*Ja* —dijo—. Es mejor así. No pertenecemos a nadie, tú y yo. —Desvió la mirada hacia la cadena que se extendía entre nosotras—. Solo a la otra, hasta que podamos encontrar un martillo o una buena hacha.

Los restos de los límites destrozados de la ciudad empezaron a difuminarse y desaparecer en la neblina que se alzó mientras Elka y yo buscábamos de casa ruinosa en casa ruinosa algún tipo de utensilio útil para liberarnos de nuestros grilletes. Me pregunté en silencio qué pasaría cuando lo hiciéramos. ¿Me abandonaría a mi suerte, mi reacia compañera, y desaparecería en el bosque tan rápido como esas largas piernas se lo permitieran? ¿Le haría yo lo mismo a ella?

—Dime una cosa —me dijo Elka hurgando en un montoncito de hojas y desechos con su herrumbrosa espada—. ¿Qué hiciste para ganarte su favor? El del jefe esclavista.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero al agua. —Inclinó la cabeza—. Y a que tú siempre tenías gachas en el bol antes que cualquiera de nosotras. Y el modo en qué Charon hablaba contigo, casi como si fueras una persona.

—No lo sé —respondí enderezándome y deteniendo mi búsqueda.

—En serio.

—¡No lo sé! —aunque, por supuesto, sabía lo que ella pensaba—. Yo no lo haría. Todo lo que sé es que Charon dijo a sus hombres que no podían tocarme.

Elka enarcó una ceja.

—En el barco, Hafgan, el feo de los ojos desparejados —susurré sintiendo como me sonrojaba—, in... intentó...

La expresión de Elka se ensombreció cuando entendió lo que yo no podía explicar en palabras. Intenté sacudirme de encima la oleada de repulsión y miedo de esos momentos en la bodega del barco de esclavos.

—No consiguió nada —dije atropelladamente—. Charon nos encontró y le detuvo antes de que pudiera hacer nada más que romperme el dobladillo de la túnica. Entonces le dijo a Hafgan bien claro que amputaría la mano del hombre que intentara hacer algo más que ponerme un dedo encima.

El enfado de Elka se trocó en reflexión.

—¿Y nunca te dijo por qué?

Sacudí la cabeza.

—Quizá te quisiera para él.

—Puf. —Puse los ojos en blanco—. Debe de ser por eso que nunca me puso un dedo encima tampoco.

—Tienes suerte.

—¿A ti alguien te hizo...? —no sabía cómo plantear la pregunta. Ni siquiera si debía hacerlo.

—No —sacudió la cabeza—. Uno de ellos lo intentó. El bruto con la larga barba pelirroja. ¿Sabes cuál digo?

Asentí.

—Le arranqué media oreja de un mordisco y le pegué una patada tan fuerte en las pelotas que todavía cojea. Quizás te diste cuenta.

Sí que me había dado cuenta. Y no solo cojeaba, renqueaba. Y mucho.

Elka sonrió con fiereza.

—Si no nos hubiéramos escapado, Charon hubiera tenido que pagar a aquel bastardo el dinero de la sangre, descontado de cualquier precio que yo

consiguiera una vez llegáramos a Roma —dijo—. Pero también le oí decir que quienquiera que me comprara tendría que pagar por mucho más que el precio de unos cojones amoratados y media oreja. Parecía bastante seguro de ello, así que supongo que decidió que merecía la pena mantenerme con vida. Fuera como fuere, ninguno de los otros esclavistas tuvo demasiadas ganas de probar suerte después de aquello.

Ambas habíamos tenido suerte, al parecer. Susurré una plegaria a Morrigan para que nuestra suerte durara un poco más.

—¿Crees que vendrán a por nosotras? —pregunté—. ¿Charon?

Elka abrió la boca para responder, pero de pronto se me erizó el vello de la nuca y la cogí por la muñeca para escondernos detrás de la runa que antaño formó una pared. Siseé para que se callara. Las sombras del borde de la plaza llena de hierbajos de la ciudad se sacudieron y se alargaron, y temí que mis propias palabras hubieran conjurado a Charon y a sus hombres en la noche. A mi lado, Elka aguantó la respiración.

Pero me equivocaba. No eran los esclavistas.

Era peor.

## VIII

Un par de hombres salieron de entre dos casas calcinadas y se movieron sin hacer ruido por las nubes de niebla que se arremolinaban alrededor de las gastadas suelas de sus botas de cuero. Tenían el pelo largo, lucían gruesas barbas y vestían túnicas manchadas. Durante un breve instante, pensé que podrían ser fantasmas —sombras de los arverni muertos—, pero llegaron al claro y la luz de la luna no brilló a través de ellos. Y la niebla se movía por donde caminaban.

Elka se movió para acercarse tanto a mí que estábamos agachadas hombro contra hombro.

—¿Dijiste que los varini son una tribu guerrera? —murmuré haciendo un gesto hacia la espada que llevaba en la mano—. Espero que te enseñaran a luchar con algo más que con los nudillos antes de que se deshicieran de ti.

La chica escupió un impropio silencio cuando el hombre más alto de los dos señaló hacia nuestra dirección. Sabían que estábamos allí. Venían a por nosotras. Y no estaban solos. Otras sombras salieron de la oscuridad y de pronto otro par de hombres cruzaba también la plaza de la ciudad hacia nosotras. Siseé a Elka e hice un ademán con la cabeza en dirección a la nueva amenaza, casi pude oír cómo se le disparaba el pulso. Sin poder escapar, Elka y yo salimos hacia el centro del espacio amplio y claro desde donde teníamos un campo de visión despejado hacia todas direcciones.

—Espalda contra espalda —dije muy tensa.

La chica se movió para que sus omoplatos se pegaran a los míos.

La cadena siseó por el suelo cuando los hombres se acercaron más a nosotras. Le pegué una patada para apartarla de debajo de mis sandalias, y uno de los

hombres —el más alto de la primera pareja— blandió una pica de empuñadura corta hacia la cabeza de Elka en una estocada horizontal y tosca. Ella se agachó para esquivarla y se movió hacia un lado, curvando su flanco izquierdo para que yo pudiera moverme con ella. Vi lo que hacía y me dejé caer para agacharme cuando ella se retorció. El hombre retrocedió de nuevo y mientras su atención estaba centrada en Elka, yo salté hacia delante con una estocada baja y rápida que lo golpeó con fuerza en la parte alta del muslo. Aulló de dolor, estremeciéndose hasta el punto de que mi espada le travesó los pantalones y se hundió en el músculo. Tiré de la espada y la sangre se derramó por la parte anterior de su pierna. Era la primera vez que hería a un hombre y sentí una salvaje oleada de emoción.

—No somos una presa tan fácil como él pensaba. —La voz de Elka resonó en mi oído, jadeando con miedo o esfuerzo, no pude distinguir qué—. Eso ha estado bien, raposita.

—Gracias —dije—. Para lo que ha servido...

—*Hai!* —exclamó Elka y se echó contra mi espinazo, lo bastante fuerte para derribarme hacia delante.

Dos aceros entrec chocaron al lado de mi oído cuando Elka rechazó a su atacante, pero yo estaba demasiado ocupada en ese momento para ayudarla. La pareja del hombre herido había aprendido de la desgracia de su compañero y se aproximó a mí con un ataque de amago en lugar de con una estocada directa. Vi debajo de su enmarañado enredo de barba demasiado larga que llevaba una argolla de hierro en el cuello. Como yo.

Pero no era ni de lejos como yo, porque los esclavos de las tribus galas no tenían nada que ver con los que pertenecían a mi propia tribu en Prydain, a ellos no se les permitía ser instruidos en el arte de la guerra. Y yo, sin duda, sí lo estaba.

—¡Son esclavos! —grité a Elka—. ¡No están entrenados!

—¡Eso díselo a ellos! —replicó ella a voz en grito dejándose caer sobre una

rodilla y echándose a un lado para esquivar otro torpe embate que, entrenado o no, le hubiera partido la cabeza en dos.

Cuando ella esquivó el golpe, yo la cubrí, sesgué el aire con mi espada y chillé una sarta de improperios que sorprendieron tanto al hombre que retrocedió unos cuantos pasos. Elka se levantó tambaleándose y juntas les plantamos cara, hombro a hombro.

—¡Son solo chicas! —chilló el hombre de la pierna herida—. ¡Acaba con ellas!

En toda mi vida, jamás había estado en una lucha real. Jamás había ido a un asalto o luchado para conquistar un territorio y —a pesar de todas mis declaraciones de destreza guerrera— creo que siempre me había preguntado en secreto si sería capaz de manejarme en una batalla de verdad cuando llegara el momento. Ahora, un solo vistazo a los hombres retrocediendo, uno de ellos agarrándose una herida que le había infligido mi acero, me dijo que sí lo sería. Que lo era. El primer bocado de batalla real supo dulce en mis labios y sentí una oleada de esperanza. Podíamos hacerlo. Podíamos ganar esa batalla.

Quizás.

—¡Solo chicas, mis cojones! —espetó uno de los otros forajidos—. ¡Son demonios, más bien!

Nos tenían miedo. Una chispa crepitó llena de vida en algún lugar profundo de mi interior. La más diminuta llamita azul, con ninguna yesca a la que agarrarse salvo la delirante esperanza de que podía luchar para recuperar mi libertad. La chispa se apagó en el momento en que el hombre atacó de nuevo y mi herrumbrosa espada me estalló en mil pedazos en la mano.

Agarré la empuñadura de la vieja arma y desesperadamente deseé que fuera mi propia espada reluciente, la que Charon me había arrebatado.

El hombre que tenía delante alzó bien alta su arma y después...

—¡Basta!

El distintivo acento de Charon rugió por las ruinas y se oyó el eco en las paredes de piedra rotas. Como si mis propios pensamientos lo hubieran

conjurado en el fino aire de la noche, atraído su sombra como un demonio del Otro mundo, el esclavista salió de la oscuridad y se plantó en el claro de luz de luna. Y, de pronto, no había nada excepto un espacio vacío delante de mí.

Los hombres habían... desaparecido.

En ese momento, entendí por completo por qué, joven como era, los hombres de Charon le respetaban —o quizá le temían. Con un movimiento rápido, Charon cogió al hombre por el hombro y lo hizo girar. Dos movimientos más y el hombre perdió primero la mano de la espada... y después la cabeza.

Su acero, cuya empuñadura todavía estaba sujeta por los dedos inertes, giró por los aires. La cabeza del hombre se separó del cuello y rebotó hasta la maleza, el blanco de sus ojos centellando en la noche. El torso decapitado se derrumbó en el suelo y Charon limpió su arma con la manga del hombre muerto. Al alivio que sentí le siguió una punzada de terror. Elka y yo habíamos sido rescatadas para encontrarnos acto seguido en las garras de nuestro captor.

Y no estaba precisamente contento con nosotras.

Charon pasó por encima del cadáver, me cogió por la argolla de esclava y me acercó tanto a él que nuestras narices casi se tocaron. Su aliento olía a vino. Probablemente viajaba tranquilamente en su carromato privado cuando la carreta con la jaula había volcado. Aunque el pulso me martilleaba en la garganta, latía desbocado contra los nudillos del puño de Charon, y forcé los ojos para que conectaran con los suyos. Si iba a morir, miraría el rostro de mi muerte cuando pasara.

Contuve la respiración, pero pasado otro largo instante vi la blanca furia desvaneciéndose de los ojos del jefe esclavista.

—Me has costado un hombre y me has costado un carromato y, aun así, aquí me tienes, rescatándote de los estragos de tu propia estupidez —siseó—. Debo estar loco.

—Déjame aquí entre estas ruinas, entonces —dije medio desafiante, medio asustada por si lo hacía—, y ya no te causaré más problemas.

—No me tientes —repuso—. Escúchame. Eres una estúpida y no sabes nada.



Ni siquiera sabes lo que vales, pero yo sí.

Mis ojos volvieron a clavarse en su rostro.

—Y esta es la única razón por la cual todavía estás viva —dijo—. Pero ten esto bien claro: si intentas volver a hacer otra estupidez peligrosa como esta, si piensas en huir, te juro por los dioses que te amarraré yo mismo al suelo y te dejaré ahí para que te encuentren los lobos.

Soltó mi collar de esclava, trastabillé un paso hacia atrás y choqué contra Elka. Ella estiró una mano para sujetarme. Charon apuntó un dedo amenazador hacia la alta chica varini y dijo:

—Y tú... Ya me has costado el dinero de la sangre. Debería matarte ahora mismo solo por todos los problemas que me has causado.

Sentí los dedos de Elka apretándome el brazo, pero no dijo nada.

—No puedo venderte muerta —gruñó él—, pero si no consigo un buen precio por ti que compense los problemas que me has causado, te venderé a cualquier bastardo senador romano bien gordo que te hará desear estar muerta.

Se giró e indicó a sus hombres que nos cogieran junto con nuestros atacantes que seguían vivos, quienes estaban arrodillados en el polvo a los pies de los esclavistas.

—Llevadlas de vuelta a la carretera. Y encadenad a estos otros como animales. Bien podríamos sacar todo el provecho que podamos de esta malnacida noche.

—¿Qué pasa con Clodhar? —preguntó Hafgan haciendo un ademán hacia la carretera.

—¿Qué pasa con él? —replicó Charon—. Está muerto. Su incompetencia me costó una carreta y el descanso de una noche. Puede yacer en esa cuneta hasta que los carroñeros se coman sus huesos.

Se giró y escudriñó la noche, dejando que sus hombres se encargaran de nosotras. Me giré hacia Elka, que pegó una patada a los grilletes de hierro que nos ataban la una a la otra.

—Supongo que nos tenemos que quedar enganchadas —dijo—. Al menos por

ahora.

—Hay destinos peores —repuse yo.

Ella puso los ojos en blanco.

—No muchos, pero los hay.

Una risita parpadeó en el rostro de Elka mientras los hombres de Charon nos ladraron para que empezáramos a movernos. La cadena siseó sombríamente por el suelo, pero me di cuenta de que estaba agradecida de que esa chica varini alta y fiera estuviera atada al otro extremo.

## IX

A partir de ese día, el viaje hacia el sur se convirtió en una pesadez de monotonía arrolladora. Los días se arrastraban por los barrotes de mi jaula, el paisaje estaba cubierto por el manto del apagado polvo de la carretera: colinas, luego bosques, luego campos pasaban de largo; doradas cosechas ondeantes estaban listan para ser recolectadas; pálidos cielos azules y nubes de una tonalidad rosa subido daban paso a la abovedada oscuridad que se cernía sobre mí cuando yacía, sin poder dormir, temblando y dolorida.

Y entonces, un día, nuestros carromatos coronaron una alta colina y, allí, extendido como un sueño ante nosotros, había un lugar que yo jamás, ni siquiera en mis más descabelladas ilusiones, podría haber imaginado: el puerto de Masilia, tendido en la costa del vasto mar que los romanos llamaban Mare Nostrum. Desde que apenas fui lo bastante mayor para correr como una criatura salvaje fuera de las murallas de Durovernum, Sorcha y yo bajábamos a las paradas del mercado a negociar con los comerciantes para conseguir rollos de tela fina y brillante y sal rosa y especias de las tierras en las que el sol ardía tanto, decían, que su beso podía matarte.

Uno de los comerciantes, un hombre corpulento que tenía la piel como el cuero hervido, atracaba su barco en Durovernum dos veces al año y contaba historias de las ciudades que había visto y de las gentes con quien había hecho tratos. Yo me sentaba siempre en los fardos de mercancías apostados en los muelles y escuchaba sus historias de tierras remotas. Allí fue donde oí hablar por primera vez del gran mar medio, cuyas olas bañaban las costas de muchas tierras distintas, lugares como Grecia y Roma y Egipto. El comerciante me contó que

Mare Nostrum significaba «nuestro mar» en latín, y yo me maravillé ante la arrogancia de Roma, que se atrevía a atribuirse los mismísimos elementos de la tierra. «La diosa debió de reírse de ellos», pensé. Yo sin duda lo hice.

Pero no me reí cuando finalmente vi con mis propios ojos las cosas que contaba el comerciante. Las murallas de piedra de Masilia brillaban tanto bajo el sol que tuve que entrecerrar los ojos para mirarlas, alzándose contra el fondo de un mar que lucía el color de los zafiros más profundos y se acurrucaba entre colinas verdes y pardas cubiertas por un manto de olivos. La carretera donde estábamos se había ido ensanchando regularmente durante los últimos días de viaje hasta que fue lo bastante amplia para que cuatro carros tirados por bueyes pudieran ir lado a lado y bajar hacia la gran puerta norte. Nuestra propia caravana se unió a un multitudinario tráfico de gente a pie y en carretas que corría como un riachuelo hacia la bulliciosa ciudad que, por lo que pude saber, acogía más personas entre sus murallas de las que yo pensaba que vivían en todo el mundo.

No paraba de quedarme con la boca abierta y casi me ahogué con el polvo de la carretera mientras nos acercábamos cada vez más a la ciudad. Cuando miré hacia Elka, la vi en el mismo estado: con los ojos abiertos como platos y a medio camino entre el miedo y el asombro. Todo parecía algo sacado de una leyenda. Bajo la sombra de las altísimas murallas, la ciudad parecía menos un lugar majestuoso e imponente y más una abarrotada y amontonada congregación de riqueza y miseria coexistiendo lado a lado. Perfumes embriagadores y el hedor de los desperdicios se entremezclaban, urdidos en un tapiz arrebatador de brisa marina. Jaulas de mimbre llenas de aves de corral y animales pequeños se balanceaban en carros, graznaban y cotorreaban con excitación, llenaban el aire con una bruma de pelaje y plumas. Decenas y decenas de idiomas incomprensibles me resonaban en los oídos. Casas y templos y otros edificios hechos de piedra —estructuras que hacían que el gran salón de mi padre pareciera la choza de un pastorzuelo— se alzaban imponentes nivel a nivel por encima del suelo.

Todo ello —las vistas y los sonidos y los olores— se enredaba entre sí para conjurar un asalto a mis sentidos que me hizo querer taparme los oídos con las manos y esconder la cabeza. Pero no había forma de escapar al caos y nuestro carro avanzaba inexorable, directamente hacia el mismísimo corazón de Masilia. Tras los barrotes de mi jaula entre la multitud que gritaba, cantaba, se empujaba y se empellaba yo jamás me había sentido tan vulnerable.

Sin embargo, la gente de la calle no nos hacía ningún caso —a fin de cuentas, nosotras solo éramos una carga más de bienes comerciales para vender en la plaza del mercado de Roma— y para cuando pasamos por debajo del inmenso arco de la puerta de la ciudad, mi pánico dio rienda suelta a mi curiosidad cuando los conductores de Charon gritaron y maldijeron, luchando para abrirse paso hasta los famosos muelles de Masilia. Al final, acabamos parando al lado de un barco con la misma vela de rayas marrones y azules de la galera que me había alejado de mi hogar.

Charon apareció al bajarse de su carromato cubierto por la parte trasera y saludó al capitán del barco. Vi cómo los dos hombres encajaban las manos a la altura de los antebrazos a modo de saludo, y pude darme cuenta de que el capitán estaba agitado. Gesticuló con ademanes nerviosos hacia el barco. Miré hacia arriba y vi que las barandillas del barco estaban cubiertas de legionarios romanos. Docenas de ellos. Ataviados con armas y armaduras, y bajo las alas de sus cascos, sus caras parecían estatuas talladas por el mismo escultor: todas igual de severas, duras, indiferentes.

El mero hecho de verlos me heló la sangre.

«Estos hombres —pensé—, no son guerreros. Son soldados».

Intenté imaginarme lo que fue para las tribus de Prydain —para los hombres y mujeres de los cantii y los catuvellauni— hacer frente a esos soldados. ¿Cómo habría sido para Virico o Sorcha? ¿Cómo había sido para Arviragus y su condenada coalición de tribus en Alesia? Aquellos eran hombres fríos como piedras entrenados para matar —no con el corazón y fuego y furia, no con el

júbilo de la gloriosa batalla, sino como un único conjunto instintivo, como zánganos en una colmena.

Al final, uno de los soldados —uno de algún tipo de rango, supuse, a juzgar por su casco emplumado y su capa inmaculada— dio un paso al frente para hablar con Charon, y el jefe esclavista se deshizo del capitán con un ademán.

—¡Cayo Antonio Varro! —Charon extendió la mano y saludó al legionario con una sonrisa—. Un placer, decurión.

Los dos hombres encajaron las manos a la altura de las muñecas en señal de recibimiento.

—¿Qué haces en Masilia? —continuó Charon—. ¿Asuntos oficiales?

—Las autoridades del puerto hicieron una petición a César para prestar los servicios de mi destacamento —respondió el legionario—. Para que escoltáramos cargueros hasta Roma sin percances. Viajaré contigo durante el último tramo de tu camino.

Charon enarcó una ceja.

—¿Guarda relación con los piratas de quienes me habla mi capitán? Cree que las autoridades están sacando las cosas de quicio, decurión. O exagerándolas.

El decurión se encogió de hombros.

—Pueden pensar lo que quieran. Los socios comerciantes de mi padre han perdido tres barcos por culpa de los bandidos solo en el pasado mes —dijo.

—¿Tres? —repitió Charon con el ceño fruncido—. El senador Varro debe de estar fuera de sus casillas.

—El gremio de los comerciantes ha intentado mantener el asunto bajo control para evitar el pánico, pero puedo asegurarte que lo que te digo es cierto —sentenció el decurión—. Y estoy seguro de que no querrías poner en peligro la seguridad de tu inventario actual. Puedo decirte que, con los Triunfos de César, hay una fiera competición en la capital en estos momentos por el tipo de esclavos que siempre parece que tengas disponibles.

—Ven a verlo tú mismo —contestó Charon con una sonrisa, guiando al decurión de nuevo hacia la cubierta.

Mientras el jefe esclavista y el decurión hablaban, Hafgan y sus hombres nos quitaron las cadenas y nos llevaron en manada de las jaulas de los carromatos hasta la galera. Como un miserable coágulo de ganado humano, nos arrastramos por la pasarela para apretujarnos en la cubierta del barco. El decurión empezó a pasear a través de nuestras filas y yo le examiné en secreto mientras él nos examinaba a nosotros. Aunque la mayor parte de su cara estaba oscurecida por las protecciones maxilares del casco, yo ya me había formado la impresión — por el timbre de su discurso y la forma que tenía de moverse— de que era bastante joven.

«Seguramente un mocoso hijo de cualquier oficial de poca monta nombrado entre lujos y ceremonias en las legiones como oficial —pensé—. Menudo acompañante tan encantador».

—Debo carecer de vista de experto —acabó diciendo—. No veo aquí nada remarcable.

Charon no se inmutó ni lo más mínimo. Se limitó a apoyarse en un montón de barriles, con los brazos cruzados.

—Gajes del viaje —repuso—. Dejaremos a esta panda bien presentable. Confía en mí.

El joven decurión me plantó la mirada encima y pude ver que, en su estimación, yo era menos que un mequetrefe harapiento más de una camada. Me tragué las palabras mordaces que solo me hubieran servido para ganarme una buena bofetada cuando pasara enfrente de mí, en dirección a la tienda del capitán, cerca de la popa del barco, donde sin duda habría vino y refrigerios preparados para él.

Cuando Hafgan apareció para guiarnos a todos hacia la oscura bodega del barco, el latente desprecio que había albergado durante la mayor parte de mi vida hacia los legionarios —los soldados que habían matado a mi hermana y deshonrado a mi padre— ardió para convertirse en una brillante llama de odio. Y mi alma atizó ese fuego enteramente hacia el joven decurión Cayo Antonio Varro.

## X

En la bodega del barco, la oscuridad era absoluta, el aire era viciado y húmedo, y el hedor del agua de mar lo hacía todo más insoportable. Habíamos navegado durante horas y debía quedar poco para la medianoche. La mayoría de los esclavos cautivos daban cabezadas, mecidos por el crujido de la madera y el frufú de las sogas y el rítmico embate de las olas contra el casco de la galera. Yo estaba sentada hecha un ovillo y miraba fijamente la penumbra con los ojos bien abiertos, cuando de pronto la galera pegó un bandazo y tembló terriblemente, como si algo se hubiera estrellado contra su costado.

Al principio pensé que debían ser las olas desbocadas nacidas de la tormenta. Podía oír el crujido y el estruendo de un trueno que retumbó muy cerca. Pero entonces las planchas del costado de la galera que había al lado de mi cabeza rugieron y se astillaron. Algo mucho más sólido que el agua de mar nos había embestido.

El destello de un rayo —cuadriculado por la reja de hierro que cubría la escotilla de la bodega— iluminó el caos de borbotones de agua de mar y esclavos que gritaban sumergidos en un terror de pesadilla.

Me puse en pie a trompicones llamando a Elka.

—¡Aquí, Fallon! ¡Al lado de la escotilla! —gritó ella y la vi agitando los brazos por encima de la cabeza durante el breve instante en qué duró la luz del destello del rayo antes de que todo volviera a quedarse a oscuras—. ¡A diez pasos a tu izquierda!

—¿Dónde está la escalera? —pregunté estirando los brazos enfrente de mí, a



ciegas, y tambaleándome a través de la espumosa agua que me llegaba hasta las rodillas.

Noté los fuertes dedos de Elka cogiéndome por las muñecas y me agarré a ella, pasé por encima de los cuerpos que se revolvían y trastabillaban por el agua hacia el agujero del costado del barco.

—¿Qué pasa? —gritó Elka colocándome las manos en la escalera empinada que conducía hasta el exterior de la bodega del barco.

Agarré los peldaños y me sujeté fieramente mientras otras manos se agarraban a mí en la oscuridad. Alguien me cogió el tobillo y estuvo a punto de arrastrarme bajo el agua. Oí el aullido frenético de un hombre cuando sus dedos se soltaron. El aullido se convirtió en un sonido gutural de ahogo, pero no podía ayudarlo: si me soltaba yo también, estaría perdida. Cerré bien fuerte los ojos y aguanté.

Más agua —lluvia u olas, no tenía ni idea— caía a cántaros en la bodega desde la escotilla de hierro que teníamos sobre nuestras cabezas, y Elka y yo nos agarramos con fuerza la una a la otra y a la escalera, encorvadas bajo el diluvio. Desde arriba, en la cubierta, podíamos oír gritos desesperados y órdenes ladradas, y el estruendo de pies que corrían. Y luego el entrechocar del acero, espada contra espada.

No habíamos varado. No nos había hundido una gran ola o despertado la cólera de algún dios de las profundidades. La galera había sido embestida y estábamos sufriendo el abordaje de los piratas. No tan imaginarios, a fin de cuentas. La herida en el flanco de la galera infligida por el ariete del barco pirata era mortal. El buque gemía como una bestia inmensa en su agonía de muerte mientras el agua no paraba de entrar por los tablones de madera destrozados. Arriba, un inflamado fulgor naranja y el olor acre del humo aceitoso se filtraron hasta nuestra bodega. Fuego. Alguien debió tumbar los braseros de carbón del barco. Si habían prendido cualquiera de las reservas de aceite, la cubierta de madera ardería sin remedio, aunque lloviera.

—Tenemos que salir de aquí —gritó Elka gesticulando hacia la cubierta.

Me giré y salí disparada escalera arriba hasta la parte más alta. Pero,

evidentemente, la escotilla de hierro estaba muy bien cerrada desde el otro lado. Empujé con toda la fuerza de mis piernas, pegando los hombros a los barrotes de hierro. La escotilla hizo poco más que gemir un poco. Metí la mano a través de uno de los huecos cuadrados de la escotilla, pero no pude alcanzar la palanca que necesitaba para descorrer el pestillo. Me desplomé sobre el peldaño más alto de la escalera, jadeando, con la sangre que manaba de los raspones de los nudillos y la muñeca resbalando por mi brazo. Por encima de nuestras cabezas, la tablazón de la cubierta vibró con el impacto de pies y cuerpos.

—¡Es inútil! —grité a Elka—. ¿Hay alguna otra manera de...?

De pronto, se oyó un golpe sordo muy fuerte y el cuerpo de un hombre cayó al lado de la escotilla. Su boca y sus ojos estaban abiertos, congelados, en una terrible mueca de muerte. Sangre oscura como el vino tinto brotaba de una herida abierta en su pecho, pero vi que todavía sujetaba una daga. Metí la mano por la escotilla de nuevo y aguanté la respiración a medida que trabajaba cuidadosamente para liberar el arma de los dedos del hombre muerto. Si se me caía, si la dejaba caer, jamás volvería a encontrarla en la oscuridad y el nivel del agua cada vez más alto. Despacio y con paciencia, logré mover la empuñadura hacia la palma de la mano hasta poder cogerla con fuerza. Entonces empecé a trastear el pestillo de la escotilla con el arma. Sudor, agua de la lluvia y la sangre del hombre muerto me goteaban en la cara y el brazo y entorpecían mis dedos, pero, tras unos cuantos chirridos agónicos, el pestillo se movió... y se abrió.

Empujé la escotilla con el cuerpo y se abrió de par en par girando en las bisagras engrasadas. El hombre muerto rodó hacia un lado y me escabullí hacia arriba, fuera de la bodega, buscando a tientas desesperadamente la daga, que resbaló por la cubierta y desapareció por la borda hacia las olas. Elka acabó de subir la escalera detrás de mí, seguida de cerca por el resto de cautivos de Charon. Todos salimos de la bodega como hormigas huyendo de un hormiguero, anhelando la esperanza de sobrevivir. Pero por espeluznante que fuera bajo la cubierta, la situación era todavía peor en ella. Bajo un cielo temible, la cubierta

de la galera era un torbellino de piratas sedientos de sangre, legionarios implacables y esclavistas enojados.

El barco pirata estaba pintado de negro, con velas negras y una gran proa curvada con un robusto ariete blindado, fijado bajo unos ojos pintados de mirada cruel. El ariete estaba enterrado en el costado de nuestro barco como si lo hubiera corneado el colmillo de un jabalí salvaje. Al otro lado de la galera, una embarcación más pequeña de líneas impecables —el barco del decurión, supuse— estaba amarrada a la nuestra con unas cuerdas. Los legionarios romanos disparaban flechas contra la multitud de piratas que se arrojaban a la barandilla opuesta de la galera y saltaban de su propia embarcación a la cubierta para luchar cuerpo a cuerpo. Bajo la iluminación que proporcionaba el fuego, miré hacia arriba para ver al decurión Varro encaramado como un gato a la barandilla de la galera, las llamas arrancando destellos de la hoja de la espada que llevaba en la mano. Iluminado por el fuego recortado contra los fogonazos de luz de los rayos, se veía espléndido. Como un dios. No, como un conquistador.

Algo se encendió en mi mente.

El ruido de mi alrededor se alejó como una oleada hasta que todo lo que oí era un pulso distante y vibrante, como el ahogado latido de un corazón. Un legionario destripó a un pirata a tres pasos de mí, y el hombre se retorció en una horrible danza mientras sus intestinos se derramaban, soltó las armas —un par de espadas cortas y curvas— y una de ellas me aterrizó en los pies.

La cogí.

A través de la neblina roja que cayó delante de mis ojos, ya no veía un barco o piratas. Solo podía ver soldados. Legionarios uniformados, hiriendo y acuchillando y matando. Donde estaba el joven y arrogante decurión, vi a un comandante sin rostro y sin nombre de las legiones de César.

Solo vi al hombre que había asesinado a mi hermana.

En ese momento, Cayo Varro era Roma. Y yo... yo era Venganza.

Corrí hacia él, gritando. Si iba a morir en un maldito barco en medio del

maldito océano, sería una guerrera cantii de verdad y me llevaría conmigo a un soldado romano hasta la sepultura oceánica.

—¿Estás loca? —exclamó el decurión, defendiéndose desesperadamente—. ¡No soy tu enemigo! ¡Estoy intentando salvaros el pellejo!

Le respondí con un gruñido incoherente mientras arremetía contra su cabeza. Nuestras espadas entrechocaron y nos quedamos allí de pie, nariz con nariz, presionando contra el otro, mi fuerza alimentada por la locura de la batalla. Se me quitó de encima de un empujón y trastabillé hacia atrás. Choqué contra uno de los piratas, quien respondió sacando de un tirón su daga de las entrañas de un esclavo y arremetiéndome contra mi cuello expuesto.

Antes de que pudiera reaccionar, el decurión se echó hacia delante y placó al pirata, lo empujó al otro lado del barco... y a mí me salvó de una daga que me habría rajado el cuello. Sin pronunciar palabra, se lanzó hacia mí y me cogió por los hombros, me sacudió de tal manera que me entrechocaron los dientes. La furia colorada desapareció de mi vista y el decurión Varro pegó su cara a la mía, su pecho respiraba con dificultad bajo el peto de la armadura.

—Si vas a matar a un hombre esta noche —bramó—, ¡te sugiero que sea uno de los que intentan matarte a ti!

Me hizo girar sobre mis talones y apuntó con su espada en dirección a los maleantes que corrían hacia nosotros.

Sentí como los ojos se me abrían de par en par mientras agarraba mejor el puño de la espada y colocaba los pies en posición defensiva. El vaivén del barco me recordó al carro de guerra que tenía en mi tierra, doblé las rodillas y aproveché la ola siguiente, dejando que me propulsara hacia delante justo cuando un pirata cubierto de tatuajes muy elaborados se me echaba encima. No había arte alguno en su ataque —y, sin duda, tampoco elegancia—, y no hubiera necesitado ninguna de ambas cosas si yo hubiera sido solo una esclava. Al instante, mi acero le pegó un corte en las costillas y me volví para luchar contra el hombre de al lado antes de que el primero se diera cuenta de que estaba herido.

El resto de la lucha avanzó desdibujado hasta que de pronto el decurión me cogió por el brazo y me arrastró hasta el lugar donde las otras cautivas estaban siendo transportadas hacia el buque escolta. Vi a Elka entre ellas, igual que a la chica esclava de pelo negro cuyo nombre todavía no conocía. Pasé una pierna por encima de la barandilla mientras el capitán gritaba órdenes para cerrar las líneas de lucha.

«Estamos a salvo», pensé.

Entonces eché la vista atrás por encima del hombro y vi que Charon, el jefe esclavista, todavía estaba a bordo de la galera maldita. Vi cómo se peleaba contra la cubierta cada vez más empinada del barco, afanándose para asir una soga con una mano mientras sujetaba un pequeño baúl de madera con la otra mano.

«¡Maldito loco estúpido y avaricioso! —pensé—. Morirá antes de perder una caja llena de posesiones sin sentido». Pero entonces me pregunté: «¿Qué me pasará si él muere?».

Charon era mi captor. El hombre que me había puesto una argolla de hierro en el cuello para marcarme como esclava y la fuente de toda mi miseria actual. Sin embargo, también era lo único que se había interpuesto entre la brutalidad de Hafgan y yo en aquel primer barco. Nos había rescatado a Elka y a mí de los alesianos y, aunque estuviera muerta de miedo por el destino que me esperaba cuando llegara a Roma con Charon, todavía me daba más miedo llegar allí sin él. Dudé durante un instante. Entonces, enojada, solté un impropio y, todavía cuestionándome mi cordura, pasé de nuevo una pierna por encima de la barandilla. Apenas sosteniéndome con las puntas de los dedos, estiré la otra mano hacia el jefe esclavista en apuros.

—¿Qué crees que haces? —aulló Elka.

No tenía una buena respuesta, así que la ignoré y me concentré en no caerme al mar. Cuando Charon me vio intentando cogerle, su rostro se partió en una sonrisa salvaje y extraña, la blancura de sus dientes brilló en la noche.

—¡Toma! —gritó ofreciéndome el cofre.

—¡Tira la mierda de baúl y sube! —le chillé.

—¡No! —jadeó mientras sacudía la cabeza enérgicamente—. Lo necesito.

—¡Estás loco!

La galera se tambaleó bajo mis pies, que no paraban de resbalar y patinar. Era evidente que fuera lo que fuera que había en esa caja, Charon no dejaría que se hundiera. Agarré el asa de bronce del cofre y tiré de él con todas mis fuerzas. El esfuerzo dio bastante impulso a Charon para subir el tramo que le quedaba y, juntos, subimos esa cosa hasta el otro barco, rodando detrás de ella un instante antes de que los dos buques se liberaran el uno del otro.

—¡Qué poco te importan las vidas humanas si has estado a punto de arriesgar la tuya propia, y la mía, por una caja de baratijas! —le grité furiosa.

—Gracias —jadeó Charon respirando con dificultad a causa del esfuerzo—. Confía en mí cuando te digo, Fallon, que este cofre tiene la llave de nuestras fortunas. La tuya y la mía.

Se dejó caer encima del cofre y se sacudió el agua de las mangas. Yo no pude más que quedarme ahí de pie, mirándolo como una tonta mientras en las frías olas negras se extinguían las llamas de la galera que se hundía.

En ese momento no fui consciente de que no le había dicho cómo me llamaba.

## XI

Estaba viva. Podía sentir el sol naciente en el rostro y la brisa salada en el pelo, y todo era porque un romano me había salvado la vida. «Un soldado romano». Ese mero pensamiento me martilleaba dándome vueltas en la cabeza como el radio mal colocado de una rueda de carro en movimiento.

Las cubiertas del barco que nos había dejado la tropa de legionarios estaban abarrotadas cuando navegamos para cruzar el Mare Nostrum en dirección a Roma. El buque más pequeño de los dos no estaba bien equipado con ningún complemento necesario para mantener a los esclavos maniatados y encadenados, y la bodega estaba llena de mercancías y soldados. Por lo tanto, los prisioneros ya no estábamos tan aprisionados mientras duraba el viaje, y podíamos pasear libremente por las enormes cubiertas, sin restricciones, mientras no estorbáramos o intentáramos escapar —lo que, en medio de ese vasto mar, hubiera sido un suicidio. Y habiendo llegado tan lejos como lo habíamos hecho, ninguno de nosotros estaba demasiado inclinado a tirar su vida por la borda, incluso aunque no estuviéramos seguros de nuestros destinos.

Cuando la segunda mañana rompió, clara y dorada, el ribete verde de una isla apareció en el horizonte. El viento había pasado a ser una suave brisa, y todos los que no llevaban a cabo ningún tipo de obligación náutica, dormían: los marineros en las bodegas, los soldados en tiendas apostadas en las cubiertas, los esclavos acurrucados en revoltijos de ronquidos apretujados entre montones de cargas.

Solo yo estaba exasperante y completamente despierta.

La isla que había en la distancia parecía flotar en medio de las olas,

inalcanzable y de ensueño, como una de las Islas Benditas de las historias de mi gente. No sé cuánto tiempo estuve allí de pie, apoyada sobre los codos, antes de darme cuenta de que había otra persona despierta en la cubierta: el decurión Varro.

Él estaba de pie al lado de la barandilla a menos de diez pasos de mí, mirando fijamente hacia el horizonte verde y azul. Casi no lo reconocí sin el casco y la armadura. Vestido con una simple túnica bajo una capa de lana sin teñir que le protegía del frío matutino, podría haber pasado por un comerciante o un campesino de no haber sido por los marcados músculos de sus brazos y el arrogante aspecto de militar de su postura, incluso descansando. Tenía el pelo castaño y cortado al estilo de los legionarios, y sus mejillas y mentón estaban limpios de siquiera la sombra de una barba incipiente. Rapado y afeitado, parecía a primera vista casi vulnerable, y me sorprendí de ver que apenas era un hombre, solo unos pocos años mayor que yo.

«Todavía es casi un niño», pensé. Entonces repasé mi observación: era una impresión peligrosa. Él no era un niño y, sin duda, no era vulnerable.

Jamás antes había visto a alguien parecido a él. Los hombres jóvenes de las tribus eran una panda variopinta amante de vestimentas de estampados ricos y coloridos, y muchos de los hombres llevaban el pelo largo y se acicalaban con torques y pulseras bruñidas en oro y plata y bronce. Había algo salvaje en ellos —una individualidad apasionada— que les hacía peligrosos y bellos al mismo tiempo.

El decurión era su antítesis. De rasgos angulosos y de belleza cruda, con cada ángulo de su cuerpo como el borde afilado de una espada. Un arma andante, sin adornos ni decoración. Cuando se giró para responder a mi mirada, tuve una aguda percepción de mi aspecto; del estado de mi andrajoso vestido, la falda rasposa y tiesa por la suciedad. Mi pelo caía como sucias sogas, y la suciedad había formado una capa tan gruesa sobre mi piel que estuve segura de que parecía que hubiera estado revolcándome por el barro como una cerda. No mucho tiempo atrás —cuando era la hija de un rey— los ojos de los hombres se



habían entretenido para mirarme en la fiesta de Lughnasa; con oro en el cuello, una diadema en la frente y una daga enjorada en la cadera, pero ese era otro mundo, otra vida. Y, todavía más, otra chica.

Sin embargo, a los ojos de ese joven arrogante, pensé, sin duda que yo no era un miembro de la realeza. A sus ojos, probablemente yo era menos que un humano, en dignidad más cercana a una bestia de carga, sin duda. Desvié la mirada hacia el paisaje, bullendo en mi fuero interno. Pero entonces los tabloncillos de la cubierta crujieron y miré hacia atrás sorprendida de verle de pie a mi lado. Después de un largo momento me dijo:

—¿Le pasa algo a mi cara?

Me di cuenta de que lo había estado mirando con descarada fijeza.

—¿O solamente estás intentando decidir si volver a atacarme o no? — prosiguió con una sonrisa burlona en los labios.

—Esto... no.

Intenté decir algo más que no me hiciera parecer medio retrasada. Me pilló con la guardia baja hablándome con ese tono ligero. No esperaba nada que no fuera desdén de alguien como él, pero quizá, pensé, era su manera de demostrar su superioridad, de dejarme claro que no le hacía falta actuar como un superior. No pensaba permitirlo, así que decidí que le hablaría con el mismo tono casual.

—No —continué—. Solo me sorprendió verte sin el casco, eso es todo. Empezaba a pensar que dormías con él.

—Solo cuando duermo en territorio hostil. —Sus ojos, claros y de color avellana, centellearon al mirarme—. Quizá lo lleve esta noche.

—Los guerreros más bravos de mi tribu son conocidos por batallar desnudos —expliqué—. Pareces tener mucho que aprender, legionario.

Él rio y dijo:

—Soy un decurión, un oficial en la legión. Y tú no te comportas como una esclava.

—Ah, ¿no?

—No, no lo haces. —De pronto estiró la mano, me cogió por la muñeca y alzó

mi mano para examinar la palma—. Pero sí tienes manos de esclava. —Pasó la punta de un dedo por los lugares donde mi piel se había endurecido como el cuero después de horas y horas sujetando espadas y lanzas y las riendas de un carro—. Así es como conseguiste estos callos, ¿verdad?

Aparté la mano bruscamente y me solté del agarre de la suya.

El decurión sacudió la cabeza y señaló hacia el horizonte.

—Esa es la isla de Córcega —dijo.

No sé por qué pensó que me importaba. Entrecerré los ojos para echar un vistazo hacia el agua que centelleaba bajo la luz del sol, esforzándome por enfocar los detalles de la línea de la costa. Pude ver colinas y, más hacia el sur, acantilados. Playas. Ninguna casa ni ningún muelle.

—¿Quién vive ahí? —pregunté finalmente, cuando se hizo evidente que el chico no se iba a ir.

—Nadie —rio—. Ovejas, abejas, unos cuantos nativos malhumorados demasiado intratables hasta para ser esclavos.

—Suena ideal.

—Para ti supongo que lo sería.

No pude acabar de entender el significado de sus palabras. ¿Estaba siendo desdeñoso? ¿Divertido? Sentí que empezaba a perder los estribos. En primer lugar, ¿por qué hablaba conmigo? ¿Era solo un perverso deseo de recordarme mi lugar entre los nativos malhumorados?

Sonreí ácidamente con la cabeza inclinada y lo miré.

—Apenas hace un par de días que me conoces y mira qué opinión tan firme te has formado ya acerca de mi personalidad. Eres de lo más sabio y perspicaz, decurión.

—No sé nada de tu personalidad —repuso haciendo oídos sordos a mi sarcasmo—. Ni siquiera sé si tienes. Todo lo que sé de ti, lo que realmente sé, es que tienes cierta habilidad con la espada. Quizás hasta algo de entrenamiento, a juzgar por esos callos. Pero dejas caer demasiado tu hombro bueno cuando estás en posición defensiva. —Ajustó la protección de cuero que llevaba en el

antebrazo apretando la hebilla—. Y tienes una muñeca débil. Tendrás que trabajar en ello.

—Porque seguro que Charon me venderá a un amo impaciente por realzar mi habilidad con la espada —dije con un tono mordaz—. Tú y yo sabemos que me venderán a un burdel o a una pescadería o a una mina de sal, pero muchas gracias por esa ilusión, decurión. Me ayudará a sustentar mi miserable servidumbre, estoy segura.

Pareció desconcertado, pero no me importó haberle ofendido. Estaba a punto de ser vendida, y si a aquel consentido hijo de senador le divertía tomar el pelo a un esclavo en sus últimos instantes de relativa libertad, muy bien, a mí no me divertía.

Me enojó mucho.

—No pensaba ofenderte —dijo despacio.

—¿Y por qué tendrías que pensar en mí?

El chico hizo una pausa antes de contestarme.

—Pienso que... las apariencias y la realidad no siempre se corresponden la una con la otra. Y pienso también que Charon consiguió mucho más de lo que negoció cuando te arrancó de las raíces de tu tierra natal. —Se apartó de la barandilla y añadió—: Pero también sé que incluso una hierba, si se cultiva con cuidado, puede acabar siendo una flor silvestre.

—Una flor silvestre en un jardín se considera una hierba de todos modos, decurión —dije en voz baja antes de irme.

Noté su mirada mientras me alejaba.

«Roma».

Y yo que había pensado que Masilia era un lugar maravilloso.

Navegamos hacia la ciudad por un ancho río llamado Tíber desde el bullicioso puerto de Ostia, en la costa. Cuando nos acercamos a la capital, el llamado corazón del mundo civilizado, el tráfico del río aumentó hasta el punto de que era casi imposible ver el agua entre tantos botes, y el capitán de la galera viró hacia lo que parecía un muelle privado en la orilla oeste del río, justo dentro de

las murallas de la ciudad. Si miraba hacia el este, podía ver centenares y centenares de columnas plumizas —humo de la multitud de hogares— subiendo hacia el tranquilo aire vespertino como si fueran almas de fantasmas. El sol bañaba las colinas y muchas de las terrazas escalonadas de la ciudad, vistiéndola de un fulgor suave y sonrojado. Los templos y los edificios públicos se erguían adornados con figuras de mármol y escenas esculpidas que flotaban en la cima de las columnatas talladas en el blanco mármol, ribeteadas de oro y rosa y plata.

Desde la distancia, Roma era serenamente majestuosa.

De cerca, era una historia terriblemente distinta.

Una vez hubimos bajado del barco, nos condujeron a través de un entramado de calles estrechas encerradas por estructuras entretejidas que bloqueaban el resplandor de la puesta de sol. Podía sentir los ojos clavados en nosotros a medida que nuestro grupo de forraje fresco para la subasta avanzaba arrastrando los pies.

La voz de la ciudad era una cacofonía de ruidos que se me clavaba en la piel. Los hombres silbaban y gritaban obscenidades al vernos pasar. Incluso con mi burdo latín aprendido de comerciantes —en algunos casos, especialmente gracias a eso—, pude entender lo que decían, e hizo que se me pusiera la piel de gallina. También había mujeres en las calles, algunas trajinaban con canastos y fardos de víveres e iban a hacer negocios; otras estaban de pie bajo los dinteles de las puertas con los ojos y los labios pintados chabacanamente, y ataviadas con vaporosos vestidos que hacían menos que nada para ocultar sus esqueléticas figuras. Una criatura de aspecto grasiento no llevaba nada en absoluto y cantaba sentada ante un altar adoquinado, con las extremidades envueltas en serpientes de colores brillantes que se retorcían.

Sacudí la cabeza y apreté el paso cuando estuve cerca de ella, ansiosa para alcanzar el carromato personal de Charon, que retumbaba en la cabeza de nuestra andrajosa columna. Dio un giro cerrado y desapareció bajo un arco. Los esclavistas nos empujaron para que le siguiéramos. Una vez hubimos traspasado la puerta y nos quedamos allí de pie, apiñados en un patio de arena, la locura de

las calles de la ciudad se redujo a un sordo latido, el ruido se mantenía a raya gracias a las altas y gruesas paredes, lisas y rematadas con trozos irregulares de piedras partidas. Un par de puertas de roble con bordes de hierro se cerraron detrás de nosotros y, de pronto, el silencio era total y ensordecedor. Y aterrador.

Entonces los esclavistas se repartieron entre nosotros y empezaron a dividirnos en grupos de hombres, mujeres mayores, chicos, chicas... Elka y yo. Ambas fuimos las últimas y nos condujeron hacia un arco de piedra, bajo una gran columnata. Me pregunté si nos dejaban aparte a propósito. Quizá Charon hubiera cambiado de opinión y había decidido castigarnos por nuestro ruinoso intento de fuga.

Para mi alivio, el lugar donde nos dirigían no era una celda o una mazmorra. Era un baño. Un baño romano como es debido, envuelto de bruma, de un aroma dulzón y sumamente cálido. Había oído historias sobre ellos de la mano de los comerciantes cuando estaba en casa, y había intentado imaginar, sin éxito, cómo serían. Yo solo me había podido bañar en el río Dwr o en la gran bañera de cobre que había en un rincón de mi casita, llena de agua calentada en un caldero en el fuego del hogar.

Miré a mi alrededor, anonadada.

Elegantes columnas estriadas sujetaban un techo abovedado pintado con escenas de dioses y diosas y extrañas criaturas que emergían de las olas, caballos con colas de pez y toros blancos envueltos en espuma de mar. En el centro del techo había un conjunto de cristales que proyectaban una ondeante luz verde y azul hacia la superficie de las tranquilas y humeantes piscinas que había debajo.

Elka suspiró un silbido por lo bajo.

A regañadientes, tuve que admitirme a mí misma que agradecía que la chica varini todavía estuviera conmigo. De alguna manera, me recordaba a mi hermana; de lengua mordaz y altiva, pero buena para luchar, al menos.

Mientras estábamos allí paradas, una mujer corpulenta cruzó enérgicamente y a grandes zancadas uno de los arcos, seguida de una vieja anciana de espalda encorvada que vestía una apagada túnica negra. La primera mujer se presentó

como Maia y ordenó a Elka que se deshiciera las trenzas que recogían su largo pelo pálido. Entonces nos dijo que nos desvistiéramos. Con dedos de pronto débiles y torpes, deshice los nudos de los cordones de mi ajada túnica y se la di. Maia cogió la ropa y la sujetó con dos dedos, y su nariz se movió nerviosamente. Cuando cogió la de Elka, sus narinas se cerraron en señal de protesta.

Las ofreció con el brazo extendido a la anciana, que puso los legañosos ojos en blanco sin decir nada.

—Quemaremos estos harapos —refunfuñó mientras arrastraba los pies hacia otro gran arco.

—Bien. —Maia dio una palmada y añadió—: Vosotras dos, ya podéis meteros en el agua.

Apuntó hacia la piscina que estaba más cerca y entonces hacia la bandeja de esponjas marinas y pastillas de jabón y piedras pómez que reposaban a un lado. Cuando se volvió para mirar a Elka y a mí fijamente, sin saber qué hacer, su boca esbozó una irónica sonrisa.

—En este estado no os podríamos vender ni a porqueros —dijo—. Bien. Meteros en la piscina fría y frotad toda la mugre que podáis. Gruoch volverá para ayudaros cuando se haya deshecho de esos harapos. Seguramente tendréis pulgas, así que usad el jabón, tiene romero y lavanda que matarán esas asquerosidades, y enjabonaros bien el pelo después. A conciencia. Más de una vez. Y no os entretengáis.

No podría haberme entretenido ni que hubiera querido. El agua estaba casi demasiado fría para meter un pie en ella, todavía más para sumergirme hasta la barbilla. Sin embargo, cada vez que Elka o yo intentábamos salir de la piscina antes de que nos hubiéramos enjabonado o enjuagado el pelo lo bastante, Gruoch, la vieja urraca, cogía una rama de sauce y nos pegaba en los nudillos o los hombros un doloroso golpetazo preciso y bien dirigido. Jamás había oído a Elka maldecir tan acaloradamente, ni siquiera en Alesia.

Finalmente, cuando alcanzamos el nivel de higiene que requería Gruoch, nos dejó salir del *frigidarium* —así es como aprendí que se llamaba aquella

torturadora bañera helada—, corrimos, apresurándonos y abrazándonos a nosotras mismas, brazos y piernas con la piel de gallina, hacia una piscina distinta llamada *tepidarium*. Nos dejamos caer como peces por los escalones bajos y medio sumergidos, chapoteando y hundiéndonos en las cálidas aguas perfumadas bajo el mural del techo y el fantástico cristal.

Y eso fue lo más próximo a la felicidad que había sentido en meses.

Lo más próximo desde Mael.

Cerré los ojos y me sumergí en la suave calidez, sintiendo cómo se me derretían los músculos como cuando nos besamos aquella mañana en el valle. Casi había olvidado cómo era. Los vapores se arremolinaron por la superficie del agua hasta que no pude ver a la vieja Gruoch sentada en su banco. Incluso Elka, que se movía a la deriva al otro lado de la piscina, era solo una sombra. Podría haberme quedado allí para siempre, con la melena flotando a mi alrededor y envuelta en esa neblina, soñando y sintiendo el aroma floral.

Apenas sentí las lágrimas rodar por mis mejillas.

## XII

—No las agitéis demasiado —ordenó Maia enérgicamente a las mujeres del cuarto que llamaba «habitación agotadora», donde nos estaban preparando a Elka y a mí para ser vendidas—. Pero por el amor de Juno, haced algo con las pecas y la piel quemada por el sol. Vestid a esa de verde, nada demasiado fino, pero que sea corto. Tiene buenas piernas. Y dejadle los hombros y los brazos al descubierto. Me parecen bien las trenzas de la rubia, pero haced algo con esa frente suya. Es demasiado ancha. Y dadle uno de los cinturones anchos de cuero. Tiene una cinturita pequeña para ser tan corpulenta. Nada de *pallas* para ninguna de ellas. No podemos taparlas demasiado. La subasta está programada para la novena hora de esta mañana, y Charon las quiere listas antes de entonces.

Nos ordenó a ambas que nos sentáramos en taburetes y nos prohibió movernos, hablar o tocar nada.

Una mujer elegante con el pelo teñido de un antinatural tono de rojo purpúreo profundo atacó mis enmarañados rizos, blandía peines y horquillas hechas de hueso pulido y plata. No moví ni siquiera un músculo por miedo a perder un ojo por culpa del frenesí de los instrumentos. Me cepilló el largo pelo castaño hasta que brilló, pero cuando yo me habría limitado a apartármelo de la cara en un recogido sencillo, esa mujer empezó a torcer y a sujetar, tirando hacia arriba mechones que caían a ambos lados de mi cabeza, y los tejía en la coronilla. Sus dedos se movían siguiendo un patrón intrincado y veloz. Podía sentir mi melena apilándose en la cabeza, mechón a mechón, y me mareé con el aroma de tantos perfumes.

Cuando murmuré por lo bajo cuestionando la necesidad de tanto esfuerzo para



vender unas cuantas esclavas, la mujer rio bajito y se inclinó hacia delante para susurrarme en el oído:

—¿Qué crees que somos nosotras, querida mía?

La confusión que sentí se me debió reflejar en la cara.

—Deja que te dé un consejo —murmuró—. Roma solo existe gracias a los esclavos. Así es como funciona. Somos sus músculos, su cerebro y la mayor parte de sus secretos. Ahora eres parte de este mundo. Eres lo que eres, no importa lo que una vez fuiste. Pero aun así hay poder en esta posición. Asimíllalo y aprende a usarlo.

Sentí su aliento cálido en el oído, pero sus palabras enviaron un escalofrío que me recorrió el espinazo. Ni siquiera me había imaginado que aquella mujer tan refinada fuera una esclava. Pero por supuesto que lo era. Entrenada, especializada, muy habilidosa, pero no era libre.

«¿Poder?», me pregunté. Nunca en mi vida me había sentido más impotente. Ni siquiera podía rascarme un dedo.

Me quedé quieta y en silencio mientras otra mujer la relevaba, empolvando y pintándome la cara para que pareciera la de una de aquellas figuras que decoraban las paredes de la habitación. Después de que mi pelo y mi cara estuvieran listos, una modista rolliza y sonriente me apartó para colocarse cerca de las estanterías. Empezó a coger canasto tras canasto de ropas cuidadosamente dobladas, de unos colores que no había visto nunca antes.

Iba y venía entre yo y Elka, que tenía un aspecto completamente distinto; su pelo fino y claro estaba trenzado hacia atrás, pero de una forma mucho más elaborada, y llevaba una ancha diadema de plata en la frente que se estrechaba a la altura de las cejas. Tenía un aspecto regio y depredador al mismo tiempo — como un búho cazador— y le realzaba sus ojos azul hielo, que le habían perfilado de color oscuro.

—Los esclavos normalmente se venden desnudos en la plaza del mercado, ¿sabes? —dijo Maia—. Pero Charon apuesta por un juego distinto que el comerciante normal. El suyo es más inteligente. Nos ordena que os hagamos

parecer no lo que sois, sino lo que podríais ser. Él vende potencial para la buena gente de la Ciudad Eterna. Prestigio. Fantasía. Y le pagan mucho más que bien por ello.

«¿Potencial para qué?», tuve la sensación de estar a punto de vomitar.

La modista vistió a Elka en tonos azules y malva, y entonces hurgó en un canasto y sacó un vestido de reluciente tela verde y dorada. La mujer la sujetó enfrente de mí y casi ronroneó de placer.

—¡Oh! Hace que te brillen los ojos —aseguró—. ¡Perfecto! ¡Levanta los brazos!

Dejó caer la ropa por mi torso, la aseguró en los hombros y la recogió en pliegues muy favorecedores a la altura de la cintura y las caderas. Entonces frunció el dobladillo para mostrar mis piernas tanto como pudo. Me calzó los pies con unas botas de cordones y me colocó gruesos brazaletes de bronce en las muñecas. La mujer de los cosméticos espolvoreó algún tipo de polvos por mis brazos y piernas y, finalmente, me llevaron hasta un gran espejo de bronce pulido.

Mi reflejo me dejó sin aliento.

—Todo está en la presentación, querida —gorjeó la modista con una sonrisa.

Una criatura hecha de oro bruñido me miraba.

El polvo de mis extremidades y rostro brillaba bajo la luz del sol que entraba desde el patio, y provocaba la sensación de que emanaba luz propia. Llevaba el pelo trenzado en docenas de tirabuzones que la mujer había peinado en una sutil cresta que se alzaba en la coronilla de mi cabeza y caía espalda abajo. De algún modo, el efecto me recordó las crestas de plumas de los yelmos de los guerreros romanos.

Entonces Elka se puso a mi lado. Nuestra transformación de dos zarrapastrosas asquerosas en lo que nos acababan de convertir era impresionante.

Elka parecía que estuviera tallada en hielo centelleante.

Y yo, dorada, parecía forjada en llamas.

Lo único discordante en nuestros reflejos era la burda argolla de hierro que

todavía llevábamos en el cuello. Estiré una mano y recorrí la áspera superficie con un dedo. La piel que había debajo también estaba áspera, callosa. Aunque me quitaran el collar, llevaría esas marcas durante mucho tiempo.

—Sí, eso es una pena —dijo la mujer que me había arreglado el pelo, apoyándose en el espejo y mirando la argolla—. Rompe con el resto del conjunto.

Volví a mirarla y me di cuenta de que su largo cuello era suave y blanco y no llevaba ningún collar.

—Tú no llevas ninguno.

—Yo jamás intentaría escapar —repuso con una sonrisa sardónica.

—¿Crees que yo sí lo haría?

—Por remota que fuera la posibilidad —respondió con un bufido—. Puedo verlo en tus ojos como si estuviera escrito con fuego. Yo, en cambio, no tengo ninguna necesidad. He forjado mi propia libertad, y eso es algo a lo que no renunciaré jamás. Sobre todo, no lo haré por ninguno de los ideales huecos que pueda implicar esa palabra.

«¿Huecos?». ¿Cómo podía ser que pensara algo así? Para mi gente, la libertad era como el aire o el agua o el amor. Era esencial para la vida. ¿Qué tipo de libertad podía haberse forjado ella sin liberación? Me pregunté cómo podría sobrevivir en ese mundo en el que ahora me encontraba. Me pregunté si llegaría a entenderlo. Me juré que jamás sería como ella, tan institucionalizada que ni siquiera necesitaba una cadena para obedecer a sus amos.

Apreté los puños a ambos lados para no sujetar con fuerza el collar de hierro que llevaba en el cuello. Quizá ella estuviera dispuesta a vivir una vida de esclavo, pero yo era la hija de un rey. Volvería a encontrar la guerrera que llevaba dentro y la manera de liberarme.

—Podríamos buscar un pañuelo para tapanlo.

—¡No! —exclamé sacudiendo la cabeza—. No. Prefiero que quien me compre sepa lo que se lleva.

Vi un centelleo de respeto en la mirada de la mujer cuando alargó un brazo

para arreglarme un mechón que se había soltado del peinado.

—Entonces ya estás preparada.

## XIII

El foro. La plaza del mercado de Roma. Solo que no era tanto una plaza como un violento asalto a los sentidos. Estaba tan abarrotado de gente y animales que daba miedo, había tanto ruido que pensé que me explotarían los tímpanos, y eso que todavía estaba escondida en uno de los carromatos cubiertos en que Charon transportaba sus esclavos para hacer negocios.

Los hombres y las mujeres con quienes había viajado durante semanas, aunque no hubieran recibido el mismo tipo de elaborado tratamiento de transformación que Elka y yo, habían sido pulidos de algún modo. Uno o dos de los muchachos más atractivos solo llevaban taparrabos y anchos cinturones ornamentados, y les habían puesto aceite para que les brillaran los músculos. Vi a la chica de pelo oscuro que me había dado sus sandalias envuelta en una tela tan fina que la luz del sol la hacía transparente. Estuve contenta de ver que tenía unas sandalias de cuero nuevas que le llegaban hasta las pantorrillas.

A medida que la carreta avanzaba, las ruedas bajando con estrépito por las adoquinadas calles romanas, pude oír a los conductores gritando a los vendedores y compradores que se apiñaban en el foro para que se apartaran. Una gran variedad de músicas distintas se entretejía y flotaba por encima del caos general —campanas y tambores y flautas, voces alzándose en canciones— y, de nuevo, sentí una mezcla entre miedo y curiosidad. Asomé un poco la cabeza entre las cortinas y vi lo que nos esperaba.

«Día de mercado».

La carreta se detuvo con estrépito y pude ver que un escenario de madera elevado y unos asientos temporales también de madera habían sido construidos a

lo largo de un lado de la plaza. Las gradas estaban llenas hasta los topes. En la última hilera, la gente se protegía de la luz matutina bajo coloridos toldos colocados sobre largos postes sujetos por esclavos. Toda la escena ostentaba una clase de aire festivo que me recordó Lughnasa y me hizo añorar mi hogar. Podía sentir oleadas de impaciencia surgiendo entre la multitud, como si esperaran a un grupo de artistas.

Gruoch me echó a un lado para poder asomar también la cabeza entre el hueco de las cortinas. Hizo un ruidito gutural y susurró:

—Oh, el Coleccionista está aquí. Esto lo pone todo muy interesante.

—¿El Coleccionista? —pregunté—. Y ¿eso qué es?

—Qué no, quién. Se llama Poncio Aquila.

Apuntó con un dedo nudoso a un hombre de rasgos angulosos y pelo plateado sentado en la segunda hilera de graderías. Estaba bajo un toldo con flecos aguantado por un esclavo musculoso. La túnica de Aquila también llevaba flecos y estaba ribeteada con una franja plateada. Miró por encima de las cabezas del público como si su presencia no fuera digna de reconocimiento.

—Es un político con un título elegante, le llaman Tribuno de la Plebe, pero es de cuna tan humilde como todos esos —bufó—. No tiene modales y se ha hecho rico a base del dinero de otros. Sin embargo, tiene muy buen ojo para la carne. Y cuando ve algo bueno que quiere añadir a su colección no le detiene nada. He visto a matones empezar peleas en las subastas cuando él siempre puja más que nadie.

Solo entendí la mitad de lo que me dijo y no pude discernir si era verdad o un cotilleo. Sin embargo, se me revolvió el estómago al pensar en un hombre así regateando el precio de mi vida. Claro que entonces yo no podía hacer nada al respecto. A medida que el público se iba colocando, un hombre corpulento que llevaba una extravagante peluca de brillantes rizos pelirrojos y una túnica voluminosa dio un paso adelante en el escenario.

—¡Ciudadanos! —retumbó—. ¡Venid a deleitar vuestros ojos en este banquete

de carne y caprichos! Los mejores muchachos y muchachas de todos los rincones del mundo.

Parloteaba y parloteaba, su discurso era florido y rápido como el fuego, e iba describiendo con morbosidad sus bienes, es decir, nosotros. Al final, acabé por desconectar del subastador y, en su lugar, me concentré en examinar el desfile de esclavos y la multitud de romanos ricos que intentaban comprarlos.

El subastador de la peluca naranja presionaba y engatusaba con mucha maestría a la multitud para que pujaran sumas cada vez más altas por cada uno de los nuevos esclavos, mientras el mismo Charon se paseaba entre los adinerados, charlaba amistosamente y alababa las virtudes de sus bienes entre silbidos y pujas de compradores, y abucheos de los espectadores que estaban de pie cercando la multitud. Si podíamos creernos el satisfecho murmullo de Gruoch, todos se vendieron por más de su precio. Claramente, Charon había visto algo en cada uno de nosotros que yo no había sabido ver.

Me preguntaba qué habría visto en mí.

La chica de pelo oscuro —la que me había dicho que había sido esclava toda su vida y que lo prefería antes que vivir una vida de incertidumbre— fue la que más me sorprendió. Había sido amable conmigo y, no sé por qué, pero me sorprendió sobremanera descubrir que, según el discurso lascivo del subastador, la chica había sido criada en un prostíbulo muy conocido de la Galia occidental.

Los cantii, como muchas de las tribus de Prydain, siempre habíamos tenido esclavos. Los comprábamos y vendíamos como si fueran ganado. Los esclavos significaban suelos limpios y chimeneas encendidas y agua limpia transportada en recipientes de arcilla. Me avergonzó decir que jamás había pensado mucho en ello. Sencillamente... eran esclavos. Había sido tan ciega. Y tan estúpida. Y ahora estaba aprendiendo lo que era que alguien decidiera mi futuro por mí.

No me había equivocado esa noche en Alesia. La chica de pelo oscuro era más fuerte que yo. Observé cómo tomaba el control de su propia venta, posando para la multitud y haciendo subir cada vez más las pujas. Después de conseguir una suma muy buena, la llevaron a una carreta donde el propietario de un burdel

esperaba con el pecho henchido, rezumando oro. La chica mantuvo la cabeza erguida mientras se iba.

La multitud silbó y vitoreó.

Sin embargo, el espectáculo todavía no se había acabado. Las propiedades de Charon disminuían y apenas quedábamos un puñado. Entonces, de pronto Gruoch empezó a darme golpes en las costillas con su vara de sauce, y Elka se puso pálida como la escarcha de una balsa en invierno. Nos llevaban juntas.

Hafgan dio un paso al frente y, con un lúgubre centelleo de diversión en sus ojos desparejados, se arrodilló delante de nosotras. Nos ató una cadena corta con grilletes a los tobillos, y volvió a amarrarnos como lo habíamos estado durante el viaje. Elka y yo intercambiamos una mirada confusa. No habían tratado así a ninguno de los otros esclavos hasta ahora.

Con un gruñido, Hafgan nos empujó hacia el escenario. Una vez subimos a la plataforma, me paralicé de terror. No podía ver los rostros, solamente veía formas, colores. El fulgor del polvo de oro que llevaba pintado en las extremidades centelleaba como el fuego y me cegaba, llegué a pensar que me desmayaría.

—¡Contemplad las maravillosas hijas de Minerva! —bramó el subastador.

Cerré los ojos y esperé a que empezaran a llegar las pujas, preguntándome amargamente qué miserable suma conseguiría. No era curandera ni sirvienta, no tenía habilidades excepcionales en este mundo extraño.

El subastador no empezó la puja de inmediato. Y cuando abrí los ojos, me di cuenta de que la multitud, de pronto callada, tenía los ojos abiertos como platos y clavados en nosotras. En la brillante luz del sol, Elka y yo resplandecíamos y centelleábamos, deslumbrantes. Vi a la regente de un burdel echarse hacia delante, con un brillo de interés en su aguda mirada.

No era la única. Poncio Aquila, el hombre que Gruoch me había dicho que llamaban el Coleccionista, se revolvió en su asiento, con un puño lleno de anillos de oro apretado con fuerza sobre el regazo. Concentró toda su atención en Elka y en mí, y sentí que cada centímetro de mi piel que estaba bajo la mirada del



Coleccionista ardía con su intensidad. Me estremecí y aparté la mirada mientras Charon acechaba el escenario, envuelto en una túnica ricamente bordada y teñida de color azul zafiro oscuro. Llevaba en las manos dos espadas cortas de hoja ancha. Charon se giró y tiró las espadas al escenario, entre nosotras; las hojas resonaron como campanas.

Elka y yo nos las quedamos mirando llenas de confusión. ¿Ahora teníamos que luchar entre nosotras?

Los dos malhechores de Alesia subieron los peldaños hasta el escenario.

«Ay, diosa...».

Uno de ellos llevaba una pica de aspecto terrible y el otro —su muslo todavía vendado donde yo le había herido esa noche— llevaba una espada larga. Irradiaba un enojo que hacía tiempo que se cocía y supe con solo mirarlo que los alesianos pretendían saldar una deuda en aquel escenario.

—Estos hombres —gritó Charon—, sobrevivieron el sitio del poderoso César solo para ser humillados por este par de fieras y seductoras mujercitas. Dos furias que aparecieron en una oscura noche brumosa, atadas con cadenas, blandiendo espadas y luchando como lobas.

El jefe esclavista hablaba con voz cadenciosa y musical, relató una noche en la jungla de la ruinoso ciudad gala de la cima de una colina. Una historia absorbente de dos esclavas huidas y de malhechores y peligro, y ahora... una oportunidad para la venganza.

—Lo está exagerando un poco —murmuró Elka.

—¡Aquí! ¡Ahora! —berreó el jefe esclavista con una floritura—. Para el regocijo y la dicha de todos ustedes, ¡les presento la oportunidad de ver a estos nobles bárbaros en busca de su redención! Para decidir su destino definitivo en un combate a muerte contra estas dos mortíferas bellezas, ¡tan duchas con las espadas como las amazonas de las leyendas! Yyyyy —anunció arrastrando las palabras y distendiendo la tensión del momento—, si cualquiera de estos galos puede derrotar a estas chicas, hijas de la mismísima diosa Minerva, lo juro, y en venta exclusivamente hoy como un par... les concederé la libertad.

Lo miré con la boca abierta. ¿Qué estaba haciendo?

Pero cuando miré hacia la multitud, que zumbaba emocionada —algunos de ellos incluso hacían apuestas— lo empecé a entender. Había oído que esclavos que sabían luchar a menudo eran comprados y entrenados para combatir en las arenas. Por el puro y simple placer de la turba, enloquecida por los deportes de sangre. Siempre había concebido aquella idea como algo repugnante, y conocía el desdén con que los legionarios trataban a las mujeres guerreras de mi tribu, así que jamás se me ocurrió que las masas romanas pudieran considerar que mi sexo era capaz de luchar de ese modo.

Sin embargo, estaba claro que Charon había visto que aquello era mi futuro. Desde el principio.

No un burdel. No una mina de sal. Sino una arena.

«Aquí tienes tus habilidades excepcionales».

Los alesianos aceptaron el desafío de Charon encantados. Con un rugido, uno de ellos dio un paso adelante y blandió su espada, cuya hoja pasó silbando a un centímetro de mi oído.

«Qué suerte que hiriera su pierna buena aquella noche», pensé cuando me aparté nerviosa de su trayectoria. Se tambaleó entre Elka y yo, tropezando con la cadena que nos unía los tobillos y pegándome en los pies. Planté las manos y las rodillas en el escenario para coger las espadas que Charon había tirado. Cerré los dedos alrededor de una empuñadura y salté de nuevo para ponerme en pie justo cuando el segundo hombre, mucho más precavido y quizá menos vengativo que su compañero, nos rodeaba.

—¡Fallon! —La voz de Elka pronunció una nota de advertencia.

—Lo veo —contesté.

Juntas, cambiamos de posición cuando se nos acercó el hombre. Era larguirucho y tenía los brazos largos y torpes, su espada silbó cuando la blandió amenazadoramente para cortar el aire.

—Me tiene a su alcance —le dije en voz baja y tensa a Elka.

—A mí no —repuso ella—. Pero creo que aprendió la lección en Alesia. No

cometerá el mismo error que su amigo.

Elka dio un paso adelante para intentar incitarlo para que atacara. Sin embargo, en lugar de hacerlo, hizo ademán de atacarme a mí, pero en el último momento cambió la trayectoria y arremetió contra el arma de Elka en un amplio arco que arrancó un palmo de hierro de la punta de la barata espada de la chica.

Elka retrocedió deprisa, de pronto su arma no le servía para nada, y la cadena estaba tensa y estirada entre nosotras. Perdí el equilibrio de una pierna y volví a caer al suelo, solo para ver al primer hombre —el que había herido en Alesia— lanzándoseme encima. Alzó su pica bien alto por encima de su cabeza, agarrándola con las dos manos, y bramó un grito de venganza. Pronuncié el nombre de Morrigan en un grito ahogado —la única súplica que tuve tiempo de decir— y me eché las manos a la cabeza, aun sabiendo que la estocada me partiría como un hacha rompiendo astillas.

No me alcanzó.

Con un poderoso embate de sus largas piernas, Elka se interpuso entre nosotros, rugiendo con la locura de la batalla. La punta de la hoja de su espada desapareció bajo el casco del hombre, detrás de la protección que llevaba en la barbilla. Un momento de silencio helado cayó sobre la multitud. El pecho del hombre brilló de pronto de color carmesí oscuro que se derramó por su piel pintada. A través de la abertura de su yelmo vi cómo se le ponían los ojos en blanco, y acto seguido se le cayó la pica de la mano. Mientras se desplomaba en el suelo, Elka liberó su acero con un gruñido. Yo me levanté tambaleándome y le pegué una patada al cuerpo.

De pie, hombro con hombro junto a Elka, pude sentir que temblaba con violencia. A pesar de todas sus peroratas sobre la guerra, me pregunté si era el primer hombre a quien mataba. Me pregunté también si yo viviría lo suficiente para descubrirlo.

Con esa muerte, la multitud que nos miraba se dio cuenta de que aquello no era solo un espectáculo diseñado para hinchar los precios de las pujas, y rugieron deseosos por ver más sangre. La de los hombres, la de Elka, la mía, daba igual.

Aquello hizo que el estómago se me revoliera. ¿Era eso lo que los romanos consideraban un entretenimiento?

Y nos llamaban bárbaros a nosotros.

Charon se adelantó y sujetó en posición horizontal una vara larga y pintada entre nosotras y el resto de los alesianos para mantenernos separados, mientras tanto, dos hombres más saltaron al escenario para llevarse el cuerpo hasta una carreta que les esperaba.

Elka los miró mientras se iban, con el rostro pálido bajo el maquillaje.

Durante esa tregua, miré hacia la multitud y vi los rasgos angulosos de Poncio Aquila, quien aireaba su tarjeta, como si no hiciera otra cosa que espantar a una mosca. La primera puja era suya, del Coleccionista. Mientras otro de los hombres de Charon corría con un cubo de serrín para echar en el escenario manchado de sangre, una lluvia de tarjetas empezó a revolotear en el aire, sujetadas por patronos esparcidos por las gradas. A cada una de ellas le seguía otro aireo de la carta de Aquila, para superarlas, y el subastador de la peluca naranja los nombraba rápidamente, jubiloso, azuzando los postores entre ellos.

Se me secó la boca con solo imaginar que pertenecía al Coleccionista —Elka o yo, daba lo mismo—, y examiné a los otros postores, dividida entre un sentimiento de indefensión y de esperanza. Fue entonces cuando un destello de carmesí me llamó la atención y reconocí la figura del decurión Varro moviéndose entre la multitud. Llevaba lo que parecía el baúl de Charon —el que había ayudado al jefe esclavista a rescatar de la galera cuando se hundía— hacia el banco más alto de la grada. Lo vi detenerse a charlar con uno de los señores sentados bajo la sombra de un toldo amarillo y blanco. Después de un momento, el decurión dejó la caja con el patrón, volvió a bajar los peldaños de madera y desapareció entre la multitud sin siquiera echar un vistazo al escenario.

Charon apartó la vara de madera del medio y dio un paso atrás, para indicar con una floritura que la lucha ya podía continuar. Reafirmado por la multitud enloquecida, las apuestas y los postores, el alesiano que quedaba gruñó enrabiado y arremetió contra mí. De pronto el tiempo se detuvo. El sonido de

todas aquellas voces clamando violencia se convirtieron en nada. Como si fuera una niña de nuevo, luchando mi primer duelo de verdad con una hoja de acero en lugar de una de madera. Durante un instante, tuve la sensación no de estar de pie bajo la cegadora luz del sol romano, sino bajo la fría luz verdosa de los campos de Durovernum, practicando con Sorcha mientras Mael me animaba.

El alesiano intentó hacer una finta y cambiar su objetivo a media estocada, pero mi entrenamiento y mis instintos —todos los recuerdos grabados en mis músculos y en mi sangre— tomaron las riendas. Blandí el acero en un ángulo cerrado y recibí la espada de mi atacante, haciéndola chirriar cuan larga era en un destello de chispas. El impulso me arrastró un paso más y eché la espada atrás y después hacia abajo en un corte vicioso en el antebrazo extendido del hombre. La sangre manó, carmesí y brillante bajo la luz del sol, y con un grito de dolor, retrocedió sujetándose la muñeca.

Mi hermana había conjurado los fundamentos sobre los cuales yo había construido mis habilidades como guerrera. E incluso si jamás me habían hecho miembro de la guardia de guerra real como a ella, estaría condenada si deshonrara la memoria de Sorcha delante de aquella multitud de rebuznantes romanos.

Una finta, una embestida y otro corte, y el alesiano estaba desplomado sobre una rodilla con una herida abierta en la pantorrilla. La punta de mi espada brillaba ensangrentada y me sorprendí de lo fácil que había sido.

Pero en cuanto estuvo en pie de nuevo, sin pensar en su herida, tomó impulso para pegarme una patada brutal en las costillas. Solté un gruñido de dolor y caí de rodillas, jadeando para recuperar el aliento. Una segunda patada me dio la vuelta y me dejó tendida de espaldas. Con los ojos llorosos, pude ver sangre goteando de su pierna cuando volvió a echarla para atrás para soltar una tercera patada.

Me preparé para el golpe.

—¡Basta!

La orden provenía de una ronca voz femenina, que resonó en el aire. Casi

antes de que el sonido hubiera desaparecido en el aire quieto por un instante, los hombres de Charon saltaron al escenario para coger al alesiano gruñón. Lo apartaron de mí mientras le quitaban el arma. Yo me levanté y me quedé de pie tambaleándome, hasta que una mujer alta, vestida con una túnica de cuero sin mangas y unos pantalones estrechos, bajó por las escaleras desde la última fila de gradas.

—Ah, Thalestris —Charon se volvió lentamente hacia la mujer—. Siempre es un placer verte en nuestras humildes exhibiciones de talento. ¿Quiere tu Lanista hacer una puja para acortar la subasta tan pronto? —gesticuló hacia las graderías, donde se sentaba otra mujer, que llevaba un chal ricamente bordado por encima de la cabeza de tal modo que le ocultaba el rostro—. Pero si ahora es cuando se ponían las cosas interesantes.

—Si por cosas te refieres a estas chicas, preferiríamos que siguieran siendo capaces de entretener —dijo Thalestris en un estridente acento latino—. Mi señora, Lady Aquilea, quiere ofrecer una generosa puja muy por encima de la que ya has recibido para acabar con estos procedimientos antes de que tus productos se dañen irreparablemente.

Charon frunció el ceño.

—Tu puja tendrá que ser...

—Veinte mil denarios.

Charon abrió la boca de par en par.

—Veint...

—Cada una.

—¡No! —gritó desde el público una voz llena de puro enojo.

Charon se giró hacia el alboroto y se llevó una mano al oído.

—¿Tenemos una puja mejor? Ah, el noble Tribuno de la Plebe.

Los músculos de la garganta de Poncio saltaron cuando tragó saliva, y pude verle rechinar los dientes desde el escenario.

—Te pago veinticinco solo por la de verde —dijo—. Puedes hacer lo que quieras con la otra.

Un escalofrío semejante al agua congelada me recorrió las venas. ¿Podía un esclavista ser realmente mejor que otro? No lo sabía. Lo que sí sabía era que no quería ir con Poncio Aquila. No importara cuánto quisiera pagar por mí.

Charon inclinó graciosamente la cabeza, con un profundo arrepentimiento cubriéndole la cara.

—Lo siento, noble Tribuno. Las chicas se tienen que vender juntas. Los términos de la venta, como ya sabe, se han marcado antes de que empezaran las pujas. Cambiar las normas ahora sería injusto.

La boca de Poncio Aquila desapareció en una línea fina y su cara se sonrojó hasta ponerse casi púrpura. A su lado, su esclavo de ancho pecho cuadró los hombros y frunció el ceño.

—¿Desea mejorar la puja de Lady Aquilea para las dos chicas? —preguntó Charon.

Poncio Aquila apretó los puños y tiró al suelo su tarjeta para las apuestas. Lo habían superado.

Charon asintió hacia el subastador.

—Vendidas.

Sus oscuros ojos brillaron triunfantes.

Thalestris hizo un ademán con la mano hacia el alesiano cuando Charon se volvió hacia ella.

—Puedes quedarte tu matón galo —dijo—. Lady Aquilea, por supuesto, no lo quiere para nada. Quizás el Tribuno Aquila sabrá apreciar sus toscos encantos.

Los espectadores vitorearon y abuchearon cuando Poncio Aquila se levantó, su semblante colmado de una palpable ira aterradora. Sin pronunciar palabra, se volvió para bajar los escalones de las graderías y desapareció entre la multitud del Foro. Sentí alivio cuando le vi marcharse.

—Quizá no —dijo Charon en voz baja cuando la multitud rugió divertida una vez el hombre se hubo marchado. Se volvió hacia Thalestris con una sonrisa—. En ese caso, acepto la graciosa oferta de parte de Lady Aquilea por estas dos briosas muchachas y otorgo a este buen alesiano la libertad.

Eso gustó todavía más al gentío. El alesiano pareció abrumado cuando Charon le hizo un ademán para que desalojara el escenario y, de ese modo, el herrero pudiera quitarle el collar. Incluso yo tuve que admitir que aquel gesto era sorprendentemente decente. Sin duda estaba todo calculado con frialdad y solo por el efecto que causaría.

—Mi maestro de la moneda fijará la cuenta y gestionará el pago. —Thalestris hizo señas a un hombre calvo y de espaldas anchas para que se acercara. Entonces, en una voz lo bastante baja para que solo Charon pudiera oírla, añadió —: Te felicito, Charon. Eso ha sido muy inteligente. Pero ten cuidado, jefe esclavista. A Aquilea no le gusta que jueguen con ella. Y a él tampoco le gusta.

Me pregunté fugazmente quién sería él, pero entonces Thalestris giró sobre sus talones y se fue detrás de Lady Aquilea, quien ya se marchaba rápidamente de la plaza del mercado junto con su séquito de asistentes. Elka y yo nos quedamos ahí de pie, parpadeando sorprendidas.

¿A quién acababan de vendernos?

Charon concluyó la subasta y el gentío empezó a dispersarse, dando rodeos para mirarnos de cerca. Nos puso una mano en el hombro de cada una y dijo:

—Sabía que podía contar con vosotras para conseguir una buenísima suma. — Sus blancos dientes centellearon tras su barba bien recortada—. La mejor que haya obtenido jamás en una sola venta. ¡Gracias a Artemis, que presto atención a mi instinto!

—Y ¿quién, exactamente, dijo tu instinto que te pagaría tanto por un par de chicas bárbaras? —preguntó Elka.

—Felicidades, señoras. —Su sonrisa se desvaneció y sus siguientes palabras fueron como una daga clavada en el espinazo—. Ahora sois propiedad del Ludo Aquilea, la academia más importante para gladiadoras en toda la República. Bajo la propiedad y la tutela del honorable cónsul de Roma, Cayo Julio César en persona.



## XIV

—No es un burdel.

—Lo sé. Ya lo he oído. Es solo que...

—A ti te gusta luchar.

—Sí, pero...

—Pues ya está, ¿dónde ves el problema?

—¡No es honroso!

—Ah —bufó Elka—. ¿Eso es todo?

—¿Todo? —exclamé con la voz entrecortada—. ¡Por supuesto que lo es todo!

Puso los ojos en blanco y se volvió a recostar en el banco acojinado de la carreta donde viajábamos.

—Eres una esclava, raposita —dijo—. Ya no tienes honor.

Pero se equivocaba. Sabía que tenía que haber más para honrar que solamente el puesto de una en la vida. Eso era lo que Sorcha me había enseñado: las acciones significan más que los elogios. El honor era algo por lo que merecía la pena luchar, y morir, no importaba en qué casa hubieras nacido. Y aun así dudaba. A fin de cuentas, ¿alguna vez había considerado honorable a cualquiera de los esclavos de mi padre?

Me giré de espaldas a Elka y fijé la mirada hoscamente en la cabeza rapada y aceitada del maestro de la moneda sentado en la parte delantera de la carreta, conduciendo los caballos negros con mano segura.

—Recuerda —continuó Elka—, que ahora nuestra vida es simple: lucha, mata, muere y mantente bien guapa mientras lo haces.

—¿En serio que Charon dijo eso? —pregunté sacudiendo la cabeza.

—Después de decirnos que nos había vendido a un tirano asesino, sí — aseguró Elka.

Julio César. El tirano.

Apenas podía creer que me hubieran vendido al hombre que invadió mis tierras natales. Esta, pensé, era una injusticia a escala mítica. Todo lo que siempre había querido era luchar, pero contra el hombre que había deshonrado a mi padre y matado a mi hermana. ¡No para él! Y no en la arena. Eso jamás.

Morrigan se estaba riendo mucho a mi costa.

—No sé de qué te quejas —suspiró Elka—. Como ya he dicho, hay destinos peores para una esclava que acabar siendo gladiadora.

La miré de soslayo.

—Es un deporte de sangre, tal como suena. Algo para divertir al populacho, ya viste cómo reaccionaron cuando luchamos contra los alesianos. Ya les oíste. ¡Era asqueroso!

—He oído que te alimentan bien en un ludo.

Abrí la boca para protestar que los avituallamientos no me importaban lo más mínimo, pero justo entonces mi estómago rugió con tanta fuerza que Elka lo oyó por encima del estruendo de las ruedas de la carreta y se echó a reír. Incluso con el corazón lleno de pesar, era difícil estar indignada viendo su regocijo. Y, admití a regañadientes, que era la primera vez en meses que no viajábamos en un carromato con barrotes; no llevaba ninguna cadena en el tobillo y vestía algo más que harapos.

Sin embargo, todavía era una esclava.

Estiré una mano para aliviar la presión que la argolla de hierro infligía en mis clavículas. A veces me olvidaba de que estaba ahí. Y otras veces parecía pesar más que el oro. Sin embargo, sabía que Elka tenía razón: yo era una esclava, pero dentro de poco sería una esclava con una espada y la barriga llena. Y me juré hacerme con la fuerza suficiente para liberarme.

—Me pregunto quién tendrá que trabajar más duro para ganarse el sustento —

caviló Elka a medida que seguíamos el sol poniente hacia el campo—. Tú y yo, o Cassandra.

—¿Quién?

Elka puso los ojos en blanco.

—¿Bromeas? ¿Te quedaste sus zapatos y no te preocupaste por saber su nombre?

La imagen de la chica de pelo oscuro, componiendo una pose evocativa para la elogiosa multitud, me vino a la cabeza.

—¿Cómo sabes cómo se llama?

—No tienes remedio —dijo Elka sacudiendo la cabeza—. Pues porque se lo pregunté.

Nuestra carreta llegó a la cima de una alta colina y Elka silbó por lo bajo.

Habíamos estado viajando hacia el norte, y la tierra se extendía a ambos lados a oleadas salpicadas de grupos de árboles altos. La carretera por la que circulábamos —la Via Clodia— era ancha, recta como una flecha y como ninguna otra por la que hubiera viajado jamás. Nuestro carromato voló por encima de los adoquines grandes y planos, el viaje era más suave que nada que yo hubiera conocido con mi carro de guerra cuando estaba en casa. En la distancia, los elegantes arcos de piedra de un acueducto cruzaban la tierra como algún tipo de serpiente de piedra enorme. Hasta yo tuve que admitir que los logros de la inventiva de los romanos eran maravillas para contemplar.

Ahora, directamente enfrente de nosotras, había una amplia extensión de agua que se alargaba en la distancia y sobre la cual se reflejaba el púrpura y el escarlata del sol poniente; Lago Sabatino, pronto aprendí cómo se llamaba. Un camino ancho bordeado de altos cipreses llevaba hacia una creciente edificación de piedra apostada en las orillas del lago. Habíamos llegado al Ludo Aquilea.

Los tejados de los edificios hechos de tejas eran elegantes y ordenados, la villa principal estaba profusamente rodeada de edificios menores: establos, cocinas y, supuse, algún tipo de barracones por los distintos rangos de «estudiantes». Se parecía un poco a un palacio, pero sentí que el estómago me daba un vuelco al

ver la alta y lisa muralla coronada de picas de hierro que circundaba el ludo. Ese lugar no era un palacio. Era una jaula muy bien diseñada.

Cuando el carruaje cortinado de delante nuestro, que transportaba a Lady Aquilea y a sus sirvientes, cruzó las puertas con estruendo, Thalestris se bajó de un salto cuando todavía estaba en movimiento. Retrocedió hasta el carruaje donde íbamos Elka y yo e hizo una señal al conductor para que se parara y, de ese modo, ella pudiera subir y ponerse entre nosotras. Cada movimiento que hacía era preciso y resuelto. Con los pies separados, dejó reposar una mano sobre su cadera como si llevara una espada. Supuse que la mayor parte del tiempo debía llevarla.

—Bienvenidas al Ludo Aquilea —dijo clavando los ojos alternativamente entre nosotras, evaluándonos, calculando—. Vuestro nuevo hogar hasta que os ganéis vuestra libertad o hasta que muráis. La segunda opción es más probable. Pero trabajad duro, trabajad bien, y seréis tratadas justamente y con dignidad.

¿Justicia y dignidad? Lo dudé seriamente.

—Vengáis de donde vengáis —continuó—, hicierais lo que hicierais, fuerais quienes fuerais... ya podéis olvidarlo. Matad vuestro pasado y enterradlo bien hondo en la tierra de vuestro corazón. No os ayudará aquí. Solo os pondrá grilletes. Este lugar es una hermandad, estas chicas son vuestra familia. Lady Aquilea, la lanista de este lugar, es vuestra diosa. Y yo soy vuestra nueva madre.

—No podrá ser peor que mi antigua madre —repuso Elka con un encogimiento de hombros.

Thalestris le lanzó una mirada significativa. «No estés tan segura de ello».

—Habrà la jura de votos cuando se alce la próxima luna llena —anunció—, para vosotras y para algunas de las otras chicas que han llegado recientemente. Es un momento sagrado. Y es una vocación sagrada. Jamás os atreváis a pensar lo contrario. Estad orgullosas y agradecidas de los Destinos que os han llevado hasta aquí para convertirnos en gladiadoras. Sed fuente de honor para esta casa. Sed fuente de honor para vosotras mismas. Ganad. Sed valientes. Y ahora marcharos.

«Honor».

Siempre había pensado que sabía qué significaba para mí aquella palabra. Aquella noche, di los primeros pasos para aprender qué significaba la palabra «honor» para una gladiadora. Y di esos pasos en un cementerio.

Puesto que llegamos pasada la hora de cenar, Thalestris nos acompañó hasta las cocinas para que cogiéramos las sobras de la cena y nos las lleváramos a nuestras habitaciones. Entre ir y venir, solo vimos a unas pocas de las otras chicas que vivían allí. No hablamos con ninguna de ellas y me alegré por ello, sobre todo porque empezaba a sentirme un poco ridícula vestida con los restos mustios y manchados por el viaje de mi disfraz de la subasta. Nos quitaron la mayor parte de los accesorios que llevábamos antes de subir a la carreta, de modo que a mí me quedó poco más que la túnica y las botas. Elka, por su lado, no pareció preocuparse mucho por ello —estaba mucho más que demasiado preocupada por mantener el equilibrio del altísimo montón de carne y queso y fruta que llevaba en el plato para darse cuenta de nada.

Nuestros cuartos eran habitaciones pequeñas y estrechas, apenas lo bastante grandes para contener un camastro de paja que hacía las veces de cama; a sus pies había un baúl vacío y abierto para nuestras pertenencias. Yo no tenía nada. Ni torques, ni espada, ni siquiera un juego decente de pantalones o un buen vestido de abrigo confeccionado con lana bien tejida... Nada que me identificara como Fallon. Ni una muestra ni un recordatorio de la vida que tuve. La pérdida de la espada de mi hermana era para mí como si hubiera perdido una extremidad, y lo único que me quedaba de Mael era el recuerdo de su beso... y el aspecto de su rostro en el momento de su muerte.

Cerré la tapa del baúl de una patada y me volví.

Una única vela colocada en el alto alféizar de la ventana proyectaba sombras danzarinas en las paredes mientras acababa de comer. Estaba sentada en mi cama, demasiado exhausta para siquiera desvestirme y me disponía a tumbarme

para dormir, cuando se oyó un golpe en mi puerta. Se abrió antes de que pudiera responder y miré hacia arriba para ver a una chica alta y esbelta de pie bajo el dintel de la puerta. Tenía el pelo corto y espeso, cortado casi al rape, y una tez oscura. Intenté no mirarla demasiado, pero jamás había visto a nadie como ella. La chica ignoró mi grosería y se limitó a señalar la vela.

—Ponte las botas —ordenó—. Coge la vela. Ven conmigo.

En el pasillo vi que la chica llevaba una capa.

—Soy Ajani —dijo tendiéndomela—. Póntela.

La cogí agradecida, pues el aire nocturno era frío y húmedo.

—Fallon —murmuré mientras me echaba la gruesa lana por encima de los hombros y me calaba la capucha—. ¿Adónde vamos?

El blanco de los ojos le brillaba en la oscuridad.

—A despedirnos.

Se volvió con pasos silenciosos y avanzó por el pasillo. La seguí, la llama de mi vela chisporroteaba con las brisas que se colaban entre los pilares. Ajani me guio por el patio hacia el corazón del conjunto del ludo, donde chicas y mujeres estaban de pie reunidas en grupo, algunas de ellas sujetaban antorchas, y todas ellas llevaban capa y capucha. Si Elka estaba allí, no pude distinguir cuál de las figuras encapuchadas era. Nadie decía nada. En el centro de la multitud había unas andas funerarias cubiertas con una llamativa tela blanca.

Y por la forma que tenía, había un cuerpo bajo la mortaja.

Seis figuras se apartaron del grupo y se acercaron a las andas, las levantaron y se las colocaron encima de los hombros como si no pesaran más que un saco de plumas. Una procesión se formó detrás de ellas cuando se movieron con majestuosa dignidad hacia las puertas del ludo, pues esa noche estaban abiertas al mundo. Me coloqué detrás de Ajani y las seguí. Una vez fuera del conjunto del ludo, el cielo me pareció enorme. De niña me había acostumbrado a estar bajo los árboles y los bosques de la Isla de los Poderosos, pero ahora me sentía pequeña bajo el vasto dosel de estrellas.

«Pequeña como un ratón..., demasiado pequeña para que me vean».

Aminoré el paso, me rezagué entre las hileras de gladiadoras hasta que me superaron todas. Si pudiera perderme en cualquier lugar y esperar hasta que estuvieran lo bastante lejos, quizá podría correr para liberarme.

«¿Y la argolla que llevas en el cuello? ¿Cómo vas a dejarla atrás?».

El frío metal me punzó la piel.

Quizá yo solo fuera un ratoncito fuera de aquellas murallas, pero el hierro de los esclavos me marcaba como la presa de un águila. Los esclavos fugados eran criminales, castigados con latigazos o marcados con hierros al rojo... o condenados a muerte. Estaba en medio de tierras desconocidas, sin amigos y abandonada. Huir —o al menos huir sin un plan— solo me serviría para que me mataran. En algún lugar de las lejanas colinas, un lobo aulló y apreté el paso para atrapar a las otras chicas.

Anduvimos durante un rato en silencio. En la distancia, pude ver las oscuras siluetas de otras villas, y por todos los lugares por donde pasamos, había lámparas ardiendo brillantes en todas las ventanas. Me hicieron pensar en las Noches Samhain en vela de cuando era niña y crecía en Durovernum, noches donde las sombras de los muertos agitados andaban por la tierra y las lámparas de todas las casas quemaban hasta el alba para mantenerlos alejados. En esos momentos me sentía como si yo misma fuera una de esas sombras hambrientas e itinerantes, arrancada del mundo, pero todavía atada a él.

Seguimos caminando hasta que una baja pared de piedra con un portal en forma de arco apareció delante de nosotras; lo cruzamos y, al principio, no entendí dónde estábamos. En la Isla de los Poderosos, quemábamos a nuestros muertos o los enterrábamos bajo montículos de tierra; no los encerrábamos en frías casitas hechas de piedra, donde sus espíritus quedarían atrapados para siempre y no podrían llegar a la paz y plenitud del Otro mundo.

Sin embargo, nuestra procesión pasó de largo todos aquellos sepulcros de mármol y siguió hasta un lugar aislado que había más al fondo. Allí vi otro tipo de tumba, con una pira de troncos amontonada encima. Formamos un círculo y las que llevaban las andas las levantaron y las colocaron en la cima de la pira.

Desde donde yo estaba, tenía suficiente campo de visión para ver que el hoyo cavado debajo, en la tierra, estaba lleno de canastos planos con todo tipo de comidas, carne y pan, jarras de vino, una plata de queso, y otros canastos que tenían efectos personales: un espejo y un peine de marfil, ropa cuidadosamente doblada. Además, había armas, muchas armas: conté tres espadas, un par de lanzas, un pequeño escudo redondo y un cinturón adornado con cuchillos arrojados. Una colección impresionante.

Sin embargo, había un último artículo que añadir a la sepultura, según parecía.

La mujer que lideraba la procesión —Lady Aquilea, supuse— estaba de pie a la cabeza del hoyo de la tumba, con el rostro escondido en las profundidades de su honda capucha. Metió la mano entre los pliegues de su capa y sacó una lámpara, un delicado objeto que colgaba de una cadena fina.

—Para que te ilumine el camino en la oscuridad —oí que murmuraba. Dejó que la cadena se le escapara de los dedos, y aterrizó suavemente en el hoyo, encima del resto de cosas. Entonces alzó la voz y añadió—: Se llamaba Ismene. Que se sepa. Era una hermana de nuestra familia. Una gladiadora de la Casa Aquilea. Luchó como lo hacemos nosotras, con valentía y con habilidad. Cinco días atrás, luchó con honor en un duelo contra una doncella guerrera de la Casa Amazona. Ganó, pero Ismene fue herida de gravedad en esa lucha. Nuestros cirujanos hicieron lo que pudieron por ella, pero, ayer por la noche, la diosa Némesis, la del rostro oscuro, en su gran sabiduría llamó a Ismene al reino de los héroes y envió a Mercurio para guiarla hasta allí. Ahora festeja en los salones de Dis, se entrena con Minerva, y nos espera a todas para que nos unamos con ella allí, y nosotras lloramos su ausencia incluso cuando otras se nos han unido hoy mismo.

Me tragué el nudo que se me formó en la garganta. Hablaba de Elka y de mí. Pero juré en ese mismo momento que yo jamás iría a ese cementerio como aquella chica, quemada y enterrada en una tierra lejos de mi hogar.

—Que vaya en paz —continuó la lanista, y algo en su forma de hablar provocó recuerdos medio olvidados de las profundidades de mi mente—. El



círculo de la gloria, el río de la sangre. Lloradla, gladiadoras. Celebradla. Haced que esté orgullosa.

Se oyeron ruidos de llantos que provenían de algunas de las capuchas que ocultaban los rostros de las chicas, incluso la voz de la lanista tembló de emoción. Sin embargo, a mi izquierda oí a una chica mofándose en silencioso desdén. ¿Había habido rivalidad en la sagrada hermandad del ludo? Quizá la hermandad en el ludo, igual que en la vida, podía ser una espada de doble filo.

Una de las gladiadoras dio un paso adelante con una antorcha y la arrojó entre los leños de la pira. El paño blanco se prendió instantáneamente y la súbita ascensión de calor lo hizo volar por los aires, revoloteando hacia el cielo por encima de nuestras cabezas, como si el espíritu de la chica fallecida se hubiera librado del cuerpo. Se mantuvo allí, revoloteando durante un momento, entonces ardió en una bola de breves llamas antes de lanzar una lluvia de chispas encima de nosotras. Pensé en cómo jamás había tenido la oportunidad de quemar el cuerpo de Sorchá. Los romanos jamás nos lo devolvieron. Entonces pensé en Mael, ni siquiera sabía dónde lo habían enterrado. Si hubiera estado allí, hubiera hecho que mi padre levantara un túmulo en su honor en el Valle Olvidado y que lo coronara con una piedra erguida. Entonces me habría echado allí encima y habría llorado hasta que la hierba hubiera vuelto a crecer, regada por mis lágrimas.

A través del aire resplandeciente, contemplé el rostro de la chica llamada Ismene. Parecía dormida. Busqué en mi corazón una plegaria que ofrecer, pero no conocía los dioses que había nombrado la lanista, solo conocía los míos. De modo que compuse una silenciosa plegaria para la chica fallecida a quien jamás había conocido, pero con quien en ese momento sentí un extraño parentesco.

«Que Morrigan guarde tu alma», susurré en mi mente.

«La tuya y la de Sorchá y la de Mael».

Mientras deseé que, algún día, guardara también la mía.

## XV

—¡Por los malditos dientes de Morrigan! —escupí tambaleándome hacia delante, cayendo dolorosamente sobre una rodilla en la arena del patio de entrenamientos del ludo. La espada de madera se soltó del agarre de mi mano, enredada en la red de cáñamo que blandía mi oponente—. ¡No es justo!

La otra chica me oyó y se echó a reír.

Por supuesto que era injusto. Después del largo viaje a través de la Galia, mis músculos se habían debilitado por la falta de ejercicio y de comida decentes. Tenía la fuerza de un gatito enano, los dedos torpes y, sí —malditos fueran los ojos de Cayo Varro—, las muñecas débiles. Y nada de todo aquello parecía importarle a la chica que esperaba que me levantara del suelo para poder derribarme otra vez. Se llamaba Meriel y luchaba, o eso me habían dicho, con el estilo de un gladiador de clase *retiarius* y blandía armas extrañas —una lanza de tres puntas llamada tridente y una red de sogas entretejidas— como si danzara con ellas.

Fue mi primera pareja de entrenamientos del día.

Y ya empezaba a pensar que quizá también sería la última.

La pálida piel de Meriel estaba llena de pecas excepto en los lugares recubiertos por las finas líneas azules de sus tatuajes, y llevaba el cabello pelirrojo oscuro recogido en una desordenada madriguera de trenzas y bucles. Sus ojos me miraron con el destello plomizo de la fría lluvia gris. Conocía aquella mirada. La chica era de Prydain. De mi hogar. Solo que ella era de los dominios de muy al norte, donde las tribus eran brutales y bárbaras. Y, por norma, muy buenas en el arte de matar.

«Como yo».

No importaba que lo único que había matado de verdad, hasta entonces, hubiera acabado en un caldero para hacer la cena. Con un gruñido de esfuerzo, me puse de nuevo en pie.

—Bien, venga pues, *gladiolus* —se mofó Meriel en un latín que apenas se entendía enterrado bajo su acento gutural.

*Gladiolus*, aprendí, era el mote que recibían las nuevas incorporaciones, un juego de palabras pensado para ridiculizarnos al llamarnos flores. Bonitas de ver, pero muy fáciles de pisotear.

—¡Venga! —me ladró Meriel de nuevo—. ¡Enséñanos por qué mereces todas esas monedas! —Se frotó las manos y añadió—: Demasiados sestercios. Y ¿para qué? ¿Para caerte?

Evidentemente, el precio que pagaron por Elka y por mí se había hecho público. No era culpa mía que alguien hubiera pagado tanto por mí, pensé con amargura. Detrás de Meriel, vi a un grupo de otras chicas del ludo que se habían congregado y nos miraban. Todas se reían excepto la que llevaba largas trenzas negras, que solo miraba. Se llamaba Nyx. La había visto practicando en muchas ocasiones y me había impresionado con su técnica. Yo, por otro lado, sin duda no estaba impresionando a nadie.

Descubrí bastante pronto que se podía saber lo bien y lo a menudo que luchaban algunas chicas por lo que llevaban puesto. Las que se habían ganado una bolsa de monedas o dos o más llevaban cinturones o muñequeras de bronce o de cuero, o tenían mejores armas que las que proporcionaba el ludo. Nyx, por el aspecto que tenía, era una de las mejores luchadoras. Llevaba espinilleras armadas de cuero y muñequeras y un cinturón que estaba decorado con medallones de bronce y tachuelas de coral.

Yo vestía la simple túnica que me había dado el ludo. Una cosa fea y deforme de lino cosido y sin teñir, con un cinturón sencillo de cuero. Eran indistinguibles de las que llevaban Elka o las otras recién llegadas. Y distinguirse entre las demás, aprendí pronto, era al menos tan importante en la arena como ganar.

Meriel dio un exagerado espectáculo fingiendo que esperaba pacientemente a que yo recuperara mi arma y volviera a empuñarla. La hoja de madera me temblaba un poco en la mano, pero el pequeño escudo de mimbre redondo de prácticas que llevaba atado a la muñeca izquierda me pesó como si fuera de hierro cuando me puse en posición. Meriel empezó a rodearme por la izquierda, amenazándome con su tridente y con la red baja, sujeta a su costado. Yo jamás había luchado contra esas armas y las encontraba ridículas, más bien adecuadas para ir a pescar. No sabía cómo defenderme de ellas.

Quizá no tenía que hacerlo. ¿Para qué defenderse cuando todo lo que tenía que hacer era atacar?

La voz de mi hermana Sorcha retumbó en mi mente: «Arma u objetivo... ¡Escoge, Fallon!».

Arma.

Con un rugido, me agaché para esquivar el silbante golpe del tridente de Meriel y, con un movimiento distintivamente no defensivo, se lo arrebaté de la mano con el borde de mi escudo. Esa táctica me habría dejado muy expuesta a una estocada, si no fuera porque su lanza estaba volando por los aires y aterrizó muy lejos de su alcance.

«Ahora yo tengo un arma y ella no...».

Error. La red que llevaba en la otra mano zumbó hacia delante como una extensión viviente de su brazo. Los pesos que había en los extremos me golpearon dolorosamente cuando aquella cosa se me enredó en las piernas y me echó al suelo por segunda vez. Ya estaba lo bastante enojada para ganar a Meriel. Pero todavía no era lo bastante fuerte.

—Jamás ganarás un duelo luchando de esta forma —se mofó.

Me tragué la réplica y pegué una patada a la trampa de sogas.

—Al menos tus heridas tienen colores bonitos, *gladiolus* —dijo Meriel; entonces, con un golpe de muñeca, recuperó de un tirón la red que se había quedado bajo mi cuerpo, lo que me dejó llena de moratones en las piernas—.

Eso tendría que llamar la atención de la gente. Si es que algún día consigues llegar a una arena de verdad, claro.

Se rio antes de agacharse para recuperar su tridente y, colocándoselo en el hombro, se fue. Silbando.

El grupito de las otras chicas también se dispersó y volvieron a sus propios entrenamientos, todas excepto Nyx. En el poco tiempo que había estado en el Ludo Aquilea, me había dado cuenta de que ella parecía ser la líder simbólica entre el grupo de las estudiantes «veteranas» de la academia. Veteranas como Meriel. Pensé que tendríamos la misma edad y, por lo que había oído, sabía que Nyx prácticamente había sido criada en la academia desde que tenía nueve años, huérfana de unos campesinos griegos asesinados en un asalto tribal.

Puesto que era una de las gladiadoras más experimentadas, a menudo hacía las veces de lugarteniente de Thalestris, designaba las parejas de entrenamiento y programaba los ejercicios, y hasta entonces, bajo su supervisión, me había tocado luchar contra la mayoría de las guerreras más fuertes de la academia a pesar de mi mucho menos que óptima condición. En comparación, las otras chicas que habían llegado apenas pocas semanas antes que yo casi no habían empezado a practicar aún. Todavía hacían ejercicios básicos de fuerza y agilidad, y generalmente entrenaban con muñecos. Aquello era o bien un examen de mis habilidades sin duda oxidadas... o bien un intento de acabar con el miembro más débil de la manada.

Nyx estaba apoyada contra un poste con los brazos cruzados y me observó mientras me ponía en pie a duras penas de nuevo. Su expresión era inescrutable. No supe ver si se reía de mí o no; sin embargo, decidí que lo descubriría. Di un paso hacia ella, pero Thalestris apareció en ese momento, paseándose por el patio con su vara de madera en la mano; por supuesto, no iba a meterme en ese tipo de problemas delante de las narices de mi superior. Nyx tenía una aliada en Thalestris, y una de las primeras cosas que desarrollé al llegar al Ludo Aquilea fue un sano respeto hacia su maestra de luchas.

Las chicas del Ludo Aquilea se juntaron de nuevo por parejas y volvieron al

entrenamiento. Las observé durante un momento, todas tan diferentes y al mismo tiempo tan iguales —todas ellas esforzándose para ser la estrella más brillante de la arena— y supe que estuve en lo cierto aquel primer día cuando sospeché que la hermandad del ludo podía ser un mar traicionero en el que navegar. Y Meriel, con su tridente de dios marino, era un doloroso recordatorio de ello. Cuando estaba en Durovernum, yo contaba con el lujo de poder escoger contra quién quería luchar, pero claramente aquello ya no era una opción. Me dirigí hacia el edificio donde se guardaban las armas para ver si podía encontrar una lanza o un arco para practicar yo sola.

Sin embargo, sabía que tarde o temprano tendría que hacer frente a mis compañeras de ludo con la cabeza alta o acurrucada como un erizo y dejar que me echaran a patadas del terreno de juego.

«Arma u objetivo», decía siempre mi hermana.

Sentí como se me erizaba el vello de la nuca y de pronto recordé algo más que Sorcha decía a menudo. «No bajas la guardia jamás mientras todavía estés en el campo de batalla».

Quizá por instinto, por suerte o por el susurro de alerta de Morrigan, me aparté de golpe hacia un lado justo en el momento en que un cuchillo arrojado me pasaba al lado de la oreja. La punta de la hoja se clavó en el rostro lleno de cicatrices del muñeco de prácticas que había a diez pasos delante de mí. No me giré para ver quién lo había lanzado, me limité a seguir caminando y, cuando llegué a la altura del objetivo, alargué una mano y arranqué la daga que todavía temblaba en la madera. Una fina línea de color carmesí manchaba la hoja, y sentí una punzada en el cuello, en el lugar que me había rozado. Me sequé la sangre con el dobladillo de la túnica y me metí el cuchillo en el cinturón.

Acababa de conseguir mi primera nueva posesión.

Esa noche, decidí que un buen baño bien largo sería indispensable para aliviar mis heridas y contracturas, y me dirigí cansinamente hacia los baños. Que fuera

tan tarde significó que las únicas otras ocupantes eran Elka, a quien ya había encontrado en el vestidor, y Ajani, que holgazaneaba en un banco del *caldarium*. Me descubrí observando la chica nubia cuando practicaba en la armería mis sesiones de entrenamiento, y me impresionaron sus habilidades certeras y diestras. Y su callada confianza. Ajani no alardeaba, aunque tuviera todo el derecho de hacerlo.

Colgué la túnica en una percha y anduve tranquilamente hacia la piscina de agua caliente, donde me hundí hasta el mentón con un suspiro que fue casi un gruñido.

—Hoy te has perdido todo lo bueno, raposita —dijo Elka, que se sumergió a mi lado y metió la cabeza en el agua.

—¿Lo bueno? —Sacudí la cabeza para quitarme el agua de un oído—. ¿Cuándo paso eso tan bueno que dices?

—Justo después de que acabaran de darte una paliza cuando practicabas con Meriel —se rio Elka—. Te fuiste y Nyx tuvo unas cuantas cosas no muy agradables que decir sobre tus habilidades una vez te hubiste marchado.

Sacudí la cabeza.

—Probablemente tenía un ápice de razón. Lo he hecho fatal hoy.

—El único ápice que tiene —repuso Elka— es la espina que se le clavó en el culo por ti desde que pusiste los pies en este sitio. Solo los dioses saben por qué... No es que tú y yo seamos las únicas novatas. Sea como sea, supongo que me cansé de que siempre te tuviera los ojos encima fueras adonde fueras.

Me senté erguida, parpadeando para quitarme la humedad de las pestañas.

—¿Qué has hecho? —pregunté.

Elka abrió los ojos fingiendo una expresión de inocencia.

—Me limité a preguntarle cuándo llamaría a Meriel y a sus otras perras rabiosas y tendría las agallas suficientes para batirse contigo ella misma —explicó estirando los brazos y poniéndose las manos entrelazadas detrás de la cabeza con un suspiro de satisfacción.

—Por todas las diosas —gemí—. Dime que no lo hiciste.

—Sí lo hizo.

La superficie del agua ondeó y me giré con los ojos entrecerrados para ver a través del vapor, y vi que Ajani se había metido en la piscina con nosotras, sus enormes ojos oscuros destellaban divertidos.

—También le ha dicho que una vez hayas luchado con todas las lacayas de Nyx, estarías más que contenta de explicarle personalmente de cuántas maneras sujeta mal la espada.

—¡Elka! —grité.

—Bueno, es que lo hace —me contestó poniendo los ojos en blanco—. Coloca el pulgar por encima de la guarda, y ambas sabemos que es la mejor manera de perder un pulgar, y se le ponen los nudillos blancos. Un agarre de bruto. Sin finura.

—Nyx no se tomó demasiado bien la crítica. —El cadencioso acento grave de Ajani le daba musicalidad a su preciso latín—. Empezó a gritar en griego que le arrancarían los ojos a Elka y se los echaría a los perros del establo.

—¿Eso dijo? —preguntó Elka—. No llevo muy bien el griego.

—No tenías que hacerlo —le dije—. Puedo luchar mis propias batallas.

—Lo sé —rio—. Solo que ni siquiera parecía que supieras que esta se estaba cociendo. Además —añadió—, alguien tenía que animar un poco las cosas por aquí. Todo lo que hacemos es comer, dormir y zas-zas-zas con las espadas de madera contra postes de madera. ¡Al menos ahora tenemos algo que nos mantenga alerta!

—Ya puedes estar segura de ello. —Ajani se apoyó con los codos en el borde de mosaico de la piscina y se puso seria un momento—. Quizá Elka te haya hecho un favor, Fallon. Ya he visto este tipo de cosas aquí antes. Es mejor atacar de raíz antes de que la infección se extienda demasiado. Sin embargo, tened cuidado. Las dos.

Nadé hasta la otra punta de la piscina y me impulsé para salir del agua.

—Me voy a la cama —dije mientras cogía una toalla del chiribitil de la pared



—. Por favor, intenta no ganarme más enemigos mortales antes de mañana, ¿vale?

Elka me saludó con una risita y se sumergió bajo la superficie con olor a lavanda. Me sequé, me vestí y me adentré en la oscuridad. Los guardias del ludo estaban en algún lugar haciendo sus rondas, pero no me crucé con ninguno. Al contrario, parecía como si los terrenos de la academia estuvieran completamente desiertos. Y, sin embargo, mientras volvía al ala de las habitaciones, no pude ignorar la sensación de ser observada.

Esa percepción me puso los nervios de punta.

Crucé el patio donde la figura de la diosa Minerva, bañada por la luz de la luna, miraba desapasionadamente en mi dirección. En la oscuridad, casi me pasó desapercibido el cuervo que yacía muerto a los pies de la estatua. Sin embargo, cuando llegué a mi habitación, sin lugar a dudas detecté la pluma negra que reposaba en mi almohada.

Estaba manchada de sangre.

## XVI

—¡*Gladiolus!*

El epíteto burlón resonó por el patio de entrenamientos y solté un gruñido, consciente de que se dirigía básicamente a mí. Otra vez. Eché un vistazo por encima del hombro mientras estiraba las pantorrillas y vi a Nyx cruzando el patio, con las largas trenzas ondeándole en la espalda y la vara de madera de Thalestris descansando despreocupadamente sobre su hombro.

Las entrañas se me hicieron un nudo por el temor. Esa mañana, Elka se había burlado de mí cuando le había contado lo del cuervo y la pluma, y me había dicho que no me preocupara por un intento absurdo de achantarme. Sin embargo, sabía que le divertía la perspectiva de liar un poco las cosas entre las gladiadoras, a cuyos rangos nos uniríamos oficialmente muy pronto. Si sobrevivíamos a los entrenamientos.

—¡*Gladiolus!* —gritó Nyx de nuevo—. ¡Tú! La celta delgaducha.

Apreté los dientes. La comida decente, una cama que no era el suelo de una jaula y la superabundancia de ejercicio habían comenzado a restablecer mi cuerpo después de los achaques de la caravana de esclavos. Sin embargo, todavía me faltaba mucho para que mi fuerza y mis reflejos volvieran a ser los de antes.

—Hoy entrenarás con... —la mirada de Nyx se paseó por las hileras que formaban las otras estudiantes—. Gratia.

Mascullé por lo bajo. Aquí está, pensé, el pago por la travesura de Elka. Gratia era una criatura con cuello de toro que no hablaba más que en gruñidos y empuñaba un *gladius* de madera —el arma de entrenamiento que se parecía más

a una espada romana corta— como un mazo de piedra. Nyx rio fríamente al ver mi reacción y me dio un empujón con el extremo de la vara.

—Venga pues, *gladiolus* —dijo—. No tenemos todo el día.

Soporté una ronda de entrenamiento concienzudo y demoledor con Gratia y, después de que todas las otras chicas se hubieran retirado al comedor o a los baños, me escabullí a un rincón del patio de los establos para sentarme bajo el sol del mediodía y masajearme los doloridos hombros. Me quedé allí sentada, con la mirada débilmente clavada en el suelo, contemplando como se extendía mi sombra por el suelo, más allá de los dedos de mis pies. Gratia luchaba con el estilo de los gladiadores *murmillo*, con una espada y un escudo pesado; combinaba perfectamente con su físico —y su inclinación hacia la irreflexiva brutalidad— y la convertía en un tipo de fuerza a tener en cuenta en la arena. Además, compensaba su absoluta falta de personalidad.

Y eso era algo que los amos de los *ludi*, los juegos de gladiadores, codiciaban por encima de todo.

«Estilo».

Los maestros de combate del ludo nos lo taladraban casi tanto como la técnica con las armas. Ganar un combate era una cosa. Ganarse a la multitud era otra. Sin embargo, yo todavía tenía que decantarme por un estilo en particular. La mayoría de las chicas nuevas ya habían empezado a descubrir sus inclinaciones naturales hacia un estilo de lucha u otro. ¿Yo? La espada y el escudo redondo me eran tan familiares como caminar, pero la mayoría de las otras gladiadoras ya luchaban así. Jamás destacaría usando unos métodos tan comunes. Podía disparar un arco y conducir un carro de guerra, y sin duda podía arrojar más que bien una lanza... y sinceramente dudaba que ninguna otra chica del ludo pudiera siquiera acercarse a mí al ejecutar el Vuelo de Morrigan, ni siquiera Nyx. El fugaz recuerdo de esa mañana en el valle desencadenó una oleada de emociones que me tumbó.

Lo había hecho. Y Mael me había visto hacerlo.

Maelgwyn Mano de Hierro.

Letal y precioso, cada movimiento —incluso pegar un corte y una estocada, acuchillar y bloquear y fintar— había sido, para él, como bailar, como si Mael escuchara una música que nadie más podía oír. A veces, cuando le miraba practicando con sus espadas, casi podía oírla yo también.

Esa música había enmudecido desde la noche en que murió.

En un banco cerca de los establos, había un montón de varas cortas de madera que habían sido burdamente talladas para que tuvieran dimensiones similares y ahora estaban ahí, esperando que las convirtieran en armas de entrenamiento. Anduve hacia allí y cogí dos que parecían tener el mismo equilibrio. Se tenían que trabajar, darles forma, lijarlas y pulirlas, y poner cuero en las empuñaduras; sin embargo, me servirían para mi propósito.

Miré a mi alrededor para ver si había alguien que pudiese verme. No había nadie. La única otra criatura a la vista era un asno que estaba allí, mascando el heno que había en un comedero. Lo miré de reojo y juré en ese mismo instante que aprendería —y no solo que aprendería, sino que dominaría— el estilo del gladiador *dimachaerus*: el guerrero que blandía dos espadas y luchaba con un acero en cada mano.

Mael había sido el equivalente cantii de un *dimachaerus*, un absoluto genio de las dos espadas. De niño, desarrolló una serie de golpes él mismo. Durante dos años intentó convencerme para que luchara contra él con una espada en cada mano, pero yo ya estaba contenta con mi acero y mi escudo y mi lanza. Y los otros jóvenes guerreros cantii pronto se cansaron de verse derrotados y llenos de moretones y cardenales una y otra vez después de luchar contra él. Así que, principalmente, Mael luchaba contra el erosionado tocón de un viejísimo roble alcanzado por un rayo; lo usaba de poste de prácticas y el viejo guardián del bosque llevaba con gracia las cicatrices de los encontronazos con las espadas del chico. Pensé en todas las veces que me había sentado en la hierba para verlo practicar y me pregunté si podría reproducir esos movimientos de memoria.

Solo había una forma de descubrirlo.

Anduve hacia un poste del establo y me puse en posición enfrente de él. Cerré

los ojos un instante y recordé los ritmos, los sonidos de las estocadas de las técnicas de Mael. Entonces, poco a poco y con vacilación, empecé a emularlos. Torpe, al principio. Raro. Y, entonces, cada vez menos.

Podía sentir el calor del sol moviéndose por mi espalda, cambiando de un hombro a otro hasta que el clac-clac-clac de mis espadas contra el poste del establo empezó a sonar como algo más que un carpintero medio lelo. No sé cuánto tiempo pasó hasta que me sumergí tanto en los movimientos que cerré los ojos y el ritmo no se rompió, ni siquiera disminuyó.

«Lado izquierdo, arriba, lado derecho, abajo, izquierda, abajo, derecha, derecha arriba, barrido y cambio...».

Los movimientos cambiaban y se hacían más complejos a medida que iba practicando. Sentí, por primera vez desde la mañana de la fiesta de Lughnasa, como si Mael estuviera allí mismo, lo bastante cerca para que yo pudiera estirar una mano y tocarlo. Casi sentí como si su espíritu me guiara realmente las espadas. Pero cuando el calor del sol en mi hombro izquierdo se enfrió —tapado por una sombra— mis ojos se abrieron de golpe. Vi la silueta de un casco con penacho proyectada sobre la pared del granero, delante de mí. Sin pensar, me giré de golpe con las dos espadas arremetiendo horizontalmente por el aire.

—¡Ay! —gañó el decurión Cayo Varro retrocediendo para evitar las estocadas.

El ímpetu me arrastró adelante y, de pronto, como si me liberaran de un embrujo que me había tenido cautivada mientras practicaba, sentí cómo me golpeaba todo el peso del cansancio. Me tambaleé un par de pasos hacia el decurión, que alargó una mano para impedir que me cayera de bruces.

—Dime —empezó después de un momento—, ¿te cansarás de atacarme algún día de estos?

Lo miré, en silencio excepto por mi respiración agitada.

—Veo que estás trabajando en la fuerza de tus muñecas.

—¿Qué haces aquí? —jadeé.

Sus labios esbozaron una media sonrisa de diversión.

—Te estaba observando —respondió—. Era bastante entretenido. E

iluminador. No estoy seguro de qué rencilla tendrías con aquel pobre poste, pero es evidente que tienes algo de talento real además de algo de entrenamiento.

—Algo —coincidí secamente.

Él asintió.

—Pero agarras las armas con demasiada fuerza. Sacrificas precisión y fluidez por fuerza bruta.

Puse los ojos en blanco y pasé a su lado para ir a dejar las varas de madera que había estado usando para practicar en el montón. Sin embargo, cuando las miré, vi que estaban destrozadas, que los bordes por pulir estaban dentados y colmados de astillas. Tiré las varas en el cesto para los restos de madera que había debajo de la mesa. Era posible que el decurión tuviera razón, pero sin lugar a dudas no iba a decírselo.

Me senté en el banco al lado de la mesa y masajé la quemazón de los músculos de mi cuello con un cosquilleo en los dedos. Después de un momento, me di cuenta de que el decurión todavía estaba allí de pie mirándome. Tenía la curiosidad reflejada en el rostro, aunque quizá fuera incerteza.

—¿Qué haces aquí en realidad, decurión? —pregunté.

Se sentó al otro extremo del banco, se llevó los dedos al barbijo y se quitó el casco. Tenía el pelo húmedo del sudor causado por el sol abrasador, y pegado al cuero cabelludo hasta que se lo sacudió enérgicamente con la palma de la mano.

—¿Oficialmente? —Se encogió de hombros—. Traigo mensajes de parte del César para su lanista.

—¿Y extraoficialmente?

—Satisfago mi curiosidad. O al menos lo intento... —Me miró de soslayo y se paró un momento, como si intentara decidir si continuar o no. Entonces me preguntó—: ¿Qué significa para ti un blasón de tres cuervos?

El aire se me quedó en la garganta y todo cuanto me rodeaba pareció detenerse. Hasta el cantar de los pájaros que había en los árboles pareció morir en un silencio. Y en esa quietud pude oír la voz gutural de Morrigan susurrando

mi nombre como en aquel sueño. ¿Me instaba a confiar en él? ¿O intentaba advertirme?

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Por qué no me lo dices? —replicó—. Si tu expresión sirve de indicador, claramente significa algo.

Por supuesto que significaba algo. Era el símbolo de mi diosa y la marca que había grabada en mi espada. No tenía ni idea de por qué me lo preguntaba, pero incluso el modo de formular la pregunta me puso alerta. No sabía cómo responder, así que, en lugar de hacerlo, clavé la mirada en el asno, que me miró también, pero no resultó para nada útil.

—De acuerdo —suspiró el decurión—. Deja que te cuente una pequeña historia.

Lo miré cautelosamente y me quedé callada escuchando.

—Las subastas de esclavos casi siempre son una distracción entretenida para los buenos ciudadanos de Roma —continuó—. Y jamás lo son tanto como cuando Charon llega a la ciudad para vender sus adquisiciones. Sin duda es muy teatrero. Muestra cada pieza de... —Se tragó las palabras abruptamente—. Quiero decir que, eh, enseña de cada persona su mayor potencial. Disfraces, maquillaje, pelucas... Aunque estoy seguro que ya lo viste. Pero ¿tu combate de broma? Aquello fue extravagante, incluso para él.

—Yo no diría que fue un combate de broma —repuse—. Un hombre murió. No creo que Charon se lo esperara.

—No, pero sí consideró que el riesgo valía la pena. El elevado precio que consiguió por vosotras lo compensaba. Y eso es lo que fue más sorprendente de toda esa historia. —La comisura de la boca del decurión se elevó—. A decir verdad, aparte de disfraces centelleantes y un alesiano muerto, no hubo nada particularmente extraordinario en vuestra actuación.

Farfullé de indignación, pero tenía razón. Incluso la muerte de aquel día pertenecía a Elka, no a mí.

—Poncio Aquila empezó con una puja bastante elevada —continuó—, pero,

entonces, en el intervalo que sacaron el cadáver, Charon me envió entre la multitud con un mensaje para Lady Aquilea.

—¿Qué mensaje?

—Un baúl. —Esperó a ver mi reacción—. Con una espada en él. Una espada con el blasón de tres cuervos grabados en la hoja.

Mi mente volvió como un rayo hasta el caos de la galera de esclavos hundiéndose bajo mis pies mientras ayudaba a Charon a trasladar el cofre hacia el otro barco. ¿Qué había sido tan vitalmente importante para él? ¿Mi espada?

—Aquilea ofrece un precio por las nubes, muy por encima de las posibilidades de cualquier otro postor y cierra el trato allí mismo. Por un par de desconocidas y no calificadas gladiadoras potenciales. —La mirada avellana del decurión se posó en mí, sin parpadear—. Así que dime: ¿qué me estoy perdiendo?

—Me alaga que tengas tan alto concepto de mí.

El chico ignoró mi sarcasmo.

—Esa espada es tuya, ¿verdad? —preguntó—. ¿Cómo consiguió una humilde esclava una espada como esa?

Me levanté como un resorte y grité:

—¿Cómo te atreves a asumir que siempre fui una humilde esclava?

Rio con expresión astuta y dijo:

—Así que tenía razón. —Se inclinó hacia delante todavía en el banco, como si quisiera mirarme mejor—. Ya lo supuse cuando hablamos en Masilia y te dije que no hablabas como una esclava. Naciste libre, ¿verdad?

—Por supuesto que nací libre —espeté—. ¡Soy la hija de un rey!

Mis palabras se quedaron flotando en el aire entre nosotros. Durante un momento, pensé que se burlaría de mí por haber afirmado algo tan increíble como eso. Pero en lugar de hacerlo, su mirada se ensombreció y su risita desapareció.

—Bromeas, ¿verdad? —preguntó.

—¿Y qué si lo hago? ¿Qué más te da si soy la reina de mi tierra natal o una



pastora de vacas?

—Porque ya no estás en tu tierra natal —respondió—. Esto es Roma. La traición y el oportunismo y las puñaladas por la espalda corren por sus venas como su alma, y si nunca has tenido que vivir vigilando constantemente por encima del hombro, entonces no tienes ni idea de lo peligroso que puede llegar a ser. Lady Aquilea es una amiga muy cercana de César. Y cuando César no está en tierras lejanas haciendo la guerra, está en Roma haciendo enemigos. Es mi trabajo cerciorarme de que estos enemigos no pueden usar en su contra los pocos amigos que tiene.

—¿Y qué tiene que ver conmigo nada de todo eso?

—No lo sé. Aún. Pero el blasón de esa espada claramente significa algo para la lanista, y Charon lo sabía. Y me gustaría saber qué es ese algo.

—Entonces tendrás que preguntárselo —dije—. Todo lo que sé yo es que es el símbolo de mi diosa, sagrado para los guerreros de mi tribu. Hay poder en esa marca. Quizá la lanista lo reconoció.

—Supongo que es cierto —respondió con el ceño fruncido, perdido en sus pensamientos—. Tu gente no son los únicos que creen que los cuervos son augurios. Aunque la mayoría de los romanos consideran que son de los malos.

Pensé en el pájaro muerto y en la pluma ensangrentada que alguien había dejado en mi cuarto. En ese momento había pensado que era solo una broma pesada, pero ahora me preguntaba si tendría que contárselo al decurión. Yo sabía mucho mejor que él lo poderoso que era el símbolo de un cuervo, y lo peligroso que era también. Pero no, ¿cómo iba a ser posible que hubiera una conexión entre mi espada y la pluma?

Y, en todo caso, las plumas carmesíes del tan romano yelmo del decurión se agitaron por la brisa y me recordaron que pertenecía a las legiones que habían invadido mi hogar. Él era el enemigo de mi gente. Él no era mi amigo.

—Si la lanista cree que vale la pena mantenerte fuera del alcance de la colección de Poncio Aquila, entonces vale la pena mantenerte a salvo —continuó el decurión—. El Ludo Aquilea, es de César, ¿recuerdas? Es propiedad

suya, igual que todo y todos en él, y vale mucho dinero. Y, por mucho que alguna gente pueda pensar que los juegos de gladiadores no son más que una decadente indulgencia para mantener al populacho distraído y aplacado, hay mucho más en ello. Hay rivalidades que han pervivido durante generaciones, y divisiones profundas tanto política como filosóficamente entre la élite de la República. Hay quienes en el Senado susurran críticas sobre el creciente poder de César. De sus aires de superioridad. Dicen que ha sido mancillado por la reina egipcia, Cleopatra, que ella lo ha convencido de que tiene que ser tratado como a un dios y no como a un hombre. Más un emperador que el cónsul supremo de Roma.

—¿Y? Todavía no entiendo qué tiene que ver conmigo.

—La arrogancia que se percibe de César ha causado mucho resentimiento entre sus iguales en el Senado. Pero la plebe (la gente normal) lo adoran. —Me miró—. Le quieren por cosas como, bueno, como tú. O, más bien, aquello en lo que puedes convertirte con el tiempo. Los juegos de César son los mejores; sus guerreros, los mejores. Los Triunfos Cuádruples que se celebrarán pronto son su regalo para la gente de Roma, una celebración inmensa como jamás haya visto esta ciudad. Se supone que consolidarán su popularidad de tal manera que el Senado no podrá echarlo jamás, no sin poner en riesgo la cólera del populacho. Así de importantes son los gladiadores de César para él. ¿Ahora lo entiendes?

Lo entendía. O, al menos, creí que lo había entendido.

Alguien llamó a Cayo y él echó un vistazo por encima del hombro para ver a otro legionario acercándose con un par de caballos.

—Me tengo que ir —anunció.

—Antes de que te vayas —dije—, dime una cosa: podías haberte limitado a preguntar a Charon por el grabado de la espada la próxima vez que le vieras. ¿Por qué me buscaste a mí, entonces?

Se quedó callado un momento, mirándome fijamente, y me pregunté si me daría una respuesta. Entonces dijo:

—Sentía curiosidad por ti.

—¿Por qué?

—En el barco, vi algo en ti.

—¿Qué? —pregunté enarcando una ceja.

—La necesidad absoluta de luchar. De ser libre. Eso es algo que puedo entender.

No estuve muy segura de que pudiera.

—Hace unos años —continuó—. Hubo una revuelta. Un grupo de esclavos, gladiadores, de hecho, se alzaron y desafiaron el poder de la República. Lucharon contra las legiones durante mucho tiempo, y estuvieron muy cerca de ganar. Pero solo hizo falta un hombre, Espartaco, para encender la chispa que se convirtió en llama. Siempre lo he admirado, aunque hubiera luchado contra todo lo que se supone que yo tengo que proteger como soldado de Roma. Pensé, en ese barco, que veía el mismo tipo de brasa brillando en tus ojos. Supongo que quería ver si todavía seguía ahí.

Sentí un repentino escozor en los ojos. ¿Cómo podía siquiera esperar mantener viva una chispa así cuando parecía que mi vida estaba destinada a jugarse bajo las altas murallas de una arena?

Parpadeé para ahuyentar las lágrimas, pero el decurión las vio igualmente. Su expresión se suavizó.

—Una gladiadora, si es lo bastante buena, puede ganar el dinero suficiente en la arena para comprar su libertad, ¿sabes? —Entonces estiró un brazo hacia el canasto y sacó una de las varas de madera que yo había convertido en astillas para el fuego. Me la tiró encima con una risita y añadió—: Límitate a ser lo bastante buena.

Mi mente se tambaleó ante las implicaciones de realmente, algún día, ser capaz de conseguir el dinero suficiente para comprar mi libertad. Nadie en el ludo nos había explicado eso todavía. Entonces recordé por cuánto dinero me habían vendido. Ciertamente «lo bastante buena» tendría que ser realmente buena.

El decurión rio ante mi expresión sorprendida.

—Volveré pronto, por cuestiones de César —dijo—. Quizá pueda comprobar tus progresos.

—Si te tiene que hacer feliz, decurión... —respondí distraída.

—Lo haré. —Se echó la capa a los hombros y añadió—: A mi curiosa mente y todo. Ah, y... otra cosa que me gustaría es que, si estamos nosotros dos solos, me gustaría mucho si me llamas Cayo en lugar de decurión. O aún mejor: Cay.

Pensé en lo improbable que sería que nos volviéramos a encontrar en esas circunstancias de nuevo.

—Como quieras... Cay.

Un momento de silencio se extendió entre nosotros y, entonces, el chico suspiró profundamente.

—¿Qué? —parpadeé.

—Aquí viene la parte en que se supone que tienes que decir: «Y tú puedes llamarme a mí...».

Dudé un momento.

—Fallon.

Cay sonrió. Una sonrisa lenta y medio escondida, como si acabara de descubrir un secreto.

—Cuídate, Fallon —dijo—. Ten cuidado. Y mañana... intenta meter el mentón e imagina tu respiración bajando por tus brazos, justo hasta las puntas de los dedos y hacia tus espadas. Déjate llevar. Relájate para hacer el ejercicio, no para luchar contra él.

Sacudí la cabeza y lo observé mientras montaba en el caballo y se alejaba al galope en una nube de polvo. Sonó a advertencia, quizá, pero me pareció que me quedaba mucho por luchar para pensar nunca en dejarme llevar.

## XVII

El día de la jura de votos se acercaba con la rapidez de una tormenta de finales de verano e igual de llena de presagios. Durante semanas nos había parecido poco más que una amenaza distante, un estruendo ocasional, como un trueno, en el horizonte. Pero ahora, el mismísimo aire de los terrenos de entrenamiento del ludo parecía erizarse con la furiosa energía acumulada de un nubarrón de tormenta listo para estallar.

Thalestris y los otros maestros de combate —dos endurecidos soldados exlegionarios llamados Cronos y Tito— habían estado observando nuestro progreso con ojos de halcón, y la tensión entre las chicas era palpable. Yo me sentía como un manojito andante de nervios desollados, tanto en la pista como fuera. Solo porque el ludo nos hubiera comprado como esclavas, no significaba que no fueran a vendernos de nuevo si no encajábamos con los requisitos de gladiadoras potenciales. Por mucho que odiara la idea de vivir bajo el yugo del ludo, actuando como un animal entrenado para el deleite de la multitud sedienta de sangre, el prospecto de ser arrastrada de nuevo al bloque de las subastas para ser vendida como una guerrera frustrada era todavía más detestable y, a decir verdad, aterrador.

Al mismo tiempo, lo que Cay me dijo ese día en los establos había prendido en mí una diminuta chispa de esperanza. Si podía convertirme en una gladiadora, existiría una posibilidad —una débil esperanza, quizá— de que algún día pudiera ganarme la libertad con la espada. «Limítate a ser lo bastante buena», había dicho.

Así que luché con las Merieles y las Gratias de la academia, y hasta entrené

con Nyx —la cruel enviada de Thalestris— una miserable tarde lluviosa en un combate que pareció durar eternamente y que nos dejó a ambas cubiertas de barro y magulladuras de la cabeza a los pies. Me tragué la necesidad de llorar cada mañana por el dolor que sentía en los músculos y pasé cada segundo libre que tenía enzarzándome contra el poste del establo con mis dos espadas de prácticas bajo la mirada poco interesada del asno.

Trabajé en mi presentación —florituras y saludos hacia la (todavía imaginaria) multitud de espectadores— y en mi estilo. Algunas de las chicas que luchaban en las arenas ya tenían patronos que las patrocinaban, ricos patricios que alardeaban de sus fortunas dotando a sus luchadoras favoritas de los juegos con armas mejores y protecciones más elegantes.

Yo me pasaba las horas que no invertía en practicar o dormir escarbando por los canastos de restos de cuero de los talleres de los armeros, para hacerme unas abrazaderas para las muñecas y un par de espinilleras para protegerme bien. Grabé en ellas los dibujos espirales de los cantii con la punta de mi daga. No eran ni de lejos tan elegantes como algunos de bronce que llevaban las otras chicas, pero eran algo. Un comienzo. Tendrían que bastarme hasta que pudiera atraer un patrono para mí.

Con mejoras apenas perceptibles, los días se hicieron menos penosos. Y en todos ellos, Elka estaba ahí para levantarme los ánimos con su humor franco y su fiera amistad. Deseaba con todas mis fuerzas conseguir llegar hasta la jura de votos, y deseaba igual de fervientemente que ella también lo hiciera.

—Estás mejorando, raposita —dijo Elka mientras se me acercaba sin prisa, enjugándose el sudor de su ancha frente con el dorso del brazo—. Casi podrías parecer una varini, luchando de este modo.

Le lancé una risita.

—Y tú casi podrías parecer una cantii. —Hice un ademán con la cabeza hacia la lanza que agarraba en un puño. La chica había estado practicando su lanzamiento toda la mañana y tenía muy buen ojo—. Solo que nosotros arrojamamos nuestras lanzas desde los carros de guerra en movimiento.

—Los carros de guerra son para las crías.

Rio e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta del muro que se abría hacia la orilla del Lago Sabatino. Ese día la puerta estaba abierta de par en par y podíamos ver un par de rápidos y ligeros carros corriendo por la orilla. Guardias montados del ludo trotaban por allí, con ojos vigilantes clavados en las aurigas, pero las envidié incluso por aquella ilusión de libertad.

Las conductoras eran Nyx y otra chica cuyo nombre desconocía. Nyx fustigó a sus corceles y adelantó al otro carro con un rugido triunfal. La cortina de pelo negro que ondeaba tras ella me hizo pensar en la pluma de cuervo que alguien había dejado en mi habitación.

Le había limpiado la sangre seca y la coloqué debajo de la almohada. Dormía con aquello allí como si fuera un acto secreto de desafío. Los cuervos y los grajos eran sagrados para Morrigan y no creo que se hubiera tomado demasiado bien que uno de los suyos hubiera sido destripado solo para gastar una broma. De vez en cuando me preguntaba si había sido una estúpida por no denunciar el incidente a Thalestris o a otro maestro, pero no quería que nadie pensara que yo no podía luchar mis propias batallas. No antes de la jura de votos. Y si el pájaro muerto y la pluma ensangrentada tenían que asustarme, habían fracasado. Si algo habían hecho era espolearme. Tenía a la diosa de mi lado. Al menos, eso es lo que me repetía a mí misma sin cesar.

No sabía quién había dejado aquello allí ni por qué. Podría haber sospechado de Nyx, pero eso era todo: una sospecha. Y no había hecho ninguna otra amenaza por el estilo. Sin embargo, fruncí el ceño al verla cabalgar por la orilla del lago, azotando a los caballos con su látigo. Una sombra de desazón se coló en lo que hasta entonces había sido mi buen humor.

Elka me dio un codazo.

—Venga —dijo—. Solo bromeaba. Toma, ayúdame a practicar.

Me llevó hacia el otro lado del patio, donde había un surtido de objetivos apostados. Uno de ellos estaba hecho con un viejo escudo redondo clavado a un poste justo por el centro. Lo habían pintado como los radios de una rueda,

dividido en secciones, del uno al doce. Cronos, el entrenador, me había explicado qué significaban las marcas de los números y cómo se tenían que leer, pero todavía me confundía a veces y los mezclaba todos. Así que bromeábamos cada vez que Elka me pedía que hiciera rodar el escudo y escogiera un número.

—¡Trece! —gritaba yo cada vez que la rueda empezaba a girar y los números se veían borrosos.

La lanza de Elka siempre se clavaba en el doce: XII.

—¡Por uno! —decía ella.

Por alguna razón, la broma siempre nos hacía gracia. Y su puntería todavía no había fallado. Como posible gladiadora era buena. Y parecía que estuviera contenta, incluso feliz, de que su destino la hubiera llevado al Ludo Aquilea y a la oportunidad de vivir y morir como una de ellas.

«Lo que la hace más fuerte que yo... o más débil».

No sabía cuál.

La noche antes del ritual, estaba mucho más que inquieta. Me sentía como si pudiera morirme si pasaba un segundo más en mi celda, abriendo un surco en el sucio suelo de tanto andar y preguntándome si todavía dormiría en el mismo camastro estrecho después de la jura de votos.

Incluso después de un día entero de duros entrenamientos no sentía ni un ápice de cansancio. La sangre me zumbaba en las venas como si fuera el rastro de insectos ajetreados, y abría y cerraba los dedos en el aire como si buscaran armas perdidas. Si me escogían para jurar los votos mi destino estaría intrínsecamente ligado al Ludo Aquilea. Si no... no sabía qué pasaría. La mera idea de encontrarme perdida en tierras desconocidas —o quizá vendida, tal vez devuelta a las calles de Roma— hacía que el corazón me latiera ante las posibilidades de escapar... incluso cuando tenía presente la probabilidad de morir o de deshonrarme en las mismas calles.

Cuando finalmente ya no pude soportar más la cercanía de mis cuatro paredes,



cogí la capa del perchero de la puerta y me escabullí hacia el pasillo de los barracones. El sol se había hundido en el horizonte, y el cielo se estaba oscureciendo suavemente. Podía oler el lago, frío y fragante en el aire, y me morí por correr por la orilla, fuera de las puertas del recinto. Tendría que conformarme con una carrera por los caminos serpenteantes que cruzaban los jardines.

Oí los ahogados ruidos de dos espadas entrechocando, distorsionados en la neblina nocturna, pero sabía que todas las otras estudiantes se habían retirado a dormir. Mi mente de pronto volvió a la noche en que Mael y Aeddan habían luchado en la niebla. Había sonado justo así, como el ruido de la risa de Morrigan.

Sin pensar, seguí los ecos de los tañidos hacia un pequeño patio iluminado por antorchas. Allí vi a Thalestris, vestida con su túnica sin mangas y sus bombachos de siempre, luchando contra otra mujer. Las dos llevaban cascos y armaduras ligeras, luchaban con espadas cortas y escudos. Y ambas eran asombrosamente buenas.

Supuse que la otra luchadora era Lady Aquilea en persona.

«Vuestra nueva diosa», había dicho Thalestris el primer día que pasamos en el ludo.

Escupí en el barro al pensarlo.

Yo ya tenía una diosa, y no importaba a qué pruebas considerara oportuno que yo me enfrentara, jamás renunciaría a ella por alguien que pensaba que luchar como deporte para las masas entrañaba una pizca de honor. Aquilea no era una guerrera de verdad.

Y, aun así, al mirarla, tuve que admitir que no había duda de que luchaba como una. Había algo emocionante en cómo luchaba la lanista, algo único e innegablemente cautivador en cómo arqueaba el cuerpo en posición defensiva, en cómo su cabeza se inclinaba hacia un lado cuando atacaba. Nunca había visto nada igual. Me pregunté dónde habría aprendido su técnica, pero podría haber sido en cualquier sitio, de cualquier maestro. Desde el día que llegué a Masilia,

escuché las lenguas más indescifrables y vi más tonos de piel y de pelo y de ojos de los que jamás habría imaginado posibles. Por lo que podía ver, los comerciantes de esclavos estaban mucho más que contentos de vender todas las clases de géneros humanos para satisfacer los gustos de los amos romanos.

Sabía que aquella sesión de entrenamiento era privada y que probablemente no debería estar allí, pero aun así me quedé en el sitio, echando ojeadas desde detrás de la columna con fiera curiosidad. Solo había visto la mujer a quien yo pertenecía desde la distancia. La lanista tenía una terraza desde la cual se veía el patio de entrenamientos, y allí era desde donde nos observaba, una forma imprecisa bajo un toldo. Siempre llevaba un velo que le cubría la cabeza y el rostro, incluso en los días más calurosos.

Ajani me había contado que Lady Aquilea, no mucho tiempo atrás, había sido vitoreada por todas partes, el brindis de las arenas de Roma. Se había forjado una reputación en solo unos pocos años como la mejor gladiadora del mundo entero. Sin embargo, sufrió un accidente, un choque terrible durante la que había sido una carrera de aurigas particularmente salvaje en el Circo Máximo, y no se la había vuelto a ver en la arena desde entonces. Una curiosidad mórbida hizo que me preguntara si sus heridas la habían dejado deformada. El resentimiento que se había forjado en mí me hizo desear que así hubiera sido. Era muy tonto por mi parte, ya lo sabía; a fin de cuentas, no era culpa suya que los esclavistas me hubieran capturado, pero no podía evitarlo.

De pronto, me di cuenta de que los ruidos del duelo se habían desvanecido, y eché un vistazo para ver que las dos mujeres habían acabado su lucha. Y que las dos tenían la mirada clavada en mí, allí de pie y en silencio en el pasillo cubierto. Pude sentir sus miradas aun sin poder ver sus ojos tras los yelmos. Pegué un salto y me hubiera escabullido de allí de no haber sido porque Lady Aquilea le dijo algo a Thalestris, quien hizo un gesto para que me quedara donde estaba.

Esperé hasta que la lanista, todavía con el casco, hubo recogido sus cosas y se hubo marchado por un arco lejano sin mirar atrás ni una sola vez. Thalestris envainó la espada en el cinto y se quitó el casco, se lo colocó bajo el brazo y

anduvo hasta mí. Esperaba algún tipo de castigo, o al menos una buena reprimenda, por haberme inmiscuido, pero me sonrió con serenidad.

—Quizá algún día lucharás así, ¿verdad? —comentó.

—¿Como tú? ¿O como la lanista?

Soltó una risotada, un sonido gutural que sonó casi como un gruñido de advertencia, y sacudió la cabeza.

—Tendrías que haberla visto en sus días en la arena —dijo—. Después de su accidente se reeducó para luchar de un modo que convierte heridas en ventajas, debilidad en fortaleza. Pero tendrías que haberla visto entonces. Era la original, y era la mejor.

—¿Qué quieres decir la original? —pregunté ahogando las ganas de alardear que un día yo sería mejor. «Mejor que cualquiera de las dos».

—La gladiadora original.

—¿Lo era?

Thalestris asintió.

—César la envió a la arena como la primera mujer que competía en los ludi, bueno, las dos primeras, y la muchedumbre estaba loca de emoción en las gradas.

—¿Contra quién luchó? —pregunté.

—Luchó contra una cautiva escita como yo, los griegos y los romanos nos llamaban amazonas, y ella ganó el día con brillantez.

—¿Conocías a la otra guerrera?

—Era mi hermana.

—¿Qué le pasó?

Thalestris me miró y dijo:

—Perdió el día. No fue tan brillante. Honro su memoria.

Me la quedé mirando.

—¿Aquilea mató a tu hermana y ahora trabajas para ella?

La idea en sí me resultaba aborrecible. Yo apenas podía soportar vivir en un lugar que pertenecía a César, el hombre contra cuyos soldados mi hermana había

muerto luchando. El pensamiento de trabajar, codo con codo, día tras día, con alguien que tenía las manos manchadas con la sangre de alguien de mi gente era inconcebible. Las amazonas o bien no tenían corazón o bien no tenían carácter.

Y aunque sabía que mi disgusto se me habría pintado en la cara, los ojos de Thalestris no se apartaron ni un momento de mi rostro, su mirada permaneció plácida cuando dijo:

—Cuando con el tiempo César le dio este ludo para que lo dirigiera en su lugar, Lady Aquilea me vino a buscar y me pidió que fuera su *Primus Pilus*, su Primera Lanza, la máxima entrenadora de las gladiadoras. Ella respetaba mis habilidades del mismo modo que yo la respetaba a ella. —Alzó la cabeza con orgullo y añadió—: Por supuesto que acepté. Soy descendiente de una eterna línea de guerreras. No puedo no luchar.

Pensé en todas las veces que yo había dicho casi las mismas palabras... a Mael, a Sorchá...

—Llegué a Roma siendo una cautiva igual que tú —continuó Thalestris—. Y todavía soy una esclava. Pero ahora, gracias a este lugar, también soy profesora. Estoy orgullosa de que me dieran esta oportunidad para transmitir las habilidades y el conocimiento de mis ancestras. Y las gladiadoras en la arena, gracias a nosotras, ya no son una curiosidad morbosa como lo eran en los tiempos de las primeras luchas de Aquilea. Hasta los hombres, los gladiadores del Ludo Máximo, nos respetan ahora.

«Quizá», pensé. Pero incluso por mi limitada interacción con los romanos, también sabía perfectamente bien que esos mismos gladiadores eran considerados escoria por la clase patricia y la plebe por igual. Deshonrosos. Al mismo nivel que las prostitutas o los enterradores, los que luchaban y morían en la arena eran considerados mancillados. Así que ¿qué importaba si nos respetaban o no?

—Ve. —Thalestris me puso una mano en el hombro e hizo un gesto con la cabeza hacia los barracones—. Duerme. Levántate. Come. Lucha. Eso es todo lo que necesitas hacer hasta mañana por la noche.

Me dejó allí en la oscuridad, pensando en lo que me acababa de decir.

No sé cuánto rato pasé allí de pie, pero cuando me giré para volver a mi cuarto, había sombras en los nichos del patio que antes no estaban. Una de las sombras dio un paso al frente y sentí un aleteo de advertencia recorriéndome el espinazo. Mis pensamientos volvieron a aquella noche en Alesia.

Solo que ellas no eran malhechoras.

Ellas eran mis «hermanas». O, al menos, lo serían si me escogían para jurar los votos.

Detrás de mí, oí el agudo chasquido de un látigo de auriga y entendí al instante que Thalestris y la lanista no eran las únicas a quienes les tenía que demostrar mi valía. Mi mano se dirigió automáticamente a mi cadera, pero no llevaba ningún arma. Ni siquiera tenía la daga en el cinturón. Maldije en silencio y adopté una posición de alerta, preguntándome de dónde vendría el primer ataque.

No tuve que preguntármelo mucho rato.

Otro chasquido del látigo, y una línea de fuego me lamió la parte posterior de las piernas. Me caí sobre las manos y las rodillas con un gruñido. Un anillo de risas resonó a mi alrededor y parpadeé las repentinas lágrimas de dolor intentando ver quiénes eran, exactamente, mis atacantes. Había cuatro o cinco — era difícil decirlo en la oscuridad mientras me rodeaban— y todas llevaban yelmos que les cubrían los rostros. Sin embargo, estaba bastante segura de que sabía al menos quiénes eran dos de ellas por las armas que blandían.

Nyx y Meriel.

Me apoyé sobre una rodilla y me eché hacia delante para evitar el segundo embate del látigo de Nyx, pero tropecé con la red de la recriaria que me golpeó brutalmente las espinillas y me mandó trastabillando al suelo de nuevo.

Estaba indefensa.

Las chicas me pegaron patadas y puñetazos en la oscuridad, y me hice un ovillo para intentar evitar lo peor. Me di cuenta de que por la manera que evitaban darme en la cabeza y en el estómago, los golpes que me llovían encima

estaban pensados para magullar, no para herir de gravedad. Sin embargo, eso no hacía que dolieran menos al encajarlos, con los dientes apretados para evitar chillar. Sospeché que lo que realmente querían era dejarme lo bastante magullada y dolorida para que mi papel durante los entrenamientos del día siguiente —mi última oportunidad para impresionar a la lanista— se viera afectado.

Lady Aquilea me vería luchar torpemente y me juzgaría por mi actuación limitada, quizá lo bastante para que me echaran del ludo. Y decidí, en ese mismo instante, que no dejaría que eso pasara. Que me quedara o no dependería de mis méritos o de la falta de ellos, no de la pequeña emboscada de unas niñas que se creían mejores que yo.

No lo eran.

Bajo las risas y las mofas, oí un salvaje rugido gutural de protesta. Era yo. Mi voz. Aumentando su volumen, me levanté del suelo arenoso y me zafé de mis atacantes. El círculo se rompió y pasé corriendo al lado de dos de ellas hacia un par de antorchas encendidas que estaban colgadas en la pared del patio. Cogí las teas llameantes y me volví, blandiéndolas como si fueran mis espadas de *dimachaerus*.

—¡Alejaros de mí! —gruñí mientras dibujaba círculos de fuego en el aire, apartándome de encima el látigo y casi calando fuego a la red—. ¡Atrás u os quemo, chacales!

Una chica gritó alarmada cuando mi antorcha prendió fuego al dobladillo de su túnica, y rápidamente cayó hacia atrás, atizando la ropa. Las teas llamearon y ardieron en mis manos, dejando un rastro de humo y brasas tras de sí con los movimientos de *dimachaerus* que había practicado, y mis atacantes se hicieron atrás. Cuando arremetí contra la chica del látigo, se dio la vuelta y echó a correr, fundiéndose en la oscuridad, las otras chicas la siguieron de muy cerca. Grité para que volvieran y me plantaran cara.

En realidad, estuve muy contenta de que se hubieran ido.

Sentí un dolor punzante en piernas y brazos cuando solté las antorchas.

Cerré los ojos con fuerza para deshacerme de la ceguera momentánea, deslumbrada por haber mirado tanto rato el fuego. Cuando los abrí de nuevo y levanté la cabeza acariciada por la brisa nocturna, vi una figura, llevaba capa y capucha, estaba de pie en el balcón de encima del patio, mirándome. La lanista. No podía ver su rostro, pero sabía que era ella. Podía sentir su mirada, aguda y apreciativa. Me erguí cuan alta era y la miré fijamente a los ojos. Se quedó allí de pie y, después, se volvió sin pronunciar palabra y desapareció en la oscuridad.

Arrastré las antorchas por el suelo para apagar su luz.

Al día siguiente, cojeé hasta el patio de entrenamientos, donde absolutamente nadie se fijó en las punzantes heridas lívidas de mis piernas y brazos. Excepto, por supuesto, Elka, quien me vio en la armería. Solo pude intuir el significado de quizá la mitad del chorro de improperios varini que brotó de su boca, aunque me pude hacer una idea general. Y estuve de acuerdo de todo corazón.

—Al menos Meriel tenía razón —dije con los dientes apretados mientras me sentaba en el banco y me quitaba los protectores de las piernas—. Es verdad que mis heridas tienen colores bonitos.

—¡Tú sujétamela y estaré contenta de comprobar si las tuyas también! —escupió Elka.

—Ni siquiera sé seguro si fue ella la de ayer por la noche... Lo sé, lo sé —dije levantando las manos—, claro que fue ella. Y Nyx, y probablemente también Lydia y Gratia. Lo sé. Pero no les voy a dar la satisfacción de verme hacer siquiera una mueca de dolor.

—¿Como las que estás haciendo ahora?

—Pásame el casco. —Me lo coloqué en la cabeza y bajé la visera—. Ahí está. Ahora nadie se dará cuenta.

Elka bufó y sacudió la cabeza; me ofreció una mano para ayudarme a levantarme.

Fue el día más largo de todos los que había pasado en el ludo.

Estuve fatal. Mis movimientos eran rígidos y torpes, y cada estocada que arremetía me dolía más que las de mi contrincante. Cuando finalmente volví al cuarto esa noche, dolorida hasta los huesos y abatida, estaba segura de que me encontraría el baúl en la puerta de mi celda. Me echarían, me volverían a mandar a la subasta y me venderían en desgracia. O quizá me mandarían a las cocinas, para pasar mis días limpiando cacharros y cocinando para las chicas que luchaban en las arenas.

Para cuando llegué a mi habitación, ya había recreado a conciencia todas las miserables situaciones que era posible imaginar... solo para encontrar una túnica nueva cuidadosamente doblada encima de la tapa de mi baúl. Al lado de la túnica había un cinturón ancho de cuero color carmesí que se podía ceñir con finas hebillas de bronce, y un par de sandalias de cuero teñidas de rojo con cordones hasta las rodillas. También había una lámpara, una delicada lámpara de aceite nueva para sustituir el pequeño tocón de la vela de sebo que reposaba en un plato de arcilla en el alféizar de mi ventana.

Me acordé de la lámpara que la lanista había dejado caer en la tumba de la gladiadora Ismene y un escalofrío me recorrió el espinazo. Me habían escogido para jurar los votos. La lámpara iluminaría mi celda hasta el día que ganara mi libertad.

O que muriera.

Prendí la mecha y coloqué la lámpara cuidadosamente en el alféizar mientras la luz del sol poniente desaparecía. Se me formó un nudo en la garganta, ardía, pero justo entonces Elka entró como una exhalación en mi cuarto y me tragué las lágrimas. Desvió la mirada de mí a la lámpara y a la túnica, encima del baúl.

—¡Ha! —exclamó—. ¡Lo sabía! Sabía que nos escogerían a ambas para jurar los votos. ¡Nyx ya puede ahogarse de rabia! Y lo mismo su pandilla de matonas.

Había traído consigo su lámpara y me la enseñó.

—¡Mira esto!

Estaba hecha de piedra translúcida pulida, parecía que hubiera sido tallada de un bloque de hielo de invierno. La llama titilante que había dentro brillaba



ligeramente, azul y dorado. Como Elka misma. Me pregunté si escogerían las lámparas acorde con cada chica.

—Alabastro —murmuró Elka fascinada—. Había oído a hablar de ello, pero jamás esperé tener algo hecho de esta magia.

Sus ojos azules estaban abiertos como platos, maravillados y quizá también jubilosos, mientras acunaba la delicada lámpara con las dos manos. Sentí una oleada de felicidad hacia ella. De todo lo que era el Ludo Aquilea, parecía que quizá algún día demostraría ser un lugar que Elka pudiera llamar su hogar.

Sin embargo, también sentí una punzada de envidia escondida bajo la felicidad que sentía para mi amiga. La lámpara que habían escogido para mí tenía la forma de un pájaro, con delicadas piezas de cristal —verdes, azules y amarillos brillantes— que hacían las veces de alas, y me recordaron los días de verano que corría libre por el Valle Olvidado. También me recordó una de las muchas lámparas que colgaban de las vigas de mi casa, la que había sido mi favorita cuando era niña. Por un momento, miré fijamente la brillante llama que había dentro, yo estaba ahí, en ese lugar, escuchando a Sorcha cuando me contaba historias de los espíritus que habían vivido en esas lámparas.

Mi hogar, para mí, parecía que todavía era Durovernum.

Sospeché que, en mi corazón, lo sería siempre.

—Pondremos el Ludo Aquilea en el mapa, tú y yo —proclamó Elka con un aire de hacer caso omiso a la reputación estelar que ya tenía la academia—. ¡Las multitudes de la arena no sabrán lo que se les echa encima!

Entonces me abrazó y se fue corriendo a prepararse para la jura de votos, y su acelerada emoción se llevó consigo parte de mi propia ansiedad. Mientras me quitaba mi sencilla túnica y me pasaba por la cabeza la fina ropa de lino, intenté no imaginarme lo que me depararía el futuro solo durante esa única noche. Había oído que los gladiadores juraban sus votos de día; con el duro ojo del sol mirándolos, los hombres se colocaban de pie en círculos por la arena y decían las palabras que les unirían a esa vida hasta que la muerte o sus victorias ganadas con esfuerzo les liberaran.

Sin embargo, las mujeres del Ludo Aquilea juraban sus votos de noche.

Bajo la luz de la Luna Cazadora.

Cuando llegué al patio de entrenamientos, lo encontré decorado para la ocasión. Guirnaldas de hojas verdes y manojos de lavanda y cedrón colgaban entre los pilares de las columnatas del patio, y perfumaban el aire nocturno con perfumes embriagadores que se entrelazaban con el humo de los braseros. Había antorchas apostadas en estacas dispuestas en círculo y alguien había barrido la arena del patio para que fuera lisa y suave.

Elka y yo y las otras cinco reclutas nuevas entramos a través del arco, vestidas en idénticas túnicas de lino blanco y cinturones y sandalias. Llevábamos el pelo suelto y las caras sin maquillar. Todas las otras chicas —gladiadoras hechas y derechas— nos esperaban, vestidas con las mismas túnicas blancas, pero las similitudes acababan ahí. A lo largo de innumerable asaltos en las arenas grandes y pequeñas, esparcidas por toda Roma y los alrededores, cada una de las chicas había acumulado trofeos y recuerdos y ornamentos. No resultaba sorprendente que las armas y armaduras abundaran. Las gladiadoras del Ludo Aquilea las llevaban con orgullo esa noche, como emblemas de honor bien merecido.

Miré hacia todas las espadas, dagas, las labradas muñequeras y espinilleras de cuero, y los cinturones adornados y las pecheras decoradas con símbolos y escenas. Algunas de las chicas llevaban torques en el cuello, como la que yo había dejado en las brasas de mi hogar cuando estaba en casa, y algunas no llevaban ninguna joya, pero se habían pintado los cuerpos con diseños serpenteantes o lucían cuentas y plumas entretejidas en el pelo.

Siete de nosotras habíamos sido formalmente reclutadas para el ludo aquella noche, y no llevábamos absolutamente nada que nos distinguiera.

Todavía no nos lo habíamos ganado.

El embriagador aroma del incienso de pino piñonero se derramó por la noche índigo mientras andábamos hacia el círculo de torcas. Me vino a la mente el mismo aroma del cementerio de gladiadoras y recordé la anónima risilla

desdeñosa que oí mezclada con los llantos esa noche. Me pregunté fugazmente si Ismene habría hecho más amigas que enemigas antes de morir.

«¿Lo haría yo?».

Contuve el impulso de alargar una mano para tocar la pluma de cuervo que me había puesto en el pelo antes de dejar mi cuarto. Aquella cosa se había convertido casi en un talismán para mí. En la oscuridad, sonó un cuerno de guerra, como Morrigan en persona soplando su *carnyx* de bronce, y sentí el frío dedo del destino recorriéndome el espinazo. Cuando las estridentes y relucientes notas murieron en silencio, nos pusimos de pie, hombro con hombro, de cara a las hileras de gladiadoras a las que pronto nos uniríamos.

Bajo el pórtico del patio de entrenamiento, pude ver un grupo de hombres sentados en sillas de madera talladas, hablando en voz baja y con sus aristocráticas cabezas bien juntas. Dignatarios y lanistas de otros ludi invitados para la ocasión, serían entretenidos con un suntuoso festín en las residencias de invitados del ludo después de la ceremonia. Reconocí a uno de los hombres que había allí, el de pelo plateado y rasgos de líneas duras a quien llamaban el Coleccionista. Había intentado comprarnos a Elka y a mí en la subasta, y se había ido enfadado después de haber sido superado por la lanista. Se le veía todavía más descontento ahora que aquel día, y parecía estar intentando activamente evitar a los otros hombres allí reunidos.

Había visto bastantes bustos de piedra tallada por Roma para intuir de quién se trataba aquel perfil iluminado por las antorchas, pero incluso si no los hubiera visto, lo habría reconocido al instante. Allí había un hombre que llevaba el poder como quien lleva una capa, sin esfuerzo, cómodamente. La emoción que sentí al haber sido escogida para pronunciar el juramento entró en conflicto con el crudo terror de saber a quién, exactamente, estaba haciendo mi juramento. Cayo Julio César, procónsul de Roma, el gran dictador en persona, había ido al ludo para presenciar la jura de votos de los tallos más nuevos de sus espinosas flores silvestres.

A su lado se sentaba una mujer, la querida de César, aunque nadie se atrevía a

llamarla de ese modo en voz alta, la reina egipcia, Cleopatra. Su esbelta figura estaba cubierta por los suaves pliegues de una capa blanca como la nieve; sin embargo, cuando se rio de algo que dijo César, sonó como un repiqueteo de campanillas de plata. Me descubrí forzando el cuello para intentar tener una visión mejor de ella, preguntándome qué tipo de mujer podía embelesar el hombre más poderoso del mundo.

De pie al lado del grupo de aristócratas había bastantes soldados, la guardia pretoriana de César, y Cayo Antonio Varro, vestido con una armadura completa de ceremonia. Nuestras miradas se cruzaron un momento, y el fantasma de una sonrisa curvó los labios del decurión, suavizándole el anguloso rostro. Durante un instante, me descubrí helada ante su mirada. ¿Qué habría visto cuando me miraba allí de pie, rodeada de mis compañeras gladiadoras? ¿Todavía veía la esclava de mirada salvaje de la galera? ¿O ya me veía como la guerrera que yo siempre había sabido que era?

Pero entonces aparté la atención de él cuando, con otro rugido del cuerno de guerra, apareció ella: Lady Aquilea, iluminada por las llamas rojas y doradas de las antorchas, conduciendo un carro de guerra entre los lejanos arcos.

«No».

Lady Aquilea no.

«Sorcha de los cantii».

Mi hermana. De vuelta de los salones de Morrigan.

## XVIII

Las llamas de las antorchas ardían fieramente bajo el soplo del aire nocturno y volvían carmesí el aire oscuro. Sentí un tremendo rugido en los oídos, era la sangre que se me agolpaba en la cabeza, y pensé que me desmayaría. Sorcha de los cantii estaba de pie en el carro de guerra, sujetando fuertemente las riendas en sus manos. Mi hermana estaba viva.

La arena de prácticas empezó a girar en círculos a mi alrededor cuando Sorcha hizo parar a los caballos delante de nosotras y se bajó de la plataforma del carro. Ya no llevaba el atuendo romano de Lady Aquilea —la *stola* y la *palla*, el casco con penacho—; iba vestida con los atuendos tradicionales de un jefe de guerra cantii, vestía una capa verde bosque abrochada con un enganche enorme de plata en el hombro derecho. Me pregunté frívolamente si la estatua de la diosa que había en el patio la estaría mirando, muerta de envidia.

Estaba espléndida.

Era casi exactamente como el recuerdo que tenía de ella aquella noche que dejó Durovernum por última vez para hacer frente a las legiones romanas que había en nuestra propia tierra. Todavía estaba tan preciosa como la recordaba, esbelta y de músculos fuertes, con el pelo del color del oro y del bronce derramándosele por los hombros para caer en ondas sueltas espalda abajo. Algo que no recordaba era la pálida veta plateada que le bajaba desde el pelo hasta el ojo izquierdo, que parecía más oscuro que el derecho. Delgadas líneas azules, pintadas en glasto —la pasta azul intenso que usábamos para marcar los guerreros de mi tribu—, se le arremolinaba por las mejillas y la frente. Una espada, grabada con el blasón del triple cuervo, estaba envainada en su cadera.

Era idéntica a la que Charon me había arrebatado la primera noche después de que me capturaran. Me mordí el carrillo lo bastante fuerte para notar la sangre, solamente para ahuyentar el recuerdo de la mañana que me dijeron que mi hermana estaba muerta.

Mi hermana no estaba muerta. Mi hermana jamás moriría. Mi hermana era una diosa.

Sorcha, con mano experta, guio a los caballos, que dieron un rodeo lento hacia nosotras, todas juntas de pie y con la cabeza alta, los hombros atrás, y los ojos fieramente fijos en el horizonte, como si buscáramos el siguiente adversario, el siguiente reto, el siguiente objetivo.

«Objetivo o arma, Fallon... Escoge».

Su voz retumbó en mi mente

«¿Y qué escogiste tú, Sorcha? ¿Cómo te convertiste en esto?».

De golpe, recordé la profecía del druida Olun, que dictaminaba que yo tendría el mismo destino que mi hermana. Y allí estaba yo, siguiendo sus pasos hasta Roma para cumplirla. En ese momento, hubiera susurrado una plegaria a Morrigan para pedirle orientación, pero supuse que estaría demasiado ocupada riéndose de mí para oírla.

Eché un vistazo hacia las hileras de gladiadoras y vi que más de una de ellas tenía una expresión que rozaba la veneración. Durante los años que yo había pasado llorando su muerte, mi hermana sin duda había inspirado a esas chicas. Tragué saliva con fuerza para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

Sorcha se bajó del carro y sacó un arco y un carcaj. Sin pronunciar palabra, se los regaló a Tanis, la estudiante del final de la hilera. La chica inclinó la cabeza en un gesto de respeto y los cogió; le brillaban los ojos. Había visto a Tanis practicando con Ajani y sospeché que, con el tiempo, acabaría siendo igual de buena.

La siguiente chica era fenicia —descubrí que venía de un lugar del otro lado del Mare Nostrum—, se llamaba Damya y a menudo se proclamaba a sí misma «descendiente de la orgullosa raza guerrera». Y yo me inclinaba por creerla.

Cuando le llegó el turno, Sorcha volvió al carro para coger un pesado escudo rectangular y una muñequera con puño de bronce, decorada con piezas de metal superpuestas como las escamas de un fiero dragón. Y la fiera Damya se echó a llorar de alegría al verlo.

Sabía que durante las semanas desde que llegamos, Lady Aquilea —no, Sorcha—, nos había estado observando. Yo la había visto en su terraza, escrutando, analizando cómo luchábamos y con qué. Jamás me había dado cuenta de lo concienzudamente que nos vigilaba. Sin embargo, aquella noche nos regaló nuestras primeras armas ganadas, en perfecta sincronía con los talentos de cada chica. Lo hizo de una forma muy inteligente, pensé, cuando vi cómo se iluminaban los ojos de cada nueva recluta y cómo se erguían llenas de orgullo. Me pregunté qué arma habría escogido para ofrecerme a mí.

Las tres chicas siguientes, sospeché, pasaron con poco margen el corte para pronunciar los votos de gladiadoras. Todas demostraban entusiasmo fiero y devoto, pero todavía tenían que ir más allá del escenario del combate de instrucción básico para destacar con un arma en particular. En consecuencia, las tres recibieron el mismo regalo: un *gladius* y un escudo redondo pequeño, las armas estándar que todos los gladiadores aprendían a dominar antes de pasar a otras disciplinas. Sin embargo, aquello no significaba que Sorcha no hubiera dedicado el mismo esmero en personalizarlas, cada espada estaba hecha para encajar con la mano de cada chica, y cada escudo estaba pintado con un animal distinto que, claramente, había sido escogido para encajar con sus personalidades. Loba, leona y víbora estuvieron encantadas.

Elka fue la siguiente. Ella —por supuesto— durante los largos días de entrenamientos había destacado cuando se trataba de arrojar la lanza. Y cuando se trataba de no lanzarla, esos largos brazos suyos, junto con el alcance de un arma todavía más larga, hacían a Elka prácticamente invencible porque derribaba a sus oponentes desde lejos. Y por eso, el regalo de su juramento fue un escudo redondo pequeño y una esbelta lanza con una pulida y puntiaguda hoja de acero que brillaba bajo la luz de la luna. Pude darme cuenta incluso sin sostener el

arma, que estaba dotada de un equilibrio perfecto. Elka se maravilló ante tan elaborado trabajo cuando Sorcha la colocó en sus callosas manos.

Y entonces llegó mi turno.

Me quedé allí de pie, con los hombros atrás, la cabeza alta y los ojos clavados en algún punto por encima del hombro de Sorcha cuando, sin decir nada, volvió del carro con mi regalo. Y lo que me dio... ya era mío.

Mi espada.

La única cosa aparte de mí que había sobrevivido el largo trayecto desde Durovernum. El objeto que había convencido a Charon de que yo era valiosa y había llevado a mi hermana a comprar mi vida por una absurda cantidad de dinero.

Parecía que había encargado que hicieran una vaina de cuero negra, teñida de negro y repujada con un intrincado y tortuoso diseño precioso de nuestra gente. Sorcha me ató la espada a la cintura y, cuando su reconfortante peso se acomodó a mi cadera izquierda, mi mano se posó irreflexivamente en la empuñadura. Me sentí como si de pronto me hubieran vuelto a coser al cuerpo un miembro amputado.

Sin embargo, me di cuenta de que en mi cadera derecha colgaba una segunda vaina. Vacía. Fruncí el ceño, confundida, y entonces levanté la mirada para clavarla en el rostro de mi hermana. Para empezar, vi que tenía la fina línea de una cicatriz, bajo los diseños que llevaba pintados de azul en la frente, que iba de un mechón plateado de su melena hasta debajo del ojo oscurecido. Me miró fijamente, su expresión era fiera y dura, mientras su mano derecha cruzaba su cuerpo hacia su propia cadera izquierda, y desenvainó la espada que llevaba.

Era la gemela de la mía.

La espada que se había llevado a la batalla la última vez que la vi.

Con una rápida floritura, breve como un relámpago, volvió a envainar la hoja en la funda de mi cadera. Un murmullo se diseminó entre los presentes bajo el pórtico. La técnica del *dimachaerus* —luchar con dos espadas— era una elección poco común entre las gladiadoras, y por eso la segunda espada era un



regalo poco común. Por supuesto, nadie de los que nos miraban podía siquiera acercarse a entender el verdadero significado del regalo de Sorcha para mí.

Ni siquiera estaba segura de que yo lo entendiera.

Sin embargo, cuando alcé la mirada de nuevo para mirar a mi hermana a la cara, durante un momento, vi algo oscuro y brillante en su mirada. Ese instante pasó y Sorcha se volvió de espaldas a mí para alzar los brazos al cielo, los dedos extendidos, anillos y brazaletes centelleando, y su voz resonó en el aire nocturno pronunciando el ancestral grito de guerra de los cantii. Durante un instante fugaz, me pregunté qué habría pensado César de aquello. Pero cuando negligió al ordenar a Cayo que diera un paso adelante y atravesara a mi hermana con su espada, decidí que no debía importarle.

«Seguro que le consigue mucho dinero», pensé con amargura.

Thalestris avanzó para ponerse al lado de mi hermana, su voz grave pronunciaba las palabras que nosotras, como iniciadas, estábamos obligadas a repetir.

—*Uri... vinciri... verbenari... ferroque necari.*

«Soportaré que me quemen... que me aten... que me golpeen... y que me maten con la espada». Era el juramento sagrado de los gladiadores, pronunciado por hombres y mujeres por igual cuando se unían a las filas —queriendo o no— de los gladiadores.

—No tengo mucho interés en soportar nada de eso —murmuró Elka—, si me dejan elegir.

Pero no había elección. Ahí estaba el objetivo de todo.

—Palabras simples. Promesas simples —dijo Sorcha cuando la voz de Thalestris enmudeció—. Este voto es el que juramos todos. No a un dios ni a un amo, ni siquiera al Ludo Aquilea, sino a nuestras hermanas que están aquí con nosotras. Nuestras hermanas. Este es el juramento que nos une a todas, una con otra, todas con todas, y hace que ya no seamos libres. Nos pertenecemos las unas a las otras. Estamos ligadas una con otra. Jurándonos esto, nos liberamos a nosotras mismas del mundo exterior, del mundo de los hombres, de aquellos que

buscan coartarnos el Destino, el cual nos hará esclavas. Sacrificamos nuestra libertad para que, al final, podamos ser realmente libres.

Me tragué el tirante nudo de terror e incerteza que se me había alojado en la garganta y uní mi voz a la de las otras, que repicaron como campanas en la oscuridad. Y cuando lo hube hecho, me sentí como si alguien hubiera desenterrado una caja sepultada dentro de mí. Había un cerrojo en la caja, cerrado y oxidado, pero casi pude sentir la sensación de la llave al girar. No había llegado a ese lugar por voluntad propia, y no había llegado para buscar mi hermana muerta tiempo atrás. Sin embargo, Morrigan me había guiado para encontrarla de nuevo. Y ahora, en los confines de esas paredes, en ese lugar de guerreras, con mi espada de nuevo conmigo, quizá podía empezar a buscarme a mí misma.

Pero eso vendría más tarde, en los terrenos de entrenamiento.

Primero, había que soportar las formalidades durante el resto de la noche. Cuando nuestras voces murieron en la oscuridad, César bajó del estrado y se acercó a sus recién juradas gladiadoras, con los dueños de otros ludi siguiéndole en lo que parecía una inspección informal de nuestras filas, lo que significaba que estábamos obligadas a quedarnos allí hasta que César y sus invitados se pasearan de aquí para allá en el patio iluminado por antorchas, discutiendo nuestros variados atributos físicos como si fuéramos un rebaño de ovejas principiantes y ellos fueran un grupo de carniceros expertos.

Era insoportable. Mi hermana estaba allí —justo allí, a menos de veinte pasos de donde estaba yo— y no podía acercarme a ella. Y aunque hubiera podido, no sabía qué habría hecho. ¿Gritarle? ¿Abrazarla? Honestamente, no lo sabía.

Con la reina egipcia del brazo, César hizo un gesto a mi hermana. Mientras miraba a Sorcha acercarse a él, detecté un movimiento de duda en sus pasos. Mi hermana, que no tenía miedo de nada ni nadie. Al menos... que yo supiera. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve con ella.

—Fue una negligencia por tu parte perder a Ismene —dijo él en voz baja—. Era una de nuestras mejores.

Ismene. Así se llamaba la chica cuyo funeral presencié en mi primera noche en el ludo. Una expresión de dolor cruzó fugazmente el rostro de Sorchá, pero Cleopatra y yo probablemente éramos las únicas que estábamos lo bastante cerca para verlo.

—No me gusta perder, Aquilea.

La muda implicación planeó en el aire. César lo permitió.

Y entonces movió los hombros bajo la pesada ropa de su toga y continuó avanzando ante la línea de chicas. El poderoso César había dejado las cosas claras. Sorchá lo siguió sin mirar ni siquiera una sola vez hacia donde estaba yo.

—Estas nuevas iniciadas son muy prometedoras —dijo César alzando la voz para que los otros invitados pudieran oírlo—. No tengo ninguna duda de que las entrenarás para que logren su lugar como campeonas en la arena. Siempre lo haces. ¿No estás de acuerdo, Aquilea?

César fingió que buscaba a Aquilea entre la multitud. De todos esos dignatarios que se habían reunido, solo un hombre había permanecido sentado cuando César se levantó. El hombre conocido como el Coleccionista no parecía en absoluto impresionado con las nuevas adquisiciones de César para su colección.

César echó la vista atrás hacia sus compañeros y extendió las manos.

—Poncio Aquilea no parece estar de acuerdo —dijo.

Todavía en el estrado, Aquilea se irguió en su asiento.

—¿No apruebas mis nuevas adquisiciones? —El tono de mofa de César adquirió una nota de advertencia—. O quizá no me apruebas a mí. A mis métodos para ganar.

Vi muy claro que en la animadversión entre aquellos dos hombres había más que simple rivalidad entre sus ludi. Recordé lo que Cay me dijo sobre cómo los juegos eran casi una extensión de las luchas de poder entre la élite política romana. Desvié la mirada para ver que la de Cay estaba clavada en Aquilea, su expresión era inescrutable.

—Puesto que tus guerreros no pueden derrotar a los míos en la arena, tal vez

deberías buscar otro pasatiempo —continuó César—. La política, quizá. Vamos, Aquila, arrebatame la República, Tribuno.

Aquila se puso de pie con lentitud y se volvió hacia César.

—Discúlpame, César —dijo Aquila con los dientes apretados—. Me siento indispuerto por el calor del día.

No había sido un día particularmente caluroso, y el fresco de la noche se había hecho casi cortante. César se volvió hacia los otros, poniendo los ojos en blanco sardónicamente.

—Que alguien le lleve una copa de vino al Tribuno, entonces, para rebajarle la fiebre —ordenó—. Y para que quizá brinde por mis nobles guerreras, que esta noche han jurado sus votos.

En aquel momento, el asunto se apagó entre carcajadas y mofas hacia Aquila, y César desvió la conversación con sus otros invitados hacia los Triunfos Cuádruples. El evento sería la celebración de su victoriosa campaña militar, incluyendo la conquista —como había sido— de mi propio hogar.

—¿Durarán un mes entero, me han dicho? —preguntó un hombre corpulento que llevaba un anillo en cada dedo de las dos manos.

—¿Cómo si no iba a honrar apropiadamente las legiones y sus conquistas de los pasados diez años? —repuso César. Echó la cabeza atrás para mirar hacia el oscuro cielo, pero su mirada fue hacia sus adentros—. Y se los dedicaré a la memoria de mi querida hija, Julia, la más brillante luz de mi vida, apagada demasiado pronto.

Me eché hacia delante para escuchar a los hombres. Yo había oído que la única hija de César había muerto al dar a luz cuando él estaba lejos, ocupado poniendo fin a la vida de muchos otros en mi isla. Una parte de mí quería regocijarse, pensar que se merecía haber perdido a alguien querido, pero el dolor de perder a Sorcha estaba demasiado vivo en mi propio corazón.

El dolor de creer que la había perdido.

La miré a hurtadillas, estaba de pie al lado de César, pero la expresión de Sorcha no traicionaba sus pensamientos.

—Me estoy planteando recrear mi conquista de Britania como una de las principales actuaciones de los Triunfos —meditó César girándose hacia ella—. Recuerdo mucho más que bien lo fieramente que luchasteis tú y tus mujeres contra mis legiones, Aquilea. Justo entonces, pensé en darle la vuelta y que vosotras lucharais contra uno de los otros ludi, vestidas como el brillante espíritu de mis legiones.

La sugerencia fue recibida con muchos asentimientos y exclamaciones hacia la brillantez de César. Rechiné los dientes. Moriría antes que representar la pérdida de mi gente, y todavía más antes que hacerlo encarnando el rol de los odiados soldados romanos.

—Y sacaremos algunas de las gladiadoras más vistosas vestidas como princesas británicas, solo para pasarlo bien. Con el generoso talento que he visto por aquí, e incluso con la Casa Amazona de Poncio Aquila, creo que una batalla de gladiadoras a gran escala podría funcionar muy bien, ¿no crees?

—Por supuesto, mi señor —asintió Sorchá—. Haré que los maestros de instrucción intensifiquen los entrenamientos de las chicas para que estén listas.

—Gracias, Aquilea, sabía que podía contar contigo.

Se volvió e hizo un ademán hacia los otros para que lo siguieran a la casa de invitados, mientras Sorchá guiaba a Cleopatra en la dirección opuesta.

Thalestris dio un paso adelante para agrupar a las chicas y mandarnos a los barracones a dormir. Mis pies siguieron a las otras, pero mi mente se quedó con Sorchá.

Mi adorada y perdida hermana tenía que explicarme muchas cosas.

## XIX

Estaba tumbada en el camastro de mi celda, con la mirada clavada en la luna llena que cruzaba el profundo y oscuro cielo recortado en el marco de mi diminuta ventana. La sentí como si fuera la impasible mirada de Morrigan fijada en mí, reprendiéndome en silencio por haberme devuelto a mi hermana, que estaba viva y bien y disfrutando de su robusta salud, y no haber hecho nada aun teniéndola al alcance de la mano.

¿Qué, parecía que preguntara la diosa, iba a hacer yo al respecto?

Después de haber cumplido con el ritual de los juramentos, César y los hombres se retiraron al recinto de invitados para beber vino y, me figuré, fanfarronear unos con otros. Cleopatra, según oí que comentaban dos esclavas de las cocinas, tenía una casa flotante —regalo de César y reservada para el uso personal de la monarca— atracada en la villa, en la orilla más lejana del Lago Sabatino. Su séquito había remado por el agua para que ella pudiera visitar el ludo, y era allí donde la lanista entretendría en privado a la reina egipcia con vino y exquisiteces hasta bien entrada la noche.

Como era de esperar, el sueño me evitó por completo.

En lugar de dormir, yací en mi camastro, tumbada llena de nervios y contemplando el pronunciado cambio que había tomado mi vida. Por disparatado que pareciera, por estrafalariamente fortuito, mi hermana, que tanto tiempo hacía que había muerto, no solo estaba viva, sino que vivía en una suntuosa casa a no más que un tiro de piedra de mi fría y estrecha celda. Después de siete largos años.

Me senté con algo por lo que empezar.

El misterio de Cayo Varro, al menos, se había resuelto: mi espada.

Charon había guardado mi espada, el acero que lucía el blasón del triple cuervo de mi hermana, y de pronto entendí que la había guardado porque la había reconocido, igual que a mí. Eso era lo que el jefe esclavista había querido decir cuando había afirmado que el cofre era la llave para ambas suertes: su fortuna y mi destino. Él tenía que saber quién era «Lady Aquilea» en realidad, lo que significaba que él sabía que era muy posible que pudiera venderme a mi hermana por un buen rescate.

Mis pensamientos volaron hasta Virico, mi regio padre. Después de que mi madre hubiera muerto al darme a luz, Sorcha se había convertido en la brillante luz de su mundo. Y cuando ella murió —no, cuando ella desapareció— esa llama se apagó para siempre. Mi valiente y precioso padre había vivido como un hombre roto desde entonces. Y yo no podía parar de preguntarme qué le habría hecho mi secuestro.

Y todo era culpa de Sorcha.

El enojo contra Virico que había mantenido vivo en mi corazón, como una ascua viva, llameó brillante. Solo que ahora su calor iba dirigido a Sorcha. Hirviendo, me quité la manta de encima y planté los pies descalzos en el frío suelo de piedra. Tenía la nuca empapada de sudor y me sentía como si tuviera una hoguera ardiendo en las profundidades de mi cráneo. Me vestí, me puse la larga capa de lana y me eché la capucha sobre el pelo. Abrí con cuidado la puerta de mi celda y me escabullí por el pasillo, andando rápidamente y sin hacer ruido hacia el arco que llevaba al patio de entrenamientos, donde las guirnaldas de flores todavía oscilaban entre las antorchas ya apagadas.

A diferencia de lo que me habían contado de la mayoría de ludi de hombres, especialmente los que estaban llenos de criminales convertidos en gladiadores, nosotras teníamos guardias en el Ludo Aquilea, pero no cerrojos en las puertas de nuestras celdas, al menos no en los barracones. Sabía que había otras celdas, abajo cerca de los establos, que tenían barrotes y candados, por las esporádicas ocasiones que las estudiantes merecían un castigo extremo, pero yo no sabía de

ninguna de las chicas que hubiera tenido que pasar una sola noche allí mientras yo estuve en la escuela. Mi hermana dirigía una academia bien educada.

Aun así, eso no significaba exactamente que merodear por los terrenos de la academia en plena noche estuviera recomendado. Sin embargo, yo no tenía intención de escabullirme a las cocinas a medianoche, y tampoco pretendía que me pillaran los guardias. Una fría ira me recorría como una lluvia de invierno mientras me deslizaba, veloz y silenciosa, por el pasillo desierto y me dirigía a los jardines del complejo. A medida que me acercaba a la casa de invitados, pude sentir voces de hombres, pero eso no me hizo cambiar de camino.

Un puño de aprensión se cerró entorno de mi corazón cuando crucé la arena de prácticas y bajé a través del pasillo cubierto hacia el patio exterior, en dirección a las enormes puertas de madera que se abrían hacia el Lago Sabatino, donde las aurigas hacían carreras. Las puertas estaban talladas con escenas de mujeres luchando en diferentes escenarios —entre ellas, contra bestias salvajes, a caballo y en carros de guerra, arrojando lanzas y disparando con arcos— y estaban abiertas de par en par.

En el lago, la casa flotante de la reina egipcia estaba atracada en el muelle del ludo. La proa y la popa de la elegante construcción marítima estaban talladas como manojos de juncos atados y pintados de rojo y dorado y azul. Podía oír las risas de las mujeres saliendo de la gran tienda apostada en medio de la ancha cubierta. Empecé a bajar hacia la playa donde el muelle sobresalía más allá de la brillante línea de espuma blanca de la orilla del agua.

Durante un breve y descabado momento, me imaginé que Nyx aparecería de pronto en su carro de guerra para perseguirme hasta la orilla y reventarme bajo los cascos de los caballos y las ruedas de hierro.

Por supuesto, no lo hizo. Pero había alguien más allí, de pie en el lado del embarcadero que miraba hacia tierra. Agucé la mirada y vi que era Thalestris, y que iba armada. No pensé que hubiera ninguna manera de que la lúgubre maestra de lucha me dejara acercar un paso más a mi hermana esa noche. Sin embargo, cuando vio que me aproximaba, Thalestris pareció dudar un momento. Entonces



subió por la plancha y entró en la tienda. Esperé en la playa, perpleja. Guardias armados con arcos cortos y de aspecto poderoso estaban de pie en la cubierta, rodeando la tienda, observándome con severas miradas.

Después de unos momentos, Thalestris reapareció e hizo un breve ademán con la mano. La gruesa neblina se arremolinaba en el oscuro espejo que era el Sabatino, y el único ruido que se oyó fueron las pequeñas ondas que salpicaron la barcaza cuando me subí a bordo. La tela blanca y dorada del pabellón de la tienda ondeó suavemente en un imperceptible soplo que envolvió las aguas del lago.

En silencio, Thalestris me hizo pasar al interior de la tienda y me dejó ahí.

Allí dentro, mientras mis ojos se acostumbraban a la tenue luz de las lámparas de aceite colgantes y un brasero que brillaba suavemente, pude distinguir dos figuras recostadas una enfrente de la otra en divanes romanos. Mi hermana y Cleopatra, la reina de Egipto. Cuando me acerqué, pude ver que no se parecía en nada a la gente que conocía y que aseguraba que venía de aquellas tierras legendarias. Por supuesto, recordé haber escuchado que se debía a que ella era más griega que otra cosa. También había oído llamarla fea y rara, pero yo pensé que tenía una belleza extraña y atrayente. Una nariz demasiado larga y unos ojos enormes bajo unas pobladas cejas arqueadas le daban un aspecto felino, y su rostro estaba enmarcado por un casco de gruesas trenzas sujetas con abalorios dorados y turquesas. Su vestido estaba hecho de capas de lino puro y plisado que flotaba a su alrededor de una forma exquisita.

Me miró con franca curiosidad y en ese momento no supe cómo reaccionar. Cuando era la hija de Virico, rey de los cantii, de vez en cuando me llamaban para fingir que era una gentil anfitriona ante una panda de rebeldes jefes celtas, pero ¿esto? Casi me olvidé de Sorcha durante un instante. De pronto, fui totalmente consciente de lo despeinado que llevaba el pelo y de las arrugas que tenía la túnica que vestía.

Y la argolla de hierro que llevaba en el cuello.

Nerviosamente, miré hacia la mujer cuyos rasgos me eran tan familiares como

los míos propios. Mi hermana apenas había envejecido.

—Has crecido —me dijo a modo de saludo.

—Hace muchos años que nos dejaste. —Mi voz me sonó muy rara—. Solo era una niña pequeña.

—Apenas lo eras.

Me miró de arriba abajo, pero su rostro permaneció impasible.

Sentí el corazón latirme con fuerza contra el pecho, abrumado por el deseo de correr hacia ella y abrazarla, llorando de alegría por haberla encontrado de nuevo. Mi valiente y preciosa hermana. Sofoqué el impulso sin piedad.

—Me sorprende que me recuerdes —dije—. ¿Acaso recuerdas cómo me llamo?

—No te hagas la chiquilla herida —contestó. Se volvió de nuevo a Cleopatra y añadió—: Majestad, siento su intrusión y su comportamiento.

—Ah, no. —Cleopatra levantó una mano—. No hace falta que os disculpéis, creedme. Estoy bastante familiarizada con las... fricciones, digamos, que pueden surgir entre hermanos. Especialmente entre hermanas.

—Su majestad es demasiado gentil.

—En absoluto —dijo con un ademán—. Estoy honrada de poder presenciar una reunión familiar. Por favor, olvidad que estoy aquí.

Dibujó una media sonrisa, una expresión ligeramente felina, y me guiñó un ojo.

Recordé haber escuchado algunos rumores que contaban las chicas del ludo sobre la hermana de Cleopatra, Arsinoe, quien había intentado —sin éxito— arrebatarse el control del trono egipcio. Cleopatra había querido ordenar su muerte, pero César tenía otras ideas, más bien crueles. Le perdonó la vida a Arsinoe para poder echarla como a un animal adiestrado en el desfile de la victoria sobre sus enemigos cautivos durante los próximos Triunfos.

Claramente, Sorcha había contado a la reina quién era yo y cómo había llegado al ludo. Sin embargo, no había considerado apropiado mostrarse ante mí antes de la ceremonia.

—¿Por qué?

La pregunta brotó de mis labios. Sorcha frunció el ceño.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —Intenté hablar sin que se me rompiera la voz—. Antes de... de aparecer ante mí, delante de todo el mundo, ¡como si nada! He estado viviendo aquí en una celda todo este tiempo, y ¿jamás se te ocurrió decirme que seguías viva? ¿Que me lo debías?

Ante esto, mi hermana tuvo la decencia de sonrojarse y apartar la mirada.

—No tienes ni idea del porqué de las cosas, Fallon —murmuró.

—Tienes razón —escupí—. Solo sé que he crecido pensando que mi querida hermana estaba muerta.

—Lo está. Ya no soy la chica que conociste.

—No. Sospecho que no. Estoy segura de que Padre estaría de acuerdo.

Vi como Sorcha apretaba los puños.

—¿Está bien?

—Vive.

—Me alegro...

—Roto y abatido, como lo ha estado durante años.

Apretó los puños otra vez. Sorcha y mi padre estaban muy unidos. Sabía que era cruel por mi parte decir esas cosas, pero me sentía herida. Y enfadada.

—Jamás quise que pasara —dijo Sorcha en voz baja—. Y sin duda jamás quise que pasara esto.

—¿El qué?

—Tú. —Sus ojos volvieron a posarse en mi rostro, y su mirada ardía—. Aquí.

Las palabras me sentaron como una bofetada en la cara, fuerte y certera y punzante.

—Entonces ¿por qué me compraste? —pregunté furiosa conmigo misma por cómo se me rompió la voz—. ¿Por qué me trajiste aquí?

—Bueno, ¡sin duda no fue por cómo luchaste en la subasta! —dijo ásperamente—. Pensaba que te había enseñado a hacerlo mejor. ¡Aquel alesiano

te habría cortado en dos de un momento a otro si no hubiera sido porque Elka acudió para salvarte!

Nos miramos fijamente desde una punta de la tienda a la otra. Toda la discusión de pronto me pareció un momento extraído de mi infancia, cada vez que hacía algo peligroso o estúpido. O sencillamente no lo bastante bueno.

—Te traje aquí para mantenerte a salvo —explicó—. Porque de algún modo fuiste lo bastante estúpida para que te cogieran los esclavistas y lo bastante afortunada de que uno de ellos fuera Charon. Tuve que protegerte para que no te vendieran y acabaras en una situación cien veces más peligrosa. Pero, para hacerlo, puse en riesgo el destino de todas las otras chicas de este ludo.

—No tengo ni la más remota idea de lo que quieres decir.

—No esperaba que la tuvieras. —Con un suspiro se levantó del sofá y se dirigió a una mesilla que tenía una jarra de vino y unos cálices. Vertió una generosa cantidad de vino tinto en uno de los cálices y dio un largo trago antes de girarse hacia mí—. Ya no estás en Durovernum, Fallon. Estás aquí. Y no hay ni una maldita cosa que ninguna de las dos podamos hacer al respecto. Ahora perteneces a este ludo y eso significa que perteneces a César, y si cualquiera de los otros lanistas supiera quién eres, no dudarían en herirte para llegar hasta mí. No puedo ser tu hermana aquí.

—Al parecer ni aquí ni en ningún otro lugar.

Me miró fríamente.

—¿Sabe él quién soy? —pregunté hoscamente—. ¿Tu amo y señor, el poderoso César?

Sorcha miró de reojo a Cleopatra, quien había estado en silencio durante todo nuestro intercambio. Recordé demasiado tarde que la reina extranjera era la consorte de César, pero la mujer permaneció imperturbable ante mi grosería. Cogió una uva de un racimo que había en una fuente delante de ella y se la metió en la boca con una sonrisa inalterable. Parecía estar pasándoselo muy bien.

—Él no sabe quién eres ni por qué te compré. —Sorcha puso su cáliz sobre la mesilla con tanta fuerza que los platos tintinearón—. Nadie más allá de nosotras

tres y Charon, cuyo silencio sobre el asunto pagué generosamente. Aquí solo eres una gladiadora más, y si la diosa es buena, nadie averiguará la diferencia.

—Seguro que César se preguntó por el precio que pagaste por mí —dije.

—Dirijo esta academia para él y todavía no le he causado nunca queja alguna. Y aunque tu contrato está hecho en su nombre, no era su dinero.

—¿Qué? —parpadeé.

—No gasté el dinero de César. —Clavó los ojos en mí, su mirada era desconcertante bajo la luz creciente—. Gasté el mío.

—Bueno, es evidente que esta vida te ha ido muy bien. Ya veo por qué no volviste a casa...

—He luchado por cada sestercio con uñas y dientes. He ahorrado todo lo que he ganado, e iba a comprar el Ludo Aquilea por completo. Todavía lo dirigiría bajo el nombre de César, pero cualquier chica que luchara para mí lo haría como una persona libre. Nada de esclavos. Ya había hablado de ello con César, y él estuvo de acuerdo, siempre y cuando tuviera el dinero.

La miré fijamente y dije:

—No creo que una mujer en Roma pueda tener ese tipo de control sobre su propio futuro.

Cleopatra se entrometió en la conversación.

—Eso es exactamente lo que tu hermana me dijo la primera vez que le sugerí que comprara el ludo, años atrás. Y sinceramente, hay quienes te dirían que así es. Viejos patricios ariscos y locos por el poder que impiden que se dé cualquier tipo de poder al sexo «débil». Pero César, por mucho que le llamen tirano, es un hombre que escucha y entra en razón si acaba suponiendo un bien para él. Aunque venga, a veces especialmente cuando viene, de los labios de una mujer. Por eso algunos de los senadores le temen... y me odian a mí.

—Su majestad ha sido una gran amiga para mí durante mi estancia en Roma —dijo Sorcha haciendo un ademán con la cabeza hacia la reina.

—Una mujer debería ser capaz de trazar el curso de su propia vida —asintió Cleopatra.

—Y eso es precisamente lo que hacía yo —Sorcha se volvió para mirarme con el ceño fruncido— antes de que tuviera que abrir mis arcas para malgastar tal exorbitante cantidad de dinero en ti, hermanita. —Suspiró y añadió—: Ya casi lo había conseguido. Ahora me costará años volver a reunir esa suma, si es que lo consigo. Ya no puedo luchar en los juegos. No con un ojo debilitado y un brazo malo.

—¿Qué te pasó?

Me maldije en silencio por haber preguntado. No quería que me importara, pero a fin de cuentas era mi hermana.

Ella hizo una pausa, su expresión era inescrutable, y durante un momento pensé que no me respondería. Sin embargo, al final dijo:

—Intenté hacer el Vuelo de Morrigan durante un espectáculo.

Contuve en aliento al imaginar vívidamente el momento.

—Me caí, por supuesto —continuó—. Es una hazaña imposible. La rueda del carro me cortó el hombro y me chafó el casco, y me dejó con esto.

Hizo un ademán con la mano hacia la cicatriz que tenía a la izquierda del rostro.

Luché contra un absurdo impulso de querer explicar a Sorcha mi propio intento exitoso —mayoritariamente exitoso— de la misma maniobra, como si yo todavía fuera una chiquilla para impresionar a su hermana mayor.

—Eso acabó con mis días en la arena. Y desde entonces no ha habido ninguna otra chica que haya podido conseguir las cantidades de dinero que movía yo en mis tiempos. —Su frustración era palpable, como la aguda y chisporroteante sensación que tienes en la piel antes de una tormenta—. Hasta tenía los papeles preparados porque si yo moría el ludo pasara a ser propiedad de Thalestris, para que continuara mi legado y las gladiadoras siguieran a salvo. Y libres.

—¿Papeles? —pregunté con el ceño fruncido.

—Un contrato. Firmado y con testigos y legalmente vinculante.

Había oído hablar de esas cosas, pero parecía una forma muy tonta de hacer

las cosas. El papel se podía quemar, el papiro se podía romper. ¿Qué problema había con un buen y firme juramento de sangre?

—Los romanos y sus contratos. —Sacudí la cabeza, enfadada y confusa porque Sorcha hubiera rebajado a hacer algo así—. Pedazos de pergaminos y garabatos...

—Sí. —Sorcha se mantuvo firme—. Y tan vinculante para ellos como lo es un juramento de sangre para ti y para mí. ¿No lo ves? Libertad, Fallon. Es lo único que siempre ha importado. Es por lo que luchamos contra los romanos, por nuestra patria. Es por lo que Arviragus destrozó sus propias tierras. Y si ahora tengo que luchar con monedas de plata y papel y tinta en lugar de con una espada para ganarme la libertad, para mí y los míos, lo haré con el mismo corazón guerrero de antaño.

—¿Por qué no me viniste a buscar cuando llegué aquí? —pregunté en voz baja—. ¿Porque no creías que fuera digna?

—No. Me quedé lejos... —Apartó la vista de mí, y la luz del brillante brasero le bañó el perfil en fuego—. Porque me daba miedo que pensaras que yo no lo era.

No supe qué responder. Sorcha no había sido nada sino digna para mí, hasta esa noche.

—Sé que piensas que lo que hacemos aquí de algún modo es menos honorable que el tipo de lucha que entablan nuestros clanes en casa —continuó—, pero no lo es, Fallon. El mundo es mucho más grande que los prados y bosques de los alrededores de Durovernum. ¿Crees que la guardia de guerra real era más honorable que los hombres y mujeres que luchan y mueren en la grava de la arena? Allí luchábamos por ganado robado y nos hinchábamos de orgullo. Aquí lucho por la familia. Por una hermandad. Por ti.

De pronto, sus ojos se empequeñecieron y se puso de pie. Antes de que pudiera hacer nada, estiró una mano y me arrancó la pluma negra que se me había olvidado que todavía llevaba en el pelo.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó sosteniéndola en alto entre nosotras.

—De un pájaro, supongo.

—¿De dónde lo has sacado?

—La encontré en mi almohada una noche cuando volví a mi celda después de ir a los baños —respondí—. Esa misma noche encontré un cuervo muerto a los pies de la estatua de Minerva.

Observé, anonadada, como la sangre abandonaba el rostro de mi hermana. Partió en dos la pluma de color ébano y la echó a las llamas del brasero. Una hebra de humo oscuro salió de ella, y un hedor ligeramente acre inundó la tienda.

—Fallon, todos estos años, has pensado que yo estaba muerta. Será mejor que sigas pensando en mí de la misma manera. No puedes, no debes, decirle a nadie quién eres.

Durante un momento, me pareció que mi hermana me estuviera abandonando de nuevo otra vez. Pero entonces vi la mirada que transmitían sus ojos y me di cuenta de que no se trataba de eso. Un molesto escalofrío me recorrió el espinazo al ver su mirada. Me recordó a cuando uno de los caballos del carro de guerra se asustaba por algo que solo sus instintos animales podían percibir. Recordé la conversación que tuve con Cay —sobre cuervos y augurios— y me pregunté si la pluma que se deshacía en el brasero no había sido algún tipo de presagio. Una advertencia, quizá, o una amenaza.

—Prométemelo, Fallon —me pidió.

O vivir en ese lugar de traiciones la había trastornado, pensé, o había algo que no me estaba contando. Fuera como fuere, parecía como si mi valiente hermana se hubiera reducido a alguien que se asustaba de las sombras.

—De acuerdo —dije—. Vale. Lo prometo.

Mi mirada se desvió hacia Cleopatra. A Sorcha no parecía importarle que la reina egipcia supiera quién era yo. Pero Cleopatra me sonrió, esta vez con dulzura.

—La lanista y yo somos viejas amigas —me dijo—. Y buenas. Yo guardo sus secretos y ella guarda los míos. No tienes que temerme, Fallon.

Asentí. Por alguna razón, confié en ella.



—Entiende una cosa —continuó Sorcha—. No recibirás un trato especial ni siquiera por mi parte. Entrenarás y lucharás. Serás premiada o castigada en función de tus acciones. Con el tiempo, entrarás en la arena y, si la diosa lo quiere, no morirás allí.

—La voluntad de la diosa no será la única que me mantenga con vida —repliqué—. Ya no soy un objetivo, Sorcha.

Entonces algo revoloteó en su mirada, una fugaz emoción que yo imaginé que era un toque de orgullo. Sorcha parpadeó y se volvió.

—Mañana —continuó— te irás con las chicas nuevas al herrero que hay en los establos. Él os quitará las argollas. Seguiréis siendo propiedad de César, pero al menos no lo pareceréis.

El mismísimo pensamiento de librarme de esa cosa horrible hizo que el corazón me saltara en el pecho. Sin embargo, acto seguido se hundió de nuevo. No era libre. Todavía era una esclava en ese lugar, y no lo olvidaría.

Y no dejaría que Sorcha —mi hermana, mi propietaria— lo olvidara tampoco.

## XX

Si Thalestris, con su lanza, no me hubiera estado vigilando como un halcón mientras me dirigía de vuelta a las puertas del ludo, quizá hubiera llevado a cabo un intento de fuga por la libertad. Tras el juramento de los votos y de haberme encontrado cara a cara con Sorchá, estaba hecha un lío. La orilla del lago, alargándose en una ligera curva hacia el norte, me llamaba. Podía correr. Podía hasta nadar. Pero ¿hacia qué? ¿Hacia dónde? Y ¿hacia quién?

Incluso si pudiera perdonar a mi padre —y a medida que los días y días me habían llevado todavía más lejos de él, empezaba a pensar que tal vez ya lo había hecho—, no era tan estúpida para pensar que quizá podría deshacer todo el camino hasta la Isla de los Poderosos por mi cuenta, sin siquiera usar las espadas que me había regalado mi hermana.

Y además también estaba ella.

Por más que lo intentara, no podía dejar sin más aquel lugar que parecía que Sorchá se había hecho suyo. No antes de entender de verdad qué le hizo escoger esa vida y abandonar la que antaño compartió conmigo. Ahora parecía que yo compartía mi vida con ella y con las otras chicas y mujeres del Ludo Aquilea.

Había hecho un juramento al respecto.

Y, si tenía que creer a Sorchá, yo era la razón de que la libertad de todas ellas estuviera en riesgo.

Me di la vuelta y desanduve mis pasos por la playa y a través de los portones de la academia. A medio camino de mi celda, me sorprendió descubrir que no era la única que merodeaba por los terrenos del ludo esa noche.

—Buenas noches, decurión Varro.

Cay no se asustó exactamente al oír mi voz, pero se volvió de golpe. Pensé durante un momento que me había parecido escuchar el sonido de su espada en la vaina —entrenamiento de soldado—, pero entonces vio que era yo. Desarmada, por una vez en la vida.

—Lo siento —dije—. No quería asustarte.

Su sombra se mezcló con la mía en el suelo cuando respondió:

—Soy Cay, ¿recuerdas?

«Cay». Lo probé mentalmente. Por primera vez, me pareció que le quedaba bien. Probablemente porque no había nada de decurión en él en ese momento. Se había cambiado la armadura que llevaba durante la ceremonia y ahora vestía una túnica y una toga sencillas. No llevaba casco en la cabeza y sí unos brazaletes de plata en las muñecas, en lugar de protecciones de bronce. La rectitud de legionario había desaparecido de su actitud y se movía con una gracia muy natural de algún modo. Sin embargo, sonreí al darme cuenta de que a pesar de todo llevaba una espada atada al cinto.

—¿Qué haces aquí sola en la oscuridad? —quiso saber.

—No podía dormir —respondí con sinceridad.

El chico estudió mi rostro un instante. Entonces me ofreció un brazo y dijo:

—En ese caso, ¿me haría el honor de obsequiarme con su compañía, bella gladiadora?

Dudé. Eso era lo que realmente era yo entonces: una gladiadora. Durante un momento, me sentí como si la argolla que llevaba en el cuello se estuviera estrechando y me ahogara.

—¿Fallon? —Cay me miró—. ¿Te encuentras mal?

—Estoy bien —respondí.

Suspiré profundamente mientras le pasaba la mano por el brazo. Si el mundo insistía en que ahora yo era una gladiadora, digna de atención romana que iba más allá de la mera curiosidad, entonces haría mi papel.

Cay me envolvió la mano con la suya y sentí que sus dedos eran cálidos y fuertes mientras caminábamos por los jardines que se extendían entre el

complejo del ludo y las altas y gruesas murallas que lo rodeaban. Me estaba jugando ganarme una buena reprimenda si los guardias me encontraban de noche a solas con un hombre. Sin embargo, en ese momento no me importó. Podía sentir la tensión abandonando mis hombros y brazos cuanto más andábamos en silencio. La presencia de Cay era tranquilizadora y calmante.

—No pensaba que te vería esta noche en el juramento de votos —dije finalmente.

Él se encogió de hombros.

—Estuve allí simplemente en calidad de oficial.

—¿Es decir...?

Compuso una sonrisa tensa.

—Que era el recadero de César, por supuesto.

—No eres un recadero.

—Oh, claro que lo soy —repuso—. Mi padre se encargó de que así fuera, para que pudiera encontrarme en una situación que fuera útil para él y, según su forma de pensar, para mí también.

—¿Y crees que es útil para ti? —pregunté.

—Sirvo. —Se encogió de hombros de nuevo—. Tanto como útil... Bueno, a veces me vale para tener la oportunidad de codearme con mis superiores patricios, incluso aunque eso signifique tener que soportar la compañía de tipos como Poncio Aquila.

—¿El Tribuno de la Plebe? —pregunté—. ¿Aquel al que llaman el Coleccionista?

—No a la cara —rio Cay.

—Él y César no parecen tenerse demasiado aprecio.

Cay rio por lo bajo.

—Tienes un don para los eufemismos, Fallon. El Tribuno está aquí esta noche por la invitación de César, una invitación que no podía rechazar, y no te quepa duda de que le está costando un triunfo verse obligado a mantener una

conversación educada durante toda la noche. Lo que, creo, era la intención de César. Eso y alardear de sus nuevas adquisiciones, claro.

—Como Elka y yo. Aquila intentó comprarnos —dije haciendo memoria—. Aquel día en el Foro.

Cay asintió meditabundo.

—Hasta que Lady Aquilea se metió en medio con su sustanciosa aportación, sí. Ese hombre tiene una sed insaciable por los juegos, y sus guerreros son casi tan impresionantes como los de César. Aquila está lejos de ser rico, pero políticamente, al menos, es un poder que se tiene que tener en cuenta. Personalmente, considero a ese hombre (y su apetito de muerte en la arena) repugnante. Sin embargo, estoy obligado a ser cordial porque mi padre es inversor en muchos de los ludi de Aquila. Uno de los cuales es la Casa Amazona.

—¿La otra escuela de gladiadoras?

—La misma.

—Nuestra rival. Pero eso significa que tu padre tiene intereses que compiten directamente con los de César. —Le miré y añadí—: ¿No es eso un conflicto de lealtades para ti?

—Soy un oficial de la legión romana, Fallon —bufó—. Y el hijo de un senador. Eso me hace inmune a los conflictos morales.

No supe decir si hablaba en serio o no. Era muy molesta la forma en que parecían funcionar las mentes romanas. Y la lengua romana. Cay, por lo que había visto hasta entonces, podía decir una cosa y querer decir otra completamente distinta, y no parecía que él viera nada inherentemente confuso en ello.

—Pero te voy a decir algo —continuó Cay sin darse cuenta de mi frustración—. Si no hubiera sido por Poncio Aquila, quizá no te habría conocido nunca. Fue a petición suya que yo estaba en Masilia ese día para escoltar la galera de Charon. Y exceptuando ese momento en que intentaste apuñalarme, para mí esa experiencia fue... gratificante.

Enarqué una ceja.

—¿Gratificante?

—Extremadamente —sonrió.

Me pareció que a veces el latín podía ser muy taimado cuando se trataba del significado exacto de las palabras. Sin embargo, no había forma de entender mal el tono de la voz de Cay o la mirada de sus ojos.

Sentí que me sonrojaba. El chico me encontraba atractiva —eso estaba claro —, pero algo había cambiado en su mirada desde la primera vez que me había mirado en el barco de los legionarios después del ataque pirata.

—Me he estado preguntando por el lugar de donde vienes —continuó—. Por tu tribu. Me pregunto ¿todos lucháis como luchas tú? ¿Los hombres son tan fieros como las mujeres?

—¿Es esa una forma educada de preguntarme si las mujeres de mi tribu también luchan desnudas? —pregunté.

Solo quería tomarle el pelo, pero sus ojos se abrieron como platos, y me pregunté si había sido demasiado descarada. Había hablado sin pensar, no como una esclava, sino como una igual. Como la hija de un rey. Recordé la advertencia de Sorchá respecto de no revelar mi estatus real y me mordí la lengua para evitar volver a mencionarlo.

No pareció que Cay se diera cuenta.

—¿Por qué no dejamos mi sed de conocimiento sin saciar por ahora? —Al fin sonrió—. De todos modos, el aire de esta noche es demasiado frío para una competición como esta.

Durante un momento nos quedamos ahí de pie, mirándonos. Era la primera vez que compartíamos una broma que no fuera amarga o malintencionada. La sonrisita burlona de Cay se ensanchó a una sonrisa e hizo un ademán para señalar un banco de piedra del jardín que estaba justo al lado del sendero. Seguí a Cay y me senté a su lado, sumiéndonos de nuevo en el silencio. Su sonrisa se desvaneció de sus labios cuando otra cosa ocupó claramente sus pensamientos.

—Fallon, he estado pensando —dijo finalmente girándose para mirarme a los

ojos—. He visto a docenas de hombres y mujeres pronunciar los votos que has jurado esta noche. Y he visto a otros tantos cumplir ese juramento en la grava de la arena. Jamás pensé nada al respecto, pero esta noche ha sido distinto.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque eras tú.

—Debí decir mal las palabras —reí sintiéndome nerviosa de pronto.

En lugar de reírse conmigo, Cay se inclinó hacia delante, con el rostro pálido y serio bajo la luz de la luna.

—No —replicó—. De hecho, del modo que lo has dicho, ha sido el más sincero que he oído jamás pronunciando esas palabras. Y me di cuenta de que no quiero verte arder o encadenada o golpeada... o que mueras por la espada.

Me reí de nuevo. Sin duda, ese no era el giro que esperaba que tomara la conversación. De hecho, todavía bromeábamos, ¿no? Me sorprendió ver que su expresión seguía seria.

—Escucha —dijo—. Mi padre es uno de los hombres más ricos de Roma. Puedo ir a hablar con César, me debe al menos un favor por mis años de servicio para con él, y puedo plantearle comprar tu contrato. Yo podría...

—¿Qué? ¡No!

Me puse de pie como un resorte y lo miré fijamente.

—¿Me deshonrarías? —pregunté enfadada.

—¿Deshonrarte? —parpadeó—. Fallon...

—¡No me volverán a comprar y a vender como si fuera una cabeza de ganado, Cayo Varro! Nunca jamás. Y sin duda no lo harás tú.

Cay abrió la boca, sorprendido, luego la cerró y lentamente la apretó hasta formar una línea.

—Sabes que la vida a la que te has comprometido a menudo acaba en muerte —dijo.

—Todas las vidas lo hacen.

—No querría que murieras si pudiera evitarlo, Fallon. —Se puso de pie e hizo ademán de cogerme la mano, pero yo me crucé de brazos y me eché un paso

atrás—. Pero como no tengo los poderes de los dioses, les rogaría este favor: no querría que murieras pronto.

—Tu fe en mis habilidades como guerrera es apabullante —espeté.

—¡No eres la única chica en la arena que sabe blandir una espada! —espetó él a su vez.

Casi había empezado a pensar que Cay era diferente, que hasta había una posibilidad de que creyera en mí. Sin embargo, me sentí como si volviera a ser una cría escuchando a Sorchá decirme que sería un objetivo para cada guerrero con quien me cruzara en el campo de batalla. Me sentí como cuando mi padre me negó un puesto en su guardia de guerra real porque temía perderme, que no pudiera cuidar por mí misma en el campo de batalla. A veces me preguntaba si Mael sencillamente creía que yo era más imprudente que valiente.

—Creí que dijiste que admirabas mi espíritu —dije—. Creí que te recordaba a Espartaco.

—Lo dije. —Su voz se suavizó cuando me cogió por los hombros con dulzura—. Lo haces. Fallon, Espartaco está muerto porque decidió que quería vivir libre y tuvo que rebelarse contra el poder de todo un imperio para hacerlo. Y sí, le admiro, pero de poco le sirve en su estado. Solo quiero mantenerte lejos de la arena para que puedas evitar un destino parecido.

Sacudí la cabeza.

—Me acabas de oír jurar los votos y ya quieres que los rompa. Soy hija de la Casa Cantii.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Significa que no rompo mis promesas, incluso las que no hubiera hecho de haber tenido elección; y no romperé esta. Ni siquiera por ti, Cayo Varro.

—¿Ni siquiera por mí? —preguntó ladeando la cabeza—. ¿Significa eso que soy algo a tener en consideración cuando tomas decisiones, Fallon?

Deseé poder retirar mis palabras. Ni siquiera estaba segura de lo que había querido decir con ellas.

—No te hagas ilusiones, decurión —murmuré desviando la mirada y



deshaciéndome de sus manos.

El silencio se extendió entre nosotros, y cada vez se hizo más difícil aguantar mi indignación. Especialmente cuando lo oí soltar una risita gutural por lo bajo. Lo miré y vi que sonreía.

—Piensas en mí —afirmó.

Me cogió de nuevo por los hombros, atrayéndome hacia él. Podía sentir el calor que emanaba su piel. En la fría noche, quise tomar esa calidez y envolverme en ella, como si fuera una manta. Quise tenerle a él envuelto a mí. Sabía que no debía. Si alguien nos pillaba juntos, lo más probable es que a mí me azotaran y a él le deshonraran. Sin embargo, no parecía que le importara en ese momento. Se me acercó y la capa que llevaba se me cayó de los hombros mientras las manos de Cay se movían ligeramente por mis brazos, por mis hombros y bajaban por mi espalda hasta mi cintura, dibujando mi cuerpo a través del material de mi túnica. Tuve un escalofrío y él clavó los ojos en mí.

—Estás helada —dijo recogiendo mi pesada capa de lana y poniéndomela bien sobre los hombros.

No estaba helada. Ardía. En todos los lugares donde se posaron sus manos, mi piel se quemó como si la hubiera tocado un hierro al rojo.

Alzó una mano para posarla en mi mejilla y sentí las callosidades que tenía, resultado de las incontables horas que sus dedos habían pasado envolviendo la empuñadura de una espada. Sin embargo, cuando inclinó la cabeza hacia delante, al lado de la mía, su aliento rozándome el cuello, justo debajo de mi oído, y murmuró mi nombre... me quedé congelada. No podía ver el rostro de Cay. En lugar de eso todo lo que podía oír en mi cabeza era otra voz susurrando.

La voz de Mael.

—¿Qué sucede? —murmuró Cay notando mi súbita reticencia.

Sacudí la cabeza y cerré los ojos con fuerza.

—Eres el hijo de un senador y yo...

—¿Qué?

—Yo soy infamia. —Abrí los ojos y los clavé en su rostro. Tenía que aceptar

la fría verdad de la noche—. Aunque el ludo no me castigue por estar aquí, contigo, si nos encontraran juntos... Los votos que he jurado esta noche me marcan como un hierro candente en la piel.

Su mirada se ensombreció.

—¿Crees que me importa?

—Debería.

—Fallon...

—Debería volver a mi celda, decurión. Si me perdonas.

Me volví y eché a andar —a correr en realidad— para alejarme de él antes de que me traicionara a mí misma todavía más. El corazón me latía en el pecho y mi garganta ardía por todas las lágrimas que no había derramado. Aunque hubiera escuchado la voz de Mael, clara como la luz del día, en mi mente, también me di cuenta de que, por primera vez, no podía evocar sus rasgos.

No podía recordar su rostro.

Su imagen se había ido desvaneciendo poco a poco durante ese tiempo y yo la había dejado escapar. Para reemplazarla con el rostro de otro... de nuestro enemigo. ¿Qué tipo de monstruo era, yo? Las lágrimas brotaron entre mis pestañas y rodaron por mis mejillas, ardiendo de la vergüenza.

Mientras volvía a mi cuarto, tomé un atajo entre los baños y los aposentos de los cocineros, oí ruidos, voces procedentes del cobertizo de grano. Parecía que Cay y yo no éramos los únicos que se habían consentido un paseo vespertino. Me paré, contuve la respiración y me sequé la humedad de las mejillas. Los guardias del ludo quizá no me habían pillado abrazada a un oficial de las legiones, pero aun así no quería exactamente darles explicaciones de mis llorosos merodeos de media noche. Todo lo que quería era volver a mi celda y desplomarme en mi camastro.

Pero las voces continuaron.

—¿Sabe él que ella está aquí? —preguntó una voz de mujer—. ¿A apenas

medio día a caballo de él?

Un hombre rio por respuesta, fue un sonido horrible.

—¿Te refieres a Mandobracio? —dijo.

Reconocí la voz y me quedé de piedra: era Poncio Aquila. El Coleccionista.

—¿Así es como se llama ahora? —preguntó la mujer.

—Uno de sus compañeros bárbaros acuñó esa gema después de que ganara su último combate, todos hablan latín como si mascaran un zapato de cuero, y parece que ha cuajado.

«¿Mandobracio?». Busqué en mi pobre latín para encontrar algo como «Brazos devoradores». Un gladiador, supuse, por la mención del combate. Me pregunté si los de la élite sabían hablar de algo más.

—No —continuó Aquila—. No, todavía no se lo he dicho. Ese tipo de información puede ser de un valor inestimable cuando tenga que doblegar a ese miserable bárbaro a mi voluntad. Ha tenido muchísima suerte de que las cosas hayan salido así... no gracias a su incompetencia.

—Es insólito —afirmó la mujer.

—Es el destino. Esa chica será mía. Es la voluntad de los dioses. —Su voz se volvió de pronto tenue y amenazadora—. Mientras tanto, no le soples ni media palabra a Mandobracio, a nadie en absoluto. ¿He hablado claro?

La mujer emitió un sonido gutural de asentimiento. Tuve la sensación de que la amenazaba físicamente. Pensé en hacer algún ruido —toser o arrastrar el zapato sobre la grava, como si acabara de pisar el camino—, pero entonces oí que la mujer deseaba buenas noches a Aquila, aunque con la voz un poco ronca. Me apreté contra la pared, temiendo de que me descubrieran escuchando a hurtadillas. Tuve miedo por la chica de quien habían hablado, la que Poncio creía que era suya.

Me pregunté si sería yo...

«No seas ridícula». Sacudí la cabeza con fuerza.

Lo que me había dicho Cay un rato antes era del todo cierto, yo no era la única chica que sabía blandir una espada. Y hasta ahora, en mi corto tiempo en el Ludo

Aquilea, no había hecho nada para destacar entre las demás. No era nada más que una pequeña *gladiolus* que todavía estaba verde a ojos de los distinguidos invitados de Sorchá.

Chicas como Nyx y Meriel eran las que llamaban la atención de los ricos señores, no yo. Todavía no. Sin embargo, era bueno saber que Sorchá y Cay no habían exagerado al hablar de la propensión romana hacia los secretos y el juego a dos bandas. Oí que las voces se movían y se disipaban en la distancia y solté un suspiro en voz baja.

Que los propietarios del ludo y sus lanistas se apuñalaran por la espalda e hicieran sus tratos. A mí solo me preocupaba dormir bien en mi cama y quizá tener un sueño o dos. Sonreí con cansancio cuando reemprendí mi camino hacia las habitaciones. Deseé que mis sueños fueran de los buenos, porque, por la mañana, volvería a mi rutina de la tierra y el sudor y la espada.

Pero esta vez, sería como una gladiadora de pleno derecho.

No solo un «quizá», un «algún día».

Un «sería», me juré.

## XXI

Mi primer día como gladiadora empezó con el hedor de la sangre.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al maestro de lucha Cronos mientras se abría paso a codazos entre las chicas congregadas en un extremo del patio de entrenamientos.

El olor me revolvió en el estómago las gachas con miel que acababa de engullir.

—Un accidente —fue su brusca respuesta al pasar—. Necesito una camilla.

Giré sobre mis talones y corrí detrás de él para ayudar. Justo al lado de la puerta del cobertizo del material había unas cuantas camillas de lona colgadas en la pared.

—Coge un extremo —me gruñó Cronos descolgando una de su gancho.

Volvimos al patio de un salto, Cronos rugió a las chicas para que se apartaran del medio. En cuanto nos acercamos a la arena, vi el cuerpo hecho un ovillo de una chica que yacía en un charco de sangre, sorprendentemente roja contra la arena blanca y dorada. Era la chica a quien Sorcha le había regalado una espada y un escudo con el motivo de un león durante la ceremonia de los juramentos. Su compañera de entrenamiento era la chica con el escudo de la víbora y estaba allí cerca con el rostro lívido de la conmoción y una espada ensangrentada.

La mano de Leona todavía sujetaba su espada. Solo que yacía en la arena a poca distancia de ella, los esbeltos dedos todavía curvados alrededor de la empuñadura del arma. Verlo era estremecedoramente horroroso.

Thalestris estaba de rodillas, hacía jirones de una tela de lino y vendaba el brazo de Leona tan fuerte como podía mientras el carmesí brotaba al ritmo del

latido del corazón de la chica. Tenía los ojos en blanco y la boca abierta, un gemido animal y apenas audible salía de ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cronos a la otra maestra cuando él y yo hubimos colocado la camilla al lado de la chica herida.

Las otras gladiadoras formaron un círculo a su alrededor sin poder hacer nada.

—Estúpidas —gruñó entre dientes—. Pensaron que estaría bien entrenar un poco con sus regalos de la ceremonia. Ninguna de ellas había blandido jamás una espada de verdad.

Especialmente no una tan afilada como un acero escogido por mi hermana. Leona y Víbora deberían haber tenido más cabeza. Sin embargo, también pude entender lo emocionadas que estarían y apenas pude culparlas por haber querido jugar como niñas alocadas con sus juguetes nuevos. Ahora Leona no podría volver a luchar —si es que sobrevivía a la herida— y me estremecí al pensar lo que Sorcha le haría a Víbora.

Miré la mano cercenada de Leona y me tragué la bilis que me subió por la garganta al ver el brillante hueso blanco que emergía por la punta. Desvié la mirada para ver a Sorcha corriendo desde la casa principal, con el rostro retorcido y el pelo y la ropa ondeando a su paso. Se avecinaba la Furia.

Víbora empalideció todavía más cuando se acercó la lanista.

Cuando mi hermana se detuvo ante ella, Víbora rompió a llorar.

«Podría azotarla —pensé—, o echarla del ludo». Pero entonces, para mi total sorpresa, Sorcha dio un paso adelante y la aferró en un fiero abrazo. Me caí de rodillas en la arena, mirando fijamente como Sorcha sujetaba a la chica como a una chiquilla asustada.

Thalestris acabó de hacer lo que pudo por la gladiadora herida y entonces el médico del ludo —un hombre tranquilo y ancho de espaldas llamado Heron— ayudó a Cronos a poner a la chica en la camilla. Se apresuraron a llevarla a la enfermería y yo me quedé ahí, sin saber qué hacer.

De pronto sentí las salpicaduras de gruesas gotas de lluvia y entonces las nubes se abrieron en el cielo, derramando lluvia en sus sibilantes sábanas grises.

Un relámpago partió el cielo y Thalestris gritó para que todo el mundo se metiera dentro, el entrenamiento de aquel día se cancelaba. La arena se vació en un abrir y cerrar de ojos. Pero yo seguí ahí. La lluvia era casi cegadora, reducía el mundo a mi alrededor en un círculo de arena; solo estaba yo y la espada de Leona y su mano. En medio de la confusión, los maestros la habían olvidado. Aunque en realidad no importaba.

Y, sin embargo, no pude dejarla ahí tirada. Me quité la capa de un tirón y me arrodillé al lado de la espada y la mano. La lluvia había limpiado la sangre y había dejado los dedos pálidos y fríos. Estiré la capa en la arena y cogí la mano y el acero y los puse encima de la lana con suavidad. Los envolví tan cuidadosamente como pude —sin tocar el afilado borde de la espada— y los acuné como a un niño mientras bajaba la cabeza y echaba a andar trabajosamente por el barro hacia la enfermería.

Cuando entré, pude oler el duro olor acre del vinagre antiséptico que se usaba para limpiar heridas y el estómago me dio un vuelco. Leona yacía en un camastro, cuyas blancas sábanas estaban manchadas de rojo. Sorcha estaba sentada a su lado, acariciándole el pelo para apartarlo del pálido rostro mientras Heron y su asistente trabajaban para detener el flujo sanguíneo. Mientras les miraba, el cirujano se secó las manos con el delantal, manchándolo de sangre, y desapareció detrás de un biombo. Volvió con un brasero de bronce lleno de candentes ascuas rojas y una herramienta de metal con forma de campana que calentó hasta hacerla brillar.

Mi estómago se revolvió de nuevo ante la escena y amenazó con devolver su contenido. Sabía qué iba a pasar. Mi grito ahogado alertó a Sorcha de mi presencia; se levantó del lado de la chica y vino corriendo hacia mí.

—¿Qué haces aquí, Fallon? —murmuró con urgencia—. No deberías estar...

—He traído esto. —Aparté la punta de mi capa para revelar la mano de Leona y ofrecí el bulto a mi hermana—. No quería dejarlo en la lluvia —dije—. No sabía qué más podía hacer...

Sorcha desvió la mirada y, entonces, después de un largo momento, volvió a

clavarla en mí. Parpadeó muy rápido y alargó una mano para tapar de nuevo con suavidad la mano y la espada que todavía sujetaba.

—Eso ha sido muy honrado por tu parte, Fallon —dijo—. Me encargaré de ello.

Me cogió el bulto y me pasó un brazo por los hombros para conducirme hasta el exterior de la enfermería.

—Vamos —me dijo—. No deberías estar aquí.

Los gritos de agonía y el hedor de carne quemada se filtraron por el pasillo detrás de nosotras. Sorchá caminó conmigo en silencio hasta los barracones.

—No la echaréis, ¿verdad? —pregunté temiendo que Leona, cuyo nombre todavía no conocía, fuera expulsada del ludo para acabar mendigando en los callejones mugrientos de Roma.

—¿No escuchaste el juramento de votos? —preguntó ella a su vez—. Nosotras no abandonamos a nuestras hermanas.

Por un momento, pensé que Sorchá no se daría cuenta de la ironía. Pero un ligero rubor subió por sus mejillas y apartó la mirada de mí. Decidí dejarlo estar. Otras cosas eran más importantes.

—Pero no podrá conseguir jamás el dinero que habéis perdido al comprar su contrato de esclava —dije—. Es inútil para el ludo ahora.

—Tienes una opinión muy pobre de este lugar. De mí.

Me miró y vi verdadero dolor en sus ojos. Su mirada se desvió hacia el collar de hierro que todavía llevaba en el cuello. Me había negado a acompañar a Elka cuando había ido a que se lo quitaran. Me dijo que era una idiota y quizá tuviera razón.

Sorchá sacudió la cabeza.

—Supongo que me lo he ganado. Sin embargo, espero que al menos des una oportunidad a este ludo antes de condenarlo como un lugar tan cruel e insensible como su gerente. Tengo que preparar la mano de Antonia para darle un entierro digno. Gracias por traérmela. Que Morrigan te cuide, Fallon.

Y entonces se fue.



La observé alejarse como una reina o una sacerdotisa hacia el diminuto y elegante edificio que hacía las veces de templo para todas las fes de las chicas del ludo. Ya no podía oír los gritos de la manca Antonia en mis oídos.

Sin embargo, retumbaron en mi mente durante mucho tiempo.

Los entrenamientos se retomaron al día siguiente, bajo un deprimente cielo gris que amenazaba con más lluvia, pero se negaba a derramarla. Ninguna de las chicas habló de lo que había pasado el día anterior, pero todas ellas—incluso las gladiadoras veteranas, observé— pelearon e hicieron sus ejercicios con espadas de madera. En unos pocos días, sin embargo, todo volvía a ser más o menos normal. Con la excepción de Neferet (la chica egipcia con el escudo de víbora), quien se había negado con vehemencia a seguir practicando. En su lugar, invertía la mayor parte de las horas que pasaba despierta en la enfermería ayudando a Heron a cuidar de Antonia en su lucha para evitar que su herida sucumbiera a la infección.

Seis días después del juramento de los votos, Cayo Varro volvió al Ludo Aquilea con misivas de Roma para la lanista. Pero en lugar de irse después de haber entregado la correspondencia, acompañó a Thalestris hasta el patio, donde todas las chicas estaban inmersas en su trabajo. Tuve que contenerme para no saludarlo cuando pasó a mi lado. Sabía que estaba de servicio para César, seguramente para informarle de nuestros progresos.

«¿Quién crees que eres ahora? —me recordé con amargura—. A los ojos de cualquier romano, Cayo Varro es un oficial de la legión, y tú no eres más que un divertimento para la muchedumbre enloquecida..., un vulgar pedazo de entretenimiento ensangrentado y sudoroso».

Por mucho que Sorcha proclamara la honorable naturaleza de mi nueva ocupación, todavía no la creía. Y quería, pero sencillamente no podía. Especialmente cuando Cay pasó por delante de mí, sumido en una conversación

con Thalestris. Él ni siquiera miró de reojo hacia donde estaba yo. Y detesté que yo sí lo estuviera haciendo hacia donde estaba él.

Pero entonces oí susurros y risitas y me di cuenta de que no era la única que miraba a Cay. Thalestris nos pegó un grito para que paráramos de mirarlo con la boca abierta y volviéramos al entrenamiento. Golpeó el suelo de arena con el extremo de su vara y sus maestros se movieron, látigos en mano y restallando en el aire por si alguna de nosotras necesitaba algo más de motivación. Agaché la cabeza y volví a mi rutina de entrenamiento. En los últimos días, había destinado toda mi concentración —irónicamente, como Cay me había sugerido— a relajarme para hacer los ejercicios. A dejar que los recuerdos almacenados en mis músculos y mi sangre mandaran. A respirar hasta la punta de mis espadas. Cuanto menos pensaba en el movimiento siguiente, más fácil resultaba, hasta que sentí que bailaba con un acero en cada mano.

—¡Gladiadora Fallon! —retumbó la voz de Thalestris.

Acabé el movimiento, mis dos últimas estocadas aterrizaron sólidamente en el poste de prácticas con ruidosos golpes, y me volví, secándome el sudor de la frente. Corrí al trote por la arena para llegar hasta ella.

—¿Señora?

—El decurión quiere practicar contigo.

Pude sentir los ojos de las otras gladiadoras clavados en mí. Miré atrás y adelante entre Cay y Thalestris. Durante un fugaz instante, pensé que bromeaba. Sin embargo, la expresión del rostro de Cay lo era todo menos divertida.

—¿Tienes algún problema, gladiadora? —preguntó Thalestris.

—No. —Me enderecé y añadí—: No, por supuesto que no. —Hice una breve inclinación de cabeza ante él—. Decurión, como desee.

El único hombre con quien había practicado desde que llegué al ludo era Cronos, el entrenador. Sentí un cosquilleo nervioso al pensar que me enfrentaría a un soldado legionario entrenado.

«No seas ridícula», pensé recobrando el ánimo para el combate. Cuando

entrenaba como guerrera tiempo atrás en el Valle, habría suplicado por un enfrentamiento como ese. Un oponente como Cayo Varro.

—Gladiadora.

Cay inclinó la cabeza, no dio indicación alguna de que él y yo casi nos habíamos besado solo unos cuantos días atrás. ¿O sí lo habíamos hecho? De pronto no estaba tan segura.

Bajo la clara luz del día, Cay parecía una criatura muy distinta de la que había paseado conmigo por los jardines a medianoche. Incluso vestido con una simple túnica de soldado y sandalias de cuero y no con la armadura de decurión, había un aire de mando en él. Y algo más, algo que no podía explicar. Casi pareció durante un instante que estuviera enfadado.

«Concéntrate —me reprendí—. Estás imaginando cosas».

—Me temo que no sé lo gratificante que le parecerá a un aguerrido soldado como usted un combate como este, señor. —Sonreí mientras me ajustaba las protecciones de cuero que llevaba en los antebrazos, intentando suavizar su humor—. Solo soy, a fin de cuentas, una mujer. De muñecas débiles.

No sonrió. En lugar de eso, pasó a mi lado y cogió dos espadas de madera para entrenamientos del canasto de armas y me pasó una.

—Solo queda un escudo —hizo un ademán hacia el *parma*, uno de los escudos redondos pequeños que llevaba la mayoría de gladiadoras.

Lo consideré un instante. Pero solo era un combate de entrenamiento. Ninguno de nosotros llevaba armadura. El ejercicio no entrañaba ningún peligro real, de modo que rehusé.

—No lo usaré —dije—. Gracias. No querría una clara desventaja.

Cay se encogió de hombros y se ató el escudo al brazo. Parpadeé sorprendida, pero ignoró mi reacción y cogió su *gladius* de madera, y adoptó una posición defensiva. Recordé la primera vez que le vi, lo arrogante que me pareció. Y me pregunté si la otra noche no me habría estado imaginando cosas y si ese era el verdadero decurión.

Doblé las rodillas y me apoyé en el pulpejo de los pies, esperando que viniera

hacia mí. Cay ni siquiera parpadeó cuando clavó la mirada en mí. No había ningún indicio de dónde vendría su ataque...

Y de pronto, ¡estaba fintando por salvar mi vida!

La espada de Cay —aunque fuera roma y de madera como era— me habría hecho una buena muesca en el lateral de mi cabeza si mi instinto de moverme —«¡ahora!»— se hubiera activado una fracción de segundo más tarde. Sin embargo, antes de que pudiera darme cuenta siquiera, estaba agachada delante del decurión, había evitado su estocada por muy poco.

Cay siguió con una segunda arremetida diagonal y pasé de estar agachada a hacer una voltereta para evitarla. Cuando me volví a poner en pie de un salto, arrastré mi espada en un bloqueo vertical sobre mi hombro derecho y recé a Morrigan por haber anticipado bien su siguiente movimiento. Lo hice, aunque me sirvió de poco. La fuerza de su siguiente estocada me arrebató el acero de entre los dedos repentinamente entumecidos y la mandó al otro lado del patio. Lo miré fijamente, anonadada. Todavía me sorprendió más lo que vi allí.

Cay ya no era Cay. No en ese momento.

Era Cayo Antonio Varro, soldado de las legiones de Roma.

Era mi enemigo.

Sin decir nada, dio un paso atrás y señaló mi espada con la suya para indicarme que fuera a recogerla para que pudiéramos continuar. Flexioné la mano y la agité, estremeciéndome al sentir la comezón de la sangre corriendo de nuevo hacia mis dedos.

Sentí el enojo crecer en el pecho al recoger mi espada y girarme para enfrentarme a él de nuevo; esta vez me volví con cautela hacia la izquierda mientras Cay avanzaba. Haciéndole frente de guerrero a guerrero, el fuerte sol le recortó los ángulos de la cara en una expresión de alivio, no vi nada del joven que parecía tan preocupado por mi bienestar unas pocas noches atrás.

Si era, de hecho, un intento de Cay para demostrar al ludo al completo de que yo no era más que... bueno, no era más que un objetivo de prácticas para él, no había ninguna duda de que lo hacía con muchas ganas. Y con una intensidad que

me dejó el hombro y el brazo de la espada ardiendo después de que golpe tras golpe su acero me cayera encima. Mientras tanto, mis estocadas caían sin causarle ningún daño sobre el escudo.

—¡No pienses, gladiadora! —me amonestó—. No dudes. Está la respiración y el movimiento, y eso es todo. ¡Ahora lucha! ¡Muévete!

Era implacable, era inescrutable. Y aunque pensara que él no quería herirme, no cabía ni la menor duda de que quería derrotarme. Después de un cuarto de hora más o menos, ya no me importaba que casi nos hubiéramos besado. Furiosa, me di cuenta de que una parte de mí se había estado guardando, y me entregué por completo a la lucha. Era una guerrera. Era una gladiadora. Y si Cayo Varro había venido en busca de una lucha, por la diosa, encontraría exactamente eso.

—¿Estás segura de que no quieres ese escudo? —me preguntó entre dientes.

Nuestras espadas se encontraron y nuestras narices casi se tocaban, gruñíamos y arremetíamos contra el otro, intentando desequilibrar al otro.

—No me gusta esconderme detrás de las cosas —repuse—. Es como hacer trampas.

Que era precisamente lo que estaba a punto de hacer. Trampas. Mientras nos presionábamos el uno al otro, descargando todo el peso sobre nuestras espadas, eché una mirada de soslayo hacia un lateral del patio... y solté un grito ahogado.

Me sorprendió que una treta tan vieja hubiera funcionado.

La mirada de Cay siguió la mía y la presión que el chico ejercía sobre mi espada se relajó un instante. Di por sentado que había descubierto mi truco y que se mofaba de mí, preparado para esquivar mi espada. Con un grito, reuní toda la fuerza que pude y arremetí contra él con una estocada hacia el flanco expuesto.

El ruido que oí al golpear sus costillas fue como el de una flecha disparada con fuerza.

Cayo cayó sobre una rodilla en la arena con un grito de dolor.

Los maestros de lucha llegaron hasta nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Thalestris me apartó del medio de un manotazo y me advirtió con su vara que no

me acercara. Me aturdió que mi intento de distracción tan patéticamente obvio hubiera funcionado. Eché un vistazo y me di cuenta de que era porque sí había algo inesperado en las sombras del lateral del patio.

Por primera vez desde el accidente, Antonia estaba fuera de la enfermería. Estaba, blanca como un espectro, sentada en una silla bien lejos del recinto de prácticas. Su brazo derecho yacía en su regazo, vendado, las tiras de lino oscuras y descoloridas por la testarudez de la pérdida de sangre y de los esclavos de Heron.

Sentí que me sonrojaba de vergüenza. Si hubiera sabido que la chica estaba allí observando, jamás habría intentado enredar a Cay de ese modo. Tendría que disculparme, pensé. E intentar dar explicaciones.

—Verdaderamente no te gusta nada ese chico, ¿verdad? —dijo Elka andando hasta ponerse a mi lado mientras Cronos ayudaba a Cay a ponerse de pie. Elka llevaba su lanza de entrenamiento colgada en el hombro y una sonrisa de satisfacción pintada en la cara mientras observaba al decurión ponerse en pie tambaleándose y dolorido—. Me pregunto qué tal les sentará a los legionarios estar en el otro lado por una vez.

No le respondí. No mucho tiempo atrás me habría reído de todo eso con mi amiga varini: dos chicas de dos tribus que habían sufrido las pisadas de las sandalias de los legionarios. Sin embargo, en ese momento, lo único que sentía era la sorpresa de haber golpeado las costillas de Cay con mi espada. Si hubiéramos usado espadas de verdad, estaría muerto.

Y yo le habría matado.

«¿Realmente te has parado a pensar qué significa ser un guerrero, Fallon? —me había preguntado Sorcha una vez—. Significa que matas. Que matas a hombres. Que matas a mujeres. Mientras ellos intentan con todas sus fuerzas matarte a ti. Y si uno de ellos es mejor que tú, entonces mueres».

Un conflicto de emociones entre el salvaje triunfo y el arrepentimiento me rompió el corazón. Me pregunté lo que Aeddan sintió en el instante que su

espada se hundió en la carne de su hermano. ¿Euforia? ¿Satisfacción? Sacudí la cabeza para apartar el recuerdo.

—Eso ha estado muy bien, *gladiolus*.

Me volví para encontrarme a Nyx allí de pie, mirando hacia la dirección por donde Cay se había ido.

—Ese decurión es un arrogante —continuó—. Quizás ahora comprenda que incluso contra la gladiadora más novata tiene que ir con cuidado.

Me dio una palmadita en la espalda —un golpe que me sentó como una mezcla entre un gesto campechano y una paliza— y se fue para juntarse con el resto de estudiantes veteranas agrupadas en la otra punta del patio. Observé cómo Cay se dirigía, erguido, hacia la enfermería con la ayuda del entrenador. Desvié la mirada hacia la espada de madera que todavía sujetaba en la mano. Me pareció más pesada que el plomo.

Se la entregué a Elka, quien la cogió con un divertido asentimiento de cabeza. Era mediodía y había llegado la hora de parar para comer, pero no tenía apetito. En lugar de al comedor, me dirigí a los baños y me sumergí en la piscina fría, frotándome salvajemente para quitarme el polvo y el sudor que me cubrían la piel. Mi estómago estaba revuelto de tantas emociones mientras me vestía y me pasaba los dedos por el pelo húmedo, antes de recogermelo en una trenza suelta.

Entonces, por segunda vez en solo unos pocos días, me encontré de pie ante la puerta de la enfermería. Heron justo salía de ella y se paró para ofrecerme una tenue sonrisa y una palmadita en la espalda.

—En la arena —murmuró—, ese golpe te habría hecho ganar la adoración de la multitud, ¿sabes?

Asentí para darle las gracias. Tenía razón. Lo que había hecho con Cay era lo que me habían enseñado a hacer en un combate. ¿Por qué, entonces, me sentía tan mal por haberlo hecho? Heron cerró la puerta tras él, y nos dejó a mí y a su último paciente solos en la habitación. Cay estaba sentado a los pies de uno de los camastros, se había quitado toda la ropa a excepción de una especie de *kilt* de lino que le cubría las caderas, y más lino —tiras, de hecho— vendado con fuerza

alrededor de su torso. Al acercarme, intenté no fijarme en los definidos y enjutos músculos de sus brazos y pecho. No me miró cuando me senté en un taburete bajo delante de él.

—¿Rotas? —pregunté.

Él apartó la mirada con una mueca de dolor.

—Lo siento —dije—. No esperaba que el truco funcionara. No pensé que...

Cay sacudió la cabeza.

—Fisurada. Se curará. Y me lo tenía bien merecido de todos modos, aunque me hubieras partido la costilla por la mitad. Mi comportamiento fue inexcusable y le pido disculpas, gladiadora.

Su disculpa confirmó lo que yo había empezado a sospechar.

—¿Te refieres a tu intento de darme una lección? —pregunté en voz baja.

No me respondió.

—Esto es por Antonia, ¿verdad? —insistí—. La chica que se hizo daño. Querías enseñarme lo fácil que sería que yo acabara como ella. Lo fácil que sería para otro guerrero acabar conmigo.

Cay alzó la cabeza, su mirada me perforó. Tenía los ojos enrojecidos y su rostro, aunque ensombrecido por el dolor, era irresistiblemente bello.

—Sí.

Que lo admitiera me tendría que haber llenado de enfado, pero no lo hizo. Quizá porque en ese momento me recordó muchísimo a cómo Mael, con su estúpida sobreprotección, actuaba a veces conmigo. No era que Cay pensara que yo no podía cuidar de mí misma, sino que se preocupaba por mí de todos modos. No estuve imaginándome cosas la noche de los juramentos. Yo le importaba a Cay.

Se revolvió de nuevo en la cama, claramente incómodo, y soltó un gruñido. Le ofrecí un vaso de agua fresca que se bebió de un trago, sediento, y cuando alargué la mano para recuperar el vaso vacío, me cogió el antebrazo con sus largos dedos.

—Me equivoqué, ¿sabes? —dijo—. No tienes las muñecas débiles. Nada en ti



lo es.

—Decurión...

—Cay.

—Cay...

Su mano me subió por el brazo y luego la movió para posarla sobre mi mejilla. Su palma era cálida y me descubrí inclinando la cabeza para notar su tacto antes de poder evitarlo.

—Nunca había conocido a nadie como tú —susurró—. Jamás. Desde aquel momento en el barco.

—¿El momento en que intenté matarte?

—No. Cuando arriesgaste la vida para ayudar a Charon, el hombre que te había puesto cadenas de esclava, en medio de todo aquel caos y muerte. Tu valentía es extraordinaria, Fallon. Eres más fuerte que cualquier mujer que haya conocido. —Sonrió con tristeza—. Y pareces determinada a perseguir mis sueños.

Me puse de pie como un resorte, sentía el corazón latiéndome en la garganta. Si Cay hubiera sido un esclavo, incluso hasta un simple comerciante o un vendedor, habría sido distinto. Qué irónico para la que antaño fue princesa de los cantii pensar esas cosas. Hubo un tiempo en que él apenas habría sido lo bastante bueno para mí. Y ahora estaba tan lejos por encima de mi posición como si estuviera en las estrellas. Incluso darme permiso para dejarme llevar por las mareas de la imaginación era una locura...

—Fallon. —Cay se puso de pie con esfuerzo y dio un paso hacia mí—. Mírame.

Lo hice. Y no debería haberlo hecho. Ascuas de deseo ardían en sus ojos de avellana y de pronto todos mis argumentos tan bien razonados que justificaban que eso no debía, no podía, pasar jamás enmudecieron. Un silencio ensordecedor ahogó las voces que sonaban en mi mente, que me decían que me diera la vuelta y me fuera y no mirara atrás...

Él estaba lo bastante cerca para rodearme con sus brazos de haber querido.

Pero no lo hizo.

—Esto no puede ir más allá —dije en un susurro ahogado—. Ambos sabemos que...

Cay me atrajo hacia su pecho vendado y me sujetó ahí, bien fuerte, aunque supe que hacerlo debió de dolerle. Le miré y me besó con una desesperación hambrienta que me arrancó el aire de los pulmones. Sus manos se enredaron en mi pelo y mis brazos le rodearon con fuerza. Siseó de dolor —o de placer, no supe distinguir—, pero no dejó de besarme.

No durante un vertiginosamente largo rato.

Nadie me había besado de ese modo antes, ni siquiera Mael. No sabía que nadie pudiera besarme de ese modo. Tuve la sensación de que el tiempo se detenía y de que todo lo que había sufrido —cada apuro y horror que me habían llevado hasta donde estaba ahora— había valido la pena por eso. Por él.

Pero entonces sentí sus manos rozando el collar de esclava que todavía llevaba en el cuello. Oí como las callosidades de soldado raspaban el frío metal y me aparté de su beso. Cay tenía los ojos cerrados y respiraba agitadamente.

—Cay —respiré.

Los labios me cosquilleaban por el beso.

Abrió los ojos y los clavó de nuevo en mi rostro, de un modo tan penetrante que no pude apartar la mirada.

—Te lo pido de nuevo, te lo suplico, ¿me dejas comprar tu contrato, Fallon? —preguntó en un fiero susurro.

Tragué saliva con fuerza y sacudí la cabeza.

—No, decurión. No te dejas.

Cay dejó caer sus manos y se apartó un paso de mí. Luego se volvió y se inclinó para recoger su túnica, que todavía estaba encima del camastro. Me dio la espalda durante un momento largo y doloroso. Y su expresión, cuando se volvió, era de nuevo lejana. Era como si el chico hubiera cerrado una pesada puerta y se hubiera alejado de mí.

—Que así sea —dijo—. Entonces deberías saber que una de las misivas de

César para tu lanista decía esto: tú y las otras chicas experimentadas participaréis en el circuito que empieza dentro de tres días.

—¿El circuito?

—Una gira por las arenas de las regiones de los alrededores de Roma. —Me miró, la ardiente pasión de su mirada había quedado enterrada en una cenicienta capa de dolor—. César y algunos senadores están patrocinando un circuito de combates gladiatorios que den paso a sus Triunfos Cuádruples. Quiere que sus gladiadoras se hagan un nombre antes de aparecer en los eventos de los Triunfos. Al final del circuito, César escogerá una gladiadora para que actúe en el rol de la Victoria en una representación de su conquista de Britania.

Pensé en Nyx y en que habría otras chicas como ella en los otros ludi. Chicas igual de competitivas, que harían casi cualquier cosa por ganar un papel como ese. La competición sería fiera y peligrosa. Quizá hasta mortal.

—Así pues —continuó Cay—, como gladiadora del Ludo Aquilea, irás y lucharás. Seguramente sobrevivirás. Tal vez hasta sobrevivas ilesa. Tal vez te hagas un nombre.

Desvió la mirada hacia el arrugado camastro donde Antonia había pasado su convalecencia. Desde donde estaba yo, pude ver que había manchas de color herrumbre en los bordes de las sábanas.

—O tal vez acabes como ella.

—Me dices que soy tan y tan fuerte, y aun así no lo crees realmente. —Sacudí la cabeza—. No crees en mí.

—Por supuesto que lo hago. Pero hay fuerza y luego hay tozudez. Imprudencia. ¿Crees que tienes que demostrar algo? ¿A quién, Fallon? —Su mirada hizo que me ardiera la cara—. ¿A mí, a la lanista, al mismo César, quizá? ¿Realmente te importa lo que un tirano sediento de sangre piense de ti?

—No lucharé por César, Cay —afirmé categóricamente—. Si voy a luchar, lo haré por mí. Por nadie más. Porque eso es lo único honorable que me queda.

—El honor no es nada más que una peligrosa tontería, Fallon —dijo—. En la lucha no hay honor, no realmente. César jamás ganó porque era honorable. No lo

es. Ganó porque fue inteligente y tenaz y porque usaba cualquier medio necesario, igual que has hecho tú hoy.

—Yo no...

—Has hecho trampas. Y has ganado. Y deja que te dé un consejo. —Me cogió con fuerza por los hombros y las palabras que pronunció sonaron más como una advertencia que como un consejo—. La próxima vez que alguien te ofrezca una ventaja en un combate, un escudo, una espada mejor, un indicio para hacer trampas o un momento de debilidad en tu oponente, hazte un favor: trágate tus sensibilidades altruistas y aprovecha. Tu adversario quizá no sea tan noble como tú. Y tu honor solo te llevará a la muerte.

## XXII

Mi pequeño acto de rebeldía —haberme negado a que me quitaran el collar de esclava— no pasó desapercibido. Una sofocante tarde, Sorcha vino a mi encuentro cuando las otras chicas ya se habían ido a los baños o al comedor, y me halló sola en la armería mientras limaba las asperezas de mi espada de madera con una escofina de metal.

—Tenemos criados aquí en el ludo, ¿sabes? —espetó a modo de saludo—. En los baños, barberos, lavaderos en la intendencia. Un herrero, unos cuantos, de hecho, todos perfectamente capaces de quitarte la argolla de hierro del cuello.

—No pensaba que quisieras que me deshiciera de ella —dije mientras ella se movía en círculos a mi alrededor—. A fin de cuentas, ¿no era parte de mi escandaloso precio de compra?

—No seas idiota. Podría obligarte.

—Claro que podrías. —Me encogí de hombros y volví a la tarea que me ocupaba—. Soy propiedad tuya.

—No es así como trato a mis chicas, y no es así como se tratan a sí mismas, no si quieren ganar.

Se detuvo, cogió un trapo y extendió una mano para que le diera mi espada. Se la di y empezó a eliminar con cuidado los restos del serrín que habían quedado en la hoja, comprobó la suavidad del borde con la punta del pulgar, y colocó de nuevo la espada en el cesto con las otras.

—Tú eres tanto el arma como el acero que blandes, Fallon —me dijo—. Y tienes que empezar a cuidar de ti del mismo modo que cuidas tu equipo o no serás de ninguna utilidad en una lucha cuando finalmente llegue el día.

Le lancé una mala mirada, pero tenía que admitir que Sorcha llevaba razón. Me había estado exigiendo mucho a mí misma en los entrenamientos. Demasiado. Al final de cada día, a menudo estaba tan cansada que renunciaba a bañarme para poder ir a mi celda y desplomarme en el camastro. Creo que parte de mí pensaba que si mi cuerpo estaba lo bastante cansado, me dormiría a pesar de los pensamientos que galopaban como caballos desbocados por mi mente. Pensamientos sobre Cayo Varro y Maelgwyn Mano de Hierro. Pensamientos de mi padre y de mi hogar y de que jamás volvería a ver aquellas verdes tierras.

Parpadeé para ahuyentar las lágrimas que me negaba a derramar delante de mi hermana.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien te cepilló el pelo? —quiso saber Sorcha en un tono más suave.

Volví a mirarla y le pregunté:

—¿Qué importa eso?

—Ven conmigo.

Giró sobre sus talones enfundados en sandalias y salió de la armería, lo que me dejó como única opción seguirla por el patio de entrenamientos hasta sus aposentos privados. Una vez en sus estancias, Sorcha me sentó en un banco situado enfrente de un tocador.

Un tapiz que iba del techo al suelo colgaba de una pared de la habitación. Ilustraba el momento en que el héroe griego Aquiles derrotaba y mataba a Pentesilea, la reina amazona, cuya sangre estaba tejida en brillantes hilos carmesíes. Supuse que fue de allí de donde sacaron los nombres para los primeros dos ludi para gladiadoras, de ese épico combate entre héroes.

Sorcha cogió un peine y un par de tijeritas de plata, y empezó a abrirse camino en el enredado embrollo que era mi pelo con tirones muy poco amables de peine. Me quedé sentada con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Cuando hubo acabado de torturar mi cuero cabelludo, cogió las tijeras.

—Te has convertido en un ser verdaderamente greñado, como uno de esos ponis que matabas de cansancio —murmuró Sorcha mientras se deshacía de mis

descuidados mechones—. Es un verdadero misterio que Cayo Varro sienta simpatía por ti.

Abrí la boca, sorprendida.

—No lo niegues —me dijo—. Jamás le había visto pedir permiso para luchar con ninguna de las otras chicas del ludo.

—Quizá el decurión respete mis habilidades en la arena —contesté con frialdad.

—Más vale que la arena sea el único lugar donde haya puesto a prueba tus habilidades —repuso ella, y su reflejo enarcó una ceja al mirarme—. Lo digo en serio, Fallon. Es una de las reglas más estrictas que tenemos en el ludo. No me sirve para nada una gladiadora que ha perdido la cabeza detrás del mal de amores.

—¡No lo he hecho!

—Bien —repuso, entonces hizo una pausa y añadió—: ¿Por qué no?

—¡Sorcha!

—Solo digo que es amable, rico, de una familia pudiente y no es nada feo. Jamás lo permitiría, por supuesto, pero al menos lo entendería. —Paró de cortar con las tijeras y me miró muy seria durante un largo rato—. No te gustará un chico de nuestro hogar, ¿verdad? ¿Maelgwyn Mano de Hierro? Sé que estabais muy unidos, pero...

—Mael está muerto.

Sorcha enmudeció. Ella también había crecido con Mael y Aeddan.

—Siento muchísimo oír eso. ¿Qué pasó?

Cerré los ojos y pude ver el prado entre la niebla de esa noche... pero no el rostro de Mael.

—Virico me entregó a... a otro. —Las palabras cayeron, tristes, de mis labios—. Lucharon. Mael perdió.

—¿Amabas a ese otro chico?

—No.

No me vi con fuerzas para decirle que el otro chico era Aeddan.

—Entonces ¿por qué padre hizo algo así? —preguntó Sorchá con el ceño fruncido.

—Porque yo quería unirme a su guardia de guerra y él no quería que yo muriera en una batalla como tú. —Miré fijamente su reflejo y rectificué—: Como pensó que te había pasado a ti.

Sorchá dejó las tijeras y me apartó el pelo de los hombros para dejarlo caer por mi espalda.

—Lamento oírlo, Fallon. De verdad. No lo hubiera permitido si hubiera estado ahí.

—Bueno, no estabas —repuse.

Su reflejo me miró durante mucho rato, frío y apreciativo. Finalmente, pareció tomar una decisión sobre algo.

—Mañana por la mañana voy a la capital para comprar seis corceles nuevos para carros de guerra —explicó—. Thalestris todavía está demasiado ocupada con el entrenamiento de las chicas más jóvenes, y Cronos y yo necesitaremos algo de ayuda. Pensaba llevarme a Nyx, pero prefiero que vengas tú en lugar de ella. Y mientras estemos allí, te enseñaré algo que quizá te ayude a comprender. Ahora vete. Mañana nos encontraremos en los establos al romper el alba. No llegues tarde.

«¿Ayudarme a comprender el qué?», me pregunté.

La mañana siguiente, Sorchá giró un recodo para alejarse de una bulliciosa calle cerca de la cual había el establo donde habíamos dejado nuestro carro, cerca del Circo Máximo. Me llevó por una callejuela estrecha, y Cronos nos pisaba los talones, que acababa en una residencia pequeña y baja, una estructura modesta con una única puerta pesada y ninguna ventana. Sorchá tiró de una cuerda que colgaba al lado de la puerta y sonó una campana al otro lado de la pared. Después de un largo momento, un pequeño recuadro se abrió con un ruido metálico y un hombre miró hacia el exterior. Cuando vio a mi hermana, cerró de



nuevo la portezuela sin pronunciar palabra y entonces oí el ruido de una llave en el cerrojo y de una pesada barra de hierro al descorrerse.

La pesada puerta de roble se abrió hacia dentro y Sorcha me hizo un ademán con la cabeza para que pasara delante de ella. El hombre que nos había abierto vestía una armadura de legionario, pero era mayor y estaba curtido.

—Señora —le dijo a mi hermana en una voz como el tacón de una bota pisando la grava—. No os espera...

—Lo sé. ¿Está bien?

El hombre encogió sus corpulentos hombros.

—¿Es que alguna vez lo está?

Cronos esperó al lado de la puerta cuando el hombre nos hizo un ademán hacia el diminuto patio abierto al cielo donde abrió otra pesada puerta reforzada de hierro y nos dejó entrar en el sombrío vestíbulo del interior del edificio. La única fuente de luz provenía de las pocas antorchas que colgaban de las paredes. A diferencia de la mayoría de casas romanas donde yo había estado, en esa no había ventanas, no había espaciosa columnatas, no había luz natural.

La habitación era larga y estrecha. En el rincón más alejado, al extremo opuesto del que estábamos nosotros, pude ver un brasero ardiendo, pero no hacía mucho para iluminar la figura que estaba sentada, encorvada y envuelta en una capa, en un sofá bajo. Miré a Sorcha, que me puso una firme mano en el hombro y caminó junto a mí.

—¿Mi señor? —llamó suavemente cuando nos acercamos.

La figura no se movió.

—¿Mi señor? —llamó de nuevo, esta vez más alto—. ¿Arviragus?

«¿Arviragus? —pensé—. No, no, ¡ese no puede ser él!».

Pero lo era.

El hombre a quien los romanos llamaban Vercingetórix —el divino jefe de los arverni—, quien estuvo a un suspiro de derrotar a Julio César en persona, estaba allí sentado con los brazos en las rodillas, las grandes manos colgaban sin fuerza

delante de él. Miraba el fuego con fijeza y ni siquiera un parpadeo nos indicó que el hombre sabía que estábamos allí.

—Antes estaba en el Tullianum —explicó Sorcha en un susurro—. Es una prisión que hay aquí, en Roma, un lugar subterráneo espantoso. Pero cuando empezaron a ver signos claros de que quizá realmente podía morir ahí, lo trasladaron a este lugar. Una jaula con algunas comodidades, pero una caja, a fin de cuentas.

—¿Por qué han querido mantenerlo vivo todos estos años? —murmuré.

—Porque no ha habido otro triunfo del calibre del de Alesia —respondió ella—. Y Alesia está muy lejos de Roma. Recuerda lo que te han enseñado tus maestros, Fallon, es para lo que te has estado entrenando todas estas semanas. La muchedumbre adora el espectáculo por encima de todo. Y César tiene intención de darles exactamente eso. Ha mantenido a su mayor adversario con vida para que, cuando llegue el momento de sus Triunfos, pueda plantar a Arviragus delante de la plebe para mostrarles lo feroz que era el jefe arverni. Para recordarles por qué necesitan a César para guiarlos y protegerlos.

Eché otro vistazo hacia el rincón.

—No se le ve demasiado feroz.

—Lo hará. Vestirán a Arviragus y le encadenarán a un poste. Seguramente lo emborracharán de lo lindo y luego lo pasearán por la ciudad en un carro lleno de los despojos de la guerra y los escudos de los caídos.

—¿Y después?

—Y después lo llevarán a la cárcel y lo estrangularán donde nadie pueda verlo, no hace falta que nadie lo vea morir como un animal.

Esas palabras me alcanzaron como un golpe. Había crecido adorando al bello y fiero Arviragus. Había sido mi héroe casi tanto como Sorcha, y verlo en ese estado, con el fuego arrebatado de su alma...

—César me pidió que viniera a visitarle —me explicó Sorcha en un murmurio—. Para reconfortarlo, alguien que supiera quién era y lo conociera, y he venido

cada pocos meses durante los últimos cuatro años —dijo—. A veces hablamos. Pero, en general, se queda ahí sentado en silencio y bebiendo.

—¿Por qué te pediría César que hicieras esto? —pregunté.

—Para recordarme que podría haberme hecho lo mismo a mí, o a Padre, si así lo hubiera querido. Que todavía puede.

La miré de soslayo, pero sus ojos estaban clavados en la figura de al lado del fuego.

—Pero también creo que acabó por admirar a Arviragus —continuó—. Aunque buscara destruirlo. Mis visitas son un pequeño gesto de piedad. A veces me pregunto si mi presencia lo hace sentir mejor o no. —Apretó la mano que tenía en mi hombro—. Vamos. Saludemos al rey.

Al acercarnos más, el hedor a vino rancio aumentó. Sorcha se agachó frente a él y tomó las manos del hombre entre las suyas con dulzura.

—He traído a alguien para que le vea, señor —dijo en voz baja—. La conoció cuando ella era una niña. Le enseñó a manejar la espada, igual que me enseñó a mí.

El hombre parpadeó imperceptiblemente, y su mirada buscó en la oscuridad hasta encontrar el rostro de mi hermana.

—¿Eso hice? —susurró casi para sí—. ¿Eso hice?

Asentí.

—En Durovernum, cuando era pequeña.

Sus ojos se movieron, parpadeando agotados, para fijarse en mí.

—Criatura... —murmuró.

Hizo un torpe ademán para que me acercara a él y me agaché como mi hermana. Su aliento era fétido, pero todavía pude ver —en los rasgos de su rostro bajo el embrollo de barba demasiado crecida— al héroe que adoraba de niña.

Entrecerró los ojos.

—¿Fallon...?

Intenté sonreírle.

—Eso es.

—Es una gladiadora ahora —dijo SORCHA.

—Gladiadora... —Arviragus murmuró de nuevo. Acercó una temblorosa mano hacia mi mejilla—. Lo siento mucho, criatura.

—¿Por qué, señor? —pregunté, mi voz se empequeñeció y se perdió en el apagado ambiente.

Se atragantó con las palabras al responder.

—Por no haber hecho de este mundo un lugar en el que puedas escoger luchar por ti misma.

Miré a SORCHA, que se mordió el labio y apartó la mirada.

—Pero lo hizo —dije mirando de nuevo al rey arverni y recordando cuando era un príncipe... y mi héroe—. Cuando era niña, no solo me enseñó a blandir una espada. También me enseñó que la lucha está aquí. —Me puse una mano en el corazón, mi voz ya sonaba más fuerte—. Y que dependía de mí decidir cómo y cuándo usarla. Vi lo que quedaba de Alesia. Cuando se rindió a César, fue porque no quedaba nada por lo que luchar. Pero la lucha en sí era más importante que la pérdida. Será recordado como un héroe, mi señor. Y eso es al menos tan importante como serlo.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y, antes de que yo pudiera decir nada más, me atrajo contra su pecho, envolviéndome en un fiero abrazo. Cuando, finalmente, me apartó de él, parecía que las lágrimas hubieran disipado parte de la niebla de su mirada.

—Háblame, Fallon —pidió—. Ha pasado mucho tiempo. Háblame de ti.

SORCHA se retiró hasta un rincón alejado de la habitación, al lado del guardia, y nos dejó solos un rato. Arviragus estuvo lúcido durante la mayor parte de nuestra conversación, lo que me sorprendió, teniendo en cuenta la cantidad de vino que había bebido en tan poco tiempo. Me preguntó cómo había ido a parar a Roma. Sus ojos se dirigieron hacia SORCHA cuando le conté que ahora yo era propiedad del Ludo Aquilea, pero no dijo nada. No me recreé en el tema. SORCHA era la

única amiga que él había tenido durante su cautividad y yo no iba a dedicarme a airear mi resentimiento delante de él.

Cuando me preguntó por el próximo circuito, sentí el calor de la vergüenza trepando por mis mejillas. Las chicas del Ludo Aquilea competiríamos por un papel principal en los Triunfos, las mismas celebraciones que verían a Arviragus paseando por las calles de Roma hasta que lo mataran. Sin embargo, el rey arverni era ante todo un estratega y rechazó hablar de su propio futuro inminente para aconsejarme sobre el mío.

—Un papel como ese te proporcionaría una buena cantidad de dinero si ganas —gruñó con aire pensativo, rascándose la barba.

—¡No me importa el dinero! —bufé.

—¿Eh? —Arviragus me miró con ojos inyectados de sangre—. ¿Por qué no? A todo el mundo en la República le importa.

—Tengo mi honor. —Alcé la barbilla—. No me disfrazaré de un estúpido espíritu de Victoria y lucharé para César como un mono adiestrado.

—Yo lo haría.

Lo miré boquiabierto.

—He aprendido unas cuantas cosas con los años, Fallon —me dijo—. Antes te he dicho que lamentaba el mundo que dejé atrás cuando me rendí ante César, y lo lamento. Dices que no quedaba mucho por lo que luchar, y tienes razón. Sin embargo, no puedes cambiar el funcionamiento del mundo si ya no eres parte de él.

Fruncí el ceño.

—En tu caso, el dinero te hace parte de él —me explicó con una media sonrisa—. El favor de César te hace una parte mayor de él. La capacidad de deshacerte algún día de ese collar y de todo lo que representa te hace una fuerza a tener en cuenta. Piénsalo, Fallon. Sé idealista, por supuesto, pero una idealista pragmática.

—¿Crees que debería luchar por César?

—Creo que deberías luchar por ti —respondió—. Pero eso no tiene por qué

ser exclusivo. Atempera la pasión con el control, la convicción con la astucia. Gana, Fallon, como no lo hice yo.

Su mano buscó a tientas la jarra de vino y casi la tumbó. La cogí yo y le serví una copa. Asintió en señal de gratitud y dio un largo trago.

—En la arena —continuó—, no solo se tratará de luchar lo mejor que puedas. Jamás basta con limitarse a ganar el combate. Lo que tienes que hacer es ganarte sus corazones. El corazón de César. Encandílalos, cautívalos, seduce a la muchedumbre. Eso hará que él se enamore de ti. Porque hasta que César no te ame, no podrás reivindicar la Victoria.

Oí el ruido de alguien aclarándose discretamente la garganta, levanté los ojos para ver que SORCHA había vuelto. Hizo un ademán hacia la puerta. Arviragus gruñó, tragándose el resto del vino de un solo trago, y me hizo un gesto para que me fuera con ella. Me dolió el corazón al pensar que no volvería a verlo vivo. Cuando me volví, me llamó una última vez.

—Sé valiente, gladiadora —me dijo—. Y sé precavida. Lo brillante engendra traición. Lo bello engendra envidia. Cuando te ganes el amor de César, también te harás con el odio de sus enemigos.

—Que Morrigan le guarde, Arviragus —respondí.

—Pronto no tendrá mucha elección —rio él.

Mientras Cronos nos conducía a SORCHA y a mí de vuelta al Ludo Aquilea, contemplé los seis nuevos corceles de auriga trotando detrás de nosotros por la carretera, atados en columna. Me parecieron criaturas que encarnaban el perfecto equilibrio entre el ímpetu y la obediencia. Pasión y control, como Arviragus había dicho.

Me volví hacia SORCHA.

—¿Por qué me llevaste a verlo?

—Para mostrarte por qué hice lo que hice —respondió—. Para ayudarte a entender por qué vine a Roma y luché para César y no volví a casa.

—¿Lo hiciste por Arviragus?

—No —sacudió la cabeza—. Lo hice por Padre. Y por ti.

—No lo entiendo...

—¡No me capturaron, Fallon! —exclamó Sorchá.

Pues claro que la capturaron. Mi hermana nunca se habría rendido. Jamás.

Suspiró.

—Cuando dejé Durovernum por última vez —continuó—, sabía que no volvería. Olun había consultado los augurios de mi fortuna y me lo dijeron, inequívocamente. Pensé que era porque moriría en la batalla, pero no era eso. Hubo una batalla, claro. Empecé esa tarde y seguí hasta la noche, y César me vio luchando en el campo de batalla. Descubrió quién era y entendió por qué estaba allí: para liberar a Padre.

—¡Siempre pensé que moriría en el campo de batalla porque Olun me dijo que tendría el mismo destino que tú! —expliqué—. Pensé que habías perdido la batalla, Sorchá. Todos lo hicimos. Pensamos que estabas muerta y que César había decidido liberar a Padre solo porque los otros reyes de Prydain habían pedido la paz.

—Eso es lo que él quería que creyeráis. —Una fina y sombría sonrisa le curvó los labios—. Pero la verdad es que César decidió liberar a Virico mucho antes.

—¿Y por qué lo habría hecho? —bufé.

—César me había mandado un mensaje en secreto —me contó—. Es un comandante fantástico en la batalla, pero también es un astuto oportunista en la vida civil. Él ya era el propietario de enormes cantidades de gladiadores y sacaba cuantiosas sumas de dinero con ellos. Esa noche, cuando me vio, una mujer de los cantii luchando en el campo de batalla de un modo tan fiero como cualquier hombre, vio la oportunidad de dar vida a un nuevo fenómeno: las gladiadoras.

No sabía por qué mi hermana habría accedido a hacer algo así.

—Hicimos un trato, Fallon —dijo Sorchá, entendiendo mi pregunta no formulada—. Mi vida por la de Virico. Mi servidumbre por su libertad. Virico viviría, y viviría libre, y tú crecerías con tu padre a tu lado. —Hizo un ademán

hacia la calle donde estaba la prisión de Arviragus—. Ya has visto lo que la cautividad le hace al alma de un hombre así. No podía dejar que eso le pasara a Padre, así que hice un trato con el diablo. Y volvería a hacerlo.

Entonces se sumió en el silencio. Durante el resto del camino hasta el ludo, pensé en Arviragus y Virico y los sacrificios que había hecho mi hermana —y seguía haciendo— por mí. ¿Era posible que me hubiera equivocado tantísimo con mi hermana? Tenía que encontrar la manera de enmendarlo.

De vuelta a mi celda, tomé un atajo por el patio de entrenamientos desierto del lugar que, de algún modo, se había convertido en mi hogar. Cuando llegué al centro del círculo de arena, tuve una sensación extraña y mareante y oí el ruido de alas batiendo por encima de mi cabeza.

Miré hacia arriba y el cielo estaba limpio. Vacío.

Pero en mi mente, una voz gutural susurró «Hija» y «Victoria».

Sentí que me sonrojaba.

«Libertad». Había empezado a preocuparme porque Morrigan me hubiera dado la espalda, sin embargo, su voz retumbando en mi cabeza me dijo que todavía estaba conmigo, y parecía que tenía un mensaje para mí, uno que por fin había entendido.

Arviragus tenía razón: el papel de Victoria llevaba con él la promesa de una sustancial suma de dinero, pero jamás se me había ocurrido pensar que encontraría un uso puro para los asquerosos sestercios romanos.

Sorcha me había llevado a ver el rey arverni para mostrarme una verdad. Pero Morrigan, sospeché, me había enviado allí para que Arviragus pudiera enseñarme otra. La brumosa niebla de una idea empezó a tomar consistencia en mi mente. Había una oportunidad, aunque muy pequeña, de que pudiera redimirme a los ojos de mi diosa y de mi hermana y sacar algo loable del embrollo en que me había metido.

Recordé que Sorcha había negociado con Julio César, y pensé que quizá —solo quizá— había más de una forma de hacer tratos con el diablo.



## XXIII

El día antes de tener que emprender el viaje que nos llevaría a nuestro primer destino del circuito, Cronos llamó a la puerta de mi cuarto para decirme que tenía una visita esperándome en el jardín pequeño del patio. Antes de poder preguntarle quién era, ya se había ido. Sin embargo, pensé que solo se podía tratar de una persona.

«Cayo».

Por mucho que el corazón se me hubiera parado un segundo en el pecho al pensarlo, no estaba segura de querer discutir de nuevo con él, y por eso estuve a punto de no acudir. Sin embargo, lo hice y cuando puse un pie en el fresco patio a la sombra de los árboles, me sorprendió ver que mi visitante no era Cay, sino Charon el esclavista.

Decir que me sorprendí sería subestimar lo que sentí.

El que fue mi captor, el hombre que me secuestró de mi hogar y me vendió como esclava, estaba sentado en un banco de mármol bajo las ramas de una higuera, cortando los frutos purpúreos a rodajas. Se puso uno en la boca y se levantó cuando yo me acercaba; una sonrisa le iluminó el rostro. Cortó otra rodaja del higo y me la ofreció sin decir nada, alargándola en la hoja del cuchillo.

La cogí y me senté en el banco, delante de él.

—Gladiadora —dijo—, es un placer volver a verte.

Miré fríamente al esclavista.

—¿Lo es?

Rio suavemente.

—Eres su viva imagen, Fallon.

—¿De quién?

—De tu hermana, Sorcha. —Estiró el brazo para coger otro higo de una rama baja—. Era extraordinaria en sus días en la arena y entiendo que sigas de cerca sus pasos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Cayo Varro. Tu pareja de entrenamientos —dijo Charon con una risita—. Su padre, el senador, me entretuvo en su *domus* de la capital un par de noches atrás. Muy educadamente pregunté por qué el muchacho hacía muecas de dolor a cada paso que daba.

—Ya veo —mordisqueé la dulce carne del higo e intenté mantener mi expresión neutra.

—El chico parece creer que no estás demasiado contenta con él ahora mismo —dijo—. Una pena, si tenemos en cuenta que Cayo acaba de recibir órdenes de escoltar al conjunto de las gladiadoras de César durante el circuito. Os veréis mucho estos días.

El corazón se me volvió a detener un instante.

—Tengo algo para ti, gladiadora. —Charon alargó una mano y sacó una caja de madera grande de debajo del banco—. Sé que Lady Aquilea te obsequió con espadas *dimachaeri*...

Puse los ojos en blanco.

—Una de las cuales se la diste tú, sí.

—Pero también sé que no tienes los medios para equiparte con nada más. — Me miró mientras levantaba la caja de madera y la colocaba entre nosotros; sus ojos oscuros centellearon—. En el circuito, lucharás contra otras gladiadoras que ya han ganado recompensas, en algunos casos de valor suficiente para proveerse de pies a cabeza de las mejores armas y armaduras que pueda comprar el dinero.

Fruncí el ceño. Era verdad. Durante el tiempo que había pasado entrenando por los juegos en el ludo, había entendido que las habilidades eran una cosa y la espectacularidad era otra. Yo podía luchar como la diosa Minerva y actuar con

las florituras de los acróbatas de taurocatapsia de los que tanto había oído hablar, pero si no lo parecía, no me ganaría a la multitud. Y ganarme a la gente se había convertido en una fiera motivación para mí desde que visité a Arviragus. Recordé las palabras del rey. No era suficiente con ganar el combate; tenía que ganarme sus corazones.

Me miré las burdas muñequeras de cuero que me había hecho yo misma.

—No necesito caridad —murmuré.

—Caridad no, mecenazgo. —Charon levantó la tapa de la caja—. Mi mecenazgo.

Me sonrió y me alargó un par de espinilleras —protecciones de bronce para las piernas— diseñadas para alguien de mi talla. Pero eso no era todo. Las espinilleras iban a conjunto con un par de muñequeras de bronce, de nuevo de la talla exacta de mis muñecas. Sin embargo, la sorpresa de verdad vino cuando Charon sacó un peto, repujado con suaves dibujos que evocaban los diseños entrelazados y arremolinados de mi propia tribu. Además, tenía incrustaciones de bronce del mismo estilo que las espinilleras y las muñequeras.

No pude contener una exclamación de deleite que se me escapó de los labios al alargar la mano para tomar el peto de entre sus manos. Mi orgullo luchó contra mi gratitud —y mi alivio—, pero solo por un instante. Al llevar una cosa así, no competiría con Minerva, ¡sino con la mismísima Morrigan! La sujeté en alto y me sorprendió descubrir que parecía que tuviera que irme como una segunda piel.

Miré a Charon con las cejas enarcadas y pregunté:

—¿Qué has hecho para conseguir que las medidas sean tan precisas?

—Ah, sí, bueno, pedí ayuda a Cay. —El esclavista se aclaró la garganta—. El chico hizo todo lo que pudo, supongo.

Recordé la sensación de las manos de Cay viajando por las líneas de mi cuerpo y sentí que la cara me ardía, sonrojada.

Charon fue lo bastante educado para fingir que no se daba cuenta. Volvió a la

caja y sacó de ella un *kilt* de batalla confeccionado de tiras de cuero rematadas con bronce.

—Mira, va con esto.

Dudé y le miré con recelo.

—¿Por qué haces esto?

Charon me cogió la armadura de las manos y lo guardó todo en la caja. Cerró la tapa y, después de un largo momento de silencio, empujó la caja hacia mí con un suspiro.

—Viajé con las legiones de César cuando invadió Britania —dijo Charon en voz baja—. Para valorar las perspectivas de los esclavos.

Me enderecé mucho mientras él hablaba.

—Sorcha. La vi por primera vez en el campamento de César, en su tienda. Y me enamoré al instante cuando sus ojos se posaron en los míos. Todavía la quiero. —Alzó una mano—. Y jamás salió nada de ello. Jamás lo hará. Me hice a la idea hace muchísimo tiempo, Fallon.

—Ella jamás intentó volver a casa —dejé escapar el viejo resentimiento que afloraba como un dolor de muelas—. Al menos podría habernos dicho algo.

—¿Con qué objetivo? —preguntó Charon con dulzura—. Tu hermana ya no es Sorcha. Y Aquilea pertenece a César, quien nunca la dejará escapar. Es demasiado valiosa para él. ¿Acaso hubiera sido mejor el tormento de saber que estaba viva para ti o para tu padre que dejaros pensar a ambos que estaba muerta?

La cabeza me empezó a dar vueltas. Solo me podía imaginar a mi padre con el corazón roto, sentado noche tras noche delante de las crepitantes llamas de su chimenea, bebiendo lentamente de una gran jarra de hidromiel hasta tarde, con la mirada perdida entre las sombras de su gran salón como si buscara a mi hermana. Solo podía pensar en que había tomado la decisión de casarme con Aeddan porque no quería perderme como la había perdido a ella.

Miré a Charon y vi que su oscura mirada también estaba enturbiada por los recuerdos.

—Mi amor por Sorchá es una vieja herida cicatrizada en mi corazón, el dolor se fue atenuando con el paso del tiempo. Pero encontrarte a ti fue abrir de nuevo esa herida. Sabía que había algo más en ti desde el momento en que te vi. —Sacudió la cabeza—. Entonces encontré tu espada y ver la marca de Sorchá en ella me lo confirmó. Pero para entonces era demasiado tarde para dejarte ir, así que decidí que lo mejor que podía hacer era traerte hasta aquí, hasta ella.

—Y venderme a mi propia hermana por una ingente cantidad de dinero.

—Puede que sea un romántico —sonrió Charon con ironía—, pero también soy un hombre de negocios.

—¿Sabe Sorchá lo que sientes por ella? —pregunté—. ¿Sabe que estás enamorado de ella?

—No lo sabía. Al principio no. —Me miró y su mirada se aguzó perceptiblemente—. No hasta que intenté comprar a César su contrato de esclava.

—No conocías mucho a mi hermana —dije—. Ella jamás habría podido querer a alguien a quien perteneciera como si fuera una cabeza de ganado.

—No, y por eso la quiero. Pero me has entendido mal, Fallon. Yo jamás habría podido ser el propietario de Sorchá —dijo Charon—. En el momento que hubiera tenido su contrato en mis manos, lo habría hecho pedazos.

—¿Lo habrías hecho?

Miré al esclavista con el ceño fruncido, sin entender nada.

—Por supuesto que lo habría hecho —rió—. Igual que Cayo Varro.

Hasta aquel preciso instante, las legalidades de los contratos romanos escapaban un poco a mi entendimiento. Supongo que nunca había considerado que un contrato, una vez escrito para que fuera válido, podía hacerse pedazos y hacerlo inservible para quien tuviera el papel.

Charon sacudió la cabeza.

—Supongo que Cayo te ofreció comprar tu contrato, ¿verdad? No me digas que de verdad pensaste que Cayo quería ser tu propietario.

—Yo...

Eso era exactamente lo que había pensado.

«Cay...».

Parpadeé con fuerza al recordar la angustia que se había pintado en el rostro de Cay cuando me suplicó que le dejara comprar mi contrato. No había entendido lo que quería hacer con él. Y él no había entendido por qué yo no le había dejado concederme la libertad. En lugar de eso, dejamos que nuestros caracteres sacaran lo peor de nosotros, sin preocuparnos por descubrir el verdadero significado de nuestras palabras.

Me puse de pie. Tenía que encontrar a Cay y explicárselo.

—Una cosa más...

Se llevó la mano a la bolsita de cuero que llevaba en el cinto y me ofreció un pequeño rollo de pergamino, sellado con una gota de cera negra.

El sello de cera estaba gravado con algún tipo de blasón. Fijé la mirada en él y luego en Charon.

—No sé leerlo.

—Lo sé. —Sonrió y volvió a darme el pergamino—. No es para que lo leas.

—Entonces ¿para qué es?

—Para que lo guardes. Como pago por tu amabilidad. —Charon soltó una risita al ver mi expresión—. Me has hecho ganar mucho dinero, Fallon, y no solo con tu propia venta. El precio que tu hermana pagó por ti servirá para incitar a otros a pagar cantidades similares para mis bienes, en el futuro. Todo recae en la percepción de las cosas. Me has asegurado un dinero que yo no habría conseguido si tú no me hubieras ayudado a rescatar ese cofre que contenía tu propia espada. Esa era la prueba de tu identidad y la única razón por la que saqué tanto provecho de tu venta. No se me escapa la ironía de la situación.

Entonces pasó la mano por la tapa de la caja que contenía la armadura.

—Una vez te encuentres fuera de las paredes del ludo, dejarás de estar a salvo. Cay hará todo lo que pueda para cuidarte, pero el funcionamiento romano, y de los romanos, todavía te es desconocido. Y tú, Fallon, siendo tú, llamarás la atención, y no toda será bienintencionada. Tienes que ir con cuidado y tienes que

dominar tu... cómo llamarlo... tu carácter impulsivo. Este pergamino —continuó — es para que lo uses solo si te encuentras en un callejón sin salida y no tengas manera de escapar de él.

Hice ademán de pasar la punta del dedo por la gota de cera negra del pergamino, pero Charon puso una mano sobre la mía y dijo:

—Déjalo sellado.

—¿Qué es esto? —pregunté con el ceño fruncido—. ¿Algún tipo de magia?

Charon rio.

—De algún modo, supongo. Es una promesa.

—¿De qué?

—De dinero.

Sentí que los labios se me curvaban en una amarga sonrisa.

—¿Es que siempre tiene que acabar todo ahí? —quise saber.

—Es el tipo de magia que atrae a la mayoría de los romanos. —Me apretó la mano una vez y me la soltó—. Guárdalo bien y escondido, y llévalo siempre contigo cuando dejes los terrenos del ludo. Y si jamás tienes la necesidad, la extrema necesidad, dale este pergamino a quien sea que te esté amenazando. A no ser que esa persona tenga la mismísima fortuna de César en sus manos, te prometo que esto te salvará de casi cualquier peligro. Garantiza un pago sustancial a la persona que te traiga sana y salva a mi casa.

Me quedé ahí sentada, anonadada por la generosidad de sus regalos. Charon era un hombre que compraba y vendía almas. Y, sin embargo, su propia alma era esclava del amor que sentía por mi hermana. Pensé de nuevo en la oferta de Cay de comprar mi contrato. Charon pareció casi notar lo que estaba pensando. Alargó una mano y dio un golpecito con un dedo a la argolla de esclava que todavía llevaba en el cuello.

—Cuando te puse esto, Fallon, jamás tuve la intención de que fuera permanente.

Entonces el esclavista se puso de pie e hizo un gesto de asentimiento hacia mí. Después se volvió y me dejó allí sentada en el jardín de Sorchá, pensando en la

armadura —y los grilletes— invisibles que el amor podía colocarnos en el corazón.

Cuando volví a mi celda después de la cena, me di cuenta de que alguien había estado en mi habitación. Hubiera sido difícil no darse cuenta. Las familiares sombras que danzaban por las desnudas paredes de piedra no estaban bien. Eran gruesas y estaban pintadas de carmesí. Busqué la luz con la mirada y contuve la respiración cuando vi mi lámpara del juramento. En mi ausencia, los cristales de brillantes colores se habían vuelto negros, lo que reducía la llama que había en el interior a un sordo fulgor rojizo. Durante un momento, me pregunté si la Luna Cazadora había transformado el delicado pajarito de cristal en uno de los cuervos de batalla de Morrigan. Estaba ahí en mi ventana, esperándome, con el estómago lleno de los errantes fuegos de almas de difuntos...

«Basta. Morrigan es tu aliada, no tu enemiga».

Crucé la habitación y cogí la lámpara. No había ninguna transformación mágica. Alguien había frotado el artilugio con una mano de la oscura y pegajosa brea de pino que usábamos para las pezuñas de los caballos; pude oler el hedor acre en cuanto cogí la lámpara. Otra jugarreta.

U otra amenaza. U otra advertencia...

Al volverme con la lámpara todavía en las manos, el refulgente resplandor que proyectaba reveló que el techo estaba cubierto de garabatos —palabras y dibujos— que me llamaban amante de romanos. Al menos, eso es lo que educadamente entendí que significaba. No sabía leer esas palabras, pero las imágenes eran bastante inequívocas. La amenaza era clara, alguien del ludo sabía lo que había entre Cay y yo. Tenía que ser más cuidadosa. Si Sorcha se enteraba de que realmente había algo entre nosotros, podría prohibirme perfectamente poner los pies en la arena. Eso en sí ya era lo bastante preocupante.

Pero después vi el pájaro. Arqueado encima de las viles imágenes había un



cuervo crudamente esbozado. Con amplias alas negras y un enorme pico afilado abierto y congelado en un gañido mudo.

Sin duda, una amenaza.

Encendí la mecha de una vieja vela de sebo y apagué la llama de la lámpara manchada. Dando la espalda a la pared, me senté a los pies de la cama y empecé a limpiar a conciencia las manchas negras como el hollín que había en la lámpara con una tira de lino. Mientras trabajaba, susurré una plegaria de agradecimiento a Morrigan por haber sido lo bastante precavida y haber llevado la caja con la armadura de Charon directamente al intendente para que la guardara junto con mis espadas en uno de los carromatos de la caravana. No soporté imaginar lo qué podría haber pasado si la hubiera dejado en mi cuarto. Pronto necesitaría mi equipo en las mejores condiciones.

Porque ahora, más que nunca, estaba determinada a dejar mi marca en el circuito. ¿Pensaban que podían amedrentarme con imágenes pintadas con brea en las paredes de mi cuarto? Las imágenes que yo dibujaría serían en la grava de la arena, trazadas con la sangre de mis rivales. ¿Y las letras que tallaría con mi espada? Deletrearían «Victoria».

## XXIV

La armadura que Charon me había regalado me marcaba como una contendiente y contribuyó en gran medida para convencer a la multitud de que yo era digna de estar en la arena. Sin embargo, al final, mi reputación —la que sería— se selló con el resultado del primer combate de todos los que hice durante el circuito. El combate que me marcaría para siempre como la Furia Asesina.

La caravana de viaje del Ludo Aquilea cruzó las puertas del recinto muy temprano, y casi había un ambiente festivo cuando las chicas y nuestros maestros emprendimos el camino, en dirección al noreste hacia las tierras de Umbría. Nuestro primer lugar de actuación del circuito era la ciudad de Perusa. Cuando se puso el sol, acampamos fuera de las murallas de la ciudad. Esa noche dormiríamos en tiendas bajo la protección de nuestra escolta, el decurión Cayo Varro y aproximadamente una docena de sus hombres.

Cuando las estrellas empezaban a centellear llenas de vida en el cielo cada vez más oscuro, vi a Cay cerca de la tienda de Sorcha hablando con sus hombres. Se volvió, de pronto, como si hubiera notado que lo miraba. Sentí que me recorría una oleada de calor cuando su mirada se fijó en mí desde la distancia. Incluso entre los velos de humo y chispas de las hogueras de campamento, me pareció ver una cruda añoranza en su mirada. Seguro que había algo parecido en la mía, pero entonces recordé las feas imágenes y las palabras garabateadas en mi cuarto: «amante de romanos». Rápidamente aparté la mirada.

Oí a Elka soltar una risita.

—Raposita —dijo—, ya te has escapado de una jaula. Y el amor, te dirían las viejas brujas de mi tribu, forja jaulas con barrotes más fuertes que el hierro. Quizá sería mejor no tentar a la suerte, *ja?*

«¿Amor? No. Oh, no».

Intenté asegurarle que decía estupideces, pero cuando abrí la boca nada salió de ella. Elka sacudió la cabeza y me dio una palmadita en el hombro antes de retirarse a nuestra tienda. Tendría que haberla seguido. Estaba cansada y la mayoría de chicas dormían. Observé como Elka se iba y me volví hacia donde Cay seguía mirándome.

No habíamos hablado desde aquel día en la enfermería, desde que había fisurado la costilla de Cay y —quizá todavía más doloroso para él, si podía creer a Charon— rechazado su oferta de comprar mi contrato por segunda vez. Pensé en Mael y en cómo lo había apartado de mí para perseguir la gloria en la guardia de guerra de mi padre. No quería repetir ese terrible error, no con Cayo Varro.

En la distancia, podía oír el mortecino gemido y tintineo del metal al ser afilado contra la piedra. Más allá del límite de nuestro campamento, los maestros de armas del ludo habían apostado una tienda y pasarían una larga y ajetreada noche, limpiando y afilando espadas y lanzas para prepararlas para el día siguiente. El sonido era como una nana para una gladiadora, pero yo estaba bien despierta. Me puse en pie y eché a andar entre los brillantes círculos de las hogueras.

—Decurión —dije en voz baja cuando llegué hasta él—. ¿Puedo pedirle que me acompañe fuera del campamento?

Cay se apartó de sus compañeros soldados con mirada interrogativa. Sin embargo, asintió.

—Por supuesto, gladiadora.

Caminamos en silencio, el uno al lado del otro, hacia la entrada del campamento, donde el guardia del ludo se enderezó al vernos llegar y asintió con respeto primero a Cay, luego a mí.

—Tengo que ir a la tienda de las armas —le dije—. Será un momento.

Él miró a Cay y luego se hizo a un lado. La hierba húmeda de rocío me acarició las pantorrillas desnudas cuando recorrí la corta distancia hasta la entrada de la tienda. Las paredes de lona brillaban doradas por el fuego que había en el interior, y pude oír el hedor del metal y la madera flotando en la brisa nocturna.

—Oro —saludé al primer herrero—. Necesito un favor.

El hombre alzó la mirada de la lanza recién afilada que estaba ensartando a un mango de madera y me gruñó la pregunta. Un genio con el metal, guardaba sus palabras como el oro. Levanté una mano hacia la argolla de esclava que rodeaba mi cuello.

—Por favor —dije con un inesperado nudo en la garganta—. Quítamela.

Los ojos de Oro brillaron iluminados por el fuego, y susurró algo detrás de su barba chamuscada que sonó como: «Maldita sea, ya era hora».

Se fue a coger sus herramientas y Cay se puso detrás de mí, para apartarme con dulzura el pelo de los hombros y sujetarlo para que no molestara al herrero mientras trabajaba. Aguanté la respiración y en un segundo hubimos terminado. El perno que mantenía unidas las partes de la argolla cayó, y Oro abrió los extremos del hierro y me los quitó del cuello.

Solté el aire que había aguantado y cogí la argolla cuando él me la ofreció.

—Gracias —dije.

Nos hizo un ademán para que nos fuéramos antes de volver a ponerse con la lanza en que trabajaba. Aparté la cortina que hacía las veces de puerta y Cay y yo salimos hacia la oscuridad. De algún modo, las estrellas que refulgían encima de nuestras cabezas parecieron brillar más.

—Quédate con ella —le pedí a Cay cuando le ofrecí la argolla.

Él envolvió el círculo de hierro roto con sus largos dedos y me miró con los ojos llenos de incertidumbre.

—Considéralo una promesa —dije colocando mi mano encima de la suya—. Ahora ya entiendo por qué querías comprar mi contrato.

El chico sacudió la cabeza.

—Jamás quise ser tu propietario, Fallon. Solo quería liberarte...

—Lo sé —le interrumpí. Necesitaba explicarle cómo me sentía de un modo que nunca había sido capaz de hacer con Mael—. ¿Es que no lo ves? Esto no es ser libre de verdad, no para un guerrero cantii. Llegará un día, Cayo Varro, te lo prometo, en que podré comprar mi propio contrato. Y ese día, si me esperas, vendré a buscarte y podremos estar juntos como iguales.

Le sonreí y finalmente vi en sus ojos que lo había entendido.

—Te esperaré, Fallon —dijo poniéndose mi argolla de hierro en la bolsa de cuero que llevaba atada al cinto—. Para siempre, si es necesario. Aunque preferiría no tener que esperar tanto, si te parece bien.

Reí y me sorprendió lo bien que me sentaba hacerlo sin tener hierro alrededor de mi garganta. Me llevé una mano al cuello y noté el círculo de callosidades que me había quedado, como el fantasma de la argolla. Cay alargó la mano y recorrió mi piel con las puntas de sus dedos; me estremecí al notar su tacto.

—Las marcas desaparecerán —susurró.

Asentí mientras su mano se desplazaba hasta mi pelo, entonces inclinó la cara para acercarla a la mía y me besó. El beso me hizo estremecer de la cabeza a los pies. Quise arrastrarle conmigo sobre la hierba y envolverme en sus brazos, pero no me atreví. Estábamos muy cerca del campamento e incluso besarlo en ese momento era un riesgo que no me podía permitir.

Con un reacio suspiro, me aparté. Al mismo tiempo, Cay pareció recordar quién era y también dio un paso atrás; sin embargo, podía oír su respiración por encima del fuerte sonido metálico del martillo de Oro, y sus ojos eran grandes y oscuros en su rostro.

Al acompañarme de vuelta al campamento, vi una figura familiar de pie en la entrada. Mi hermana, de brazos cruzados y con el ceño fruncido.

—Decurión —dijo.

—Señora. —Cay levantó el mentón y, durante un momento, casi pensé que la saludaría como a un oficial—. Esta gladiadora necesitaba que se ocuparan de su equipo.

Me atraganté y Sorcha enarcó la ceja izquierda.

—Quiero decir que...

Sorcha levantó una mano.

—Gracias, decurión. Ya me encargo yo.

Cay asintió y se dirigió hacia la tienda de legionarios, dejándome a la merced de mi hermana. Tan pronto como se hubo ido, Sorcha giró hacia mí. Me preparé para una buena reprimenda, pero se detuvo cuando vio mi cuello desnudo.

—Fue una sugerencia de Charon —expliqué—. Según parece creía que mi armadura me quedaría mejor sin eso.

—Ya veo. —Su expresión se suavizó para convertirse en una sonrisa—. Bueno, Charon es muy perspicaz. Venga. Ve a descansar, Fallon. Lo vas a necesitar.

Si hubiera pensado que me habría dejado, quizá la hubiera abrazado en ese momento. Sin embargo, me contenté con compartir una sonrisa con ella y me fui en busca de mi tienda. Por primera vez desde que me pusieron aquella argolla en el cuello, dormí la noche entera sin soñar con escapar.

Cuando llegó la mañana, el gentío de la pequeña ciudad dormida de Perusa amaneció rebosante de fuerza, llenaron las graderías de la arena y también la plaza del mercado de más allá. El olor de carne asada volaba por la brisa y los niños hacían carreras entre las gentes como conejos saltarines.

A primera hora de la mañana, había músicos y las payasadas verdes de actores que entretenían a la multitud. A aquello lo siguió una muestra de animales exóticos. A diferencia de las arenas más grandes y cercanas a Roma, las más pequeñas evitaban usar bestias raras y caras a favor de lo que equivalía a combates de lucha libre entre domadores y osos adiestrados con zarpas cortadas y grandes felinos muy poco salvajes. A pesar de todo, la gente adoraba el teatro.

Justo después del *bestiari* había los combates de gladiadores. Los combatientes eran de dos ludi regionales y claramente eran muy conocidos a

juzgar por los vítores y los abucheos que llenaban el aire. La mayoría de los combates acababan en empate y, en los casos donde había un ganador claro, no eran letales. Los combates de gladiadores rara vez acababan en muerte. Solo si uno de los contendientes lo hacía excepcionalmente mal —o uno lo hacía excepcionalmente bien— un enfrentamiento no acababa en nada que no fuera una victoria, una derrota o un empate en el cual ambos luchadores abandonaban vivos el estadio.

Solo vi una lucha a muerte ese día.

El tridente de un gladiador había atravesado de lleno las entrañas de su oponente. Dos de los dientes del arma le salieron obscenamente por la espalda, goteando carmesí. Observé, con el corazón en la garganta, como el gladiador herido se desplomaba sobre las rodillas en la arena. Se quitó el casco de la cabeza, su cara rígida de dolor, e hizo un gesto para pedir una estocada de clemencia. La multitud aguantó la respiración cuando su oponente lo saludó con solemnidad, recogió la espada de donde yacía en la arena y empujó la punta para atravesar el cuello del otro hombre.

Hubo un momento de respetuoso silencio. Entonces, el cuerpo del gladiador fue arrastrado por hombres que empuñaban ganchos y que llevaban estafalarios turbantes que pretendían parecerse a perros de orejas largas del desierto. Oí que Cronos decía que los hombres estaban representando un ritual del dios de la muerte egipcio llamado Anubis, el cual los griegos y romanos habían adoptado como a algún tipo de guía para que las almas perdidas llegaran al inframundo. Me estremecí cuando los hombres chacal nos pasaron por delante arrastrando su carga tras ellos y dejando un rastro de sangre.

«Nunca me sacarán de la arena así, a mí —me juré—. Jamás».

Los combates de los hombres se acabaron y entonces empezó el descanso de mediodía.

Después nos tocaba a nosotras.

Tragué saliva nerviosamente para relajar la tensión que notaba en la garganta y miré a mi alrededor, para ver si podía intuir cómo se sentían las otras. No me

sorprendió ver a Nyx y a su pandilla muy impacientes para salir y dar un poco de guerra.

Nyx ya había demostrado que era una actriz consumada. Las tiras de cuero del *kilt* de su armadura eran un poco más cortas que las de las otras chicas, estaban engrasadas y más separadas y eran más flexibles, de modo que, cuando se movía, se podían ver destellos de sus bronceados muslos. Su casco no tenía una visera que le cubriera totalmente el rostro y me di cuenta de que se había pintado los ojos de negro y manchado los labios de rojo con mucho esmero. Incluso las curvas de su peto estaban más exageradas.

Tuve que admirar cómo jugaba con la gente. Coqueta y fiera, segura de sí misma y arrogante. Cuando nos dirigieron por la grava de la arena hacia las trincheras de gladiadores, se detuvo un segundo para soplar un beso a un niño que estaba sentado con su padre en la primera hilera de asientos. Ambos le devolvieron los besos y la multitud vitoreó encantada.

Justo antes del primer combate, vi a Sorcha de pie cerca del banco de los jueces, discutiendo con vehemencia con el señor de los juegos. Me sorprendió. Durante los juegos, la palabra del señor era ley en la arena, y cualquier discrepancia, incluso de los lanistas, podía dar como resultado tremendas penalizaciones o incluso la descalificación. No podía oír lo que decían, pero vi a mi hermana alzar las manos al cielo en señal de disgusto antes de echar a andar con brío hacia mí.

—Ten cuidado —me dijo alargando una mano para apretarme fuerte el hombro—. Y recuerda esto: el adversario más peligroso es el que ya piensa que no tiene nada que perder.

Me dejó allí de pie y me volví para ver las chicas del otro ludo, el Ludo Amazona. Supe ver solo por sus equipos que estaban bien financiadas. Dos o tres de las chicas llevaban equipamientos más pesados y seguramente las aparejarían con nuestras guerreras *retarius*, como Meriel. La mayoría de las otras eran del estilo *thraex* —con escudo y espada— y seguramente me tocaría



luchar contra una de ellas. Ninguna parecía que luchara con el estilo *dimachaerus*.

Si Morrigan quería, eso me daría ventaja.

Como de costumbre, Elka sabía más que yo qué pasaba. Trotó hasta mí y se me echó encima; su armadura brillaba bajo el sol. Ajani le había prestado una túnica de cota de malla que le quedaba razonablemente bien, pero que la hacía parecer algún tipo de ninfa marina, si bien una con un brazo de puntería endiabladamente precisa. Elka se había ganado al asistente del señor de los juegos que hacía las listas y fue lo bastante amable —o quizá cruel— de decirme contra quién me había tocado.

—Es de tu lado del mundo. —Señaló a una gladiadora que estaba de pie al final de la otra trinchera—. Bueno, más o menos. Irlanda.

—¿En serio?

Miré de soslayo hacia donde apuntaba.

—Se llama Uathach —continuó Elka.

Gruñí y miré el cielo.

—Fenomenal.

—¿Qué?

—Que ese no es su nombre —respondí—. A no ser que tuviera una educación particularmente aborrecible. Es un mote. Significa «La Terrible».

—Ah —gruñó Elka—. Todo el mundo la llama Furia. Es una favorita local. Seguramente porque está loca de atar. Al menos, eso es lo que me han dicho.

La miré y no me pareció nada difícil de imaginar.

La gladiadora era bajita y muy delgada y daba miedo mirarla. Estaba de pie y su casco reposaba encima de una de sus caderas, tenía las extremidades enjutas e iba ataviada con una armadura de cuero, vestía una cota de malla deslustrada y entretejida con manojos de largas plumas negras. Llevaba la cabeza rapada y mostraba una pálida cicatriz que le fruncía la cabeza en una larga costura que llegaba hasta su ceja izquierda. Se había roto la nariz al menos una vez y le

faltaba una oreja. Y tenía marcas de látigo —tanto nuevas como ya atenuadas— en los hombros y los brazos, y también en la parte posterior de sus piernas.

—Menuda colección de cicatrices tan impresionante —murmuré.

—He oído que consiguió la mayoría de esos regalitos de los guardias del ludo —explicó Elka—. No de las otras luchadoras. Ha intentado escaparse más de doce veces, y ¡el último intento fue justo en medio de un combate!

Parpadeé.

—Estarás de broma.

Ella sacudió la cabeza.

—Saltó por encima de la pared y entre la multitud. Intentó camuflarse entre la plebe para recuperar su libertad. Tras cada tentativa de fuga, la azotan hasta casi matarla, y esa vez lo hicieron en medio de la arena delante de toda la muchedumbre. Se pasó el rato riendo. Ya te lo he dicho, se ve que está loca.

—Y es nada menos que mi primera oponente. —Un tembloroso suspiro escapó de mis labios—. Morrigan me odia.

Elka frunció el ceño.

—Tu diosa te ha llevado hasta aquí —me amonestó—. Quizá es su manera de decirte que piensa que eres digna del esfuerzo.

Le sonreí lánguidamente.

—En ese caso, desearía que estuviera un poco menos segura.

El estrépito de los cuernos hizo levantar a la multitud, y entonces llegó nuestro turno. El primero de los eventos de las gladiadoras no era un combate, sino una competición de puntería de la mano de las arqueras de las escuelas que competían. Esa era la especialidad de Ajani, y yo me puse de pie con el resto, animándola mientras disparaba flecha tras flecha, que formaban arcos casi inhumanamente precisos que daban a las cabezas y corazones de los objetivos de paja colocados al otro extremo de la arena.

A las competiciones de tiro con arco les siguió una carrera de infarto entre tres aurigas que conducían carros de guerra de dos caballos. Nyx conducía por el Ludo Aquilea, y fue tan aterrador como emocionante verla derrapar sobre una

rueda y ampliar la distancia respecto a sus contendientes en una atrevida explosión final de velocidad para ganar la carrera. Verla me hizo añorar los días en que yo misma conducía con Mael y corríamos por el Valle Olvidado. Esa carrera también reafirmó el respeto que sentía a regañadientes por Nyx.

Después de la carrera, empezaron los combates. El señor de los juegos anduvo hasta el centro de la arena. El primer nombre que gritó del Ludo Aquilea fue el de Elka.

—¡Venga! —Le di una palmada en el hombro—. No pares de mover esos pies enormes que tienes y no hagas ninguna tontería.

Elka rio, golpeó el suelo con el extremo de su lanza y se colocó bien la visera del casco. Sus pálidos ojos azules centelleaban con fiereza detrás de la rejilla de metal; se volvió y trotó hasta el centro del suelo de tierra de la arena. Su oponente era una *retiarius* —luchaba con un tridente y una red— y era buena. Elka fue mejor, aunque se hizo daño en la espalda cuando la red se le enredó en las piernas y la hizo caer hacia atrás. Me puse el puño en la boca para no empezar a soltar improperios mientras Elka se retorció frenéticamente por el suelo, intentando evitar que le clavara el tridente. Después de no acertar por muy poco, la *retiarius* tuvo que estirar con fuerza para arrancar el arma del suelo y Elka arrojó su lanza, que trazó un gran arco. El extremo de la saeta de su lanza alcanzó a la otra chica en el lateral de la cabeza y, aunque llevaba casco, el impacto la arrojó al suelo. El tridente se le escapó de la mano y aterrizó lejos de su alcance. Elka se puso en pie de un brinco y se deshizo de la red. En un único gran salto, se plantó encima de su oponente con la lanza bien alta en el aire preparada para la estocada final.

Con un estridente rugido de la *cornua* —y un grito del árbitro— se acabó el combate. Los músculos de los brazos de Elka, tensos y listos para arremeter la estocada, se estremecieron y, entonces, la chica bajó la lanza ante los aplausos y vítores del público. Se levantó la visera del casco y extendió una mano para ayudar a su oponente a ponerse de pie. La chica le agarró la muñeca y se puso de pie con un gesto de reconocimiento. Elka se volvió hacia la multitud y lanzó su

arma por los aires en señal de triunfo, después volvió tranquilamente hasta el banco de las aquileas, con la cabeza alta.

Se dejó caer en el banco, a mi lado, con una sonrisa de suficiencia.

Sacudí la cabeza y enarqué una ceja al mirarla.

—¿Qué te he dicho de esos pies torpes? Casi te pilla ahí, ¿eh?

—¡Era parte de la estrategia! —protestó.

—Seguro. No sabía que ser torpe se pudiera calificar como una táctica.

—Espera hasta que estés ahí tú misma —bufó—. Es muy distinto con toda la gente mirando.

Los combates continuaron uno detrás de otro, algunos buenos, otros malos, ninguno de ellos mortales. Entonces llegó mi turno. La Furia —Uathach o como fuera que se llamara— se plantó a grandes zancadas en medio del terreno, tenía los andares bajos y relajados de un gato cazador. Tomé una profunda bocanada de aire, me ajusté las dos espadas en las vainas que llevaba en las caderas y cuadré los hombros.

Elka me saludó con un puño en el corazón.

—Suerte.

Le devolví el saludo.

—Y dos buenas espadas afiladas.

Pisé la arena y percibí su calor a través de las suelas de las sandalias.

Podía sentir la mirada de Cay clavada en mí, igual de ardiente.

El mío era el último combate del día. La multitud estaba tan inquieta como agitada de anticipación. ¿Qué haría Furia esta vez?, se preguntaban.

Y ¿quién era la desventurada gladiadora que habían mandado a luchar contra ella?

Me sentí como un cebo enganchado en un azuelo y eso me puso furiosa. Me llevé las manos a las espadas y las desenvainé con una floritura rápida y ostentosa. ¿La multitud quería espectáculo? Pues lo tendrían. Eché los brazos al cielo, entrechocando las espadas por encima de mi cabeza, y lancé una mirada

desafiante. La multitud lanzó algunos vítores de aliento, que casi se ahogaron en una risa que les interrumpió.

La Furia abrió los labios en un gruñido salvaje y esperó. No iba armada como ninguna de las otras gladiadoras; no llevaba escudo, ni espada, ni lanza, ni tridente, ni red, solo un par de hachas que agarraba con fuerza con sus puños sembrados de cicatrices. Fruncí el ceño, preguntándome qué haría con ellas, y entonces salté como una loca para apartarme de en medio. ¡Me había arrojado una de las hachas a la cabeza! Apenas tuve tiempo de darme cuenta de que mi combate ya había empezado cuando la Furia echó a correr para recuperar el hacha que acababa de lanzar. Sin romper la carrera, la cogió de donde se había clavado, medio apuntando hacia arriba, en la arena. Entonces se volvió y cargó hacia mí, haciendo remolinos con sus hachas.

Oí a Sorcha y a Elka lanzándome instrucciones desde la lejanía.

Necesité unos cuantos momentos desesperados de bloqueos enloquecidos y mucho faltar para darme cuenta de que la manera de luchar de Uathach no era muy distinta de la mía. Armas distintas, no había duda, y las hojas curvadas de sus hachas le daban la oportunidad de cazar mis espadas, pero los movimientos—el arremeter de lado a lado y las amplias estocadas duales— seguían un ritmo similar. Las hojas de las hachas me cegaron un instante al reflejar el sol y mis propias espadas centellearon al chocar. Saltaron chispas, pálidas en el aire brillante, al perseguirnos con las armas por la arena. Casi estábamos a la par y no creo que la Furia estuviera acostumbrada a entablar combates como ese. Al principio, me pregunté si se frustraría, pero en sus ojos solo vi la luz de lentos albores del júbilo más puro.

«Ah, esta realmente está loca», pensé.

Y, sin embargo, una secreta parte de mí entendía ese júbilo. Ese era el tipo de guerra con que soñaba desde niña. La fuerza, la velocidad, la habilidad... Esa era la danza que tanto había ansiado...

Quizá sin la parte de la patada en el estómago.

Caí de bruces al instante y tragué una bocanada de aire lleno de arena a través

de los dientes entrecerrados. La multitud rugió, empezaba a notar otra victoria de la Furia. Retrocedí y arremetí salvajemente contra el espacio que había delante de mí con las dos espadas para protegerme de ella, pero no estaba ahí. Uathach había dado la vuelta, retirándose a una distancia remota. Apenas pude oír las risotadas de la multitud por encima de mi respiración ruidosa y entrecortada. Sin embargo, cuando mi adversaria echó la cabeza para atrás y aulló un grito de guerra que helaba los huesos... eso sí lo oí.

Levanté la cabeza y, en ese momento, vi dónde estaba ella en realidad.

Los hombros encorvados, la cabeza echada hacia delante, los brazos extendidos como alas de plumas de hierro, gañendo y con los ojos abiertos como platos, aquella chica era la Muerte. La Terrible. Era la Venganza. Y venía hacia mí. Sus piernas trotaban, tenía los brazos alzados y estaba preparada para hundir esas hachas en mi cabeza y en mi corazón. Yo no podía hacer nada más, no podía bloquearla, no podía arremeter contra ella, estaba de rodillas y sin respiración. En el último instante antes de su ataque, junté las empuñaduras de mis espadas gemelas y las eché hacia delante.

La Furia ni siquiera dejó de correr.

Se empaló sola en mis espadas.

A través de su corazón.

En eso estriba la importancia de las buenas espadas afiladas. En las condiciones apropiadas, lo pueden cortar casi todo... incluso una armadura, la carne. Mis espadas encontraron la debilidad entre los eslabones de la ajada cota de malla de Furia y luego el espacio entre sus costillas. El propio impulso de la chica hizo el resto.

Me estremecí y su cuerpo me cayó encima, echándome contra el suelo. Durante un terrible momento, me quedé clavada contra la arena debido al peso de la chica, y sentí el pánico subiéndome por la garganta. Me revolví y golpeé hasta que me la saqué de encima. La chica rodó sin fuerza, y vi que todavía había una jubilosa luz extraña en sus ojos. Pero se desvanecía rápido.

—No —murmuré cogiéndole el rostro entre las manos cuando la sangre

empezó a brotarle de los labios y a gotearle por las comisuras, manchándome las manos.

—Sí —susurró ella. Alzó una débil mano y la presionó contra mi pecho—. Ahora te pertenece. Gracias...

El rostro se le relajó en una sonrisa tranquila. Y entonces se fue.

La muchedumbre enmudeció ante el súbito fallecimiento de su víctima de azotainas preferida. Sin embargo, se liberaron de ese encanto cuando me puse de pie tambaleando, cubierta con la sangre de la Furia. La arena retumbó con gritos que pedían también mi sangre.

Fui a recuperar mis espadas, todavía enterradas en el pecho de Uathach —se soltaron con mucho menos esfuerzo del que pensaba que sería necesario— y me dirigí hacia el banco del Ludo Aquilea. Abucheos e insultos empezaron a llover cuando me quité el sofocante casco con una mano y lo lancé contra el suelo detrás de mí. Ya casi había llegado a la trinchera cuando dos asistentes con sus grotescas máscaras de chacales y sus ganchos para arrastrar pasaron a mi lado para sacar el cadáver de la arena. Al verlos, pensé que el corazón me explotaría en llamas. Me volví y corrí hasta donde yacía la Furia, pequeña y quieta.

—¡No! —Aparté a un lado el hombre chacal—. ¡No la tocaréis!

La multitud enmudeció de golpe una vez más.

—Se merece un honor mejor que los vuestros —gruñí—. ¡Largo de aquí!

Los asistentes retrocedieron, mirando al señor de los juegos para recibir órdenes. Envainé las espadas que todavía estaban llenas de sangre en las fundas que colgaban de mis caderas y me agaché. Tan suavemente como pude, pasé los brazos bajo las piernas y los hombros sin vida de la chica. Aunque era más bajita que yo, esperaba que pesara mucho y fuera difícil levantarla por su poderosa fuerza. Pero vacía de su fuego y su fiebre, el cuerpo de la Furia casi era liviano como una pluma.

La acuné contra mi pecho y crucé la arena en dirección a las fauces abiertas en un bostezo del arco que dirigía a la enfermería y a la morgue de la arena. Rabiosa como estaba, tardé un momento en darme cuenta que el enfadado

silencio de la turba se había derretido en una ardiente oleada de aplausos y gritos de aprobación.

—*Victrix!* —gritaban—. ¡Victoria!

Había pasado de villana a heroína al antojo de la turba.

No sabían nada. Yo sí sabía lo que realmente era.

Yo era un instrumento de la voluntad de Morrigan.

Una vez hube dejado el cuerpo en un banco bajo de piedra del oscuro sótano de la morgue, me arrodillé a su lado en el suelo sucio. Vomité hasta que no me quedó nada, pero mi cuerpo todavía se revelaba contra mí —contra la cosa en que de pronto me había convertido— y sentí arcadas hasta que tuve la sensación de que se me romperían las costillas.

—No te ha dado elección —dijo Elka en voz baja a mi espalda. Ni siquiera la había oído entrar, pero estaba sentada en un taburete al lado de la puerta—. Con el tiempo te olvidarás de esto.

—¿Y tú qué? —Me apoyé contra el frío banco de piedra y me sequé la boca con el dorso de la mano—. ¿Qué hay del hombre que mataste el primer día, en el escenario del Foro? ¿Todavía piensas en él?

—¿Pensar? —Sacudió la cabeza—. No. No tengo que pensar en él. Ya somos tan familiares el uno para el otro que ahora es casi mi amigo.

Lo dijo medio en broma, pero pude ver en sus ojos el distante horror del acto. Al cabo de un momento, sacudió la cabeza para ahuyentar los recuerdos y se puso de pie. Entonces me ofreció una mano y me ayudó a levantarme.

—Si Uathach estaba tan desesperada por escaparse de su vida como esclava —dije—, si veía incluso más libertad en la muerte, entonces ¿por qué no se limitó a dejar que alguna de sus oponentes la matara en cualquier combate antes que yo? ¿Por qué luchar tanto? A fin de cuentas, ¿por qué luchar?

Miré a Elka, buscando en sus pálidos ojos las respuestas que no tenía. Entonces recordé lo que Sorcha me había dicho antes ese mismo día sobre el peligro de aquellos que no tienen nada que perder, y me di cuenta de que casi



tenía razón. La mujer que se había llamado a sí misma Uathach, a quien todo el mundo la había denominado la Furia, tenía una última cosa que perder: su honor.

Al derrotarla —al acabar con ella— en una buena y justa lucha, yo le había permitido mantenerlo. Había muerto por la espada y ese era el modo en que ella lo había querido. Perderme en llorar la muerte de Uathach sería deshonar cómo había vivido ella su vida. Sin embargo, vivir mi vida del modo que lo hizo ella —en una furia intranquila, siempre buscando la libertad en cualquier horizonte —, sería encarcelarme en un destino que no estaba en mis manos.

A fin de cuentas, ¿por qué luchar?

Pensé en la noche del juramento de los votos. Había avanzado mucho desde que pronuncié aquellas palabras en la oscuridad. No las había entendido de verdad entonces, no del todo. Y no había pensado en encontrar mis almas gemelas —mi tribu— tan lejos de mi hogar, pero lo había hecho. Elka, Ajani, Sorcha. Incluso Nyx. Había encontrado amistades, rivalidades...

«Familia».

Una familia que quería mantener a salvo del mismo modo que Sorcha había querido mantener sus gladiadoras a salvo al transformar el Ludo Aquilea en un refugio seguro... antes de que hubiera tenido que abandonar su sueño por mí. Eso era por lo que lucharía yo. Eso era por lo que ganaría yo. Yo era Victrix. Victoria. Al menos, lo sería. Recé una silenciosa plegaria por la Furia y le agradecí que me hubiera dado la lucha que me arrojaría hacia mi destino.

Pronuncié el juramento, la voz de Elka se unió a la mía:

—*Uri, vinciri, verberari, ferroque necari...*

Simples palabras, simples promesas. El mismísimo voto que juraban los hombres en sus anillos de tierra y espadas. No éramos distintas; sí lo éramos. Y nadie se sorprendió más que yo por ello. Éramos renegadas y esclavas, huérfanas y no queridas y antaño princesas. Éramos infamia...

Pero éramos una hermandad.

«*Uri, vinciri, verberari, ferroque necari*».

Y éramos poderosas.

## XXV

Desde entonces, los juegos en las ciudades que vinieron después fueron más fáciles. Luché y luché bien, pero nunca volví a luchar como lo hice contra la Furia. No tuve que hacerlo. El circuito acabó en una arena pequeña de las inmediaciones de Roma, y para cuando hubo acabado, todas las chicas del Ludo Aquilea eran aguerridas luchadoras.

Y yo era una diminuta leyenda creciente. La Furia Asesina. Victrix. Victoria.

Aunque todavía estaba por ver si me escogerían o no para ser la Victoria de César.

Después del último combate, Sorchá anunció que los cazatalentos del César le habían dicho que la competición para el papel estaba entre solo dos de nosotras: Nyx y yo. Al cabo de dos días nos tendríamos que presentar en su villa al otro lado del río Tíber para que nos pudiera entrevistar en persona y decidir por sí mismo a qué gladiadora concedería el honor del papel de Victoria. La noticia generó mucho charloteo y mucho susurro en los pasillos de la *domus* donde nos hospedábamos en la capital. Sin embargo, no me explicaba el griterío y la conmoción que oí al volver a mi cuarto.

Me abrí paso a empujones para ver qué pasaba y Ajani me detuvo con una expresión sombría.

—No —fue todo lo que dijo.

—No, ¿qué? Déjame pasar, Ajani.

La aparté con el hombro y vi un grupo de chicas reunido en el pasillo enfrente de la puerta de mi cuarto. Elka estaba ahí, con nubes de tormenta en sus azules ojos. Cuando me vio, sacudió la cabeza y vino a mi encuentro.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada. Una broma de mal gusto.

Miré detrás de ella y el corazón me dio un vuelco. La puerta de mi habitación estaba cerrada... y marcada con la sangre de un pájaro muerto que estaba clavado en ella. No solo un pájaro. Un cuervo. Solté un improperio y escruté los rostros de las otras chicas que estaban ahí de pie mirando. Gruñí al ver a Nyx, que tenía los ojos clavados en la horripilante escena.

—Nyx...

Hice ademán de ir hacia ella, pero Elka me cogió del brazo.

—No ha sido ella —dijo—. Esto no estaba aquí hace una hora y Nyx ha estado en el comedor todo este tiempo. Igual que Meriel y Gratia. Lydia encontró esa cosa y se puso tan histérica cuando la vio que no pudo ser ella quien lo hizo.

Eso descartaba las más ardientes secuaces de Nyx. A no ser que hubiera otra gladiadora entre nosotras que quisiera ganarse su favor. Por su parte, Nyx apenas parecía que se hubiera dado cuenta de que yo estaba allí. Su mirada estaba clavada en la puerta.

—Es una maldición —murmuró—. Un augurio de mala fortuna.

—Es un pájaro.

Saqué el cuquillo que llevaba en el cinto para poder quitar los clavos que sujetaban la pobre criatura muerta, crucificada como un esclavo.

Solo que no estaba muerta.

Cuando acerqué la mano, el pájaro —muy joven a juzgar por su aspecto— alzó la cabeza y graznó débilmente hacia mí. Una de las chicas que tenía detrás chilló y el pájaro forcejeó para batir las alas.

—Tendrías que romperle el cuello —dijo Elka—. Acabar con su sufrimiento.

Fruncí el ceño. No estaba segura de cómo se lo tomaría Morrigan. Y no iba a matar a una criatura inocente si no tenía que hacerlo, solo porque alguien hubiera pensado que sería divertido intentar asustarme. Eché la vista atrás hacia las otras chicas y vi a Neferet entre la multitud. La llamé y vino con pasos algo dudosos.

Desde que empezó a cuidar de Antonia, había estado estudiando y aprendiendo medicina bajo la supervisión de Heron.

—¿Puedes ayudarme a intentar salvarlo? —pregunté.

Ella asintió y sujetó el peso del pájaro mientras yo trabajaba para sacar los dos clavos que tenía en las alas. Quienquiera que lo hubiera hecho seguro que había drogado al pájaro para adormecerlo. Cuando lo hubimos liberado de los clavos que sujetaban sus alas justo debajo de la articulación, quedó claro que no le pasaba nada más. Neferet acunó el pájaro con dulzura y se lo colocó cerca del pecho.

—Lo mantendré caliente y le limpiaré las heridas —me dijo en voz baja—. Probablemente no volverá a volar, pero quizá viva.

Asentí.

—Gracias, Neferet.

—¿Quién haría algo así?

—Alguien que no tiene ni idea de lo mucho que ha enojado a mi diosa —respondí—. Y a mí.

Me volví y eché a andar por el pasillo en dirección contraria, en busca de un cubo y un trapo.

Sorcha me encontró justo cuando acababa de limpiar los últimos restos de sangre de mi puerta. Era evidente que se había enterado de lo del cuervo. Su rostro colorado mostraba la blancura de su cicatriz en un pronunciado contraste y airadas chispas parecían danzar en la oscuridad de su ojo herido.

—No es nada —dije intentando adelantarme a lo que sabía que se me venía encima.

—No, sí que es nada. —Clavó la mirada alternativamente en mí y en la puerta—. Voy a sacarte de la consideración por los Triunfos.

—¡No puedes! —Sentí una llamarada de pánico.

—Puedo. Y lo haré. —Señaló con violencia la última mancha herrumbrosa

que quedaba en la madera—. ¡Esto es más que una advertencia, Fallon! Es una promesa. Es una marca de muerte y no voy a dejar que vayas y te...

—Sorcha, por favor. —Algo en el sonido de mi voz la congeló—. Ni siquiera sabemos si César me escogerá. Pero si lo hace, tengo que luchar. No solo por mí. Por ti. Por el honor del Ludo Aquilea y el de la Casa Cantii. Tienes que dejarme.

—No. Mi decisión es definitiva.

Igual que cuando éramos pequeñas. Mi hermana podía ser la criatura más testaruda que los dioses hubieran puesto sobre la capa de la tierra. Me sentí como si volviera a tener nueve años y quise gritar.

—No te preocupó mucho enviarme a la arena a luchar contra la Furia —escupí—. ¿Por qué esto es distinto?

—No tenías que luchar contra aquella loca —dijo—. Ninguna de mis chicas tenía que hacerlo. ¡Ni siquiera tendría que haber estado en la lista! Discutí con los señores de los juegos hasta que me puse morada y me quedé sin voz, pero me amenazaron con censurar a todo el ludo si tu combate no se llevaba a cabo. César me habría cortado la cabeza.

—¿Cuándo dejarás de protegerme, Sorcha? Dices que no puedes tratarme de forma diferente respecto a las otras chicas, ¿verdad? ¡Entonces no lo hagas!

—Esto ya no es un juego. —Me cogió por los hombros, su rostro muy cerca del mío—. Para algunos jamás lo fue. Y ahora la han tomado contigo. No dejaré que pase. Mañana mismo vuelves al ludo.

—¡Sorcha, no!

—Recoge tus cosas.

Sin pronunciar otra palabra más, se volvió y se fue, dejándome ahí de pie, con las manos manchadas de sangre y los ojos inundados de lágrimas de frustración. De pronto, me di cuenta de que no estaba sola. Me volví para ver a Thalestris de pie al otro extremo del pasillo por donde Sorcha se había alejado. Me volví de nuevo hacia la puerta y froté con rabia los últimos rastros de sangre. La maestra de lucha amazona se acercó a mí, silenciosa como un cazador acechando a su presa, y se paró para apoyarse en la pared, al lado de mi puerta.

—Es normal que las hermanas mayores se preocupen —dijo.

La mano con que sujetaba el trapo se me congeló.

—¿Lo sabes?

Miré por el pasillo para comprobar que estábamos solas, más que sorprendida. Cuando Sorcha me hizo jurar que no contaría nuestro secreto, ni siquiera se lo expliqué a Elka. Ni a Cay.

—Por supuesto —respondió Thalestris—. Soy la *Primus Pilus* de la lanista. No tenemos secretos entre nosotras.

Recordé la noche en la barcaza de Cleopatra cuando Sorcha me dijo que las únicas personas que sabían que yo era su hermana éramos nosotras tres y Charon. Pareció inflexible para mantenerlo como estaba, pero supongo que habría hecho una excepción por Thalestris.

—Está muy orgullosa de ti —dijo interrumpiendo mis pensamientos.

Resoplé.

—Lo dudo.

Ella rio.

—Los romanos tienen un dicho: *In vino veritas*.

«En el vino está la verdad. Los romanos y su vino», pensé. En Prydain, los jefes y los hombres libres bebían buena cerveza negra e hidromiel especiado si querían obtener la verdad de las cosas.

—Hubo un banquete una noche —continuó Thalestris—. Solo un mes o así antes del accidente del carro de guerra que acabó con la carrera de Aquilea como gladiadora, en los tiempos en que era la persona más querida de la ciudad. Fue entonces cuando me enteré de tu existencia. Uno de los admiradores de Aquilea se lamentaba del hecho que solo había una como ella. Yo jamás había oído a Aquilea hablar de su pasado hasta entonces, pero el vino había corrido durante toda la noche y ella se había puesto melancólica. Le dijo al hombre que, de hecho, había dejado atrás una hermana más pequeña, una hermana que prometía ser una gran guerrera, mejor que la misma Aquilea, y que la colmaba de pena no

haberla visto crecer para cumplir esa promesa. Alardeó de que habrías sido una feroz gladiadora. Una campeona.

—¿Ella dijo eso?

—Lo dijo. Y ahora estás aquí. —Se encogió de hombros—. Quizá la diosa a quien ambas oráis lo ha querido así.

—O quizá solo tiene un sentido del humor muy retorcido —dije con amargura—. Estoy aquí, puedo luchar, mejor que cualquiera, ¡y no me deja!

—Como he dicho, eso fue antes del accidente —continuó Thalestris.

—No entiendo qué tiene que ver eso conmigo. Yo ni siquiera soy auriga...

—Después del accidente, nos enteramos de que alguien manipuló el eje de su carro de guerra.

Miré fijamente la maestra de lucha.

—Días antes de la carrera —sus ojos se desviaron un segundo a las húmedas planchas de la puerta de mi cuarto—, Aquilea ignoró ciertos... presagios. Advertencias. A lo largo de los años, los juegos se habían vuelto muy peligrosos, tanto dentro como fuera de la arena. Las rivalidades entre los ludi ardían.

—Me mintió —afirmé—. Me dijo que solo había sido un accidente, no que alguien había intentado matarla. ¿Por qué lo hizo?

—No quería asustarte —respondió Thalestris—. Lo peor que puedes tener al entrar en la arena es miedo.

—También me dijo que no me trataría distinto respecto a las otras chicas.

—Quizá su perspectiva se ha alterado. —Thalestris puso la punta de un dedo en la madera húmeda de la puerta, repasando los débiles restos de la mancha—. O quizá tomaría la misma decisión con cualquiera de sus otras protegidas.

—¿Y tú estás de acuerdo con ella? —desafié—. Con mandarme de vuelta al ludo.

—Es ella quien tiene que tomar la decisión, no yo —respondió—. Pero no. Yo te mandaré de vuelta a la arena. No puedes ganar la lucha, te enfrentes a lo que te enfrentes, si huyes de ella. Pero ten esto muy claro: el corazón de la lanista se

haría pedazos si perdiera a su querida hermana. —Me miró fijamente con sus oscuros ojos, sin parpadear—. Créeme, sé lo que digo.

Habiendo dicho eso, asintió hacia mí y se fue sigilosamente. Yo me quedé allí de pie largo rato después de que se hubiera ido, con los ojos clavados en el trapo húmedo rosa que sujetaba y preguntándome qué hacer.

Me salté la cena porque preferí ponerme melancólica sola en mi cuarto. Por supuesto, Elka no quiso permitirlo e insistió en hacerme compañía mientras yo echaba humo e iba arriba y abajo por el cuarto. Cuando alguien llamó a la puerta, abrí y me sorprendió ver a Nyx allí de pie.

—¿Qué quieres? —pregunté.

Miró por encima de mi hombro y luego entró en el cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

—Quería ver si estabas bien.

—Sí, claro que querías verlo —espeté—. Y yo aprecio sobremanera tu preocupación sin duda genuina. Ya puedes irte.

—Espera. —Nyx sacudió la cabeza—. ¿Aquello del cuervo? No fui yo.

Para mi sorpresa, pude leer la verdad en la expresión de su rostro. De pronto, sentí el agotamiento cayéndome encima. La animadversión de pronto requería demasiado esfuerzo. Suspiré y me senté en la cama.

—Ya sé que no fuiste tú —dije pasándome una mano por el pelo—. Elka ya respondió por ti.

Nyx miró a Elka y ella asintió.

—Solo quiero saber quién lo hizo y qué cree que intenta demostrar.

—Si lo supiera, te lo diría.

Ante eso Elka soltó un bufido.

—Lo haría. —Nyx se cruzó de brazos—. Mira, ya sé que no soy simpática, pero yo no recurro a trucos sucios, y no respeto a nadie que lo haga. Lucho con todas mis fuerzas y lucho bien, y a veces me resulta difícil admitirlo cuando otra



persona también lo hace. —Me miró con los ojos entre cerrados—. ¿La Furia? No sé si yo la hubiera podido vencer.

—Yo no estoy segura de haberlo hecho.

—Lo hiciste. Fue un buen combate. Un combate honorable. —Nyx dio otro paso en el cuarto, compuso una expresión compungida—. Lo digo en serio. Y por primera vez desde que llegué al ludo, tengo a alguien que me empuja a ser una luchadora mejor. Y aunque me duela admitirlo... lo necesitaba. —Alargó una mano y dijo—: Podemos seguir siendo rivales, pero quiero que seamos amigas.

Dudé. ¿Cómo reaccionaría Nyx si le dijera que ya no tenía que competir conmigo, que Sorcha me sacaría del desafío para la Victoria? Decidí, teniendo en cuenta todo lo que acababa de decirme, que quizá no era el mejor momento para contárselo.

Me puse de pie y encajé la muñeca de Nyx.

Entonces sonrió y me dijo:

—Bien. Escucha, tengo una patrona aquí en Roma, una dama caballista rica. Me ha informado de las jaranas que tendrán lugar esta noche.

—¿Jaranas?

—Una fiesta, una de las grandes. Muy suntuosa, muy exclusiva, llena de otros patricios ricos con ganas de gastar dinero en luchadoras jóvenes y bonitas.

—Ya tengo un patrono —dije sin nombrar a Charon.

—Ya me he dado cuenta. —Nyx señaló a Elka y dijo—: Pero tú no. Y podrías conseguir algo mejor que los desechos de Ajani.

Elka alzó un hombro.

—No soy quisquillosa.

Nyx se volvió hacia mí.

—Venga, Fallon. Todas tenemos los nervios de punta después de lo de hoy. ¡Nos merecemos un poco de diversión!

Enarqué una ceja al mirarla:

—¿La lanista os ha dado permiso para ir?

Compuso una sonrisa burlona. Traviesa.

Noté una sonrisita pintándoseme en la cara a modo de respuesta.

La *domus* donde nos hospedábamos se parecía al complejo del ludo en el hecho de que no estábamos encerradas en nuestros cuartos por la noche. Sin embargo, no éramos exactamente libres para merodear por las calles de Roma a placer y si nos cogían estaba segura de que tendríamos que soportar las consecuencias. Nyx no parecía pensar que tuviera que haber ningún problema.

—Será divertido —dijo.

—Iré si Elka también va —repuse.

Elka me miró, pero Nyx se limitó a soltar otra risita.

—Por mí, bien —dijo—. También he invitado a Lydia. Le irá bien un equipo nuevo, y sabe cómo comportarse con los hombres. Pero tenéis que ser rápidas y cambiaros. Poneros algo bonito. Elegante. Nos encontraremos en el lavadero tan pronto como podáis. Que no os pillen. ¡Y no digáis nada a las otras chicas!

Y entonces se fue.

Cogí el dobladillo de mi túnica y pregunté:

—¿Algo bonito?

—¿Elegante?

Elka iba vestida igual que yo.

A regañadientes, abrí la tapa de mi baúl. En un rincón, bajo la pesada capa que Ajani me había dado durante mi primera noche en el ludo, había un montoncito de tela brillante doblada: el disfraz que las mujeres de Charon me habían puesto para la subasta de esclavos. Al mirarlo, el recuerdo de aquel día —parecía como si hubieran pasado mil desde entonces— volvió de golpe, bañándome entera como si fuera la marea al subir.

—¿Tú también has guardado el tuyo? —preguntó Elka con ironía.

Me reí al ver su cara.

—¿Es muy mala idea?

—Sabes que somos esclavas, *ja*? —dijo sin rodeos—. Si alguien nos pilla fuera de aquí, pensarán que estamos huyendo. Nos azotarán.

—Es muy mala idea.

Y, a pesar de ello, ninguna de las dos daría marcha atrás. Sorcha podía intentar mantenerme a salvo de la muerte, pero no podía impedirme vivir mi vida. Y si no iba a competir por la Victoria, no era como si tuviera algo que perder. Una temeraria emoción me nació en el pecho solo con pensar en desobedecerla y debió notármeme en la cara, porque Elka suspiró y dijo:

—Iré a vestirme.

Me deshice la trenza y me peiné los rizos para que me cayeran, ahuecados, por los hombros. Entonces me enfundé el vestido de la subasta, me abroché las fíbulas a los hombros y a modo de cinturón me puse un bonito pañuelo con flecos que alguien me había tirado desde las gradas después de ganar uno de los combates del circuito.

Elka y yo bajamos a los lavaderos para encontrarnos con Nyx, Lydia estaba con ella. Nyx vestía una elegante *stola* amarillo pálido que se ataba con broches de plata encima de los hombros y dejaba sus bronceados brazos al descubierto. Llevaba el pelo largo y negro recogido con peinetas de plata. Lydia vestía de azul, llevaba un colgante de abalorios ambarinos y mucha pintura en los ojos. Todas llevábamos las capas y las capuchas, y yo temblaba de temor y emoción.

Nyx insertó una llave en el gran cerrojo de hierro de la puerta de madera que llevaba a un callejón. No pregunté de dónde la había sacado, pero no fue difícil descubrirlo. Había visto a un atractivo esclavo joven de las cocinas poniéndole ojitos el primer día que llegamos, y Nyx no era nada sino ingeniosa. De nuevo, eso mismo se hizo evidente por el pellejo de vino que se sacó de entre de los pliegues de la capa. Enfilamos por las estrechas calles en dirección al Monte Celio, donde las familias patricias ricas de Roma habían construido espléndidas residencias que parecían más palacios que casas.

—No puede ser que estéis tan nerviosas en una noche así —dijo Nyx ofreciéndole el pellejo de vino a Elka, quien como una experta echó la cabeza para atrás y arrojó un chorro de líquido rojo directo a su garganta—. ¡Ja! Eso es. ¡Bebes como una amazona!

—Lucho como una también. —Elka se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Será mejor que Thalestris no te oiga decir eso. —Nyx rio cuando Elka le devolvió el vino—. Le afecta el tema, viendo como su poderosa hermana amazona avergonzó a toda la maldita tribu cuando se distinguió como la primera gladiadora de la historia que murió en combate. Y por nuestra propia lanista, ¡nada menos!

Me ofreció el vino y puso los ojos en blanco cuando dudé. Ahogué un suspiro y cogí el pellejo. El vino no estaba aguado, era rico y dulce. «Nyx habrá robado lo más caro», pensé. Di otro largo trago y se lo devolví.

—¿Adónde vamos? —pregunté echando un vistazo por los edificios que no conocía y que se repartían por las oscuras calles.

Apenas nos habíamos cruzado con un alma y la mayoría de las ventanas estaban cerradas a cal y canto. De no haber sido por la luna, hubiera sido como andar por la niebla negra como la tinta.

—Vamos a la Domus Corvinus, en el Monte Celio —explicó Nyx—. Es propiedad de un noble muy rico que tiene mucho más dinero del que puede gastar y no quiere dejarles nada a sus avariciosos parientes. Así que se lo gasta todo en estas extravagantes fiestas e invita a todos sus amigos, y todo el mundo se vuelve un poco loco. Sus cocineros preparan todo tipo de platos extranjeros como lenguas de mono y estrellas de mar estofadas. ¡Y el entretenimiento es extra ordinario!

Me pregunté en qué consistiría el entretenimiento extraordinario en una fiesta romana. Pensé en las reuniones cuando mi padre era anfitrión y jóvenes de las tribus competían para ver quién podía saltar por encima de las llamas de la hoguera más alta y los bardos hacían duelos cantando y enhebrando palabras y música lo bastante preciosas para romper corazones. Y las mujeres danzaban descalzas en un suelo de espadas desnudas...

Mis pasos trastabillaron en una oleada de añoranza hacia mi hogar y me detuve en medio de la calle. Estaba fuera del ludo, sin vigilancia, de noche... ¿qué me impedía huir?

Pero incluso cuando el pensamiento cruzó por mi mente, me pregunté si

podría soportar perder a mi hermana de nuevo. Thalestris dijo que Sorcha enloquecería de pena si pensara que me había pasado algo.

«¿Después de todo lo que me ha hecho sufrir? —pensé—. Se lo tendría bien merecido».

Incluso en la oscuridad, seguramente podría arreglármelas para ir en dirección hacia la Colina Capitolina. Y podía oler el río. Sin embargo, si me perdía y acababa en el distrito Aventino, entonces tendría problemas. El Aventino —así me habían advertido— no era una parte de la ciudad donde perderse.

—¡Venga, Fallon! —exclamó Nyx de pronto, cogiéndome la mano—. ¡No seas tan lenta! Estamos en Roma. Esta es la ciudad más increíble del mundo, y jamás tendremos otra oportunidad para vivirla así. Será divertido, ¡ya lo verás!

Me ofreció el pellejo de vino de nuevo.

Tomé otro trago y mi ansia por huir se desvaneció al tiempo que el calor líquido del vino corría por mi cuerpo. Sentí un ligero zumbido en el cráneo como un enjambre de perezosas abejas. Nyx tenía razón. Escapar, a fin de cuentas, me costaría un terrible esfuerzo. Y seguro que me podía bastar con un poco menos de esfuerzo y un poco más de diversión en mi vida.

Un poco más de hermandad y un poco menos de hermana.

Se dice que, si miras con suficiente atención, puedes encontrar cualquier tipo de indulgencia en Roma. Y que, en la mayoría de los casos, ni siquiera tenías que mirar mucho. No se podía entrar en la Domus Corvinus esa noche a no ser que llevaras una máscara. Quienes no habían traído la suya propia —«Y ¿quiénes exactamente han traído la suya propia?», se preguntó Elka en voz alta— estaban obligados a escoger una de las que había en el cesto que sujetaba una de las bellas chicas que había a la entrada de los terrenos de la casa.

—No entiendo por qué todo el mundo tiene que llevar una —dije.

Una de las chicas que sujetaba un cesto se inclinó hacia mi oreja.

—Porque los viejos estirados que visten esas togas de franja púrpura en el

Senado no aprueban este tipo de reuniones —me susurró—. Declararon ilegales las bacanales hace décadas, ¡y las fiestas de la Domus Corvinus son lo más parecido que encontrarás! —Entonces me besó en la mejilla y su perfume hizo que me rodara la cabeza—. ¿No es deliciosamente escandaloso?

Algunas máscaras estaban hechas de tiras de lino que envolvían estructuras de alambre y armadas con pasta, y otras estaban hechas de cuero, moldeadas en formas grotescas o extravagantes. Todas estaban pintadas y decoradas con joyas y abalorios o plumas de pavo real. Algunas eran doradas o acabadas con plata, y algunas incluso estaban pegadas a elaboradas pelucas teñidas de colores brillantes.

Nyx escogió la que estaba adornada con un abanico de plumas de pavo real. Lydia protestó que había estado a punto de coger justo esa, pero se tuvo que contentar con una que estaba diseñada como un mosaico. Yo no iba a decirle que le confería un aspecto bastante ofidio. Elka se puso una máscara engalanada con plumas aterciopeladas que la hacía parecer una lechuza.

Yo solo había visto las máscaras que llevaban los artistas que actuaban entre combate y combate. Me inquietaba un poco que la gente normal se ataviara para disfrazarse entre la multitud. El anonimato que garantizaban a los parranderos se me antojaba casi peligroso.

—¡Ay, para de entretenerte! —se quejó Nyx—. Coge una y venga. ¡Nos perderemos todo lo bueno!

Me sacudí de encima el momento de aprensión y metí la mano en el canasto para coger la primera máscara que tocaron mis dedos —una con capas de delicadas hojas verdes y amarillas que se abrían en un abanico hacia fuera como una explosión de sol. Me la coloqué en el rostro y la chica me anudó las cintas detrás de la cabeza.

—¡Te queda bien, raposita! —dijo Elka, la boca se le curvaba hacia arriba en una sonrisa torcida bajo la nube de plumas que llevaba—. Pareces uno de los *alfr*, un espíritu de los bosques venido de las arboledas sagradas ¡para bailar! —exclamó, y se echó a reír.

Jamás había oído a Elka reír de aquel modo.

Me volví hacia Nyx.

—¿Qué hay en el vino? —quise saber.

—Solo un poco de mandrágora —dijo con un encogimiento de hombros.

Justo cuando lo dijo, mi cabeza empezó a girar como las ruedas de un carro de guerra caído. «¿Mandrágora?». Eso era algo que los druidas usaban en casa... era un poderoso estupefaciente que les ayudaba a caer en trances para hacer adivinaciones. Y qué casualidad que Nyx no lo hubiera mencionado hasta entonces. Al verme la cara, suspiró con impaciencia.

—Todo el mundo consume en una fiesta como esta —espetó con un tono agresivo en la voz—. O vino de la amapola. A veces ambas cosas. ¡No seas tan provinciana!

El insulto me hirió, pero no pensaba permitir que Nyx lo supiera, así que, como una idiota, le arranqué el pellejo de vino de las manos y me vertí un chorro del líquido en la garganta. Cuando le devolví el pellejo, intenté ignorar el hecho de que los labios me cosquilleaban.

Enfilamos el camino arriba y para cuando llegamos a la casa, Elka y yo no parábamos de reír como tontas. Con el brazo por los hombros de la otra, trastabillamos al cruzar las enormes puertas principales de la casa palaciega, que daban a un enorme vestíbulo abovedado. Y de pronto entendí por qué se llamaba Domus Corvinus.

«Casa Cuervo».

Ni siquiera se me había ocurrido la primera vez que Nyx había dicho el nombre. Pero entonces vi la enorme estatua de mármol negro del pájaro posado, con las alas totalmente extendidas, encima de un pedestal colocado en medio del atrio. Me lo quedé mirando asombrada. La escultura parecía tan real que casi esperé oír el batir de sus alas. Durante un momento, mi mente retrocedió hasta el cuervo que habían clavado en mi puerta y sentí una oleada de miedo. Sacudí la cabeza con fuerza.

El cuervo era sagrado para Morrigan, me dije. En cualquier caso, aquello era

un signo de que ella quería que yo estuviera en ese lugar. Rocé con las puntas de los dedos las crestas de mármol de las garras del cuervo cuando pasé a su lado. De pronto me di cuenta de que estaba sola en medio de la multitud y miré a mi alrededor para encontrar a Elka, mientras buscaba a tientas el broche que sujetaba mi capa con dedos torpes y entumecidos, para poder dársela al guarda que estaba ahí en medio barrándome el paso.

Me abrí camino hasta las estancias principales de la casa y a través de un enorme comedor provisto de distintos conjuntos de sofás reclinables y grandes mesas que gemían bajo el peso de la comida y la bebida que soportaban. La absoluta abundancia era abrumadora. El absoluto abandono con que los invitados de la fiesta se consentían lo era todavía más.

Me maravilló. Así que eso era vivir una vida de riqueza y lujo. Ruido y color y perfumes embriagadores me apabullaban los sentidos y me quedé allí plantada mirando el reluciente espectáculo iluminado con antorchas. Lydia y Nyx habían avanzado mucho más que yo —apenas podía verlas, con las cabezas juntas y susurrando antes de que la multitud se las tragara— y Elka se había dirigido hacia la mesa de comida más cercana. La observé andar haciendo eses entre la masa de cuerpos y pensé que tendría que alcanzarla. Que tenía que vigilarla. Pero para cuando hube formado ese pensamiento por completo, Elka había desaparecido.

Alguien me puso un cáliz en la mano y bebí su contenido de un trago.

Bailarines, tanto chicos como chicas, de cuerpos ágiles y en su mayoría desnudos, pasaron por mi lado tejiendo una telaraña. Músicos que tocaban flautas y tambores y liras que parecían arpas estaban sentados en estrados elevados en los rincones de la habitación, las hebras de sus canciones se entretejían en una competición en el aire, por encima de las cabezas de los invitados, demasiado ajetreados cotilleando o toqueteándose o soltando carcajadas de risa borracha para siquiera darse cuenta.

Pero de pronto llegó la hora del evento principal de la noche.

De eso todo el mundo se dio cuenta. Era por lo que habían venido.



Una única *cornua* —igual que los cuernos que habían utilizado en la arena— lanzó una estridente y autoritaria nota que retumbó entre las elegantes columnas de mármol, y la habitación se sumió en un absoluto silencio. Incluso en mi nublado estado, pude sentir la tensión restallando como un relámpago cuando una figura que llevaba una máscara larga y dorada dio un paso al frente. Alzó una vara ornamentalmente decorada y anunció que el combate estaba a punto de empezar entre las que con el tiempo serían dos estrellas del mundo de los gladiadores.

«¿Gladiadores? —pensé—, ¿en una fiesta?».

Los invitados vitorearon, algunos a Ajax y algunos a Mandobracio.

«¿Mandobracio?, ¿dónde había oído yo ese nombre antes?».

No podía recordarlo. Y la niebla que tenía en la cabeza no me ayudaba. Me quedé allí de pie, balanceándome, mientras dos chicas jóvenes ataviadas con túnicas cortas y vaporosas corrían los telones para dejar paso a los gladiadores. Las antorchas llamearon y la luz de sus llamas se reflejó en las armaduras y espadas que llevaban. Los hombres vitorearon escandalosamente y las mujeres se echaron hacia delante, expectantes.

Ambos hombres llevaban cascos con visera, pero menos armadura de la que habrían llevado en la arena, solo anchos cinturones de cuero y *kilts* de batalla, espinilleras y muñequeras. El que se llamaba Ajax era muy musculoso y brillaba porque iba muy aceitado, su piel era profundamente olivácea y bronceada. Mandobracio era más pálido, esbelto y lucía en el pecho y la espalda los tatuajes azules de remolinos de los celtas. Su largo pelo oscuro le caía por los hombros bajo un yelmo con ala crestado con un penacho de brillantes plumas negras.

Me estremecí al verle. He ahí un guerrero de quien Morrigan estaría orgullosa. La multitud de invitados le adoraba, coreaban su nombre como si fuera un dios. En ese momento, cuando los dos hombres se cuadraron y la multitud se quedó quieta, expectante, no pude pensar en nada que yo quisiera más. Luchar de ese modo, ser adorada de ese modo... ganar una gloria así con nada más que mis espadas. Pensé en el papel de la Victoria en los Triunfos de César

escapándoseme entre los dedos y, durante un fugaz e irracional momento, quise rechinar los dientes con furia allí mismo, en medio de la jarana.

Sin embargo, los dos hombres avanzaron un paso y se saludaron, y me descubrí a mí misma inclinándome hacia delante como el resto de los asistentes. Parecía que ambos gladiadores lucharían con el estilo *dimachaerus* —como hacía yo— y me oí vitoreando como una loca. La *cornua* sonó de nuevo, me resonó en los oídos y ahogó mis gritos, y empezó el combate.

Ajax empezó a atacar y Mandobracio, más ágil y pequeño, se vio forzado a retirarse precipitadamente, las espadas giraron como ruedas al bloquear estocada tras estocada. Ajax siguió implacable y los dos combatientes acabaron mezclándose con la multitud, sin preocuparse por si herían a algún espectador. Los invitados se echaron al suelo, riendo cuando se levantaban después de que el frenesí hubiera pasado de largo.

La tan próxima caricia de la muerte resultaba embriagadora para los espectadores. En esos momentos, los gladiadores eran como héroes y villanos sacados de una leyenda. Las mujeres chillaron emocionadas y los hombres animaban borrachos a gritos mientras las centelleantes espadas les pasaban a pocos centímetros de cercenarles sus extremidades patricias.

Yo gritaba tan fuerte como cualquiera en ese cuarto.

Ajax persiguió a Mandobracio por todo el comedor y hasta el jardín, y la multitud corrió en pos de los gladiadores, arrastrándome a mí con ellos. Una ráfaga de viento azotó el patio descubierto y dos de los postes con antorchas titilaron hasta extinguirse, sumiendo un rincón de la improvisada arena en la oscuridad. Vislumbré a Mandobracio girando sobre sus talones y desapareciendo entre la muchedumbre.

Los esclavos de la casa se abrieron paso con dificultad entre gritos de enfado para encender las antorchas de nuevo. Cuando volvieron a crepitar llenas de vida, Ajax estaba de pie en medio de un pequeño claro en el patio, dándose la vuelta con cautela. No había ni rastro de su oponente.

Entonces, de pronto, vi el penacho de plumas negras de un casco asomando

por encima de las cabezas de los invitados. Ajax también lo vio y arremetió hacia delante, enarbolando sus espadas ante él. Los espectadores chillaron — presos de verdadero terror— y se apartaron de en medio frenéticamente mientras una de las gruesas espadas del gladiador se hundía en el pecho desnudo del hombre que llevaba el casco con penacho. La presa de Ajax se tambaleó y cayó hacia delante, en el espacio que había entre la multitud.

Ese no era Mandobracio.

El torso del hombre era mucho más flacucho y no tenía los tatuajes azules. Su casco ni siquiera era real, solamente era un disfraz: una de las máscaras más elaboradas de la fiesta, diseñada para imitar la armadura de Mandobracio. El hombre que lo llevaba probablemente había sido un ferviente admirador.

Ajax se dio cuenta de su error un instante demasiado tarde.

Soltó un grito ahogado y miró hacia abajo para ver dos espadas saliendo de su pecho, los extremos rojos por su propia sangre. La columna de Ajax se arqueó y el hombre agarró débilmente las hojas de acero, hundiéndose de rodillas a menos de la largada de una lanza de mí. Cuando se desplomó de cara sobre el suelo de mármol, la multitud enloqueció sedienta de sangre, aullando y vitoreando y gritando el nombre del vencedor. Aparté la mirada del hombre muerto para ver a Mandobracio allí de pie, el tatuado pecho agitado, las espadas agarradas por unos puños manchados de oscura sangre. Arrastrada por el momento, borracha de emoción y de vino con mandrágora a partes iguales, sentí una euforia salvaje. Sin embargo, cuando el gladiador ensangrentado alzó el rostro y me miró a los ojos, sentí como mi corazón se partía en dos.

Los ojos grises que me miraban desde detrás de la visera del casco me eran tan familiares como mi propia alma. La habitación empezó a girar y de pronto sentí que me estaba sofocando. Me arranqué la máscara del rostro y la boca del gladiador pronunció en silencio la forma de un nombre. Mi nombre.

—¿Fallon? —parpadeó deprisa.

Sus ensangrentadas espadas le temblaron en las manos.

«¿Mael?».

—¿De verdad que eres tú? Fallon... soy yo —Se quitó el casco de la cabeza. Tenía plumas de cuervo trenzadas por toda su larga melena oscura—. ¡Soy Aeddán!

«Aeddán...».

No. No podía ser. La última vez que había visto a Aeddán acababa de matar a su hermano. Era el vino, la mandrágora. Estaba teniendo alucinaciones. Cuando la aparición del hermano de Mael alargó una mano para tocarme, me volví y eché a correr para salir de la habitación, luchando para abrirme paso entre la multitud como si el Cuervo de las Pesadillas en persona hubiera venido a por mí.

—¡Fallon! —la aparición me llamaba—. ¡Fallon!

Mi nombre resonó por los salones de mármol detrás de mí mientras corría.

La Domus Corvinus, descubrí muy pronto, era como un laberinto. Pasillos se convertían en habitaciones que se convertían en atrios que se convertían en todavía más pasillos. El enjambre de invitados se fue reduciendo a medida que me alejaba más del comedor, hasta que, por suerte, me acabé quedando sola. Trastabillé hasta una pérgola que conducía a una terraza. Me apoyé, casi caí, encima de un pedestal coronado por un reloj de sol, intentando recuperar el equilibrio, pero sirvió de poco para sofocar la sensación de que volvía a estar en un barco navegando por el Mare Nostrum. El suelo parecía subir y bajar, y las nubes del cielo —lo hubiera podido jurar— respiraban.

«No era Mael. Mael está muerto. Y no era Aeddán».

No. No podía serlo. Aeddán había vuelto corriendo hacia casa después de asesinar a su propio hermano.

Fijé la mirada en los números romanos tallados en la erosionada esfera del reloj, intentando recordar qué eran.

«Uno... Dos... Tres...».

¿Cómo se llamaba el siguiente? Jamás podía acordarme de los nombres de los números, y Elka y yo nos reíamos de ese cada vez que me pedía que escogiera un nombre en la rueda para practicar.

«¡Trece!».

Alguien en el ludo me dijo alguna vez que el trece daba mala suerte.

El cielo, vestido de colores estridentes, se tambaleó hacia mí y el suelo que tenía bajo los pies empezó a subir y a bajar como una ola. Pensé que había oído el graznido de un cuervo en la distancia. Y entonces un par de manos muy fuertes, como garras, me buscaron a tientas en la oscuridad, y una voz dijo:

—Fallon.

Grité.

Y me volví, golpeando, sacudiéndome con violencia para desembarazarme de las garras que quien fuera tenía en mis hombros. Tras una coz me premió con un gruñido de dolor y, de pronto, me había liberado.

—¡Coged a esa zorra! —ladró una voz femenina en la oscuridad.

Una mano se cerró alrededor de mi cara y le pegué un fuerte mordisco. Otro grito de dolor ahogado y me había liberado de nuevo, escupí sangre y eché a correr dando tumbos. Hui hacia las profundas sombras de una hilera de cipreses, donde esperé poder esconderme antes de poder salir corriendo por el camino más cercano que llevara de nuevo hacia la casa. Pero, aunque a lo lejos podía oír risas y alboroto, no pude encontrar ninguna de las escaleras para volver a la fiesta que todavía se celebraba. En el estado en el que me encontraba, ni siquiera sabía dónde era arriba o abajo, y cuando finalmente encontré una escalera de mármol —medio escondida por un espino demasiado crecido— no me llevó hasta la fiesta.

Pude oír gritos enojados detrás de mí, así que volví a pasar al lado del arbusto espinoso y me agazapé en las escaleras tan silenciosamente como pude. No entendía nada en ese momento, pero una cosa parecía meridianamente clara: de pronto me había convertido en una presa muy codiciada. Al final de las escaleras, había una verja de hierro asegurada con una cadena; sin embargo, estaba lo bastante abierta para que yo pudiera pasar por en medio. Sin un momento que perder, me adentré todavía más en las sombras de lo que parecía ser un túnel que llevaba bajo la casa.

—¡Yo he cumplido con mi parte! —La voz femenina llegó hasta las escaleras

—. La he traído aquí. ¿Cómo has podido dejarla escapar? Te matará si se te vuelve a escapar de las manos. Seguramente me matará a mí también...

—¡Cállate! —Aquella era la voz de Aeddan. Parecía casi desesperado.

Aguanté la respiración y me quedé tan quieta como pude.

—Es solo una *gladiolus* debilucha y está drogada con mandrágora.

«Nyx», me di cuenta con un escalofrío de terror recorriéndome el espinazo. Aquella era la voz de Nyx.

—Eres inútil, Mandobraccio.

Sus voces se fueron desvaneciendo mientras discutían.

Era evidente que no me habían visto agazapada en las escaleras, y esa era mi única ventaja. Sin duda yo no estaba para luchar, resollaba como un animal acorralado y apenas podía correr. No tenía ni idea de dónde estaba Elka y deseé desesperadamente que Cayo estuviera allí en ese momento. Era un caso de extrema necesidad.

«Extrema necesidad». De pronto, recordé el pergamino que Charon me había dado —aquel que garantizaba mi seguridad— y me llevé una mano a tientas hasta mi cadera, pero, por supuesto, no llevaba la bolsa de cuero en el cinto aquella noche; hubiera destrozado el conjunto de mi delicada *stola*, así que la había descartado. El pequeño rollo de pergamino estaba en mi bolsa, en el baúl de viaje que tenía en el cuarto... a pesar de las advertencias de Cay y Sorcha y los consejos de Charon.

Era una estúpida.

Las sombras de los cipreses se proyectaron amenazadoramente en las paredes de la escalera donde me escondía, y empecé a imaginarme que se estiraban para cogerme. Tenía que huir de ese lugar. La única opción que me quedaba era correr y la única dirección que podía tomar era hacia abajo. Tan silenciosamente como pude, intentando no chocar contra las paredes en mi débil estado, bajé hacia unas catacumbas que corrían por debajo de la Domus Corvinus y avancé a tientas, rozando con las puntas de los dedos la tosca piedra. Oí el gotear de agua y

entonces, después de lo que se me antojó mucho rato, un sonido parecido a voces ahogadas.

El tenue fulgor de antorchas al final del túnel me hizo señas y me arrastré hasta él, deseando encontrar la entrada de los esclavos hacia la casa. En lugar de eso encontré un gran arco. Se abría para dar paso a una cámara abovedada y eché un vistazo a dentro con cuidado. Bajo la titilante luz de las antorchas, tuve que mirar repetidas veces antes de que mis agotados ojos entendieran del todo lo que veían. Paré mucha atención para encontrar sentido a los ruidos de un canto extraño y grave. Pero entonces mis ojos y oídos juntaron los sentidos y el estómago se me subió a la garganta.

El cuerpo de Ajax —el gladiador caído antes, esa misma noche— yacía desnudo encima de una tabla de mármol negro pulido. Su piel olivácea estaba pálida y flácida y cubierta de sangre. Su rostro estaba girado hacia mí, tenía los ojos abiertos, vacíos y clavados en la vida de ultratumba de la cual su espíritu ya no volvería jamás. Un círculo de figuras con túnicas y encapuchadas que llevaban máscaras de plumas negras se cernieron sobre él. Entre los espacios que había entre las formas apiñadas, pude ver que habían abierto el torso de Ajax como si fuera el cuerpo asado de un jabalí. Vislumbré el blanco fulgor de sus costillas como si fueran dedos rígidos que intentaran coger las sombras, y pude oír los ruidos húmedos y golosos que se producen al comer.

«Que Morrigan me proteja, ¡se están comiendo su corazón!».

La bilis me subió hasta la garganta, amarga y ardiente, y sentí mi propio corazón bombeándome en el pecho pesadamente. Me tapé la boca con una mano para ahogar un grito. ¿Con qué tipo de monstruos acababa de encontrarme? ¿Los invitados que estaban en la mansión tenían idea alguna de lo que estaba pasando en las catacumbas que había bajo sus pies? ¿Sabía algo Nyx?

La cabeza me palpitaba con el latido de mi pulso y el olor de humo e incienso y sangre me abrumaba. Bajo sus grotescas máscaras de plumas negras, los mentones de los hombres reunidos alrededor de la tabla de mármol estaban manchados de carmesí. Uno de ellos estaba de pie detrás de unas balanzas de oro

y vi que en uno de los platos yacía una delicada pluma forjada de centelleante plata. En el otro..., un pedazo rojo de carne cruda tembló cuando las balanzas se hundieron y chocaron para descansar en la tabla de mármol con un golpetazo.

El glamur de la vida de un aclamado gladiador de pronto se hizo añicos en mi mente, explotando en mil pedazos, la imagen se convirtió en un grotesco mosaico de sangre y deshonor. Monstruoso. Me volví mareada sobre los talones de mis sandalias y corrí tan rápidamente como pude, dando tumbos a ciegas por el túnel de piedra negra hasta salir al frío y fragante aire, rezando a Morrigan para que los monstruos no me hubieran visto en su guarida. Subí gateando con dificultad y torpeza la escalinata y me derrumbé sobre el césped. La hierba me susurraba secretos y mentiras al oído, y la tierra bajo mis omoplatos era cálida y respiraba, expandiéndose y contrayéndose como había hecho el pecho del gladiador muerto antes de que le arrancaran el corazón.

Casi había olvidado por qué había tenido que dirigirme hacia ese túnel.

Hasta que Aeddan surgió de la oscuridad.

Abrí la boca para gritar, pero no pude pronunciar ningún sonido. Al menos no creo que lo hiciera. No estaba realmente segura de nada llegado ese punto. Aeddan se hundió sobre sus rodillas delante de mí y estiró las manos.

—¡Fallon! —dijo en voz baja y urgente—. ¡No te haré daño! Tienes que escucharme. Si te encuentran te capturarán. Lo siento muchísimo... todo es culpa mía.

—¿Quién? —pregunté como pude—. ¿Qué estás diciendo?

Se pareció tanto a Mael en ese momento que quise llorar.

—Al principio pensé que todo era por el dinero —continuó sin aliento—, pero es más que eso. Adoran la muerte. Hay un hombre a quien llaman el Coleccionista...

—¿Poncio Aquila? —Sacudí la cabeza intentando despejar lo bastante mi mente para encontrar sentido en todo lo que me explicaba Aeddan—. ¿El Tribuno? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Estas son sus fiestas. No todos los gladiadores de su colección están



destinado a las arenas. Algunos de ellos acaban aquí. Luchando en los munera, los combates privados, para hombres que se llaman a ellos mismos Hijos de Dis. Creen que obtienen poder místico de las muertes de guerreros fuertes.

—Les he visto —dije—. Esos hombres, en las catacumbas...

—Si estuviste lo bastante cerca para verles, entonces deberías agradecer a Morrigan que pudieras escaparte de ellos.

—Fue horrible.

—Esas prácticas están prohibidas por la ley. Solo se reúnen en secreto, y son unos depravados. Crueles. Estos juegos no son solo juegos para esos hombres, Fallon. Es como una locura.

—El gladiador... Ajax. —Clavé la mirada en su pálido rostro—. Esta noche es la segunda vez que veo cómo matas a un hombre.

Aeddan cerró los ojos con fuerza.

—No. Por favor. Él era amigo mío en el ludo. Conozco su destino y lloro por él. Los munera no son solo un entretenimiento. Son un ritual. Y siempre son para la muerte... una ofrenda para sus dioses del inframundo. —El dolor que rezumaba su voz era real—. Ajax me habría matado a mí si hubiera tenido la oportunidad de hacerlo. Cuando nos sacaron del ludo para luchar en un munera, ambos sabíamos que solo uno de nosotros saldría con vida de ese combate.

Lo miré boquiabierto, sin poder creer sus palabras.

—¿Por qué...? ¿Qué haces siquiera luchando tú por un ludo? —Sacudí la cabeza para intentar deshacerme de la bruma de confusión que me envolvía el cerebro—. No eres un gladiador, Aeddan. ¡Eres un rey!

—Estoy exiliado, Fallon —dijo en voz baja—. De nuevo. Por lo que le hice a Maelgwyn. Los trinovantes me sentenciaron fratricida y me desterraron de la tribu.

Cierto. Aeddan quizá fuera un rey, pero también era un asesino. A pesar del peligro de mi situación actual, sentí una cierta satisfacción lúgubre porque no hubiera escapado de su castigo. Tal vez fue la mandrágora, pero imaginé que

podía ver la sombra de Mael cerniéndose oscuramente sobre Aeddan, persiguiéndolo.

—¿Cómo acabaste aquí? —quise saber.

—Cuando mi tío y yo nos vimos forzados a huir a Roma la primera vez, fue Poncio Aquila quien se ofreció a acogernos. Y cuando me encontré de nuevo exiliado en Roma, acabé luchando para él como gladiador para poder pagarle las deudas que mi tío tenía con él.

Recordé el tío de Aeddan, un estúpido traicionero igual que el traidor de su padre.

—Depender del mecenazgo de Aquila era la única manera de que pudiera sobrevivir aquí. Y entonces descubrí que, de algún modo, en algún lugar, Aquila te había descubierto.

—¿A mí?

—La hermana pequeña guerrera que la gran Lady Aquilea tenía en su hogar, Prydain. Mejor, más fuerte, más joven que la mejor gladiadora que nadie hubiera visto jamás.

La cabeza me empezó a rodar al pensarlo. Recordé lo que Thalestris me había contado de aquella vez que Sorcha había alardeado, borracha, de la ferocidad de las mujeres cantii y de cómo su hermana pequeña había sido la más fiera de todas ellas. Demasiado para mantenerme en secreto. Mi propia hermana me había traicionado sin siquiera saberlo. Y Aeddan me había traicionado también.

—¿Por qué no me dijiste que estaba viva? —pregunté—. Tú sabías que Sorcha estaba en Roma y no me lo dijiste.

—Porque sabía cuantísimo te dolería. Tenía pensado decírtelo una vez nos hubiéramos casado, de camino hacia aquí. No pensé...

—¡No pensaste en nada! —grité furiosa—. Solo en tus propios deseos egoístas. Tanto tú como Sorcha. Y ahora soy yo quien está en peligro.

—Ella no tiene la culpa —dijo Aeddan—. El culpable soy solo yo.

—¿Qué quieres decir?

—Sorcha no podía saber que Aquila se obsesionaría contigo, Fallon, con la

idea de ti, pero yo sí. Y cuando me convenció de que te trajera aquí, no hice caso a esa obsesión —el rostro de Aeddan estaba colmado de tristeza—. Me prometió que haría de ti la estrella más brillante de la arena si te traía aquí... Aclamada como una reina, adorada por las masas. Yo no lo sabía. No lo entendí, pero él me convenció para que te llevara hasta él. Y entonces Mael estaba muerto y tú habías desaparecido y yo... yo estaba perdido.

Yo no podía hacer más que mirarlo.

Los cuervos de Morrigan me habían llevado a ese lugar... nos habían llevado a ambos.

Sin darme cuenta, me había escapado de las maquinaciones de Aeddan solo para acabar en el mismísimo sitio donde él quería llevarme desde el principio. Al escaparme de un destino, había sido víctima de su gemelo. En la distancia, oí voces gritando. Aeddan también las oyó. Me cogió por los hombros y me levantó del suelo, medio llevándome, medio arrastrándome por el césped hacia la pared del jardín.

—¡Corre, Fallon! —apremió—. ¡Corre!

Un terror ciego y animal me guio cuando trepé por la pared del jardín. No era más alta que yo, pero mi torpeza colmada de agotamiento me obligó a agarrarme y a arañar la pared para saltarla, y me magullé la piel de las manos y las rodillas. Una vez hube cruzado al otro lado, eché a correr por la carretera que llevaba de vuelta a las calles de la ciudad sumidas en la oscuridad.

En mi mente, había monstruos de plumas negras persiguiéndome mientras corría.

## XXVI

La luz que me bañaba el rostro era cálida y la manta que me tapaba era suave. En algún lugar, muy cerca, una fuente manaba agua con el sonido de campanillas tañendo y pajaritos se cantaban dulces melodías entre ellos. La habitación olía levemente a lilas.

Y yo me sentía como la Muerte en persona.

Me esforcé para ponerme de lado mientras mi estómago se revolvía y la cabeza me daba vueltas. Apreté fuerte los dientes contra una oleada de bilis que empezó a subirme por la garganta y cuando la sensación por fin se desvaneció, forcé los ojos para que se abrieran y escrutaran en la pálida luz matutina. La ventana de cristal abierta que tenía encima de la cabeza estaba cubierta por una cortina vaporosa que ondeaba por la brisa suave. Había un jarrón de lilas en el alféizar y las paredes de la habitación estaban pintadas de un verde tan pálido que era casi blanco. El efecto era fresco y relajante.

Y absolutamente desconocido para mí.

Durante unos breves instantes aterradores, pensé que quizá todavía estaba en la Domus Corvinus y la apremiante necesidad de huir relegó la sensación de enfermedad a un segundo plano. Cogí la suave manta que me cubría y casi la aparté de un golpe, pero entonces me di cuenta de que estaba totalmente desnuda. Y de que no estaba sola en la habitación.

—Estás a salvo —dijo Cay en voz baja.

Su voz tenía un deje que sonaba a decepción.

Entrecerré los ojos hacia donde estaba sentado, en una silla baja, en un rincón de la habitación. Me costaba enfocar, pero se le veía cansado, como si no hubiera

dormido bien, o quizá ni siquiera hubiera dormido, y me pregunté qué estaba haciendo allí... donde fuere que allí era.

Me esforcé para sentarme sin que se me cayera la manta. La cabeza me golpeaba como el martillo de un herrero contra la hoja de una espada. Cay se puso de pie y se movió hacia una mesa al lado de la silla donde había estado sentado. Cogió un vaso y un jarro y me sirvió agua, que bebí de un trago, muerta de sed. Entonces me ofreció una *stola* nueva y limpia. Era lisa, pero de un tejido muy fino, con broches simples y un cinturón.

—Toma —dijo—. Ponte esto.

Miré la ropa y luego a él. Y luego hacia la manta que me tapaba. Cay puso los ojos en blanco y se volvió de espaldas.

—No miraré —aseguró—. Y tampoco me iré. Me gustaría sacarte de aquí y llevarte a la residencia donde están las Aquilea sin que nadie se dé cuenta.

Me escabullí de debajo de las mantas y me puse el vestido de lino sencillo tan rápido como mi perjudicado estado me permitió. La habitación se movía peligrosamente con cada movimiento que yo hacía. Cuando me estaba ajustando el segundo broche del hombro, los dedos me fallaron y se me cayó al suelo. Cay se acercó para recogerlo. Se puso de pie y me apartó el pelo del hombro para abrocharme el prendedor. Luego cogió mis sandalias —lo único que llevaba la noche anterior que parecía haber sobrevivido a la aventura— y se arrodilló ante mí, para calzarme los pies. Mientras lo hacía, oí el ruido de delicadas risas femeninas al otro lado de la puerta.

—¿Dónde estamos? —pregunté—. ¿Qué es este lugar?

Cay se puso de pie, una expresión que solamente podía describir como vergüenza cruzó su rostro.

—Esto es, eh, bueno...

—La llamamos una Casa de Venus.

Me volví hacia el sonido de una voz familiar y vi a Kassandra, la chica que había estado conmigo en la caravana de esclavos de Charon —la que me había dado sus zapatos— de pie bajo el dintel. Con la puerta hacia el pasillo abierta, el

sutil perfume de las lilas del alféizar de la ventana fue sustituido por la fragancia empalagosa y densa del incienso.

—Gracias —murmuré.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Por los zapatos —dije, peleando con mi enturbiado estado para encontrar las palabras adecuadas en latín—. Cuando estábamos en la Galia.

Cay soltó un bufido.

—Tienes que agradecerle mucho más que unos zapatos.

Lo miré sin entender nada.

El chico hizo un ademán con la cabeza hacia la que fue mi compañera de jaula.

—Ella es quien te encontró y te trajo aquí.

—No tenía mucha elección —dijo Cassandra—. No estabas en condiciones de andar sola. De hecho, apenas pudimos arrastrarte hasta aquí.

Los miré a uno y a otra alternativamente, confusa.

—¿Dónde estoy? ¿La Casa de Venus? ¿Qué es esto?

—La mayoría de gente la llama casa de putas —aclaró Cassandra con una sonrisa seca—. Por eso Cayo Varro tiene tanta prisa por sacarte de aquí. Antes de que tu flamante proyección de estrella se vea mancillada por la asociación.

Los dos ya podrían haber estado hablando en griego.

—No entiendo nada —dije.

—Anoche fuiste a una fiesta de una casa del Monte Celio, ¿verdad? —me preguntó Cassandra.

Yo asentí y me llevé una mano a la frente, que daba punzadas despiadadamente.

—Yo también estaba —cuando la miré, se encogió de hombros—. Contrataron a alguna de las chicas de esta casa para servir de azafatas para las fiestas. Nos fuimos con nuestra escolta cuando las cosas empezaron a salirse de madre, como suele pasar en ese tipo de eventos, y fue entonces cuando te encontré, al lado de la carretera, a los pies del monte. Estabas inconsciente. Balbuceabas —me

ofreció una sonrisa compasiva—, pero te reconocí y te trajimos aquí. Entonces mandé avisar a Cayo para que viniera y te llevara de vuelta a donde tenías que estar.

Ya no estaba segura de cuál era ese lugar. No estaba segura de nada.

—¿Cómo puede ser que os conozcáis vosotros dos? —pregunté.

—Kass ha sido amiga mía desde que fue vendida a este lugar —explicó Cay.

«Ah —pensé—. Por supuesto». Una amiga. Sentí como se me sonrojaban las mejillas.

La chica rio, sacudiendo la cabeza.

—Lo que quiere decir es que este lugar entretiene a un gran número de políticos y patricios. Así que en ocasiones me encuentro en posesión de información que podría resultar muy útil para cierto cónsul de la República. En realidad, soy amiga de César, si quieres pensarlo así. —Me puso una mano en el brazo y añadió—. Pero yo confío en el decurión. Y tú también deberías hacerlo.

Cay alargó una mano y me cogió del otro brazo.

—Tendríamos que irnos. Debemos que volver a la residencia de Aquilea.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Para que puedan arrancarme la piel a tiras? No tenía permiso para ir a aquella fiesta. Ninguna de nosotras lo tenía. Sorch... Quiero decir, la lanista estará furiosa —dije—. Me sorprendería mucho si no me enviara de vuelta al ludo para limpiar el estiércol de las cuadras de los caballos hasta que sea demasiado vieja para arrojar una lanza.

—¿Nosotras? —preguntó Cay.

—Salí con unas cuantas chicas más. Fue idea de Nyx. —Al pensar en el principio de la velada, que estaba sustancialmente más claro en mi memoria que el resto, me di cuenta de que no había visto a Nyx beber del pellejo de vino. O a Lydia, de hecho. Solo Elka y yo—. Fue ella quien me puso mandrágora en el vino.

—¿Qué? —Cay retrocedió un paso con el ceño fruncido—. ¿Te drogó? Explícame qué pasó.

Lo hice —o al menos lo intenté— con frases vacilantes e inconexas, juntando

los momentos de la noche hasta el entretenimiento brutal y la muerte del gladiador. Entonces me quedé callada, tenía una laguna brumosa a partir de lo que pasó después.

—¿Por qué una de tus hermanas del ludo haría una cosa así? —preguntó Cassandra.

—Porque Nyx quiere sacar a Fallon de en medio. —Cay me miró—. Tú eres su única competidora directa para la Victoria de César en los Triunfos.

Ladré una risotada.

—Entonces se ha buscado mil problemas para nada. Ayer Aquilea me dijo que me sacaría de la competición.

—¿Qué? —Cay dudó—. ¿Por qué haría algo así? Eres la mejor que tiene.

—Está sacando las cosas de quicio —dije—. Alguien ha estado intentando asustarme. Nada más que bromas de mal gusto inofensivas, pero Aquilea piensa que son amenazas reales.

—¿Qué tipo de bromas de mal gusto?

—Destrozarme el cuarto y estropear mis cosas, dejar plumas ensangrentadas encima de mi almohada. Ayer había un cuervo...

De pronto, la bruma que me adormecía el cerebro se desvaneció, como si se la hubiera llevado una ráfaga de viento. La protección que me había ofrecido ante recuerdos horrorosos de esa noche se desvaneció con ella. La imagen de la estatua del cuervo en el atrio de la Domus Corvinus germinó como una flor negra en mi mente, sus enormes alas extendidas, su cruel pico abierto en un graznido helado. El gladiador muerto en el altar de las catacumbas...

—¡Fallon!

Cay me cogió al vuelo cuando empecé a tambalearme.

—¿Qué pasa? —preguntó Cassandra—. ¿Qué tienes?

Las palabras empezaron a brotar, sin resuello y frenéticas, mientras les explicaba lo de Aeddán y su combate contra el gladiador Ajax. Cómo me había explicado que había intentado encontrarme desde aquella noche en casa. Les expliqué cómo hui, me escondí... y encontré la sala abovedada bajo tierra. Mi



voz falló cuando les describí los hombres con las túnicas y las máscaras con las balanzas.

«Su corazón...».

Cerré los ojos y me callé, boqueando. Casi podía oír los ruidos que hacían al comerse el corazón y la bilis volvió a subirme por la garganta.

Cay y Cassandra intercambiaron una mirada, y Cay pareció pensar que yo todavía estaba perjudicada.

—¿Viste algo así? —le preguntó a Cassandra—. ¿Una lucha de gladiadores o... o el resto?

Ella sacudió la cabeza.

—Mis hermanas azafatas y yo estábamos confinadas en uno de los salones del jardín mientras estábamos ahí. Y jamás nos quedamos mucho rato a esas fiestas, costamos demasiado dinero, solo hasta que todo el mundo está lo bastante borracho para no darse cuenta de que nos hemos ido.

—¿Y tú estás absolutamente segura de lo que viste en esa habitación, Fallon? —quiso asegurarse Cay—. Estaba oscuro y tú no tenías la cabeza clara.

—No me crees. Ninguno de los dos.

Kassandra meneó la cabeza.

—¡No! No, es solo...

—¿Ridículo? ¿Disparatado? —Mi voz se agudizó histéricamente—. ¿La idea de que hubiera un puñado de locos comiéndose la carne de un hombre muerto? ¿Realmente cuesta tanto de creer cuando el entretenimiento de la noche era ver a dos hombres luchando a muerte? ¿Es este el tipo de ciudad que es Roma? ¿El llamado corazón del mundo civilizado? Porque Ajax ya no tenía, ¡os lo aseguro!

Tomé una larga bocanada de aire e intenté calmarme.

—Lo entiendo. —Cay levantó las manos e intercambió otra mirada con Cassandra—. ¿Sabes qué casa era?

De nuevo, Cassandra sacudió la cabeza.

—No me lo dijeron.

—Se llamaba Corvinus —dije yo—. Domus Corvinus.

Cay se estremeció y cerró los ojos con fuerza.

—Poncio Aquila.

Asentí, aunque sentí que la sangre se desvanecía de mi rostro. Aeddan no había mentido y SORCHA tenía razón. El Coleccionista me perseguía.

Cay no parecía convencido.

—Aquila es un hombre complicado —dijo—. Hasta cruel a veces, a juzgar por su reputación. Pero también es el Tribuno de la Plebe. Un ciudadano respetado. Él no es un... un bárbaro.

—¿Se lo contarás a César? —preguntó Kassandra en voz baja.

—¿Decirle qué? —Cay se volvió hacia ella—. ¿Que una gladiadora que se había escapado, de su ludo nada menos, y que estaba ebria de vino adulterado con mandrágora fue testigo de un munera? Y que, por lo que parece, ¿quizá también podría haber estado en unas bacanales?

Mi corazón se hundió con la verdad de sus palabras.

—Ese tipo de fiestas, por no mencionar el ritual del que habla Fallon, han estado prohibidas por ley en Roma desde hace décadas —continuó—. Lo siento. Nadie te creerá, Fallon.

—Yo la creo —atajó Kassandra en voz baja.

La miré.

—¿Me crees?

—Creo muchas cosas que la mayoría de gente no —respondió—. Porque oigo muchos secretos que la mayoría de gente mantiene escondidos. Cuando la gente tiene tanto dinero que puede hacer lo que quiere, comprar lo que quiera, ser lo que quiera, entonces empieza a buscar cosas que el dinero no puede comprar. Fuerza, coraje, nobleza... Lo ve en los otros y lo quiere para sí.

Cay asintió en un acuerdo reticente.

—Los hombres —me miró—, y las mujeres que luchan... se convierten en algo parecido a los dioses. Como Hércules o Eneas o las reinas guerreras amazonas de las leyendas. Los adoran y los codician y, con el tiempo, los

destruyen. Pero ¿los que como Aquila se ven como señores de la arena? Al final buscan devorarte.

—Ojalá no lo hubieras dicho tan literalmente —dije en un susurro ahogado.

Cay me puso una mano en el hombro.

—No dejaré que te pase nada de eso.

Por primera vez, realmente me lo creí. Kassandra fue a coger la capa para resguardarme del frío matutino y que Cay pudiera llevarme de vuelta a la residencia Aquilea. Al irnos, me dio un último consejo:

—Por favor, Fallon —dijo—. Ten cuidado. Tu mundo, creo, puede llegar a ser mucho más peligroso fuera de la arena que dentro de ella.

Una vez en la calle, Cay anduvo en silencio a mi lado.

—Crecí con él —dije.

Cay se paró y me miró.

—Aeddan. El gladiador, Mandobracio, aquel de quien os he hablado. Era el hermano del chico a quien yo amaba cuando estaba en casa. —Mi voz apenas era audible, silenciada por las paredes de piedra de las casas que se alineaban en la estrecha calle—. Se llamaba Mael e iba a casarme con él. Aeddan y Mael lucharon por mí y... y Mael murió. Aeddan lo mató.

De pronto, los brazos de Cay me rodearon y sentí mis lágrimas empapándole la tela de la túnica. Ni siquiera me había dado cuenta de que lloraba.

—Intenté detenerle... —Di una bocanada de aire para calmar mi voz—. Salí corriendo detrás de Aeddan y fue así como me encontraron los esclavistas.

—Fallon, lo siento.

—Quería decírtelo, de verdad —miré a Cay—, pero jamás pensé que volvería a verlo. Y ahora él está aquí, en Roma, y yo...

—Fallon. —Cay me sonrió, estrechándome todavía más—. Eres la Furia Asesina. No puede hacerte daño ahora. Nadie puede.

Intenté devolverle la sonrisa, pero yo sabía que no era Aeddan quien yo temía que me hiciera daño. Cuando llegara el momento, le haría frente y lucharía contra él.

No. Yo temía que Cay me hiciera daño... que se marchara.

Pero no lo hizo. Durante mucho rato, nos quedamos de pie en la calle, Cay rodeándome con los brazos. No me cuestionó; no me juzgó. No me dejó. Solamente me secó las lágrimas hasta que dejaron de rodarme por las mejillas.

## XXVII

Volví a la Domus Aquilea con la cabeza y el corazón lastimados por los horrores que había vivido por la noche en la Domus Corvinus para descubrir que habían azotado a Elka.

Cayo había distraído a Cronos en la puerta mientras yo me escabullía a la residencia por el jardín. Una vez dentro, enhebré el camino hacia la habitación que compartía con Elka, recorriendo pasillos que estaban desiertos y en silencio. Encontré a Elka estirada bocabajo en su camastro, la piel desnuda de sus hombros y la espalda cruzada por las marcas de látigo de las cuales todavía manaba sangre. Ajani estaba con ella, aplicando con cuidado un ungüento sobre las heridas.

Me horroricé. Y me enfurecí.

—¡No tenía ningún derecho!

—Tenía todo el derecho. —La voz de Elka estaba ahogada por la fina almohada que tenía bajo la cara—. Somos propiedad suya. Rompimos las reglas.

—¡Yo rompí las reglas! —casi grité—. Yo te hice venir conmigo... ¿Dónde está Nyx? ¡Voy a matarla!

—Nyx está abajo, en la lavandería durante toda la mañana —dijo Ajani con voz apagada—, cumpliendo su propio castigo.

—¿En la lavandería?

Enarcó una ceja y me dijo:

—Por hurtar comida de las cocinas, anoche, por supuesto. Su único crimen, según parece.

Cuando las chicas del Ludo Aquilea se levantaron de sus camas, explicó

Ajani, mi ausencia no pasó desapercibida. Tampoco el hecho de que Elka —que ni siquiera recordaba cómo había llegado a casa— todavía estuviera intoxicada por el malvado brebaje de Nyx. Reunieron al personal de la *domus* y les interrogaron, enviaron a los guardias del ludo a buscar a la fugitiva —es decir, yo— por la ciudad y las gladiadoras fueron enviadas a sus cuartos y, en el caso de Elka, castigada.

Ella había contado a Sorchia la verdad sobre lo que habíamos hecho —todo lo que podía recordar, al menos— pero entonces Nyx había discutido, protestó que el único lugar del que ella era culpable de haberse escapado era la despensa para hurtar un aperitivo a medianoche. El chico de las cocinas confirmó haber visto a Nyx asaltando la despensa. El muchacho recibió diez latigazos por no denunciar el robo. Me pregunté qué habría negociado Nyx en recompensa a aquella pequeña mentira. La única persona que podía confirmar o desmentir lo que de verdad había pasado era el perrito faldero de Nyx: Lydia.

—Lydia se arrastró temblando hasta la lanista y le explicó que os había oído a Elka y a ti planeando escapar —dijo Ajani; su labio se curvó con una mueca de disgusto al cubrir los hombros de Elka con un pedazo de venda de lino—. Y que estaba demasiado asustada para decir nada porque tú, por supuesto, la habías amenazado con cortarle la lengua si decía nada.

Ni siquiera sabía cómo se cortaba una lengua, pero juré, al oír la historia de Ajani, que aprendería a hacerlo.

Había querido creer que Nyx había cambiado. Que éramos hermanas, como ella misma había dicho. Como habíamos jurado. Me puse una temblorosa mano en el rostro. Notaba la piel tirante, estirada por los huesos de mi cráneo, y el interior de la cabeza estaba lleno de lana de oveja y clavos. La mandrágora realmente era algo terrible.

Ajani se puso de pie, enrollando lo que quedaba de venda y lo dejó junto con el bote de unguento en la mesilla de noche. Con todas las otras chicas confinadas en sus cuartos, estaba corriendo un riesgo incluso al estar allí, pero se lo agradecí.

—Esa es mi propia magia —dijo apuntando al bote—. Mis propias hierbas. Mejores que nada que tenga Heron, pero no le digáis que os lo he dicho. Mantén las heridas limpias y ligeramente vendadas. Dile que no puede luchar antes de que estén curadas del todo.

—Lucharé en los Triunfos —llegó la ahogada protesta.

—Te quedarán cicatrices.

—Me da igual.

Ajani puso los ojos en blanco e hizo un gesto empático hacia Elka. Le di las gracias y me abrazó antes de desearnos buena suerte con la lanista y de escabullirse por la puerta. La cerré detrás de ella y me dejé caer con fuerza. Me sentía como si me hubiera aplastado un rebaño de bueyes y ni siquiera podía imaginarme cómo se sentía Elka, con los efectos de la mandrágora por encima de lo que tuvo que haber sido un dolor abrasador causado por el látigo de Thalestris.

—¿Qué te pasó ayer? —preguntó.

Sacudí la cabeza, ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Es largo de contar. Descansa y te explicaré toda la historia más tarde. —Alargué una mano para alisarle con dulzura una arruguita que le había quedado en las vendas—. Lo siento muchísimo, Elka.

—No lo sientas. No fue culpa tuya.

—No. Tienes razón —coincidí—. Fue culpa de Nyx. Y voy a matarla.

Encontré a Nyx sola en la lavandería, envuelta en el vapor y el hedor astringente del jabón con lejía. La chica colgaba de una barra que se extendía por encima de las enormes bañeras de madera y llevaba la túnica atada al cinto, tenía las piernas rojas como una langosta y daba patadas con los pies arriba y abajo en una sopa de ardiente agua grisácea llena de linos sucios.

Nyx no se dio cuenta de que yo entraba por la puerta. Me salté un saludo formal y me dirigí directamente a intentar ahogarla en la bañera.

Usé el hombro para darle un golpe desde atrás en medio de la espalda y la chica cayó de bruces al agua. Me tiré detrás de ella, alargando las manos para cogerla del cuello y mantener su cabeza bajo el agua, sin embargo, la chica se retorció y agitó, desembarazándose de mi agarre. Cogí una tira de lino empapada y le pegué un fuerte azote en el torso, que la tumbó de nuevo. Cayó de espaldas, maldiciendo y farfullando. Vi sus ojos abrirse como platos detrás de la cortina de pelo largo y empapado cuando se dio cuenta de quién la había atacado.

—¡Putita loca! —me chilló—. ¡Por Hades! ¿Qué intentas demostrar?

—Que si tan desesperadamente quieres deshacerte de mí —grité—, ¡tendrás que hacerlo tú misma!

Vomitó un poco de agua enjabonada y se puso en pie tambaleando.

—¿De qué hablas, lunática?

—Ahora ya sé por qué me convenciste para ir a aquella casa anoche —espeté—. ¿También fuiste tú quien clavó aquel pobre pájaro en mi puerta para que tuviéramos algo que nos uniera?

—Ya te dije que no tuve nada que ver con eso.

—Lo sé todo acerca de Poncio Aquila.

—No sabes nada —se mofó—. Aquila se engaña si piensa que eres digna de su colección. No eres nada más que una pequeña bárbara inocente que tuvo suerte en un combate. No te mereces el nombre de gladiadora. Jamás lo serás.

—¿Por qué me odias tanto?

—¡No deberías ser una de nosotras! —aulló.

Tenía los ojos rojos y llorosos, y no supe si era por las lágrimas o por la acre agua de lavar, sin embargo, la cruda agonía que se filtraba en su voz me lo dejó muy claro. Di un paso atrás, chapoteando entre los montones de colada sucia, y me agarré al borde de la bañera para recuperar el equilibrio. Mi explosión de rabia se había agotado y todo lo que me quedaba era el fantasma del vino con mandrágora y un profundo cansancio.

—Ella no es tu hermana —dijo con la voz cortada—. Ya no lo es. ¡Es mía!

Me quedé paralizada.



—¿De qué hablas?

—Aquilea. —Se pasó una mano por los ojos—. Antes de que llegaras yo era su favorita. Siempre he sido su favorita porque siempre he sido la mejor. Ahora no importa lo bien que luche. Ahora apenas me mira cuando estoy en la arena. Por tu culpa. Victrix. La Furia Asesina. Todo el mundo cree que eres tan perfecta. Al menos Poncio Aquila respeta mis habilidades.

—Sin duda. ¿Por eso crees que te está usando para llegar hasta mí? —pregunté.

Me miró de hito en hito, fulminándome con la mirada.

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo supiste que era la hermana de Aquilea? ¿Te lo contó Aquila? ¿Es él tu verdadero señor, Nyx?

—Cállate —espetó—. Mi lealtad pertenece al Ludo Aquilea y siempre ha sido así. Más que la tuya.

—¿Cómo lo supiste?

—Escuché a la lanista hablando de ello con Thalestris. —Se apartó el pelo oscuro de la cara y escurrió el agua de lavar que lo empapaba—. De ti. Y de lo desesperada que estaba por proteger a su pobre hermanita de los enormes monstruos malos de Roma.

—¿Como los monstruos que vi en la Domus Corvinus anoche? —pregunté—. ¿Sabes qué hacen en las catacumbas? ¿Sabes qué le pasó al gladiador Ajax?

—Sé que perdió. —Su expresión era fría y despiadada.

—Lo masacraron...

—¡No me importa! —chilló tapándose los oídos. Creo que conocía, o al menos sospechaba, la verdadera naturaleza de Poncio Aquila, solo que no quería admitirlo—. Un día seré yo quien luche en esas casas de la colina, viviré con todos los lujos y me tratarán como a una diosa. Igual que a ese estúpido desagradecido de Mandobracio.

Me puso enferma la idea que Nyx tenía de nosotras y me dolió el corazón al pensar que la noche anterior había clamado por la muerte de un hombre solo por

diversión. Eso no era lo que significaba ser un gladiador o una gladiadora. No importaba lo que la multitud pensara, nosotros éramos mejores que eso.

Yo era mejor que eso.

Toda esa furia justificada se agotó en mi interior mientras estaba allí de pie y salí de la bañera para hacer la colada. Ya no quería hacer sufrir a Nyx. Me di cuenta de que ya sufría lo bastante sin mi ayuda, incluso si ella misma no lo sabía. La dejé ahí con su rabia y su odio y su ilusa codicia por la gloria.

—No soy tu enemiga, Nyx —dije por encima del hombro—. No voy a serlo.

—Por lo que parece, tú tienes más enemigos de los que puedes mantener a raya, *gladiolus* —me respondió ella a voz en grito—. Ni siquiera pienso en luchar contra ti. Puedo limitarme a quedarme sentada y observar como otros te hacen pedazos.

Volví para contarle a Elka todo lo que había pasado, pero Sorcha abrió de un golpe la puerta de nuestro cuarto antes de que yo pudiera pronunciar una palabra. Me preparé para recibir la paliza que me daría, pero de pronto cruzó la habitación y me aplastó contra su pecho en un fiero abrazo.

—Gracias a Morrigan —susurró en mi pelo—. Pensé que te habían apartado de mi lado.

Al cabo de un instante, Heron entró con su cartera provista de suministros médicos.

—Ajani ya se ha encargado de ella —dije mientras me precipitaba hacia el camastro de Elka.

—Eso seré yo quien lo juzgue —gruñó Heron retirando las capas de vendas de lino con una enérgica eficiencia que de algún modo ni siquiera arrancó media mueca a Elka quien, de hecho, se las arregló para mirarme y poner los ojos en blanco.

Heron murmuró para sí y destapó el botecito de arcilla y olfateó el ungüento. Entonces se puso de pie sin abrir la cartera.

—Sea lo que sea que Ajani te ha puesto en la herida, quiero que me dé una remesa —miró de nuevo a Elka—. Diría que a largo plazo no habrá secuelas que la aparten de la arena. Por otro lado —lanzó una mirada desaprobadora a Sorchá—, podrías limitarte a dejar de azotar a las estudiantes de la academia.

Traspasó el umbral de la puerta y se fue.

Sorchá lo miró largo rato, sin inmutarse ante el reproche.

—Te dije que estaría bien —murmuró Elka, poniendo la cara de nuevo sobre la almohada. En pocos momentos, ya roncaba suavemente.

Sacudí la cabeza y me volví hacia Sorchá.

—¿Por qué estás empapada? —quiso saber.

Ignoré la pregunta y la miré fijamente en silencio.

—¿Por qué pones esa cara?

—Hiciste azotar a Elka

—Sí —asintió—. Lo hice.

—¿Pero a Nyx no? ¿De verdad te creíste su historia sobre la incursión a las cocinas a medianoche?

—Por supuesto que no —dijo Sorchá—. Pero me dio una excusa para no tener que sacarla de la competición. Y en relación a esta mañana, pensé que era mi única contendiente para el papel de la Victoria en los Triunfos.

—Sorchá...

—No.

—¿No qué?

—No me supliques que te reincorpore como competidora.

Me mordí el labio, angustiada.

—Porque ya lo he hecho —suspiró—. Lo discutí con Thalestris y me convenció de que estaba sacando las cosas de quicio. Por supuesto, debería teneros tanto a ti como a Nyx amarradas con grilletes y colgadas de las vigas por la tontería que hicisteis anoche, pero no me entusiasma la idea de informar a César de la espantosa falta de disciplina de su ludo. Ahora que has vuelto sana y

salva, os enviaré a ambas a su villa para que pueda escoger entre las dos. ¡Que Minerva ayude al pobre hombre! Y dejémoslo ya.

Apenas pude contener la emoción que sentía. Pero todavía estaba enfadada — con Sorch, pero sobre todo con Nyx— por el castigo de Elka.

—Ganaré el papel de Victoria —aseguré—. Pero todavía quiero que Nyx pague por lo que hizo. Me llevó a ese lugar a propósito para que me metiera en problemas.

—Deja en paz a Nyx —dijo Sorch y me puso una mano en el hombro—. La venganza jamás es el camino adecuado a seguir, Fallon, no importa dónde pienses que te llevará. Si yo fuera tú, dejaría que Nyx pensara que se ha salido con la suya. No lo ha hecho. Y aunque me entristezca decirlo, porque ha sido muy importante para mí durante muchos años, tendrá su merecido. Que Morrigan te vigile y lo vea, como ve todas las cosas.

Consideré fugazmente contarle a Sorch lo que había pasado en realidad en la casa del Monte Celio y cuantísimos problemas había tenido de verdad en la Domus Corvinus. Hablarle de Aeddán y Poncio Aquila y los llamados Hijos de Dis, quienes adoraban la muerte en las catacumbas. Habría sido lo más prudente, especialmente si Aquila había fijado su enferma y codiciosa mirada en mí. Pero Sorch acababa de reincorporarme en la competición por la Victoria, y si pensaba que realmente yo estaba en peligro, desafiaría a César en persona y me enviaría de vuelta al ludo, sin importar nada más, solo para mantenerme a salvo. Se lo contaría cuando todo hubiera pasado, prometí en silencio.

Pero ¿me protegería Morrigan?, me pregunté. Empezaba a pensar que quizá la diosa solo vigilaba. Vigilaba y esperaba para ver en qué problemas me metería a continuación.

## XXVIII

Puedo decir sinceramente que, en privado, Cayo Julio César no era en absoluto como yo había imaginado. Asistí a mi cita con César al día siguiente en su propiedad privada de la orilla oeste del río Tíber, escoltada a caballo por el decurión Cayo Varro y un puñado de sus hombres, junto con mi rival para el Triunfo, Nyx. Hicimos el trayecto prácticamente en silencio. Ella rechazó impávidamente incluso mantener contacto visual conmigo y Cay mantuvo una respetuosa distancia entre ambas. Sin embargo, en los pocos y fugaces momentos en que intercambiamos miradas, pude ver una calidez alentadora en sus ojos.

Y me percaté del gran esmero con que Nyx había cuidado su aspecto. Como gladiadoras de César, ambas llevábamos todo el equipo de combate, armadura y armas lustradas hasta hacerlas brillar, pero Nyx también llevaba los ojos ligeramente pintados de oscuro y los labios manchados de carmesí. Y la túnica que vestía bajo la falda de su armadura era más corta que la mía. Si esperaba seducir a César —seducirlo de verdad, y no como me había aconsejado Arviragus— entonces supongo que se tenía que elogiar su esfuerzo.

Cuando llegamos a la extensa villa de César, Cay nos entregó a su guardia pretoriano. La audiencia de Nyx fue la primera y a mí me dejaron pasear por los jardines bajo los vigilantes ojos del guardia. El aire estaba dotado de la fragancia de los dulces aromas de cedros y flores. Y yo tenía las manos sudadas apoyadas en las empuñaduras de mis espadas.

Paseé arriba y abajo, discutiendo conmigo misma sobre la acción que debía tomar. Entonces, cuando finalmente llegó mi turno, di una profunda bocanada de

aire para luchar contra el terror que me asolaba de pies a cabeza. Estaba a punto de conocer a Cayo Julio César: conquistador, comandante, maestro estratega...

«Un hombre».

«Es solo un hombre. No un dios».

«Respira y recibe heridas y sangra como cualquier otro hombre».

En ese momento, él estaba sentado en el fulgor de la luz matutina leyendo un rollo de pergamino. César era esbelto, alto, pero no una torre, llevaba el pelo peinado hacia atrás para favorecer su ancha frente y su pálida mirada azul. Sus angulosos rasgos resultaban atractivos de algún modo, y fuertes. Su delgado físico no hacía nada para esconder los enjutos músculos de sus antebrazos y la anchura de sus hombros, pero no parecía un hombre que hubiera conquistado el mundo y asesinado a centenares de miles de personas. No tenía sangre seca bajo las uñas bien cortadas de sus manos, y sus dientes, rectos y blancos, no goteaban sangre. No había cabezas de jefes galos colgando de los pilares de su cámara de audiencias. Al contrario, la sala era agradable, fresca, llena de luz, escuetamente decorada y olía ligeramente a enebro.

Casi me decepcionó. La cárcel de Arviragus era más mítica que eso.

Había, por supuesto, un aspecto mítico en la habitación: Cleopatra. Igual como la recordaba durante nuestro primer encuentro con Sorchá, la mujer infundía respeto y admiración —y hasta cierto tipo de sobrecogimiento que dejaba sin aliento— solo con verla. Estaba reclinada con elegancia en un sofá que había al lado de la silla de César y no dio indicio alguno de que ya nos conociéramos. Y sospeché, solo por la mirada que César le dedicaba cuando alzaba la vista de su lectura, que estaba perdidamente enamorado de ella; algo que tampoco había esperado de él: un corazón humano. Pero eso, esperé, era exactamente lo que dirigía al hombre más que cualquier otra cosa. Y planeé usarlo para sacar el máximo partido para mí misma.

Antes de mi entrevista, Sorchá me había vuelto a advertir que no revelara mi identidad como su hermana. César había sido bueno con ella, me dijo, pero eso no significaba que él no usaría la conexión familiar contra ella si jamás lo

juzgaba necesario. La familia, dijo ella, era la más grande fortaleza —y la mayor debilidad— que uno podía tener. Y yo tenía intención de demostrar que la teoría de Sorchá era correcta.

Y por eso hice algo que jamás hubiera pensado que haría.

Hiné la rodilla e incliné la cabeza ante Julio César.

El silencio se extendió por la habitación, importunado solamente por el crujido de la armadura del guardia pretoriano que estaba de pie cerca de la pared del fondo de la sala. El hombre estaba tan lejos que, durante un breve instante, pensé que podía cruzar la distancia que me separaba de César y atravesarle el pecho con mis espadas antes de que pudiera llegar hasta mí. Un castigo justo por el asalto a mi tierra, la humillación de mi padre y Arviragus... Moriría un instante más tarde por la espada del guardia, pero sería una buena muerte, noble y útil. En lugar de derramar mi sangre en un tonto juego ante el populacho y los locos. ¿Valía la pena? ¿No era esa la libertad más verdadera?

«Y ¿qué hay de Sorchá? ¿Qué hay de tus hermanas del ludo?».

«¿Qué hay de su libertad?».

Me quedé donde estaba, petrificada y con la mirada clavada en el suelo. Tuve la sensación de que estaría así para siempre, hasta que por fin oí como enrollaba el rollo de pergamino y César parecía darse cuenta de que tenía una visita.

—Por favor —dijo suavemente—. Levántate.

Me puse en pie sin saber qué hacer. Sorchá me había asegurado que César marcaría el protocolo de la entrevista a medida que se desarrollara. Dijo que no tenía ningún sentido prepararme para lo que estaba por venir porque fuera lo que fuere, sería inesperado. De momento tenía razón.

—Ah, Fallon —dijo César; su mirada era plácida y apreciativa al mismo tiempo—. Mi lanista, Lady Aquilea, me ha dicho que creciste en Bretaña.

—Prydain, mi señor —repuse.

César enarcó una ceja y yo hice una mueca para mis adentros. ¿Acababa de corregir a Cayo Julio César?

—Discúlpeme, gran César...

—Nada de eso. —Rechazó mi disculpa con un ademán—. Quizá soy yo quien debería disculparse por mi inhabilidad de hacer que mi lengua obedezca la forma de tu idioma nativo.

Vi como Cleopatra escondía una sonrisa con la mano.

—Es muy gentil, mi señor —dije y bajé la mirada hacia el suelo embaldosado en un intento de parecer sumisa.

—Puedo serlo. —César hizo un gesto a un esclavo—. Traedle una silla a la chica y una copa de vino.

El esclavo cumplió las órdenes como por arte de magia, esperó hasta que me senté y bebí, y luego se retiró en silencio a su lugar al lado de la puerta.

—Ahora —continuó César—, mi pregunta es esta, Fallon: ¿recuerdas los días en que Roma llegó a las costas de tu hogar?

Asentí.

—Lo recuerdo bien, mi señor.

—¿Y qué recuerdos tienes de ese día? —preguntó.

—Recuerdo que corría por los prados con mis amigos, haciendo carreras hasta las cimas de los acantilados para poder mirar hacia abajo para ver los soldados marchando —respondí—. Recuerdo que el sol hacía brillar sus armaduras. Me deslumbraron, como si los dioses en persona hubieran venido a nuestra tierra.

César se inclinó hacia delante.

—Debías ser muy joven —afirmó—. ¿Estabas asustada?

«¿Asustada? —pensé—. No. Enojada. Ardía por dentro y deseaba coger mi espada de madera para poder enfrentarme a todos vosotros, panda de asquerosos invasores, con una sola mano».

César debió leer mis pensamientos en la expresión de mi rostro. La sonrisita de Cleopatra se ensanchó hasta convertirse en una amplia sonrisa de blancos dientes.

—¡No! —rio César—. ¡No lo estaba! Mira eso, mi reina... —Se puso de pie y me sirvió un poco más de vino él mismo, aunque apenas había tocado el contenido del delicado cáliz que sujetaba con una mano de nudillos blancos—.



Ya veo que estabas muy lejos de estar asustada. Probablemente volviste a casa corriendo para coger tu espada de juguete.

—Sí, señor, eso es exactamente lo que hice —dije tomando otro sorbo de vino—. Y ganó igualmente.

Al oírlo, César rio de nuevo. A carcajadas.

—De hecho, Fallon —dijo—. Eso es lo que hago.

Se apoyó sobre un hombro en el brazo tallado de su silla y se frotó el mentón, mirándome.

—Dejando a un lado esa ocasión de hace ya tanto tiempo —alcé los ojos para clavarlos en su mirada—, yo también gano.

Cleopatra se irguió, observando a César observarme a mí.

Después de un largo momento que puso a prueba el límite de mis nervios, César se alisó una arruga de la toga con la banda púrpura y dijo:

—¿Ganarás para mí?

—Ya lo he hecho, César —dije y di otro sorbo para prepararme para la absoluta audacia de lo que estaba a punto de hacer—: El Ludo Aquilea es suyo. Yo soy suya. Mis victorias, también suyas.

Él asintió, como si aquella fuera la respuesta correcta. Yo supuse que lo era.

—Eso me complace. El Espectáculo de Britania no es ni el más grande ni el más imponente de los Triunfos —dijo—. Pero es el que significa más para mí, es el que me toca más de cerca el corazón. Cuando estaba en campaña en, discúlpame, Bretaña, perdí a alguien que me era muy, muy querido.

El pulso me martilleó en los oídos. Esa era mi oportunidad, mi disparo de salida.

—Igual que yo, poderoso César. —Depositó el cáliz en la mesilla y me puse de pie—. Por su culpa.

César se quedó completamente quieto. Contuve la respiración... y desenvainé mis espadas. La reacción fue espontánea. El guardia pretoriano había cruzado la habitación en un abrir y cerrar de ojos, la espada en alto listo para defender a

César. Y había otro acero contra mi garganta, a manos del esclavo apostado en la puerta. Parecía que era más que un simple sirviente.

Levanté los brazos lentamente y sujeté las espadas lejos de mi cuerpo, las dejé colgando en las puntas de mis dedos, pero no aparté en ningún momento los ojos del rostro de César. Ni él ni Cleopatra se movieron.

—Soy la segunda hija de Virico Lugotórix, rey de la tribu Cantii de la Isla de los Poderosos —dije, el cuchillo que tenía en la garganta me mordía la tráquea a cada palabra—. Mi hermana era Sorcha ferch Virico, guerrera de los cantii. Usted me la arrebató y le dio el nombre de Lady Aquilea.

Los ojos de César se entrecerraron ligeramente. Esa fue su única reacción.

—Estas espadas fueron un regalo suyo. La vio entregármelas durante la noche de mi jura de votos. Una de ellas la llevaba consigo cuando usted se la llevó de mi hogar. La otra la llevaba yo la noche que el esclavista Charon me secuestró.

César murmuró algo al guardia y envió al esclavo de nuevo a la puerta. La fría presión de la daga se alejó de mi garganta y tomé una bocanada de aire. El guardia pretoriano se movió a un lado, pero mantuvo su *gladius* desenvainado. La certeza de que jamás habría conseguido asesinar a César me abrumó. Casi me pareció un alivio.

La única cosa que toda mi vida había pensado que quería, de pronto era del todo irrelevante ante lo que estaba a punto de pedirle.

—Quiero recuperar a mi hermana. ¿Me ayudará?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó César lentamente.

—Concédame el papel de la Victoria y déjeme luchar para usted.

Sacudió la cabeza, divertido.

—Iba a hacerlo de todos modos. Pensé que vosotros, los celtas, erais mejores negociadores.

—No he terminado —interrumpí. Con eso me gané un cejo fruncido con disgusto, pero seguí adelante a pesar de todo—. Me ganaré a la multitud y os traeré gloria. Haré que me quieran más que a cualquier otra gladiadora que jamás

haya pisado el suelo de la arena. He oído de algunos combates en los cuales los que luchan pueden ganarse su libertad si se ganan a la multitud...

—Esas situaciones son excepcionales.

—Igual que yo. —Aireé las espadas en mis manos y, cruzándolas en las empuñaduras, las coloqué en el suelo y di un paso atrás—. Pongo mis espadas a sus pies y mi destino en sus manos, poderoso César. Si juzga digna mi actuación, si puedo hacer que las gentes de Roma me quieran como usted quería a su hija, Julia, entonces os pido un favor.

—Tu libertad.

—No —repuse—. Lo que quiero es mi precio de venta.

—Oí que era bastante sustancial. Entonces no entendí por qué Aquilea haría algo así. —El labio de César se curvó en una media sonrisa—. Ahora ya sí.

—Ella usó ese dinero para comprar mi vida cuando podría haberlo utilizado para adquirir el título del ludo, tal y como habíais acordado.

—Ese título cuesta mucho más que tu precio de esclava.

—Sorcha... Aquilea, puede pagar la diferencia —presioné—. Y si todavía no es suficiente, tengo esto.

Tanteé la bolsa de cuero que llevaba en la cintura y encontré el pequeño rollo de pergamino que Charon me había dado, junto con mi armadura. Se lo ofrecí al guardia pretoriano quien, a su vez, se lo dio a César. Supliqué en silencio para que el esclavista mantuviera su palabra —mi necesidad era extrema— y era para mi hermana, la mujer que amaba. César echó un vistazo al sello de cera negra y pude ver en su rostro que reconoció el blasón. Rompió el sello con la uña del pulgar y desenrolló el pergamino. Enarcó una ceja.

—Y si todavía no es suficiente —dije—, mi hermana puede devolverle mi contrato, y yo seguiré luchando en su nombre hasta que algún gane lo suficiente para volver a comprarlo y...

—Fallon.

—¿Mi señor?

—Un buen negociador sabe cuándo tiene que poner fin a las súplicas por un

trato.

Me mordí el labio y guardé silencio.

Después de un momento, César suspiró.

—Mi hija, Julia, no era mucho mayor de lo que tú eres ahora cuando dejó este mundo. Murió dando a luz mientras yo estaba de campaña en tus tierras. —Mientras hablaba, me sorprendió ver la sombra de las lágrimas por derramar que colmaban sus pestañas—. Ella era como una luz, como una llama clara y brillante... Veo su luz en ti. Eres tú, Fallon, a quien escogería para hacer honor a la memoria de Julia luchando vestida de Victoria en la representación de mi conquista de Britania.

Contuve la respiración.

César se inclinó hacia delante en su silla, su mirada se aguzó como la de un águila espiando a su presa.

—Y si, solo si, te ganas a la multitud, entonces tendrás tu trato. —Sacudió la cabeza riendo—. Creo que el espíritu de Julia te ha guiado hasta aquí. Pero a partir de ahora, estás sola. No me decepciones, gladiadora.

Podía notar que se había acabado nuestra conversación, pero había una cosa que necesitaba saber antes de irme.

—¿Podría hacerle una pregunta, mi señor? —planteé.

—¿Tengo en mi poder impedirlo? —sonrió.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué los juegos? De donde vengo, no hay nada así, no del todo.

Cleopatra respondió por él.

—Roma fue construida por una nación de guerreros, querida niña —dijo, y sus oscuros ojos centelleaban—. Y ahora que han conquistado la mayor parte del mundo, ¡ya no queda nadie más por matar! Así que están obligados a satisfacer la sed de sangre de la República aquí en casa con sus juegos.

César sonrió ante su burla.

—La Hija del Loto, familiarizada con manchar de sangre su propia espada, debería añadir, tiene razón hasta cierto punto —dijo él—. La gente anhela los

juegos, la emoción, la agitación, la violencia. Somos una nación nacida de la sangre. Si ni siquiera intentamos satisfacer ese anhelo, entonces nos fijaríamos solo en nosotros y caeríamos en la corrupción.

Me despidió con un gesto. Me volví para irme, casi mareada de alivio por haber discutido con éxito mi caso con César.

El alivio duró poco.

—Una cosa más —dijo César alzando la voz lo suficiente para que me parara en seco y me girara hacia él—. No es que parezca que necesites ningún incentivo añadido, pero deberías saber que he hecho una apuesta por el resultado de la competición. Si pierdes, me veré obligado a venderte al Ludo Amazona, como ya he hecho con tu rival, Nyx. Ella actuará como tu oponente, tendrá el rol de esa diosa vuestra. Ya sabes cuál quiero decir... Morrigan.

Nada, según parecía, era jamás una victoria fácil con César.

Cay había recibido instrucciones de escoltarme, tras mi entrevista, no solo hasta la residencia de la capital, sino de vuelta al Ludo Aquilea. SORCHA y las otras chicas ya habían partido para casa, y nosotros nos encontraríamos con ellas allí. Nyx, me dijo Cay, había sido enviada directamente al Ludo Amazona después de su reunión con César. Me estremecí al pensar en la reacción de Nyx ante la decisión de César... y con qué malignidad estaría planeando derrotarme cuando nos encontráramos en los Triunfos. Me lo quité de la cabeza, determinada a disfrutar el hecho de que acababa de emerger de una batalla de cerebros con el estratega vivo más brillante relativamente, si no del todo, ilesa.

Me había cambiado para vestir una túnica sencilla y unos pantalones para poder montar, y recorrimos el trayecto a un paso agradablemente lánguido, solos Cay y yo. No podía evitar sonreír. A mediodía, a medio camino del Lago Sabatino y de la academia, Cay nos guio fuera de la carretera hacia un hueco que había en la ladera, al lado de una cascada que corría con fuerza. Desmontamos y nos sentamos en la hierba, y Cay desenvolvió una comida de queso, huevos en

escabeche, pan y vino. Al sentarme me abracé las rodillas con los brazos y le observé disponer nuestra comida sobre un recuadro de lino blanco.

Di un sorbo a la copa que me ofreció Cay.

—No era en absoluto como me esperaba —dije con la mente todavía dándole vueltas a mi combate de entrenamiento de esa tarde—. César, quiero decir. Y sin embargo...

—¿Y sin embargo?

Fruncí el ceño y asentí con la cabeza.

—Supongo que no esperaba que me resultara simpático.

—Es que es simpático —acabó diciendo Cay recostándose sobre un codo en la hierba—. Si no estás en la guerra con él. Mucha gente lo es.

—Sé bastante bien de qué hablas —repuse.

—No solo me refiero a las tribus y a las naciones. Quiero decir aquí en Roma. Y después de los Triunfos, te verán como la criatura de César, ¿sabes?

Reí.

—¡Eso si vivo lo suficiente!

Lo dije en broma, pero Cay no lo entendió como tal. Depositó la copa en la hierba y rodó para ponerse de rodillas ante mí, su expresión era mortalmente seria. Durante un momento pensé que estaba enfadado conmigo.

—Aún no me quieres en la arena —afirmé—. ¿Verdad?

—No —sacudió la cabeza—. Estaba equivocado respecto a eso... respecto a ti. Tendría que haber confiado más en ti, Fallon. Te he observado en cada uno de tus combates durante el circuito. Después del primero con aquella loca...

—No estaba loca.

—Bueno, luchaba como si lo estuviera. —Cay sonrió antes de ponerse serio de nuevo—. Pero no es eso lo que quería decir. O quizá sí. La cosa es que la Furia era... era la Furia. Y no pensé que tú pudieras ser como ella. No pensé que debieras serlo.

Aparté la mirada.

—Quizá tenías razón.

—No. —Sacudió la cabeza, comprensivo, tenía una intensidad extraña y febril quemándole en los ojos—. No la tenía. Fallon, te he visto meterte en peleas durante meses. Te he visto caer, soportar presiones e ¡incluso tirarte al suelo tú misma! Y cada vez, todas y cada una de las veces, te has levantado como un resorte, y te has erguido más alta y más fuerte y más como lo que realmente eres: una gladiadora. Una luchadora. Una guerrera. Y una jodidamente buena.

Alargó sus manos hacia mí y cuando sus largos dedos se cerraron con dulzura en mis hombros desnudos sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo.

—Si te hubiera apartado de todo eso —dijo—, si me hubieras dejado apartarte de eso, no sé en qué te habrías convertido. Pero esto es lo que eres, quien eres. A quien quiero.

Sus labios me supieron dulces como el néctar cuando me besó, y caímos juntos de espaldas sobre la fría y suave hierba, al lado del riachuelo. Aunque Cay me acababa de decir que me amaba por la gladiadora en que me había convertido, yo pensé para mis adentros en ese momento que me quedaba tan cerca. César podría haber escogido fácilmente a Nyx para llevar su honor al Circo Máximo para su Triunfo. Podría haberme hecho caer en desgracia ese mismo día si me hubiera declarado indigna en sus salas de mármol. Podría haber ordenado que me vendieran o que me echaran a las calles. Pero no lo hizo. En lugar de eso, yo misma había negociado exitosamente con Julio César. Me había conferido el mayor honor con que jamás hubiera obsequiado a ninguna gladiadora.

Y eso ni siquiera había sido la mejor parte del día.

Cay me amaba.

Mi viaje de Durovernum a Roma me había visto caer en picado en las profundidades de la desesperación, pero entonces encontré a mi hermana. Encontré a Cay. Me había convertido en parte de una familia por la cual me preocupaba de verdad. Y sabía qué tenía que hacer para evitar que todas esas cosas brillantes y preciosas se desvanecieran como el humo en un soplo de aire.

Tenía que ganar el Triunfo, enamorar a la multitud, destrozar a Nyx y hundirla en la derrota.



## XXIX

«Si no eres una adversaria digna, Fallon, eres un objetivo».

Las palabras de mi hermana me retumbaron en la mente mientras permanecía de pie, tambaleándome, cubierta de sudor, empapándome en los ruidos de cuernos de guerra que sonaban con estrépito y de los aullidos de la multitud. Sedientos de sangre, gruesos y tangibles, corrían como una ola de calor por la tierra de la arena.

«Objetivo de prácticas».

Las palabras que Sorcha me había dicho tanto tiempo atrás me las repitió esa mañana cuando me preparaba para la arena.

—Recuerda —había dicho—, no pares de moverte. Eres un arma o un objetivo. No seas el blanco de otro. Hazlos tuyos.

Me había reído y le había sugerido que tendría que buscarse unos cuantos dichos nuevos. Que ese me lo sabía de memoria desde hacía muchísimos años. Medio esperé que me dijera que no fuera tan idiota, pero solamente me abrazó y me ayudó con mis armas.

Y luego dijo:

—Gánate a la multitud, hermanita.

—Lo haré.

Odié el hecho de que César hubiera decretado que tenía que llevar una armadura especial que él mismo había ordenado confeccionar para la ocasión. Yo habría preferido vestir la armadura que Charon y Cay habían encargado para mí, me quedaba muchísimo mejor. Esa armadura nueva me iba demasiado grande, como se hizo evidente cuando la punta de una espada encontró su

camino entre las hebillas laterales que llevaba bajo el brazo. La herida no era profunda, pero podía sentir la sangre resbalar por la caja torácica, más allá de la cadera. Sin embargo, la brillante armadura de César era parte del espectáculo. Ese día yo no era una gladiadora cualquiera. Era Victoria.

Y Victoria, a los ojos de los romanos, tenía que tener el aspecto de Roma, de sus legiones.

Solo que más elegante y enseñando más pierna.

Todo el espectáculo fue similar. El lado romano era del todo demasiado brillante y, en mi opinión, más bien demasiado bonito —con la notable excepción de Damya, con su armadura de escamas de dragón y sus aterradores músculos abultados— y yo jamás había visto a ningún celta vestido tan estrafalariamente como las guerreras andrajosas y engalanadas con plumas del Ludo Amazona a las cuales nos enfrentábamos. Los señores de los juegos habían decorado la arena con inmensas águilas doradas y telas que ondeaban para simular las velas de los barcos, en un extremo. Al otro, habían erigido estatuas de mimbre imponentes y temibles hechas para parecerse a los malvados «dioses» endiabladamente deformados y cornudos de los bárbaros. Yo me habría ofendido, pero apenas me di cuenta de ello: un momento después de haber entrado en la arena, empezó la lucha.

No era realmente una batalla por Prydain y yo no era realmente Fallon.

Yo era Victoria.

«Lo que significa que tengo que ganar esta lucha», pensé con gravedad.

Las gladiadoras del Ludo Aquilea ya habían luchado contra las filas de «celtas» amazonas cuando un trueno de cuernos de guerra retumbó en el aire. Envié a mi oponente a morder el polvo con un golpe de la hoja de mi acero y me volví para enfrentarme a la siguiente amenaza. Una carga de guerreros descansados salió por el arco del final del Circo Máximo —junto con aurigas y arqueros frescos—, pero todavía no había ni rastro de Nyx.

Escruté los guerreros y vi que ella no estaba. Incluso con un casco o uno de los estrafalarios disfraces, la habría reconocido. Parecía que los señores de los

juegos se estaban reservando la aparición de la diosa de la guerra británica, la temible Morrigan. Sin embargo, sí reconocí a otra figura que me resultaba familiar en la multitud entre las filas de príncipes británicos que nos enviaron. Mandobracio, el famoso gladiador salvaje con su casco de plumas de cuervo y tatuajes de glasto, dirigía la carga.

—Aeddan —susurré con los dientes apretados.

Corrí directa él, esquivando otros encuentros mientras recorría la arena a toda velocidad. En los recovecos de mi mente podía oír la voz de su hermano, distorsionada por la niebla y el eco, durante aquella horrible noche. Aeddan me vio venir y corrió para salir a mi encuentro. La visera de mi casco con penacho me cubría la cara hasta los pómulos. Él no podía saber quién era yo; para él, solamente era otra guerrera, otra vida con la que acabar, igual que Mael o Ajax.

El hecho de ser mujer no me perdonaría la vida, lo sabía bien.

Yo era cantii. Él era trinovantes. Nuestras mujeres siempre habían luchado y muerto junto con nuestros hombres.

Las espadas gemelas que blandía Aeddan destellaron, hicieron rebotar los rayos de sol en mis ojos y me cegaron momentáneamente. Casi había olvidado que él había luchado al estilo *dimachaerus* esa noche en la Domus Corvinus. Jamás me había dado cuenta de que esa habilidad corría por las venas de esa familia. Aeddan era bueno —casi tanto como lo había sido Mael— y me forzó a interceptar una oleada de estocadas con la maestría nacida de la desesperación más absoluta. Mi suerte aguantaba, pero no aguantaría mucho más. Él sabía cómo luchar contra mí. Quizá hasta podría haber sabido cómo vencerme.

«Pero hoy no —pensé—. Hoy soy Victoria».

Cuando llegó su próximo ataque, finté hacia un lado y me volví para embestirle con una doble estocada desde abajo con mis espadas. Él se retorció como una víbora para esquivarme, giró justo un instante antes de que mis aceros dieran en el blanco. Eso me dio un momento para respirar, pero solo un momento. Todo a nuestro alrededor, los otros contendientes luchaban en combates de dos o tres. A todos lados, hileras de arqueros disparaban lluvias de

flechas cuando la ferocidad de los duelos individuales languidecía, solo para mantener las cosas animadas.

Cuando Aeddan volvió a arremeter contra mí, retrocedí y trastabillé. Caí de espaldas, maldiciendo. Aquello tendría que haber sido mi fin. Pero mi tropiezo hizo que él perdiera la marca y que sus aceros se hundieran inofensivamente en la arena justo a mi lado. Sacudiendo los hombros, me lancé hacia delante, dibujé un arco y aterricé en cuclillas. Arrastrada por la energía de la multitud, corrí temerariamente hacia él, persiguiéndole hacia atrás con estocadas cortantes y aullando como una Furia por su sangre.

Me agaché para evitar su doble estocada, que cortó un puñado de cerdas del penacho de crines de mi casco, y esquivé su flanco izquierdo. Descargué una estocada en su hombro al pasar por su lado. Era suficiente para abrir una cicatriz en su gruesa armadura de cuero y desestabilizarlo. Lo que también me dio tiempo para recuperar el resuello, o eso pensé...

—¡Fallon, MUÉVETE! —escuché a Elka gritar.

—¡Por los dientes de Lugh! —maldije y me aparté de un salto justo cuando una lanza se clavaba en el suelo exactamente donde estaba yo hacía solo un instante.

—¡Presta atención, idiota! —murmuré con los dientes apretados y arrastré mi concentración de vuelta al combate, justo a tiempo para ver a Aeddan cargando contra mí en una carrera letal, sus dos espadas centellando.

Envainé de golpe mis dos aceros en las fundas y desclavé la lanza de Aeddan del suelo. Blandiéndola como si fuera una vara, la levanté por encima de la cabeza y bloqueé la lluvia de estocadas que me cayó encima. De pronto, una oleada de flechas en llamas dibujó un arco por encima de nuestras cabezas, dejando a su paso un oscuro humo carmesí. Luchábamos a muerte en el centro de la arena, justo en medio, y Aeddan se estremeció cuando una de las flechas se clavó en el suelo, a su lado.

Aproveché el momento, me agaché y le incrusté la punta de la lanza en el costado. El aire abandonó sus pulmones con un silbido mientras él se tambaleaba

de lado a lado y yo seguí arremetiendo con rápidas y despiadadas estocadas. Una de ellas mordió el enorme y fuerte músculo de su muslo, por debajo del dobladillo de la falda de la armadura que llevaba. No fue un corte profundo, pero sí doloroso. La pierna falló y Aeddan se desplomó sobre sus rodillas.

La multitud vitoreaba enloquecida.

Alcé las espadas bien alto por encima de mi cabeza, con los músculos tensos preparados para la estocada letal. Aeddan me miró fijamente a través de la visera de su casco, pero todo lo que pudo ver fue la dorada máscara de Victoria que escondía mi rostro. Él no tenía ni idea de contra quién estaba luchando, pero yo no tenía ese lujo. Le clavé la mirada en sus ojos grises y bajé las espadas. La confusión se mezcló con el dolor en su expresión cuando alargué la mano y desabroché de golpe la hebilla de la protección de cuero de mi mentón, antes de quitarme el casco y la visera de la cabeza. El pelo me cayó sobre las mejillas, empapado y pegajoso de sudor, y sentí el aire fresco en el rostro.

Aeddan soltó un grito ahogado al darse cuenta de contra quién había luchado.

El mundo parecía alejarse de nosotros.

El tiempo se detuvo.

El mundo se me cayó encima y los muros del Circo Máximo se acercaron. Estaba perdiendo al público —podía sentir su humor agriarse contra mí— y sentí una ráfaga de pánico. Ya no importaba que el espectáculo hubiera sido pensado como pura pompa. La muchedumbre olió la sangre y quiso tenerla. Levanté las espadas de nuevo, y Aeddan se quedó petrificado, su mirada clavada en mí. El dolor de sus ojos se desvaneció y una aceptación tranquila tomó su lugar, casi como si el hombre hubiera estado esperando ese momento.

Y no pude hacerlo.

En lo alto de las gradas, vi a César ponerse de pie bajo el dosel carmesí y dar un paso adelante. Alzó bien alto el brazo, con el puño apretado. Su ceño estaba fruncido, enojado, bajo la corona de laurel que llevaba, y se me hizo un helado nudo en el estómago.

La multitud enmudeció y aguantó la respiración.

No era así como se esperaba que el espectáculo tenía que acabar.

Y entonces los cuernos sonaron por tercera vez, más fuerte y más alto, en una estridente llamada a la batalla. Aeddan y yo desviamos la mirada para ver la puerta de hierro alzarse en la boca del cavernoso arco. Y lo cruzó una pesadilla.

Morrigan hizo su entrada en el campo de batalla de Britania en un carro de guerra negro como la desesperación.

De pie en el armazón del carro, detrás del conductor, Nyx se alzaba imponente y aterradora, caracterizada con una armadura negra y con una capa larga hecha jirones para que pareciera que le salían alas de los hombros. Tiró al conductor del carro y cogió las riendas ella misma. Con un aullido, se sacó el látigo del cinto y atizó con furia a los negros caballos, conduciendo el carro de guerra directo a mí y a Aeddan, que todavía estaba tirado en el suelo, a mis pies.

«Hija...». La voz de la diosa vibró en mi mente como un relámpago y de pronto me descubrí riendo salvajemente. Morrigan no me había abandonado. No iba en mi contra.

La verdadera Morrigan me había llevado a la victoria.

—¡Levántate! —espeté a Aeddan, envainé las espadas y le ofrecí una mano para ayudarle a ponerse en pie.

—Fallon, ¿qué...?

—Me vas a demostrar que no he cometido un error al no matarte aquí mismo. —Le puse en pie de un tirón, ignorando la punzada que me hizo la herida que tenía bajo la armadura—. ¡Me ayudarás a demostrar a esta gente lo que significa ser un guerrero de la Isla de los Poderosos!

A menos de cinco metros de Aeddan y yo, uno de los ligeros y veloces carros de guerra estaba ahí desprovisto de conductor, amarrado a un par de caballos de un gris fantasmal. Cogí a Aeddan por la muñeca y corrí, arrastrándolo conmigo. El carro de la propia Nyx tenía que estar casi encima de nosotros.

—¡Venga! —grité—. ¡Muévete!

Oí los gritos de la muchedumbre, ultrajados cuando se dieron cuenta de que no esperaríamos a que César deliberara. Yo por supuesto no iba a esperar. El

humor de la muchedumbre hacía equilibrios al borde del abismo... y en ese momento supe que era exactamente ahí donde quería tenerles. Con la ayuda de Aeddan, me apoderaría de su rabia y la convertiría en salvaje exultación.

—Ya puedes rezar a todos los dioses para que seas la mitad de buen auriga de lo que era Mael —dije cogiendo las riendas. Trepé hasta el armazón del carro y se las eché a Aeddan y gruñí—: ¡Ahora conduce para demostrarme lo que vales!

Hubo un fulgor en sus ojos a modo de respuesta y se envolvió las manos con las riendas, afianzó los pies y gritó: «¡Arre!», para espolear a los corceles, que arrancaron al galope mientras Aeddan atizaba las riendas en sus grupas.

La muchedumbre gritó ante la absoluta temeridad. Aeddan condujo para que pudiésemos pasar a tocar del carro de Nyx. Me eché hacia delante y me preparé, la espada enarbolada en una mano y la otra agarrada al borde del carro para mantener el equilibrio.

El látigo de Nyx restalló y me agaché instintivamente. No fui lo bastante rápida, pero ella tampoco. El beso del látigo dejó una marca carmesí en mi brazo. Al mismo tiempo, arremetí contra el hombro de Nyx con mi acero y la herí. Nuestros carros de guerra estaban tan cerca que los ejes de las ruedas chirriaron al chocar el uno contra el otro. Entonces nos separamos, avanzando inexorables hacia un grupo de guerreros que se apartaron corriendo de nuestro camino. Eché la vista atrás para ver que Nyx ya estaba pivotando. Tenía la boca muy abierta y no paraba de lanzar improperios. Era la mejor auriga que tenía el Ludo Aquilea, la mejor que yo había visto jamás.

Y la volvimos a tener encima en un abrir y cerrar los ojos.

Arremetiendo contra sus caballos sin piedad, Nyx nos dio alcance y embistió nuestro carro con el suyo, y casi me tiró del armazón. Con una sola mano en las riendas, lanzó una estocada con un *gladius* que sacó de la vaina que llevaba en el cinto, y yo le devolví la estocada. No había finura en nuestro loco duelo, no había técnica. Todo recaería en quien descargara el primer embate afortunado.

La multitud gritó y aulló con horror salaz.

Los ejes de las ruedas de los carros de guerra chirriaron al chocar entre ellos.

Los caballos relincharon y lucharon contra las cabezadas. En la distancia, cerca del extremo de la arena, donde el carril de los carros giraba y daba la vuelta, vi las trenzas rubias de Elka y los rayos de sol arrancando destellos a la punta de la lanza que le regalaron por su juramento.

—¡Aeddan! —grité—. ¡Tira recto! ¡Recto!

—¡Hay un muro justo delante! —me respondió a voz en grito.

Intentó hacer virar a los caballos hacia la izquierda, pero Nyx nos pisaba los talones. Nos estaba arrinconando con su carro, intentando mandarnos contra el muro, y si chocábamos contra él, se nos destrozaría el carro y muy probablemente moriríamos. Pero entre nosotros y el muro había Elka y su lanza.

—¡Hazlo! —grité de nuevo—. Espera... Espera... ¡Ahora! ¡Vira fuerte!

Aeddan luchó con las riendas, clavándolas en las bocas de los caballos mientras nos dirigíamos hacia el muro de la arena. Oí a Aeddan gritar improperios por el esfuerzo. Y entonces, de pronto, las bestias se rindieron y giraron tanto que nuestro carro se levantó sobre una rueda y casi volcó hacia un lado.

Durante un momento, nos liberamos del todo del eje de la rueda de Nyx.

—¡Elka! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Escoge un número!

Ella rio como una loca y me contestó:

—¡Trece!

Entonces armó su lanza, apuntó y la arrojó...

El reluciente artefacto esbelto salió disparado hacia nosotros y pasó por los radios de la rueda del carro de guerra de Nyx como si Elka estuviera en el patio del ludo practicando con la rueda de entrenamientos. La lanza subió y pegó con fuerza contra la base del carro, trabando la rueda. El carruaje saltó por los aires como si lo hubieran lanzado con una catapulta de la legión.

«Le debo una lanza nueva a Elka», pensé.

Nyx chilló agitando los brazos y las piernas frenéticamente mientras salía disparada hacia las cabezas de los caballos. Su carro estalló en mil astillas de madera que volaron hacia todas partes, y los caballos, de pronto liberados de las



riendas, galoparon como locos en direcciones opuestas. Agaché la cabeza cuando Nyx aterrizó en la arena sobre un hombro con un impacto rompehuesos y se desplomó como una muñeca de trapo.

Aeddan rectificó la trayectoria de los caballos para evitar el muro que cada vez teníamos más cerca, inmediatamente de vuelta al espacio normal del carril para carros. Pasamos al trote por delante de las hileras de gladiadoras aquilea, Elka nos miraba boquiabierta y Ajani estaba de pie detrás de una hilera de flechas en llamas preparadas para ser cargadas. Aeddan tiró de las riendas, pero yo le di un porrazo en el hombro.

Todavía no había acabado.

—¡No! —grité—. ¡Hazlos correr más!

Me fulminó con la mirada, pero aflojó las riendas.

—¡Ajani! —llamé. Hice un ademán con el brazo hacia las grotescas efigies de mimbre, los supuestos dioses bárbaros y oscuros de Britania, que se alzaban en el extremo más lejano de la arena—. ¡Escoge un objetivo! —grité—. ¡Préndele fuego y muéstranos el camino!

Con una sonrisa salvaje, Ajani cogió uno de los proyectiles en llamas del suelo ardiente que había delante de ella. Cargó, apuntó y disparó. Y otra vez. Y otra.

En una rápida sucesión, las flechas en llamas trazaron un arco por encima de las cabezas de nuestros corceles al galope, iluminando un camino como un rastro de estrellas fugaces hacia la efigie central.

—¡Más rápido! —ordené.

Aeddan espoleó a los caballos, que corrían a toda velocidad, con los cuellos estirados y las orejas gachas. Antes de que Aeddan se diera cuenta de lo que yo me disponía a hacer y pudiera alargar una mano para detenerme, me deslicé hasta colocarme delante de él y pasé las piernas por encima de la barrera baja de la parte delantera del carro. Entonces me encaramé a la barra que unía los dos caballos al carro por sus yugos. Una imagen fugaz de Sorcha, en pleno equilibrio y volando con los brazos estirados, danzó en mi mente. La deseché antes de

imaginarla cayendo. Antes de que las ruedas de su carro de guerra le pasaran por encima a toda velocidad...

—¡Fallon! —me gritó Aeddan—. ¿Qué haces?

—¡El Vuelo de Morrigan! —respondí mientras alargaba una mano hacia atrás para coger las dos lanzas que reposaban en los ganchos que colgaban en el lateral del carro de guerra.

—¡Estás loca! Es imposible...

—¡Conduce y calla!

Sujeté las lanzas delante de mí para no perder el equilibrio y, sin darme tiempo a pensar qué estaba haciendo, avancé por el poste, un pie delante de otro. Me concentré en el camino de flechas de Ajani. El carro volaba por encima de las marcas ardientes y las veía pasar por debajo de mis pies. Entonces Ajani arrojó su último disparo y no se clavó en el suelo, sino en el dios de mimbre de mirada lasciva. La efigie se agitó bajo las llamas y a la flecha le siguieron de cerca mis dos lanzas arrojadas con fuerza: una le atravesó el corazón y la otra la pierna de apoyo. Toda la construcción se inclinó y empezó a desplomarse lentamente en la tierra, sumida en el fuego, como si yo acabara de hacer arrodillar al dios de los bretones. La multitud rugió encantada. Eché mi peso hacia delante y extendí los brazos a ambos lados mientras Aeddan disminuía la marcha al girar...

Y como la misma Morrigan, volé.

El público al completo se puso en pie vitoreando extasiado mientras nosotros dábamos una vuelta de honor y Aeddan conducía los caballos, empapados de sudor, para que se detuvieran cerca del recinto entoldado de César. Me deslicé hasta el suelo, me temblaban las piernas y estaba mareada, pero giré como una loca, los puños hacia el cielo, y grité con todas mis fuerzas. Aeddan saltó del armazón del carro de guerra y, preso por la loca exultación de nuestra victoria, lanzó un grito de júbilo y me abrazó.

Y durante un momento, no era Aeddan. Era Mael.

Los mismos ojos grises, la misma corpulencia, su pelo hasta olía igual. Me derretí en el abrazo y sus brazos me estrecharon con más fuerza. Sin embargo,

susurró mi nombre y no era la voz de Mael. Me desembaracé de Aeddan de un empujón con cada gota de energía que todavía me quedaba. Entonces cerré el puño con fuerza, todavía con la armadura, y le pegué un gancho en la cara. Aeddan cayó en la arena, inconsciente, a mis pies.

Y la multitud se volvió absolutamente loca de deleite.

La Victoria era mía. La Victoria era yo.

Había mostrado a todo el mundo cómo había conquistado Roma a los salvajes guerreros de Britania —con combates, lealtad, traición, romance y reproches— y me adoraron por ello. El pecho me subía y bajaba, agitado. Lancé los brazos al cielo de nuevo y giré lentamente sobre mí misma, el rugido de la multitud retumbó encima de mí.

Y entonces, cuando un joven y atractivo decurión vestido con la armadura completa de ceremonia de pronto bajó corriendo los peldaños de las gradas de espectadores, saltó por encima de la barrera hacia la arena para arrollarme en un apasionado abrazo, pensé que los vítores harían que las piedras del Circo Máximo se vinieran abajo. Cuando Cay me puso de nuevo en el suelo, volví a levantar el puño —de guasa esta vez— y no le aticé, sino que le planté un beso largo y suave en sus gloriosos labios...

Bueno.

Yo pensaba que mi tribu —los celtas en general— eran unos románticos empedernidos. Sin embargo, la mejor manera de llegar al corazón de la multitud romana, o eso parecía, no solamente recaía en la violencia y el caos. Estaba a partes iguales entre la sangre y las rosas.

Los espectadores rugieron: «¡Victrix! ¡Victrix!» a pleno pulmón. Se abrazaron y se besaron unos a otros y nos lanzaron flores. Cay me dio vueltas hasta que acabé tan mareada que estuve a punto de caer encima de él. Cuando me volví para saludar a Cayo Julio César, me obsequió con un lánguido gesto con la mano. Di un paso adelante e hice una profunda reverencia, el puño donde habría tenido el corazón de no haber sido porque ya lo tenía en la garganta. Su expresión era inescrutable. Sin duda, los juegos no habían tomado el cariz que él

esperaba. No es que fuera mi culpa —no exactamente—, pero no sabía cómo lo vería él.

¿O quizá mi improvisación le había parecido inteligente?

¿O absolutamente impertinente?

A un lado, atisé a Cleopatra riendo con astuta diversión y pude jurar que la vi guiñándome un ojo. No muy lejos de la reina egipcia, vi a mi hermana sentada con los otros lanistas y propietarios de ludi, y sus ojos brillaban con fiereza. Ni siquiera parecía que le importara que yo acabara de besar muy apasionadamente —y muy públicamente— a Cayo Varro. A fin de cuentas, eso me había ayudado a ganarme a la multitud.

Apreté la mano de Cay y él me sonrió.

No solo la plebe, sino todos los espectadores bajo los toldos —los hombres vestidos con togas surcadas de púrpura, las mujeres con *stolas* brillantes como mariposas y joyas centelleantes— estaban de pie. La multitud estaba conmovida, a la espera de qué opinión tendría el poderoso César respecto la actuación. Hasta la esposa de César, Calpurnia, lucía una diminuta sonrisa.

Nada de todo aquello distendió el nudo que tenía en el estómago.

La opinión de César era lo único que importaba en ese momento.

—¡Gladiadora Victrix! —llamó César, y de pronto la arena guardó un silencio sepulcral—. Acércate.

Contuve la respiración y avancé lentamente hasta que estuve casi justo debajo de él. César levantó la mano que hasta entonces había tenido escondida bajo la toga... y vi que sujetaba el *rudis* —una espada de madera ceremonial— en el puño. El símbolo de libertad para cualquier gladiador y gladiadora. En su otra mano, tenía un pergamino, una declaración del dinero que yo acababa de ganar.

Elka soltó un alarido de júbilo y me dio una palmada tan fuerte en la espalda que trastabillé. Cay sonreía de oreja a oreja, aunque —lo vi en sus ojos— pensara que podía estar a punto de perderme cuando yo escogiera volver a casa.

Pero no tenía que preocuparse por eso. Yo ya estaba en casa.

—Poderosísimo César. —Hice una profunda reverencia, todavía jugando con

la multitud—. Humildemente le suplico que conceda mis ganancias a mi noble lanista del Ludo Aquilea. Mi honor es su honor... suyo y de mis hermanas guerreras.

Los ojos de César brillaron deleitados. Yo conocía mi parte en nuestra negociación y me sabía el papel de maravilla. En las gradas, vi como mi hermana estaba de pie, boquiabierta en un grito silencioso de sorpresa. Lágrimas de alegría rodaban por sus mejillas y me hinchieron el corazón.

Sin embargo, la expresión del rostro de Poncio Aquila hizo que se me retorciera el estómago.

Sus ojos negros estaban clavados en un punto más allá de mi hombro, en los restos del carro de guerra de Nyx, y había muerte en su mirada. Eché la vista atrás para ver a Nyx poniéndose en pie, tambaleando, herida, sangrando y con el brazo izquierdo colgando de una forma muy rara de la articulación del hombro. Aquila descargaría toda su cólera en la que fue mi compañera de ludo por su fracaso, no me cabía ninguna duda.

Pensé en el carro de guerra manipulado de Sorcha. En cuando amañaron las listas para juntarme con la Furia. Había mil maneras para que un hombre como Aquila pudiera organizar una muerte espectacular en la arena para su gladiadora en desgracia... o algo peor. Una imagen centelleó en mi mente: Nyx echada en un altar de mármol en una cripta subterránea. Por mucho que ella me odiara, yo no estaba dispuesta a dejar que aquello pasara.

Me volví de nuevo hacia César.

—Para mí —continué antes de que él pudiera pronunciar una palabra más—, le suplico que me deje seguir siendo una gladiadora. Su gladiadora. Para volver a luchar para usted y continuar ganándome el amor que la buena gente de Roma me ha demostrado. Le pediría que obsequiara con el *rudis* y la libertad que conlleva a mi noble rival, la gladiadora Nyx.

De nuevo, la multitud vitoreó enloquecida.

El rostro de Aquila se tornó púrpura de rabia.

El brillo de la mirada de César se convirtió en un rayo ardiente y una sonrisa

de aprobación le iluminó el rostro. No solo había superado a mi enemiga, sino que con ese gesto había superado al suyo. Fingió que consideraba mi petición. Entonces llamó a Nyx y ella cojeó hasta él. César la obsequió con el *rudis* y ella lo cogió, con su oscura cortina de pelo negro ocultándole el rostro.

Habiendo sido liberado de su contrato por el mismo César, sería impensable que Nyx volviera a formar parte de un combate de gladiadores, sería una afronta a su generosidad. Deseé fervientemente que el favor de César la protegiera también de los munera. Sin embargo, cuando Nyx se dio la vuelta, vi lo que yo acababa de hacerle. Parecía que la hubieran hecho pedazos. Hueca y horrorizada ante la perspectiva de una vida más allá de las paredes de un ludo.

Mi primera oponente de todas, Uathach —la Furia—, había ansiado tan desesperadamente esa vida que había querido morir por ella. Sin embargo, yo me había dado cuenta de que la libertad —la libertad de verdad— era algo que se podía encontrar en los lugares más inesperados, incluso en el interior de una arena. Nyx tendría que encontrar el suyo en otro lugar. Al menos sobreviviría lo bastante para buscarlo, incluso si no quería darme las gracias por tener la oportunidad. Nuestras miradas se encontraron y supe en ese mismo instante que había hecho una enemiga de una adversaria, y que seguramente lo lamentaría toda mi vida.

«Pero hoy no».

Miré a Elka y a Ajani y al resto de las chicas aquilea.

«Hoy, soy la Victoria».

Juntas, echamos las cabezas hacia atrás y proferimos el grito de guerra de los cantii.

«Hoy, somos las Valientes».

Y finalmente entendí lo que significaba ser verdaderamente libre.

## Nota de la autora

Siempre me han fascinado las civilizaciones de la Antigüedad y la antigua Roma en particular. Es un mundo maravilloso —culto, suntuoso y brutal todo a la vez—, una talla mítica a la par de Camelot o Atlantis.

Historiadores y arqueólogos han revelado muchísimos tentadores atisbos de cómo era la vida en la antigua Roma, pero todavía hay mucho más que no sabemos. *Vencedora* tiene lugar en la Roma de mi imaginación, en el reino del «¿y si?», donde la fantasía se encuentra con la historia, un lugar donde es concebible que jóvenes princesas bárbaras que luchan por su vida se encuentren cara a cara con Julio César. O Cleopatra. Si pueden vivir lo suficiente.

Durante las últimas décadas, la existencia de gladiadoras en la antigua Roma ha sido objeto de mucho debate entre historiadores. Mientras que hay una amplia evidencia de gladiadores, los textos antiguos y artefactos que retratan las mujeres guerreras en las arenas eran muy escasos. Perdidas en la historia, las vidas de esas chicas y mujeres excepcionales están rodeadas de un halo el misterio.

¿Las guerreras gladiadoras eran una invención? ¿Algo pasajero? ¿De verdad que existieron? En 2001, un grupo de arqueólogos desenterraron una tumba en la antigua Roma de una mujer de 1.900 años de antigüedad que demostró, casi sin lugar a dudas, que las gladiadoras eran reales. Y que lo más probable es que llevaran vidas tan peligrosas y activas como sus homólogos varones, y quizá todavía más controvertidas. Los contenidos suntuosos del espacio mortuario insinuaban la riqueza de su ocupante, pero la tumba en sí estaba más allá de los límites del cementerio principal, lo que marcaba la mujer como una probable paria de la sociedad.

¿Todas las gladiadoras lo eran? ¿Todas vivían su vida veneradas y vilipendiadas por la mismísima gente para quienes luchaban con tanto esfuerzo para entretener? Esas son preguntas que me inspiraron a escribir sobre Fallon y sus hermanas gladiadoras —y sus rivales— y el emocionante, peligroso y extraordinario mundo en que vivían.

*Uri, vinciri, verbenari, ferroque necari!*

LESLEY LIVINGSTON

«Antes de morir, los cobardes mueren muchas veces; los valientes solo prueban la muerte una vez».

WILLIAM SHAKESPEARE, *Julio César*



## Agradecimientos

Escribir *Vencedora* ha sido una experiencia única para mí. Por primera vez en mi carrera como autora, ¡me consigné a mí misma a escribir una historia donde no podía meter ni sacar a mis personajes en problemas usando la magia! No. Esta vez, todo dependía de ellos, de sus mentes, de sus músculos, de su corazón, de su inteligencia y de sus espadas. Afortunadamente, estaban por la labor. ¿Y yo? Yo hice trampas. Yo tenía toda la magia.

Ante todo, tuve a Jessica Regel, mi agente, quien —lo juro— es de verdad algún tipo de bruja. Es una fuente constante de coraje, inspiración e iluminación. Con ella, y con el maravilloso equipo de Foundy Literary+Media, tengo una profunda deuda de gratitud.

Justo después, tuve a la extraordinaria editora Tiffany Liao, que blande un boli rojo como si fuera una varita. El libro que tienes en las manos no habría sido conjurado hasta la realidad de no haber sido por su magia editorial. Ella es perspicaz, apasionada, terroríficamente inteligente, divertida y es una absoluta dicha trabajar con ella. Le debo, junto con el maravilloso Ben Schrank y el resto del increíble equipo de Razorbill, muchas, muchas gracias, de mi parte y de mis batalladoras gladiadoras.

Al norte de la frontera, esa deuda de gratitud se extiende a Hadley Dyer, quien fue una de las primerísimas personas en creer en la idea de esta historia y quien aplanó el terreno para asegurarse de que se desarrollaba. Gracias también a Suzanne Sutherland y la sensacional gente de Harper Collins Canadá por cuidarme tan bien y por guardarme siempre las espaldas.

Gran agradecimiento va hacia Elyse Marshall y Melissa Zilberberg, mis

fantásticas publicistas, por abrirse paso en el mundo e impulsar este libro de tantísimas maravillosas maneras.

Amor y gratitud para mi familia, especialmente a mi madre y mi hermano; gracias por vuestra paciencia imperecedera y vuestro apoyo infatigable. Cada. Vez.

Y más que a nadie, a John. Eres mi espada y mi escudo. No podría hacer esto sin ti.

Finalmente, quiero mandar un grito de batalla a mi guardia de guerra de blogueras, un fantástico grupo de mujeres que leyeron un primer borrador del manuscrito y respondieron con tan fiero entusiasmo ante esta historia y sus personajes... ¡Me plantaría en una arena con vosotras cuando fuera!

*Uri, vinciri, verbenari, ferroque necari!*

SIGUE NUESTRO CATÁLOGO EN:  
[www.editorialmolino.com](http://www.editorialmolino.com)